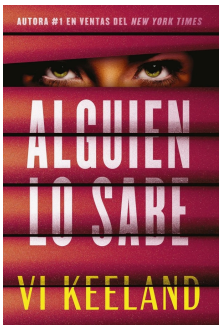
AUTORA #1 EN VENTAS DEL *NEW YORK TIMES*



ALGUIEN LO SABE

VI KEELAND



TODO EL MUNDO TIENE UNA HISTORIA QUE CONTAR.
Y LA PROFESORA DAVIS TE ENSEÑARÁ A ESCRIBIR LA TUYA.
SIEMPRE Y CUANDO NO LE PREGUNTES POR SU PROPIO PASADO.
SIN EMBARGO, HAY ALGUIEN QUE LO CONOCE MUY BIEN.
AGARRA LÁPIZ Y PAPEL Y PREPÁRATE PARA TOMAR NOTAS, PORQUE LA VERDAD ES QUE…
ESTA HISTORIA ESTÁ LEJOS DE TERMINAR.

Como profesora universitaria de Literatura, Elizabeth espera con ilusión el comienzo de cada nuevo semestre para impartir su seminario de escritura creativa. Al menos, hasta que lee el primer capítulo de la novela de Hannah, una historia sobre una estudiante

de último curso de secundaria que mantiene una relación con su profesor. Para cualquiera, este sería el principio de una novela apasionante, pero para Elizabeth es el principio del fin.

Ella conoce muy bien esa historia. Todo le resulta familiar porque lo vivió. La protagonista era su mejor amiga, Jocelyn, y Elizabeth sabe exactamente cómo terminará todo: con la muerte del profesor. Porque fue ella quien lo mató.

Alguien conoce lo que Elizabeth hizo hace veinte años y su secreto está a punto de salir a la luz, pero ¿quién es la estudiante que envía los capítulos? En un intento por averiguarlo, Elizabeth regresa a su ciudad natal, en Luisiana, donde pronto queda claro que, por muchos años que hayan pasado, no puede escapar de su pasado.



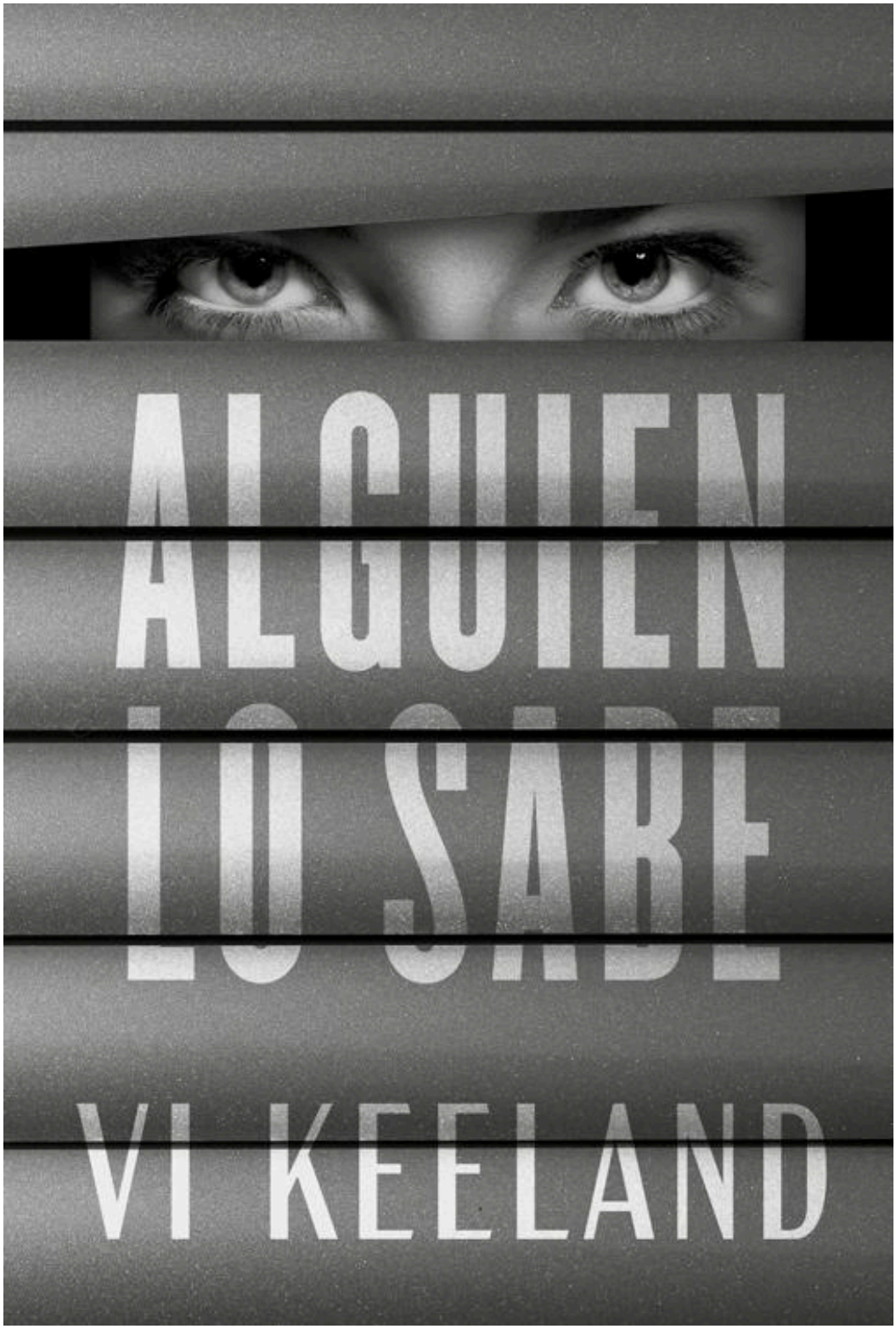
VI KEELAND es autora best seller de *The New York Times*, *Wall Street Journal* y *USA Today*.

Sus novelas han vendido millones de ejemplares, se han traducido a veintiséis idiomas y han aparecido en las listas de los más vendidos en Estados Unidos, Alemania, Brasil, Bulgaria, Israel y Hungría.

Passionflix ha convertido en películas tres de sus relatos cortos y dos de sus libros tienen opción de adaptarse a la pantalla.

Vive en Nueva York con su marido y sus tres hijos, donde vive su propio «felices para siempre» con el chico que conoció a los seis años.

Foto: Irene Bella Photography


ALGUIEN
LO SABE
VI KEELAND

A Chris, con amor.

CAPÍTULO 1

20 de mayo.

La fecha que aparece en la esquina superior del periódico me deja perpleja y hace que lo deje caer como si fuera una brasa caliente que me quema las manos. Aterriza entre un desparramo de historias en tinta y el hombre que está detrás del mostrador frunce el ceño.

—Lo siento —digo, mientras me inclino para intentar recolocar las hojas y devolverlas a la pila del *New York Post* antes de pasar al escaparate de revistas. En la portada de *Sports Illustrated* hay un caballo de carreras. Al señor Hank, mi antiguo casero, le gustaría verlo, así que tomo un ejemplar de la pila y voy a pagar a la caja.

Es la tercera vez que algo me recuerda la fecha desde que me he despertado, y apenas son las cuatro de la tarde. En general, cuando doy clases de verano, como ahora, solo lo hago dos veces por semana, así que nunca sé qué día es. Pero supongo que el 20 de mayo no es un día cualquiera. Es el vigésimo aniversario del día que *nunca* olvidaré.

Al salir de la tienda, decido caminar las quince calles que me separan del centro de vida asistida del señor Hank en lugar de tomar el metro, porque es un día hermoso y todavía tengo que detenerme

a comprar donas. Además, no quiero llegar sin antes haber aclarado mi mente, porque sufre demencia y lo último que necesita es que le transmita mi ansiedad. Sin embargo, mi cabeza no deja de dar vueltas mientras camino; ni siquiera los pimpollos rosados de la magnolia del parque Union Square logran calmar la melancolía que se apodera de mi corazón.

Paso frente a High Note, el bar en el que conocí a Derek, el tipo con el que me veía antes de empezar a salir con Sam, y miro hacia dentro. Derek era bombero. Veo a algunos hombres, que probablemente también sean bomberos y que parecen estar aquí la mayoría de las noches. No quiero entrar, pero se me ocurre una idea: hay una forma de aflojar el nudo que siento en el cuello y liberar la tensión que me oprime. Entonces, saco el teléfono del bolsillo y escribo un mensaje mientras camino.

Elizabeth: ¿Quieres salir esta noche?

«Salir» suena mucho mejor que «tener sexo hasta que ya no pueda pensar». Pero correr siete kilómetros esta mañana no ha servido para despejar mi mente y, además, estoy segura de que a Sam no le importará. Él siempre dio el primer paso para nuestros encuentros, y mencionó más de una vez que yo también podía escribirle.

Quince minutos más tarde, llego al centro de vida asistida Park Home. Aunque todavía no me siento bien, la respuesta entusiasta de Sam ayudó a calmar mis nervios. Sin embargo, tiene trabajo esta noche, así que no lo veré hasta mañana.

Después de registrarme, la enfermera del tercer piso pulsa el botón para abrir la puerta de acceso al área de atención de la

memoria. No tardo en encontrar al señor Hank, que se está riendo a carcajadas frente al televisor de la sala de esparcimiento. Su risa alegre me levanta el ánimo más que cualquier otra cosa. Me reconoce al instante y sus ojos destellan al verme.

—¡Elizabeth! Ven aquí, jovencita —dice.

La calidez de su recibimiento me emociona porque, a pesar de haber salvado mi vida cuando llegué a Nueva York (hace veinte años dentro de dos días), al hacerme un descuento en el alquiler y decirme dónde podía conseguir trabajo, a veces no recuerda quién soy. Corro hacia él para darle un fuerte abrazo y entregarle la bolsa de donas de su vendedor ambulante preferido. Son de chocolate, su sabor favorito, algo que nunca olvida.

—Ah, no era necesario.

—Pero quería hacerlo —respondo con una sonrisa, mientras le entrego la revista y el formulario de carreras que recogí de la casa de apuestas más temprano. No debería alentar su hábito, pero pensé que esto también podría gustarle.

El señor Hank ha apostado toda su vida, sobre todo en ponis. Ahora ya no puede salir sin un asistente y se resiste a usar algo más que un teléfono fijo, pero de alguna forma logró descubrir cómo crearse una cuenta de FanDuel en su iPad para poder apostar diez dólares diarios en carreras de caballos.

—Eres demasiado buena para mí. —Saca una rosquilla de la bolsa y se relame—. Yo hacía rosquillas como estas, ¿sabes? Eran iguales, pero mejores, claro.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa—. Su pastelería ganó el premio a las mejores rosquillas de la ciudad de Nueva York durante dieciocho años seguidos.

Toma un bocado y lo saborea con gusto.

—Fui el único del vecindario que siguió haciéndolas a mano después de que aparecieran las máquinas. —Come otro bocado y, esta vez, gime de felicidad mientras mastica.

Se lo ve bien hoy. Por fuera no parece muy diferente a como era hace veinte años, salvo por algunas arrugas más profundas. Desearía haber apreciado lo especial que era cuando me mudé aquí. Sí, sabía que me estaba ayudando y le di las gracias, un agradecimiento sincero, pero nunca sabes cuánto valoras a alguien hasta que ya no está. Aunque él sigue aquí, claro. O la mayor parte de él.

—¿En qué calle estaba su pastelería? —le pregunto, a pesar de conocer la respuesta.

Sigue masticando hasta terminar el último bocado de la rosquilla y algo en sus ojos cambia. De repente, me mira a la cara y ladea la cabeza.

—¿Qué pastelería?

—Ah, no importa. ¿Qué tal la dona?

—Deliciosa. ¿Quieres una? Las hice yo mismo. Las amasé a mano, no a máquina.

En general, diría que no, pero no puedo rechazarla al ver la esperanza en sus ojos.

—Me encantaría. Gracias.

—¿Cómo van tus estudios, jovencita?

Le sonrío y le respondo que van bien, aunque hace quince años que soy profesora, no estudiante.

—Siempre supe que eras una buena chica, desde el día en que te conocí.

Mi corazón se encoge, porque era el único que pensaba eso en aquel entonces.

—¿Cómo están las cosas con Walter?

Cielos, la mente es un laberinto complejo. Los recuerdos preciados se desvanecen como susurros en el viento, mientras que los hechos insignificantes se graban en la memoria. Walter fue un idiota con el que salí un tiempo cuando llegué aquí, pero aprendí que lo mejor con el señor Hank es no contradecirlo y continuar con la conversación, así que le ofrezco una sonrisa forzada.

—Todo va bien.

Él emite un gruñido.

—Creo que sería mejor que salieras con hombres de tu edad. Los mayores tienen dobles intenciones.

Esta vez, mi sonrisa es genuina. Algunas cosas no han cambiado en dos décadas: Sam es diez años mayor que yo.

Cuarenta y cinco minutos después, es la hora de cenar del señor Hank. Me abraza para despedirse y me sumerjo en sus brazos, donde inhalo el aroma a donas de chocolate y a colonia Old Spice, su esencia característica. Cuando me alejo, me sujeta el brazo un momento más y me sonríe.

—Te quiero, niña.

—Yo también lo quiero —respondo, y le doy un beso en la mejilla.

***

Dos horas después, estoy sumergida en la bañera con una copa de vino, y el estrés que he sentido todo el día se disuelve como un terrón de azúcar en un té caliente. Apenas recuerdo mi nombre,

mucho menos la cita de hoy. Debería haber hecho esto antes, tal vez así habría terminado el trabajo a tiempo. Solo doy dos clases en la Universidad Pace en verano, pero una de ellas es un seminario anual a distancia de escritura de ficción que acaba de comenzar y que requiere mucho más tiempo que el curso de Literatura 101, que tiene dos encuentros presenciales a la semana. Tengo que leer y criticar dos docenas de primeros capítulos. Hace una década, cuando la universidad comenzó a ofrecerlo, fui la única que se postuló como docente y, si bien ahora me arrepiento, en ocasiones encuentro un diamante en bruto; un estudiante prometedor que hace que las horas extras merezcan la pena.

Mi iPad está sobre la alfombra del baño, así que me extiendo en la bañera para tomarlo junto con mis gafas de lectura. Me gustaba más cuando los estudiantes entregaban sus trabajos en papel; era mucho más cómodo para la vista y para escribir notas marginales con bolígrafo rojo. Pero a mis treinta y siete años soy un dinosaurio.

Abro la primera entrega y leo el capítulo. Está bastante bien escrito, pero no me atrapa, no me genera emoción por leer la página siguiente ni el libro completo. No creo que pulirlo lo convierta en un diamante, pero añado algunos comentarios y sugerencias para mejorar el ritmo y los envío.

Paso al siguiente archivo, bebo un trago de vino y me hundo un poco más en la bañera caliente. La primera página contiene el nombre del documento: *La hora de la verdad*, de Hannah Greer. El programa del curso sugiere que no intenten ponerle un título al libro hasta terminar el primer borrador, para poder captar así el verdadero espíritu de la novela. Sin embargo, todos los años hay un estudiante

que lo intenta de todas formas. La siguiente página incluso tiene una dedicatoria; eso sí que es nuevo.

A quien haya hecho algo malo en las sombras y crea que nunca saldrá a la luz. Te equivocas. Se acerca la hora de la verdad.

Vaya, es oscura. Sin duda, ha llamado mi atención como lectora. Al pasar la página, espero que siga el tono espeluznante, pero no es así. En su lugar, continúa con un prólogo, un debate encantador sobre cómo madurar cuando la vida no es fácil. Aunque no es lo que esperaba después de ese título y dedicatoria, es un comienzo potente. Me da una idea inmediata del personaje: una mujer joven que duda de su propio valor cuando está a punto de salir al mundo. Me identifico con eso. Hago un breve comentario, sugiriendo a la estudiante que describa la expresión de la protagonista en lugar de limitarse a decir que está triste.

Sigo leyendo. Se trata de una chica que está en el último año de secundaria y que ve a su profesor de un modo diferente al de sus compañeros. Suena como si le gustara. Está soñando despierta, mirando por la ventana a un pinzón amarillo…

Un pinzón amarillo.

Se me corta la respiración.

Se me acelera el corazón.

Cierro los ojos y logro tranquilizarme; incluso me río de mí misma. Estoy siendo ridícula, es solo un pájaro. Y todos los estudiantes de secundaria han mirado alguna vez por la ventana al soñar despiertos. Solo es paranoia.

Leo otro párrafo, uno más y, cuanto más leo, más consciente soy de que no puedo ignorarlo. Tengo la frente cubierta de sudor, a pesar de que el agua de la bañera ya se ha enfriado. Leo rápido hasta el final y trago saliva.

No es ficción.

Es una historia real.

Pero es imposible, ¿no? Tal vez solo sea una historia... similar.

Me seco la frente y me bebo de un trago la copa de vino. Después vuelvo al principio para leerla otra vez. Solo es un capítulo, pero los nombres y lo que hace el profesor es…

No es ficción, sin duda.

Y, aunque este es solo el comienzo de la historia, ya sé cómo termina. El señor Sawyer tiene una aventura con mi mejor amiga, Jocelyn, y termina muerto.

Porque yo lo maté. Y hoy se cumplen exactamente veinte años.

CAPÍTULO 2

Novela de Hannah – Capítulo 1

Jocelyn miraba por la ventana a un pinzón amarillo que llevaba carne regurgitada para su nido lleno de polluelos. Se suponía que la alimentación, el aseo y el afecto paternal eran algo innato, ¿no? Sin embargo, esa mañana *ella* había despertado a su madre, le había preparado el desayuno y la había ayudado a ducharse. Pero, claro, los pinzones no pueden ir a una licorería y comprar una botella de plástico de vodka que les haga olvidar su papel en la vida.

—Señorita Burton... —dijo el profesor de Literatura, deteniéndose frente a ella—. ¿Está con nosotros esta mañana?

Jocelyn pestañeó varias veces, sonrojándose, y se aclaró la garganta.

—Sí, lo siento.

El señor Sawyer dejó una pila de papeles grapados sobre su mesa (la tarea calificada) y esperó a que ella levantara la vista otra vez.

—La espero después de clase.

Genial. Perfecto.

Jocelyn le echó una última mirada al pinzón amarillo antes de volver su atención al frente de la clase. Al hacerlo, su mirada se detuvo en el trasero del profesor que avanzaba por la fila

entregando los trabajos. No era culpa suya; el hombre tenía buen cuerpo, incluso mucho mejor que el de los chicos de su edad. Se mordió el labio mientras pensaba en cuántas horas de ejercicio debía hacer para estar así de en forma. El trasero firme y musculoso complementaba los hombros anchos, la cintura marcada y la sonrisa que contrastaba con la seriedad de su voz.

Su amiga Ivy se acercó y le susurró:

—Cierra la boca, estás babeando.

—Mentira. —Jocelyn entornó los ojos.

Ivy rio por lo bajo y dio la vuelta a su trabajo. «C-».

El señor Sawyer no le había dicho que pasara por su despacho después de clase...

Jocelyn creía haber hecho un buen trabajo, así que respiró hondo para prepararse antes de dar la vuelta a los papeles. En la primera página decía «A+», en tinta roja y dentro de un círculo generoso.

Vaya.

Ivy se asomó para espiar y puso los ojos en blanco.

Después de eso, Jocelyn logró prestar atención al resto de la clase y, al final, se acercó al escritorio del señor Sawyer. Él movió algunos papeles sin mirarla y señaló la primera fila de asientos.

—Siéntate.

Cuando todos los demás salieron, cerró la puerta y se apoyó en el escritorio. Jocelyn se enderezó un poco más en la silla.

—Dime —empezó, con los brazos cruzados sobre el pecho—, ¿te interesa estudiar escritura en la universidad?

—Ni siquiera sé si iré a la universidad. —Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Jocelyn desvió la vista hacia la ventana. Ya no podía ver al pinzón, pero seguía en su mente. No quería decir que lo único que quería era conseguir un trabajo que le permitiera independizarse de su madre, así que no dijo nada.

—Jocelyn —dijo el profesor, y ella levantó la vista—, mírame cuando te hablo.

Asintió con la cabeza, pero el instinto la llevó a bajar la vista de nuevo. No era tan simple como sonaba, sobre todo cuando el señor Sawyer, su enamorado secreto, la miraba en silencio durante un minuto entero.

Finalmente, él sonrió.

—Gracias. Creo que eres una narradora excelente. ¿Disfrutas escribiendo?

Jocelyn asintió.

—Hable, señorita Burton, use su voz. No eres un muñeco cabezón.

—Sí —dijo, mirándolo a los ojos.

—Sí, ¿qué?

—Sí, disfruto escribiendo.

—Excelente. Cuéntame qué haces en tu tiempo libre. ¿Escribes por diversión? ¿Llevas un diario?

—No tengo un diario en el que escriba todos los días, pero tengo un cuaderno en el que me gusta escribir lo que se me ocurra.

—¿El cuaderno amarillo con una mariposa en la tapa que a veces usas en clase?

—Lo siento. —Jocelyn agachó la vista.

—No esperaba una disculpa. Los buenos escritores escriben cuando les llega la inspiración. Dime, ¿qué escribes en tu cuaderno?

—No sé, cosas. —Ella se encogió de hombros.

—¿Escribes sobre chicos?

—No mucho —respondió sonrojada.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Alguna vez has tenido?

—No he tenido uno del que merezca la pena escribir.

El profesor torció los labios.

—¿Escribes sobre tus amigos?

—No.

—Entonces preguntaré otra vez, señorita Burton. ¿Sobre qué escribes en tu diario si no es sobre novios o amigos?

—No lo sé. Supongo que escribo sobre todo lo que siento.

—¿Y qué es lo que sientes?

Las mejillas rosadas de Jocelyn se tornaron carmesí.

—Rabia.

—Bien, ya estamos llegando a algo. ¿Rabia por qué?

—Por mi madre. Es alcohólica.

—¿Y tu padre?

—Nunca lo conocí.

El señor Sawyer se frotó el labio inferior con el pulgar mientras la miraba. Sus ojos, de un verde profundo e intenso, oscurecieron con el paso de los segundos. Hacían que Jocelyn quisiera removerse en la silla, pero sabía que él la vería y, seguramente, también lo señalaría, así que decidió que lo mejor era quedarse quieta.

—La Universidad Williamsburg no está muy lejos y tiene un concurso de escritura creativa. El primer puesto recibe una beca completa. El segundo y el tercero reciben una beca parcial. Puedo ayudarte a mejorar tu escritura. No lo hago con muchos estudiantes, pero creo que tú podrías ser especial. Sin embargo, tienes que aprender a ser más disciplinada. Te distraes con facilidad.

—¿Y cómo lo hago? ¿Estudiando más?

—La disciplina no solo consiste en estudiar. —Los ojos del profesor se iluminaron—. También es aprender a controlarse. Por ejemplo, tú te mueves demasiado y sueles mirar por la ventana.

—¿Y cómo lo soluciono?

—Trabajaremos en eso. Si estás interesada en que te ayude, claro.

—Estoy interesada —afirmó Jocelyn de inmediato.

El rastro de una sonrisa curvó los labios del señor Sawyer, que señaló el fondo de la clase.

—Bien. Te veré aquí el viernes a las cuatro en punto.

CAPÍTULO 3

Es un día radiante de primavera. El aire cálido corre entre los edificios de la universidad y las banderas azules y doradas de Pace ondean con el viento. En otras circunstancias, iría por un café y me sentaría en un banco a disfrutar del sol o, tal vez, a terminar de corregir trabajos. Pero hoy tengo un solo objetivo.

La oficina de admisiones es un gran edificio moderno de ladrillos con la fachada de cristal. Llego a la entrada, atravieso la puerta automática y me detengo. A la derecha hay un mostrador de información para estudiantes, pero necesito algo más de lo que pueden ofrecerme allí. Mientras miro alrededor, mi bolso vibra, así que busco el móvil, que brilla con el nombre de Sam en la pantalla. Tenemos planes para esta noche, planes que había olvidado hasta este momento. Parece mentira que hace solo un día le escribí; ayer, cuando mi mayor problema era que el calendario marcaba el 20 de mayo. Y ahora hay alguien que sabe lo que pasó ese mismo día hace veinte años y que amenaza con revelar la verdad. Ignoro la llamada de Sam; estoy demasiado ansiosa por conseguir la información que busco como para dejar que algo me distraiga.

La oficina principal está diseñada como una agencia estatal, con asientos para esperar, puestos numerados y personal que llama a los estudiantes. Miro a mi alrededor en busca de alguien que me ayude. Por supuesto, solo hay personal en dos de los doce puestos. Reconozco a uno de los empleados, un chico de unos veintitantos años que no solo trabaja aquí, sino que también es estudiante. Me sonríe al verme. He tratado con él en algunas ocasiones, cuando tuve problemas con los horarios o con mi cronograma de clases, y es de los que te sostienen la mirada durante demasiado tiempo y se acuerdan de tu nombre y de tu clase aunque no deberían. Cada vez que hablo con él me hace algún cumplido, y eso es algo que hoy podría servirme.

Cuando termina con un estudiante, me acerco.

—Hola, Eric.

—Aaron —me corrige sin dejar de sonreír—. ¿Cómo estás, Elizabeth? Hace tiempo que no te veía por aquí.

Debería recordarle que soy la profesora Davis, no Elizabeth, pero solo sonrío.

—Claro, Aaron. Estoy bien, ¿y tú?

—No puedo quejarme —responde, y luego observa mi cabello—. Siempre quise preguntarte si ese es tu color natural. En general, el pelirrojo tiende a ser anaranjado, pero el tuyo es más como canela.

¿Quién le pregunta a una mujer si se tiñe el pelo? Un estudiante no lo haría, sin duda. Sin embargo, enrosco el cabello en mi dedo como una adolescente coqueta, porque hoy no puedo ser quisquillosa.

—Lo es, ¿te gusta?

—Es hermoso. —Él también se acerca—. Resalta tus ojos verdes.

Santo Dios. Es difícil no poner los ojos en blanco. Tengo que ir al grano.

—Escucha, Aaron, necesito ayuda. ¿Crees que podrías ayudarme?

—Por supuesto, lo que necesites.

Perfecto.

—Estoy teniendo problemas para comunicarme con una estudiante. No responde al correo institucional, así que me preguntaba si tendría otro correo electrónico registrado, un número de teléfono o una dirección. Tal vez otro medio de contacto.

—Eso es... —Baja la vista a sus manos y la vuelve a levantar, pero evita mirarme a los ojos—. Me temo que va en contra de nuestras políticas. No podemos facilitar esa información a nadie, ni siquiera a los profesores. Lo siento.

—Es muy importante —insisto en voz más baja—. Podría reprobar la materia si no consigo contactarla. Me sentiría terrible. Aaron...

—¿Sí? —Entonces, me mira a los ojos.

—Esta vez podríamos hacer una excepción, ¿no crees? Ayudarás a una compañera y le harás un favor a una amiga. ¿Qué dices?

—Bueno... De acuerdo. Pero no se lo digas a mi jefe.

—Ah, creí que tú estabas a cargo. —Le acerco un papel en el que escribí todo lo que sé sobre Hannah Greer—. Este es su nombre y su número de estudiante.

—Déjame ver… —Escribe, pulsa el ratón, luego toma el papel y escribe una dirección de Gmail—. Interesante —balbucea—. Debe de ser por eso por lo que no puedes comunicarte.

—¿Por qué? —Mis oídos se agudizan—. ¿Hay algún problema?

—No, pero es oyente, no está matriculada. Al parecer, solo está tomando tu clase.

Las alarmas se encienden en mi mente. Así que «Hannah» podría ser cualquiera; alguien que solo se ha inscrito a mi clase.

—Muchas gracias, Aaron, estoy en deuda contigo.

Me resulta más fácil respirar una vez fuera, pero no por mucho tiempo, ya que mis nervios vuelven a dispararse al mirar el papel. *Hannah Greer*. Ahora tengo una cuenta de Gmail, aunque hubiera preferido una dirección. Me detengo en el camino, perdida en mis pensamientos, mientras miro el papel, y de repente alguien me choca.

—Disculpe —dice el hombre. Es alto, lleva una chaqueta oscura y no deja de caminar mientras se disculpa. Levanto la vista para verlo y me resulta familiar, pero hay cientos, miles de estudiantes aquí; no es de extrañar que reconozca a algunos. Miro sobre el hombro y cruzo la calle deprisa hacia mi oficina, pero no puedo evitar mirar atrás otra vez después de cruzar. El hombre de la chaqueta oscura se ha detenido. Y está mirando en mi dirección. ¿Me estará mirando a mí? ¿Me chocó a propósito? ¿Él podría ser Hannah?

No, no, no. Estoy paranoica desde que leí ese maldito capítulo. Tiene que ser una coincidencia. Una muy grande, pero coincidencia al fin y al cabo. Tiene que serlo. Cuando descubra quién es la estudiante, lo sabré con certeza.

Una vez en mi oficina, me saco el abrigo y la bufanda, que dejo en un perchero, y luego cierro las persianas para bloquear el exterior, como si alguien quisiera espiar lo que estoy haciendo. Me siento frente al ordenador y escribo la dirección de correo en el buscador de Google. Gracias a mi investigación de esta mañana, ya sé que el nombre por sí solo arroja millones de resultados, ya que es bastante

común. *Tal vez por eso lo eligió*. Pero la cuenta de Gmail tampoco ayuda.

No tiene redes sociales asociadas ni imágenes.

Tras resoplar, frustrada, repito la búsqueda añadiendo el nombre de Hannah Greer a la dirección de correo, pero no obtengo ningún resultado. En ese momento, mi móvil vibra en el bolso, así que lo saco, molesta por la interrupción.

Sam.

Otra vez.

Tengo que cancelar la cita de esta noche, así que le contesto.

—Hola, Sam. —Observo el cactus diminuto que hay sobre mi escritorio, que se ha marchitado y ahora es un conjunto de espinas oscuras y muertas, lo que demuestra que no debería encargarme del cuidado de ninguna criatura viva.

—¡Hola! Perdón por interrumpirte, pero pensé que tal vez querrías venir a mi casa esta noche. Puedo prepararte la cena. Me han dicho que hago un pollo *piccata* increíble.

Sam y yo no tenemos esa clase de relación. Es un buen hombre, un detective atractivo que, sin duda, algún día será un gran novio o marido para alguna mujer afortunada, pero no es lo que yo busco y se lo dejé claro desde el principio. Y él estaba de acuerdo con nuestro arreglo. Pero últimamente sospecho que quiere más.

—De hecho, creo que tengo que cancelar. Tengo mucho trabajo.

—Ah, está bien. Entonces podríamos vernos como siempre y dejar la cena para otra noche. —La puerta de un automóvil se cierra y silencia el ruido de la ciudad que se oía de fondo—. Anoche me asignaron un caso que me mantendrá ocupado por un tiempo una vez que llegue la autopsia mañana.

—¿Alguien ha muerto? —La palabra «autopsia» me deja helada.

—Sí. Estamos en Nueva York, en promedio hay más de un homicidio al día.

—Eso es... horrible —digo, y mi voz se agudiza una octava.

—Es triste, pero te acostumbras. Esta vez se trata de un hombre mayor que se involucró con una mujer joven.

—¿Qué ocurrió? —Mis ojos se abren de par en par.

—La sospechosa es su amante. No podemos encontrarla, pero nadie más tendría un motivo.

—¿Cuánto más joven es? —pregunto, tras contener el miedo.

—No te estará dando ideas, ¿no? —ríe Sam—. Como asesinar a un hombre mayor con el que duermes…

—Claro que no. —Intento darle un toque de humor y ligereza a mi voz, aunque por dentro me estoy hundiendo en un lugar oscuro. En este momento, nada de lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas parece una coincidencia—. ¿Cómo probaría esa cena casera si lo hiciera?

—Podría prepararla en tu casa mientras terminas el trabajo. Tienes que tomarte un descanso para comer, ¿no?

Abro la boca para decirle que no, porque lo último que necesito es pasar tiempo con un detective, pero el trozo de papel sobre mi escritorio me da una idea.

—Oye, tengo una pregunta.

—Dime.

—¿Es posible rastrear una dirección de correo electrónico?

—¿Solo con la dirección o con un correo recibido?

—Con la dirección.

—Eso sería difícil. Se puede rastrear un correo electrónico hasta la ubicación probable del remitente a través de la dirección IP, siempre y cuando no utilice una VPN, pero necesitarás un correo recibido para eso. —Hace una pausa y luego me pregunta—: ¿Necesitas rastrear a alguien?

—No, solo me lo preguntaba. —Casi puedo oír su curiosidad al otro lado de la línea mientras mastico la punta de un bolígrafo—. Un estudiante de mi clase de escritura hizo que un personaje rastreara la ubicación de alguien usando la dirección de correo electrónico. No sabía si era verosímil.

—Ah, entiendo.

—Sam, alguien acaba de entrar en mi despacho, así que debo irme —miento—. Podríamos vernos la próxima semana, ¿qué te parece?

—Sí, de acuerdo.

—Buena suerte con tu... homicidio.

Después de colgar, la información que me dio sigue dando vueltas por mi mente. Quiero pensar en la mujer joven que asesinó a un hombre mayor, pero tengo que ocuparme de otras cosas.

Inicio un correo nuevo, escribo la dirección que Aaron me dio y elaboro una nueva mentira:

> Hannah:
>
> He recibido el capítulo que me enviaste por la plataforma de la universidad, pero no he podido abrirlo. Debe de ser un problema del sistema; suele suceder. ¿Podrías reenviármelo por correo? A esta dirección está bien.

Contemplo la pantalla un momento y presiono «Enviar». Y así comienza la espera de una respuesta.

CAPÍTULO 4

Los jueves, después de clase, suelo ir al estudio de yoga que hay frente al campus, pero hoy no lo haré. Tampoco salí a correr como acostumbro. Ya ha pasado casi una semana desde que le escribí ese correo a la estudiante que entregó el temible capítulo, y no puedo calmar la inquietud que me revuelve el estómago.

Pensé en llamar a Ivy. Ella, Jocelyn y yo éramos inseparables en su momento, como las tres mosqueteras. Un trío de almas perdidas unidas por tener madres solteras y alcohólicas que nunca nos habían cuidado. En el caso de Ivy, la suya además era drogadicta. Nos contábamos todo, así que es difícil creer que hace veinte años que no hablamos. Al menos sé dónde está Ivy, pero Jocelyn desapareció el mismo día que yo, hace veinte años. Yo me fui al norte y ella al sur, a Florida, y eso fue lo último que supe de ella. No estoy segura de si debería contactar con alguna de ellas. ¿Y si alguien intenta ponernos en evidencia y hacer que cometamos errores? No, lo mejor es que me lo guarde por ahora. Además, podría ser una simple coincidencia. Una vez leí un artículo sobre gemelos idénticos separados al nacer que nunca se habían conocido, pero que se

habían casado con mujeres que se llamaban igual y les habían puesto el mismo nombre a sus hijos y a sus perros.

No es imposible.

Eso me estuve repitiendo. Pero hoy tengo que investigar un poco más, aunque no lo haré desde mi ordenador, pues todo lo que hacemos en el mundo actual deja una huella digital y nunca se es demasiado precavido.

Mi mirada está alerta de camino a la biblioteca, observando rostro por rostro. A la izquierda, tres chicos recién salidos del colegio juegan con un balón; a la derecha, una pelirroja se toca el cabello mientras mira embobada a un chico de hombros anchos que está sentado en un banco. Él está demasiado ocupado mirando el trasero de cada mujer que pasa como para notarla. Hasta hace una semana, no habría mirado ni un solo rostro, pero ahora todos son sospechosos.

Al llegar a la biblioteca, subo al segundo piso y mi corazón se acelera al acercarme a los cubículos con ordenadores de escritorio. Hay más de una docena disponibles para todos, pero solo uno está ocupado. Hoy en día todos tienen un iPad o una computadora portátil.

Elijo el ordenador que está más lejos de la bibliotecaria y echo un vistazo alrededor antes de acercar una silla. Tras comprobar que nadie parece prestarme atención, presiono la barra espaciadora para encender la pantalla y ponerme a trabajar.

Abro Google y escribo: «D-A-M-O-N S-A-W-Y-E-R».

Me tiembla la mano antes de presionar «Enter». Llevaba casi dos décadas sin pensar en ese nombre, hasta la semana pasada.

El primer resultado de la búsqueda es la página web de la funeraria Chapman e Hijos. «Obituario de Damon Sawyer». Ya lo he leído antes, cientos de veces, hace muchos años. Pero lo abro de todas formas.

Damon Sawyer murió trágicamente el 20 de mayo a la edad de treinta y nueve años. Dejó atrás a su mujer, Candice, y a un hijo de siete años. Damon nació y creció en Minton Parish. Después de graduarse en Educación Secundaria, volvió a casa para enseñar en la misma escuela en la que había estudiado. Era un miembro muy apreciado de la comunidad educativa y ganó el premio al Maestro del Año en tres ocasiones, lo que evidencia lo mucho que se entregaba a sus estudiantes.

Lo mucho que se entregaba...

El resto de los resultados son más o menos familiares: algunas menciones a la secundaria Minton, un viejo artículo del *Minton Herald* y los resultados de un triatlón de hace veinticinco años. Supongo que no se suma mucho más a tu historia en Google después de morir. Sin embargo, al final de la página encuentro algo nuevo: otro obituario en la web de Chapman e Hijos. «Obituario de Candice Maynard-Sawyer».

Su esposa. Abro el enlace y veo que el obituario es de hace cinco meses.

Candice Maynard-Sawyer murió el 13 de diciembre a los cincuenta y ocho años. Conoció al amor de su vida, Damon Sawyer, en la Universidad de Luisiana, y tuvieron un hijo. Candice fue ministra de la Eucaristía durante más de treinta años y llevó la comunión a los miembros de la iglesia que no podían asistir a misa. Tras luchar contra una enfermedad cardíaca durante un año, partió para reunirse con su amado esposo y con nuestro Padre en el cielo.

Amado. Qué ridículo.

La ansiedad que sentí al escribir el nombre de Damon se transformó de repente en rabia. Me aflojo el cuello de la blusa. ¿Por qué hace tanto calor aquí? Necesito aire fresco, así que cierro la página y guardo mis cosas, pero, cuando voy a levantarme, se me ocurre otra cosa. Hay algunos nombres que hace mucho tiempo que no investigo, así que escribo: «I-V-Y L-E-I-G-H-T-O-N».

A diferencia del señor Sawyer, el nombre de Ivy arroja cientos de resultados; el primero es el del servicio de protección a menores de Minton Parish. Hace unos años, tuve una extraña conversación lúcida con mi madre, quien mencionó que Ivy se había convertido en trabajadora social. Qué irónico. La niña a la que solían retirar de su hogar ahora se dedica a llevarse a otros niños. Dominada por la curiosidad, entro en la página web y me detengo al ver la fotografía de mi antigua mejor amiga. Aunque la edad no le ha sentado muy bien, no hay duda de que es ella. Tiene el mismo rostro redondeado, los ojos cansados, el cabello desaliñado y canoso y la misma sonrisa gruñona que revela el pequeño fragmento de diente que se rompió

montando en bicicleta a los siete años. Tras leer su biografía, me quedo observando su imagen durante un buen rato. Vive en Clarion, bastante cerca del lugar en el que crecimos. Al parecer, sigue trabajando allí. Pero no puede ser ella quien me envió ese capítulo, ¿verdad? Es la única persona en el mundo que tiene tanto que perder como yo si se remueven los fantasmas del pasado. Además, tiene cinco hijos, así que no creo que tenga tiempo para desenterrar muertos. De todas formas, anoto su dirección de correo electrónico y su número de teléfono antes de cerrar la página.

Miro a mi alrededor antes de hacer otra búsqueda. La mujer que está en el otro ordenador no me presta atención y no hay nadie más por aquí.

Se me llenan los ojos de lágrimas al escribir el siguiente nombre: «J-O-C-E-L-Y-N B-U-R-T-O-N».

Hay más de diecisiete mil resultados. Añado «Florida», ya que fue allí donde se mudó después de dejar Luisiana, pero eso no reduce demasiado la búsqueda, así que dedico casi tres horas a revisar página tras página en busca de alguien que se le parezca. Pero no encuentro nada.

Me desplomo en la silla y suelto un suspiro. ¿Y ahora qué? Quiero contactar con Ivy y con Jocelyn, pero hicimos un pacto antes de que me fuera: no volver a hablar ni contarle a nadie lo que pasó. Jocelyn fue firme en que nunca volviéramos a cruzarnos y parece que se aseguró de que así fuera.

De pronto, mi móvil vibra. Es un mensaje de Sam. No he sabido nada de él desde que cancelé el encuentro de la semana pasada.

Sam: ¿Por casualidad estarás libre esta noche?

Mi primer impulso es decirle que no, pero luego miro la pantalla otra vez. Diecisiete mil ciento cuarenta y ocho resultados para Joselyn Burton. Tiene que haber una forma mejor de encontrarla, así como también a Hannah Greer. ¿Y quién mejor que un detective para guiarme? Me muerdo el labio durante unos minutos antes de responder.

Elizabeth: Sí. ¿En mi casa o en la tuya?

***

Al final, me encuentro con Sam en un restaurante en lugar de en uno de nuestros apartamentos, como solemos hacer cuando nos vemos.

—Esto es agradable, ¿no crees? —dice sonriente mientras comemos—. Bueno, lo que hacemos siempre también está muy bien, pero me gusta sacarte de paseo. Deberíamos hacerlo más a menudo.

Mierda. Esto fue un error. Lo supe en cuanto sugirió que cenáramos juntos, pero no lo rechacé. Parece un buen tipo; en los pocos meses que llevamos viéndonos no he detectado ni una sola señal de alerta. Es un caballero en todos los sentidos, excepto en la cama, donde es agresivo, lo cual me gusta bastante. Pero aprendí hace años que es mejor ser clara desde el principio sobre lo que espero de un hombre. A la mayoría le encanta encontrar a una mujer que solo busca sexo, pero una vez que das el siguiente paso, es difícil dar marcha atrás sin herir a la otra persona.

Cuando terminamos, lo miro a los ojos.

—Me caes bien, Sam. Pareces un buen hombre, de verdad.

Él frunce el ceño.

—Siento que viene un «pero».

—Pero no estoy buscando una relación —concluyo con una sonrisa triste.

—Solo fue una cena.

—Lo sé. Pero quiero ser honesta contigo.

—¿Es por mí?

—No. —Niego con la cabeza—. Es por mí.

—No hablamos mucho de nuestras relaciones anteriores. ¿Te pasó algo que te hizo perder la fe?

¿Te refieres a un padre ausente, una sucesión de hombres que usaron a mi madre y un profesor que abusó de la confianza de mi mejor amiga?

Niego con la cabeza.

—No. Solo me gustan las cosas simples.

—Está bien. Si eso es lo que quieres. —Sam se pasa una mano por el pelo.

—Lo siento.

—Está bien —repite, intentando quitarle peso al momento con una sonrisa que, sin embargo, no llega a sus ojos—. La alternativa no está nada mal.

Unos minutos después, la camarera trae la cuenta. Sam saca su tarjeta de crédito y la mete en la carpeta de cuero.

Extiendo la mano.

—Si no te importa, me gustaría pagar la mitad. Te doy efectivo.

—¿De verdad? —Sam frunce el ceño—. ¿No puedes dejarme pagar una cena? ¿También quieres el recibo de los condones? Podríamos

calcular cuánto cuesta cada uno, así dejas dinero en la mesilla de noche antes de irte.

—Lo siento. No quería ofenderte. Solo prefiero pagar lo mío.

Sam murmura algo entre dientes, lanza un par de billetes de veinte a la carpeta y saca su tarjeta.

—Como quieras. Está bien.

Abro mi cartera, cuento cincuenta dólares y, al sacar el dinero, cae algo que estaba escondido entre los billetes: un pedazo de papel. Flota hasta el suelo, más cerca de los pies de Sam, así que se agacha, lo recoge y me lo acerca por encima de la mesa.

—¿Luisiana? —dice.

—¿Qué? —Me quedo helada.

Él mira el papel donde escribí el número de teléfono de Ivy.

—El código de área. Es de Luisiana, ¿no? Mi excompañero se jubiló allí. Se mudó para estar cerca de su hijo, que fue a la universidad en Tulane y se quedó. Su código de área es 337.

—Sí, es de Luisiana. —Le arrebato el papel.

—Ahí naciste, ¿verdad?

Parpadeo varias veces. Jamás en la vida le habría dicho eso. No le digo a nadie de dónde soy.

—¿Cómo lo sabes?

Sam desvía la mirada y carraspea.

—Creo que me lo comentaste un día.

—Te aseguro que no te lo dije.

Sus hombros se desploman y también lo hace su cabeza. Sabe que descubrí la mentira.

—Yo... te busqué cuando empezamos a salir.

—¿Me buscaste? ¿Dónde?

—En el sistema. En el trabajo. Lo hago con todas las personas con las que salgo. Uno nunca es demasiado cuidadoso, especialmente en Nueva York.

—¿Me investigaste? —El corazón me empieza a latir con fuerza, no solo por la indignación de haber sido espiada, sino también por el miedo. ¿Y si encontró algo sobre lo que pasó?

—No fue una investigación, solo te pasé por el sistema. Ya sabes, para ver si tenías antecedentes o algo. El sistema también muestra las últimas direcciones conocidas, y decía que habías crecido en Luisiana. Me sorprendió; no tienes acento sureño.

Siento como si me hubieran arrancado la ropa a la fuerza y estuviera completamente desnuda. Debí haber sabido que no era buena idea salir con un detective. Por supuesto que me investigaría.

Me doy cuenta de que Sam supo de dónde soy durante los tres meses que llevamos viéndonos y aun así nunca mencionó que sabía que le había mentido al decir que era de Nueva York. Me invade la paranoia y empiezo a recordar otras cosas: la vez que estábamos en su apartamento y fui al baño; cuando salí, tenía mi teléfono en la mano. Dijo que lo había tomado por error, pensando que era el suyo. ¿Me mintió?

En otra ocasión, cuando se quedó a dormir, lo encontré en la sala, revisando el cajón de la mesa auxiliar. Dijo que buscaba el control remoto, pero estaba justo sobre la mesa de centro.

La camarera se acerca para recoger la cuenta, pero yo aún no he puesto mi parte, la sigo teniendo en la mano. Abro la carpeta de cuero y luego levanto la vista hacia Sam.

—Pensándolo bien… —Guardo los billetes de nuevo en mi bolso—. Puedes pagar toda la maldita cuenta.

—Elizabeth...

Sam sigue hablando, pero no me quedo a escucharlo. Ya de pie, avanzo a grandes pasos hacia la puerta del restaurante. Él me alcanza justo cuando levanto el brazo y un taxi se detiene en la acera.

—¡Elizabeth, espera!

—No, Sam. Me voy.

—Ven conmigo, hablemos de esto. No es para tanto.

Lo ignoro, subo al asiento trasero del taxi y cierro la puerta de un golpe.

—A la Veintidós y la Segunda, por favor —le digo al taxista.

Él me mira por el retrovisor.

—Ese tipo todavía le está hablando.

—Arranque, ya terminé de hablar con él.

CAPÍTULO 5

Ni siquiera me gustan las rosas.

Le arranco un pétalo a una de las flores mientras pienso si escribirle a Sam para decirle lo que opino sobre la originalidad de su regalo, que llegó hace tres días. Pero eso implicaría responder a uno de sus cuatro mensajes de disculpas, y por el momento no estoy preparada para hacerlo. Todavía no he superado que me investigara.

—Oye, ¿quieres ir por algo de comer? —El cinturón de Aiden tintinea mientras se lo coloca de camino a la sala. ¿O se llama Cayden? No estoy tan segura.

—No es necesario, puedes irte.

—Cielos, qué fría —se ríe—. No mentías cuando decías que solo querías un revolcón rápido.

—No mentía —respondo con una sonrisa cordial.

—¿Podré verte otra vez?

—Lo dudo. Pero gracias, la pasé bien.

Aiden, Cayden o como se llame niega con la cabeza, pero al menos no discute. Recoge su chaqueta de la silla y se dirige a la puerta.

—Cuídate, Emily.

No me molesto en corregirlo. Cuando se va, pongo el pasador en la puerta y lleno el hervidor con agua del grifo. El insomnio ha vuelto. Hacía años que no tenía problemas para dormir, pero recuerdo los remedios que solía probar. Llevo una semana tomando té de lavanda todas las noches; no es tan efectivo como mi cita de Tinder para aliviar la contractura del cuello, pero tal vez juntos por fin me permitan dormir bien. El sueño me ha estado eludiendo desde que llegó ese capítulo misterioso hace diez días, y no ayuda no haber vuelto a saber de la estudiante que lo envió.

Mientras espero a que el agua hierva, arranco más pétalos de las rosas. A estas alturas, tres flores están totalmente peladas, pero dejo los tallos desnudos en el jarrón y los pétalos desperdigados por la encimera de la cocina. La nueva imagen es más interesante que la original.

Cuando el hervidor silba, preparo el té y concluyo que todavía no estoy tan cansada como para ir a la cama, así que abro el ordenador, tomo una pila de exámenes de Literatura que ya he calificado y me siento en el sofá para introducir los resultados en el sistema de la universidad. La pantalla se enciende con la última página que abrí, la que estuve revisando toda la semana: mi bandeja de entrada. No he recibido nada nuevo desde la última vez que la revisé, hace unas horas, o al menos eso parece hasta que la página se actualiza y, de repente, aparece un mensaje nuevo.

Es de Hannah Greer.

Mi corazón galopa con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos y tomar aire varias veces para tranquilizarme y poder abrirlo. Al hacerlo, creo que dejo de respirar por completo.

Profesora Davis:

Le pido disculpas por haber tardado tanto en responder, pero no había revisado esta bandeja de entrada hasta ahora. Supuse que cualquier comunicación me llegaría a través del correo que nos indicaron que utilizáramos, no a mi cuenta privada.
Adjunto el archivo original que había enviado. Hágame saber si tiene alguna dificultad para abrirlo esta vez.

Gracias,
Hannah Greer

Se trata de un mensaje inofensivo, una respuesta que podría enviar cualquier estudiante después de recibir un correo de su profesora. Pero no es la respuesta que esperaba. Me sé de memoria los pasos necesarios para determinar la ubicación del remitente de un correo electrónico, así que voy directamente al encabezado, presiono «Responder» y selecciono «Mostrar original» para abrir todos los detalles del mensaje. Al encontrar la dirección IP, la copio y la pego en otra ventana con el buscador de IP que guardé en los marcadores. El mapa se abre de inmediato con un punto rojo en Estados Unidos. Enseguida sé que no es de Nueva York porque el punto está muy al sur, pero tengo que agrandar el mapa para ver la ubicación exacta. Al hacerlo, se me para el corazón.

Saint James, Luisiana.

Un grito se forma en mis pulmones, así que trago con fuerza para contenerlo.

Saint James no queda lejos de Minton Parish. Lo aumento otra vez para ver qué tan lejos está exactamente. Aunque no hay marcas de escala, conozco los caminos y las ciudades de los alrededores, así

que sé que no están a más de diez minutos en coche. Trazo el camino con la mirada y me detengo en la ciudad en la que no quería volver a pensar jamás, pero otra ciudad llama mi atención: está a la misma distancia de Saint James, pero en la dirección opuesta. *Clarion*. Ahí es donde la biografía de Ivy dice que vive. Me muerdo el labio, pensativa, cuando veo un anuncio en la página. Es de un servicio de VPN (red virtual privada). Hace poco leí al respecto: por diez dólares al mes, cualquiera podría haberme enviado ese correo desde cualquier lugar del mundo y hacerlo parecer como si fuera de Luisiana. La VPN establece una conexión digital entre un ordenador y un servidor remoto y oculta la dirección IP real. Hacerlo es tan fácil como marcar una casilla y elegir una ciudad. Por lo que sé, el remitente podría estar sentado en el apartamento de al lado.

O en Clarion, Luisiana.

O en la comisaría, a unas pocas calles.

Sam.

No dejo de pensar en él. Un investigador experimentado sabría cómo esconder cualquier cosa. Y, al parecer, Sam siempre supo que era de Luisiana. ¿Formará parte de una investigación interestatal en la que el brazo de Nueva York apoya a los dos hombres del Departamento de Policía de Minton Parish? Recuerdo el día en que nos conocimos. Estaba sola en el cine viendo *Ciudadano Kane* cuando él inició una conversación en el puesto de comida y pagó por mis palomitas. Después de la película, me encontró de nuevo y me preguntó si quería tomar algo. ¿Me habría estado siguiendo? Llevamos tres meses viéndonos una vez a la semana y nunca mencionó haber visto otro clásico. De hecho, la mayoría de las películas que dijo haber visto son todo lo contrario a películas

antiguas en blanco y negro. Parece aficionado a las películas de acción y ciencia ficción.

Observo la taza que tengo delante (un té que no me está calmando) y me levanto para vaciarla en el fregadero. Situaciones como esta requieren whisky, así que me sirvo dos dedos en la taza, que sigue caliente, y bebo el líquido como si fuera medicina. Quema al bajar por la garganta, pero me gusta la sensación.

El dolor y el placer son como la oscuridad y la luz: uno precede al otro.

Recuerdo que Jocelyn lo repetía una y otra vez cuando la encontré golpeada y ensangrentada.

Es increíble cómo resurgen los recuerdos cuando menos los esperas. Me sirvo más whisky, vuelvo a sentarme frente al ordenador y hago lo mejor que sé: tranquilizarme para no tomar decisiones precipitadas.

Ese capítulo fue solo una enorme coincidencia.

Apuesto a que, tristemente, que un profesor acose a una alumna no es nada raro. Incluso debe de haber un manual que detalla todos los pasos.

Paso 1: formar un vínculo. Encontrar intereses y pasatiempos en común; por ejemplo, escribir.

Paso 2: despojar de la dignidad y reducir al estado más vulnerable; hacer que se arrodille mientras lee en voz alta sus mayores temores es una buena estrategia.

Paso 3: satisfacer una necesidad, ofrecer consuelo.

Pasos 4, 5 y 6: aislar, controlar, iniciar siguiente nivel de abuso.

No es más que una enorme coincidencia macabra. Es el producto de la imaginación retorcida de alguien. Cuando lleguen los próximos capítulos, el camino de los personajes se desviará y me castigaré por haber sido tan paranoica y por todo el tiempo y la energía que perdí en algo que no existe.

Cierro los ojos y tomo aire. Solo es casualidad. La historia, la ubicación del remitente, un detective que sabe más de lo que dice... Todo es casualidad. Tras un tiempo, comienzo a sentirme un poco mejor, más tranquila, pero, de repente, suena una alerta en mi ordenador que indica la llegada de otro correo. Cuando lo abro, toda la tranquilidad que había logrado se esfuma más rápido que el color de mi rostro.

Profesora Davis:

Le envío la siguiente entrega unos días antes, por si tiene problemas con el portal de estudiantes otra vez.
Espero que la historia le haya llamado la atención y que disfrute con su desarrollo.

Gracias,
Hannah Greer

CAPÍTULO 6

Novela de Hannah – Capítulo 2

—Ay, Dios, suenas exactamente como ella.

Jocelyn cerró su casillero mientras se reía de la broma que Lucas acababa de contar. No salían, pero habían tenido algo unas semanas antes. A pesar de que la vida en casa de Lucas era peor que en la suya, él siempre parecía tener una sonrisa en el rostro. Jocelyn valoraba eso más que la mayoría de las chicas de su edad, más preocupadas por las apariencias. Para ella, Lucas tenía un atractivo no convencional: el cabello desgreñado, la nariz prominente y el cuerpo flacucho.

—Tengo que apurarme —dijo él—. Mi clase es en la otra punta y Dickson cierra la puerta si llegas un minuto tarde. Esta semana ya me han enviado a detención dos veces.

—Nos vemos después.

Jocelyn acababa de guardar sus libros cuando notó una presencia detrás de ella, justo antes de que una mano pesada se posara en su hombro. Sin verlo, supo quién era.

—Hola, Jocelyn.

—Hola, señor Sawyer.

Se dio la vuelta para mirarlo. Su presencia la hacía sentirse más tranquila y nerviosa al mismo tiempo. ¿Cómo era posible?

—¿Quién era ese? —preguntó él, señalando el pasillo.

—Lucas —respondió. El profesor guardó silencio, pero su mandíbula tensa hablaba a gritos. Esperaba más—. Es solo un amigo. —Un músculo palpitó en la mejilla del hombre—. Eh... Mi amiga se está viendo con él. La estaba buscando.

Con eso, la expresión del señor Sawyer se suavizó.

—Ocúpate de la escuela, no de los chicos.

—Eso hago.

—Bien. —Él sonrió—. ¿Cómo estás hoy?

Jocelyn sintió calidez por dentro, porque nunca nadie se había molestado en preguntarle cómo estaba.

—Estoy bien. —De repente, recordó cómo se había sentido al estar a solas con él en el salón de clases y bajó la vista hacia su camisa. Una prenda planchada, almidonada, pulcra. Verla la hizo darse cuenta de que debía esforzarse más, al ser consciente de que su ropa era de segunda mano y estaba un tanto desgastada.

—Bien. Tengo una tarea para ti.

Jocelyn no pudo evitar que la curiosidad la hiciera levantar la vista, llena de emoción. Pero enseguida temió decepcionarlo.

—De acuerdo —respondió con cautela.

—Me gustaría que escribieras un ensayo sobre cómo te hace sentir el alcoholismo de tu madre. Cómo te hace sentir de verdad. —Hizo una pausa y lo pensó mejor—. Vuelca tu corazón y tus emociones por completo. Ve a lo importante, ¿de acuerdo? Quiero todas tus emociones, no dejes nada fuera. —Volvió a tocarle el hombro y una descarga eléctrica recorrió el cuerpo de la adolescente. Le agradaba, no quería que se fuera.

Pero la mano se apartó en un instante y un aire frío llenó el espacio entre ambos. Entonces, el golpe de un casillero cercano la devolvió a la realidad.

—Sí, señor —balbuceó—. No dejaré nada fuera.

—Bien. Ahora ve a clase. Mantén un perfil bajo y no busques problemas.

***

Esa noche, Jocelyn dejó todo de lado, incluso la cena, para escribir. Cada vez que se detenía, recordaba la mirada del señor Sawyer, cómo se le enrojecía la piel cada vez que la tocaba y cómo se le erizaba todo el vello del cuerpo. Se obligó a concentrarse en volcar todas sus emociones en el papel y las palabras le salieron como nunca antes.

Al día siguiente, esperó a que terminaran las clases para ir a verlo. Tocó con cuidado y él abrió de inmediato, como si la hubiera estado esperando.

—¿Sí? —preguntó, estudiándola con ojos oscuros.

—Lo tengo —anunció, mostrando una pila de papeles engrapados —. El ensayo.

—Bien. —Se apartó de la puerta para dejarla pasar.

Jocelyn dio unos pasos y se detuvo al escuchar la traba de la puerta; un escalofrío le recorrió la espalda. Sentía un alboroto en el estómago, pero esta vez no era por nervios, sino por excitación, aunque no entendía muy bien por qué. Lo que sabía era que eso significaba que no los interrumpirían y que él solo tendría ojos para ella hasta que le dijera que se fuera.

El señor Sawyer se detuvo frente a ella, quizá demasiado cerca, y Jocelyn sintió calor. Era como estar bajo el sol, y quería tumbarse a disfrutarlo.

Levantó su trabajo entre los dos. Él lo miró, pero, en lugar de tomarlo, se dio la vuelta, se apoyó en el escritorio y la analizó. Se sonrojó ante la intensidad de su mirada y, de repente, recordó todo lo que había escrito en esos papeles: verdades vergonzosas sobre sí misma. ¿Qué pensaría de ella después de leerlas?

Abrió la boca, decidida a decirle que tenía que editar el trabajo una última vez o que se había dado cuenta de que le faltaba algo.

—Ponte de rodillas, Jocelyn.

Se quedó helada. ¿Que se arrodillara?

—Bromea, ¿verdad? —preguntó con una risa nerviosa.

Pero no había ni una pizca de humor en el rostro de su profesor. Él se despegó del escritorio y, de pronto, le pareció más alto de lo que recordaba.

—No lo repetiré, señorita Burton. Cuando estés en esta clase para recibir mi ayuda, harás lo que yo te diga, ¿entendido?

—Eh, sip.

—Se dice «sí», no «sip».

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señor.

Él le sonrió y ella volvió a mirarlo a los ojos. Sintió un escalofrío en la espalda, pero no de esos que dan cosquillas, sino de los que provocan una oleada de excitación que recorre el cuerpo. Le gustaba cómo la miraba. Le gustaba ser el centro de su atención, como si tenerla fuera un honor del que no solía disfrutar.

—Muy bien. Ahora ve allí. —Señaló un punto en el suelo, junto a un escritorio—. Arrodíllate, mantén la mirada baja y lee tu ensayo en voz alta.

Estaba a punto de preguntarle otra vez por qué tenía que arrodillarse, pero él estaba serio y expectante, así que se tragó sus palabras. Al fin y al cabo, había ido a verlo, quería su ayuda y había accedido a escribir aquello, así que no podía echarse atrás.

Arrodillada, sintió el suelo frío. Se aclaró la garganta y siguió con la mirada las primeras palabras. ¿En verdad lo haría?

—El primer recuerdo que tengo de mi madre… —comenzó y, de pronto, estaba haciéndolo: recordó cada momento que había volcado en ese ensayo y lo que había sentido. Todas las noches que había llorado hasta quedarse dormida preguntándose si su madre estaría en casa cuando despertara, si seguiría viva o si se habría quitado la vida. Sin darse cuenta, sollozaba mientras hablaba, con ríos cálidos que bajaban por sus mejillas y que, sin duda, estropearían el delineador que se había puesto solo para el señor Sawyer.

Finalmente, leyó las seis páginas completas. Al llegar a la última línea, contuvo un último sollozo, avergonzada por su propia debilidad, por no poder leer siquiera algo que ella misma había escrito sin llorar como un bebé.

El señor Sawyer permanecía inmóvil en el escritorio, observándola. Tenía un brillo en los ojos que le hizo pensar que le había gustado el ensayo, pero luego tensó la mandíbula.

—¿A dónde debería estar mirando, señorita Burton?

Ella bajó la vista al suelo, donde descansaban sus páginas bañadas en lágrimas.

—Eso estuvo muy bien —dijo él, y a ella se le aceleró el pulso. Pensaba que su trabajo era bueno—. Pero necesitas más disciplina. Mantente de rodillas, mirando el suelo.

Jocelyn esperó más instrucciones, pero no recibió ninguna. No se atrevía a levantar la vista, pero escuchaba cómo se movía por el salón y ordenaba cosas en el escritorio. Pasaron cinco minutos y luego diez, quince, veinte. Le dolían las rodillas, le sudaban las manos y le ardía la garganta. Sobre todo, quería estirar las piernas, conseguir solo un momento de alivio, pero se quedó donde estaba.

Quería complacer al señor Sawyer.

Tras un rato, aparecieron en su campo de visión unos zapatos de cuero brillante y aspecto costoso. Mucho mejores que los zapatos deportivos desgastados que ella llevaba puestos.

—Levántate, Jocelyn.

La joven obedeció, tambaleante, y una mano la tomó del codo para evitar que cayera. El señor Sawyer le tocó la mejilla con cuidado, pero ella dio un paso atrás, sorprendida. Luego, cuando le acarició la piel con el pulgar, se apoyó en él; se sentía bien, como si la admirara.

—Eres hermosa, Jocelyn, ¿lo sabes? —dijo. Ella no le creía, pero tampoco quería contradecirlo—. Estuviste muy bien hoy. Estoy muy feliz por tus esfuerzos.

—Gracias —respondió ella. Sentía que temblaba por dentro, ¿o también por fuera? Mierda, no quería que el profesor se diera

cuenta. Sin embargo, él seguía con la mano en su mejilla; lo que fuera que viera, le gustaba. Y ella quería gustarle.

—Espero con ansias que esto se repita —dijo con voz suave. Jocelyn esperó, con la esperanza de que él dijera algo más, como cuándo lo repetirían. Sin embargo, él metió la mano en el bolsillo y sacó algo pequeño y brillante—. Tengo algo para ti.

—¿Para mí?

La voz del profesor se enfrió:

—No seas un loro, Jocelyn, sé tu propia voz.

—De acuerdo. —Ella no sabía lo que quería decir, pero no quería preguntárselo y parecer tonta.

—De acuerdo, ¿qué?

—De acuerdo, señor.

—Buena chica. —El señor Sawyer colocó un pequeño dije en la palma de su mano y le cerró los dedos alrededor—. Puedes irte. —Se acercó a la puerta, la destrabó y la abrió para ella. Pero, cuando estaba a punto de salir, le bloqueó el paso con un brazo —. La próxima vez no cuestionarás mis instrucciones, ¿entendido?

—Sí —respondió Jocelyn. El profesor la miró hasta que se dio cuenta de lo que esperaba—. Sí, señor —agregó.

Entonces, él movió el brazo para dejarla pasar, pero la miró a los ojos una última vez.

—Bien, porque en el futuro desobedecer tendrá consecuencias, señorita Burton.

CAPÍTULO 7

Debería irme a casa, salir a correr o, al menos, ir al gimnasio. Sin embargo, estoy en el salón de clases vacío, doblando y desdoblando el papel que llevo conmigo desde hace dos días. Lo doblo hacia un lado y la información desaparece; no hay nombre ni correo electrónico. Lo doblo hacia el otro lado y los números del teléfono de Ivy se convierten en dos líneas pequeñas. Le doy la vuelta, lo lanzo al aire y lo dejo caer, pero es inevitable que lo recoja, porque ¿qué más puedo hacer?

Solo tengo una opción.

Me separo del escritorio, levanto el papel, me lo guardo en el bolsillo y tomo mi abrigo. Una vez fuera, corro al primer tren que sale sin molestarme en ver a dónde va. Da igual, cualquier lugar lejano servirá. Las estaciones pasan volando y los neoyorquinos suben y bajan como ganado. La luz parpadea, alguien pone la música demasiado fuerte y otra persona habla por teléfono en lo que creo que es francés. Lo ignoro todo. Ser determinada es lo que me ha llevado hasta aquí. Cuando llegamos a la duodécima estación, bajo del tren en cuanto se abren las puertas y salgo a la calle. Entro

en la tienda de la esquina para comprar un móvil cualquiera y lo pago en efectivo, ya que las tarjetas de crédito se pueden rastrear.

De vuelta en la calle, en el aire fresco y cálido de finales de primavera, saco el papel del bolsillo. Marco el número, presiono «Llamar» y miro alrededor. Hay mucha gente corriendo de un lado a otro, pero nadie está lo suficientemente cerca como para escucharme.

El teléfono suena dos veces antes de que una voz ligeramente familiar conteste. Ha cambiado un poco, se ha hecho más grave con los años.

«Hola, te comunicaste con Ivy Leighton, del Departamento de Servicios Familiares e Infantiles. Si no es un asunto urgente, deja un mensaje y te devolveré la llamada lo antes posible. Si es una emergencia, cuelga y llama al 911 o a la línea de emergencias de la Oficina de Protección Infantil: 337-555-0100». El corazón se me encoge. No puedo dejar un mensaje. Pero, cuando creo que la cinta está a punto de terminar y tendré que colgar para llamar más tarde, agrega: «También puedes comunicarte a mi teléfono personal», y dicta otro número. Revuelvo mi bolso en busca de un bolígrafo para apuntarlo debajo de su número de trabajo.

En esta ocasión, en lugar de llamar, escribo un mensaje escueto:

> **Elizabeth:** Llámame a este número desde un teléfono que no se pueda rastrear. —E

Y luego espero. Camino por la calle, compro un café en un puesto callejero y lo bebo mientras alterno entre mirar mi teléfono y mirar alrededor para asegurarme de que nadie me está observando. También podría esforzarme un poco más en encontrar a Jocelyn. La

búsqueda en Google no sirvió de nada, pero tal vez Sam pueda investigar un poco y conseguir un número de teléfono. La policía tiene acceso a ese tipo de cosas, ¿no? Pero solo de pensarlo me entran náuseas. Cuantas menos personas sepan lo que pasó, mejor. Además, la dirección IP era de Luisiana, cerca de donde vive Ivy, y nunca escuché que Jocelyn volviera a la ciudad.

Tras veinte minutos de mente acelerada, tengo una revelación. No sé por qué tardé tanto en pensar en esto, pero ¿y si Ivy no se da cuenta de que soy yo? Hace veinte años que no hablamos. Tal vez piense que el mensaje es de algún loco cuyo nombre empieza con «E» y lo borre sin pensarlo. Trabaja en protección infantil, por todos los cielos, se casó, tiene hijos. Debe de tener miles de cosas más en mente.

Pero no, me reconocerá. Eso espero.

Corro al tren para volver a casa.

Yo sabría que es ella si recibiera un mensaje firmado con una «I».

***

Ya me he bebido una copa de *pinot grigio* cuando suena el teléfono con un tintineo extraño que me sobresalta, hasta que veo el móvil desechable. Reconocería el código de área en cualquier parte. Acepto la llamada y me lo llevo a la oreja.

—¿Hola?

—Elizabeth...

—Espera. —Las palabras quieren escapar de mi boca, pero primero tengo que estar segura—. ¿Es una línea segura?

—He tomado prestado el teléfono de mi suegra. Es casi una santa.

Se me baja un poco la presión arterial, pero bebo un trago de vino para subirla.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué...? —Hace una pausa—. ¿Por qué? Hicimos un pacto.

Otro trago de vino. Agradezco haber abierto una botella nueva. Controlo los nervios y le digo lo que tengo que decir.

—Alguien lo sabe. Además de nosotras.

—Alguien... —No termina la frase, y el silencio se vuelve pesado—. Es imposible, lo sabes. Solo éramos tú, yo y... Bueno, él sin duda no pudo decírselo a nadie. —Un niño grita de fondo y me recuerda que ella tiene una vida. Una vida que quiere proteger. No se lo hubiera dicho a nadie, ¿no?

—Hasta hace unas semanas habría dicho lo mismo. —Le cuento la versión abreviada: que doy clases, que los estudiantes me entregaron los primeros capítulos de sus novelas y que Hannah Greer «casualmente» escribió la historia de Jocelyn, que sucedió hace tantos años, con los mismos detalles, incluido el pinzón amarillo. Es exactamente igual. Palabra por palabra. Busqué su dirección IP; con ella puedes ver desde dónde se envió un correo. La ciudad es cercana al lugar donde vivíamos.

Más silencio.

Mi copa está vacía y mi mirada se dirige al refrigerador, donde está el resto de la botella.

—Creo que... —Ivy se detiene para aclararse la garganta—. Creo que tu imaginación está descontrolada. Los detalles no tienen por qué ser exactos. ¿Cómo puedes recordarlo todo después de más de veinte años?

—¿Tú te has olvidado de algo, Ivy?

—No, pero...

—No estoy imaginando nada. Incluso los nombres de los personajes coinciden. Ivy, señor Sawyer, Jocelyn... Todo. Alguien lo sabe.

—Pero es imposible. —Suspira al otro lado—. Espera un segundo. —Un niño vuelve a chillar, ahora más cerca. Se cierra una puerta y los ruidos de fondo se silencian—. Si algo nos enseñó el movimiento #MeToo es que casi todas las mujeres fueron acosadas, atacadas o...

—Esos capítulos van más allá. Tienen detalles. *Muchos* detalles.

—Pero... ¿Quién haría algo así después de veinte años? ¿Y por qué? ¿Y cómo pudo descubrirlo? No tiene sentido. ¿Por qué se inscribiría en tu clase para enviarte la historia? ¿Por qué no llamó a la policía?

Se me seca la boca. Sus preguntas tienen sentido y es probable que yo suene paranoica, pero ¿quién se tomaría tantas molestias?

Alguien busca venganza.

Las palabras resuenan en mi mente y me hacen jadear.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Nada. —Me levanto para ir a la cocina y sacar el vino del refrigerador. Escucho cómo gorgotea cuando lo sirvo en la copa mientras miro por la ventana, perdida en mis pensamientos. Estoy segura de que hay algo más, pero necesito convencer a Ivy.

—No es una coincidencia —afirmo, sin dejar de mirar por la ventana, aunque mi mente imagina otra cosa. Algo pequeño que cabría en la palma de la mano y que mi amiga usó todos los días de su último año de escuela—. Es la misma historia, Ivy. No es solo la fantasía del profesor y la estudiante que muchas personas deben de

tener. Te lo aseguro, tiene demasiados detalles. Incluso... —Tomo aire—. Incluso el dije de plata...

Ahora es ella quien jadea.

—¿Santa Inés?

—Sí. —Me muerdo el labio—. Ivy…

—¿Qué? —responde con voz distante, como si estuviera procesando lo que he vivido las últimas semanas.

—¿Eres tú?

Un segundo de pausa.

—¡¿Qué?! ¿Por qué lo preguntarías? ¿Por qué te haría algo así? ¿Por qué nos lo haría a nosotras?

—Nadie más lo sabía. ¿Quién podría ser?

—¿Eres tú? —retruca.

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿quién demonios es? —Su voz se agudiza, cargada de temor—. Tengo tanto que perder como tú. Tengo una familia, una vida, una carrera.

Presiono los labios y evito señalar que yo también tengo una vida y una carrera, y que mi vida no vale menos por no tener hijos.

—La prescripción no se aplica a... —Comienzo a recordarle por qué estoy tan alterada, lo que está en juego, pero no puedo terminar la idea.

—Santo Dios.

—Tenemos que pensar, Ivy. ¿Quién más estaba ahí?

—No lo sé. —Está enfadada y, aun por teléfono, sé que las lágrimas le recorren las mejillas. Ella fue la última persona que de verdad me importó, a la que de verdad quise, y me destroza el corazón hacerle daño.

—¿Qué hay de Wendell Unger? ¿Sigue en activo? —arriesgo.

—¿El comisario?

—Sí. Él investigó el caso. Tal vez descubrió algo que nosotras no sabemos.

—Ni siquiera ha vuelto a interrogarnos en estos veinte años. Directamente nos hubiese arrestado en lugar de fingir ser un estudiante. No tiene sentido.

Es cierto.

—¿Nunca se lo contaste a nadie? —indago.

Se produce un silencio, pero de los que significan algo. Me invade la ansiedad, acompañada de rabia. Prometimos y juramos que nunca se lo diríamos a nadie.

—¿A quién se lo dijiste? —Necesito que me responda—. ¿Con quién hablaste?

—Hablé con el padre Preston —dice con voz temblorosa—. ¡No le di detalles! Solo confesé mis pecados un año después.

—¿Estás bromeando? ¿Por qué lo hiciste, Ivy? ¡Nuestras vidas están en juego! —Presiono el teléfono con tanta fuerza que el plástico cruje; luego, le doy un golpe a la mesa, lo que hace que la copa se sacuda y se creen ondas en el vino. Me levanto de nuevo y me pongo a caminar de un lado a otro—. ¿Qué le dijiste?

—¡Lo siento! No le di nombres ni detalles de lo que pasó. Solo le dije que una amiga había hecho algo malo y que yo la había ayudado a encubrirlo. Ni siquiera le dije por qué lo hicimos.

Me froto el rostro y me obligo a respirar para tranquilizarme. No le dio detalles, eso es bueno. Eso significa que, en realidad, no sabe nada, ¿o no?

—¿Mencionaste el dije de santa Inés, el nombre de Jocelyn o al señor Sawyer?

—No, claro que no.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¡Fue hace veinte años, Ivy!

—Porque fui cuidadosa. Y porque recuerdo todos los detalles de esa conversación. Te juro que no le dije nada concreto. No mencioné ni nombres ni lugares. Tampoco mencioné qué fue lo que encubrí.

Sus sollozos me rompen el corazón. No habría sobrevivido a ese día de no haber sido por ella. La arrastré a este desastre.

—Está bien, está bien. Ahora no hagas nada raro, como ir a ver al padre Preston y preguntarle al respecto. No hables con nadie, ¿de acuerdo? Yo… tengo que resolver esto.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, pero estaré en contacto.

Cuelgo, dejo el teléfono y lo observo. Supongo que le creo a Ivy, pero, si solo habló con una persona, un sacerdote que hizo el juramento sagrado de no revelar secretos de confesión y al que no le dio detalles, tiene que haber alguien más.

Como Sam, un hombre que estuvo hurgando en mi vida con disimulo. Tengo que investigar un poco más ese asunto. Y, además de él, la única persona sospechosa es la única que no me permití considerar capaz de hacer algo así. Pero tal vez deba hacerlo.

Le mentí a Ivy. No fue la única que le contó a alguien lo que pasó hace veinte años.

CAPÍTULO 8

—Tengo que ser honesto, me sorprendió recibir tu mensaje. —Sam levanta una mano para llamar al camarero—. Pensé que no volvería a saber de ti, y menos esperaba que quisieras cenar.

No es el único sorprendido de que tengamos una cita. Si nada de esto estuviera pasando, si el pasado no me estuviera acechando y no hubiera descubierto que me investigó, tal vez no habría vuelto a hablar con él jamás. Pero tengo que ponerlo a prueba y averiguar si tiene algo que ver con lo que está pasando, por eso de mantener a tus enemigos cerca...

La lista de sospechosos creció tan rápido como mi paranoia: Ivy, el comisario Unger, el padre Preston, el hombre que tengo enfrente y la persona a la que nunca debí decírselo. Después de hablar con Ivy hace unos días, decidí que tenía que eliminarlos uno a uno y llegar al fondo de todo esto.

Sam pide una botella de vino y entabla conversación, y unos minutos después el camarero nos sirve una copa de *pinot noir* a cada uno. Observo el color rojo intenso, le doy vueltas en la copa y veo cómo corren las gotas por ella.

—Dime, ¿qué más averiguaste de mí en tu investigación? —pregunto tras un rato.

—Ya te dije que no te investigué —responde con el ceño fruncido —. Solo corrí un reporte.

—Semántica. ¿Qué decía el reporte?

—Información básica.

—¿Y de dónde proviene esa información?

—De la base de datos del Centro Nacional de Información Criminal.

Me siento más tranquila desde que nos sentamos, a pesar de saber que podría estar frente al hombre que tiene la llave de mi futuro, pero la palabra «criminal» hace que mi sangre corra más rápido; me zumba en los oídos y me saca de quicio al instante.

—¿Y cuál es esa «información básica»? ¿Sabes cuál es la clave de mi tarjeta? ¿Mi talla de sujetador?

—Solo se registra información que podría ser relevante para el departamento de policía. Si has sido arrestada, si has tenido alguna orden judicial, tus direcciones previas, informes de propiedad robada, afiliaciones a pandillas. En tu caso, solo había una lista de direcciones previas.

—¿Así supiste que crecí en Luisiana?

—Sí.

—Dime, Sam, si sabías que crecí en Luisiana desde poco después de conocernos, ¿por qué no lo mencionaste cuando te dije que había nacido y crecido en Nueva York?

—Supuse que tenías tus razones. —Se encoge de hombros—. No hablas de tu familia, así que asumí que tenías recuerdos difíciles de esa etapa de tu vida y preferías no hablar de ello.

—Difíciles, sí. —Y es poco decir.

—No presioné —me señala la frente—, como tampoco lo hice cuando te pregunté cómo te habías hecho esa cicatriz y me ignoraste. Tienes una forma de dejar las cosas claras sin decir demasiado, Elizabeth. —Bebe un trago de vino y me observa por encima de la copa—. ¿De eso se trata? ¿No quieres hablar de tu pasado, así que prefieres no abrir esa puerta?

Desvío la mirada mientras pienso cómo abordar la conversación.

—Mi madre es alcohólica, así que sí, es un tema en el que prefiero no ahondar.

Sam extiende la mano sobre la mesa, toma la mía, la aprieta y espera a que vuelva a mirarlo a los ojos.

—Gracias por compartir eso conmigo. De verdad lamento haberte buscado en el sistema; no estuvo bien.

—No, no lo estuvo. Me sentí violada. La confianza entre nosotros se rompió.

Ahora deja caer la cabeza y se frota el cuello. Si está mintiendo, debería ganar un Óscar por fingir culpa.

—Entiendo.

Cuento hasta diez mentalmente, me esfuerzo por mantenerme centrada y respiro hondo.

—Mírame, Sam —le pido. Me mira a los ojos—. Cuando alguien tiene preguntas, prefiero que vaya directo a la fuente. ¿Hay algo de mi pasado que quieras saber y que tu investigación no te haya dicho?

—No. —Niega con la cabeza—. No necesito saber de tu infancia con tu madre ni de tu pasado. No me tienes que contar nada de lo que no quieras hablar.

Veo en su rostro cómo debate si decir algo más o no. El miedo a lo que pueda salir de su boca me provoca escalofríos y me eriza el vello de la nuca. ¿Es Hannah Greer o es solo un policía cuyo trabajo le ha hecho sospechar de todos y pensar que está bien investigar a todas las mujeres que conoce?

Tras treinta segundos que parecen media hora, respira profundamente.

—Para concluir, me gusta la mujer en la que te has convertido y me gustaría compartir algo más que encuentros ocasionales contigo. Has dejado claro que no es lo que quieres, pero me has pedido que sea sincero y esa es la verdad. Me gustas, Elizabeth. Eres lista, divertida e independiente, y todo eso dentro de un envoltorio deslumbrante. Creo que aquí hay algo más que buena química en la cama. Sin embargo, si las opciones son tener algo casual o no tener nada, no te presionaré. Podemos seguir como hasta ahora.

Lo miro a los ojos en busca de rastros de deshonestidad, pero no veo ninguno. Está diciendo la verdad, estoy casi segura. Debería sentir alivio, pero eso significa que el enemigo es alguien a quien no conozco bien, o al menos ya no.

—Entiendo que hoy tengo que suplicarte tu perdón, y tal vez mañana y pasado también, porque la cagué. En grande. Pero, si quiero volver a ganarme tu confianza, debo ser claro con esto.

No estoy segura de que pueda recuperar mi confianza. Tengo conflictos internos que nada tienen que ver con lo que él hizo y, para mí, la confianza es como un cristal: una vez roto, aunque vuelvas a pegar todos los fragmentos, nunca vuelve a ser igual. En cierto sentido, podría entender por qué lo hizo. Cielos, yo misma busqué en Google a algunos de los hombres con los que salí. ¿No es casi lo

mismo? La diferencia es que yo no tenía acceso a la misma base de datos que él.

Sin embargo, dejando el problema de la confianza a un lado, es inevitable que las cosas se compliquen cuando dos personas quieren cosas diferentes en una relación. Pero... mi instinto me dice que lo mantenga cerca un poco más, aunque retenerlo esté mal.

—Necesito tiempo para pensarlo, Sam. Hemos llegado a un obstáculo que no sé si podré superar.

—Lo entiendo. Tómate todo el tiempo que necesites.

El resto de la noche transcurre sin mayores problemas. Cenamos y hablamos de política, del impacto que tiene en el departamento de policía y en la financiación escolar. En poco tiempo, el camarero trae la cuenta.

—Sé que te gusta dividir la cuenta, pero ¿me dejas pagar esta vez como parte de mi disculpa?

Niego con la cabeza y saco dos billetes de veinte dólares de mi cartera.

—Dejaré que pongas cinco dólares extra porque no tengo cambio, ¿qué te parece?

Él sonríe, saca su tarjeta American Express y la deja en la carpeta.

—Es un comienzo. Tomaré lo que pueda.

El camarero vuelve un minuto después y se marcha con la tarjeta. Mientras esperamos a que la devuelva, se enciende la pantalla del teléfono de Sam y vibra.

—Es mi jefe —dice al ver el mensaje—. Me recuerda que entregue el papeleo para mis vacaciones. Los que llevamos más tiempo podemos elegir antes que los nuevos. Siempre lo olvido.

—Mis vacaciones son cuando la universidad lo disponga.

—¿Cuánto dura el período de verano?

—Empieza a finales de julio, pero tengo un pequeño receso dentro de una semana.

—¿Tienes planes? Creo que podría tomarme unos días. Tal vez podríamos ir al Caribe o algo así y aprovechar para recuperar la confianza mientras bebemos margaritas. —Al ver mi expresión, levanta una mano—. Eso no cuenta como darte tiempo, olvídalo.

Le sonrío.

—De hecho, estuve pensando en ir a casa.

—¿A Luisiana?

—Sí, hace tiempo que no voy.

Cuando ya estamos afuera, camino hacia la esquina y paro un taxi.

—¿A tu casa o a la mía? —pregunta Sam.

—Creo que esta noche iré a casa sola.

—De acuerdo —acepta, a pesar de la decepción—. ¿Puedo llamarte en unos días?

—Claro —respondo con una sonrisa forzada.

CAPÍTULO 9

Tal vez debería haber llevado a Sam de viaje al Caribe. El calor allí también sería sofocante, pero al menos no estaría lleno de recuerdos como Luisiana. El Toyota Corolla que alquilé no funciona del todo bien; es un automóvil de aeropuerto típico, que han conducido muchas personas sin preocuparse al pisar el freno o tomar una curva. Creo que el problema es la alineación, pero ahora lo único que espero es que no se ahogue y me deje tirada en un campo lleno de mosquitos con treinta y dos grados y mucha humedad.

—Odio Luisiana —digo mientras clavo un dedo en la consola de sonido. Parece que la conexión Bluetooth no funciona, así que no puedo conectar el móvil y escuchar un pódcast. Tengo que conformarme con una emisora de música *country* distorsionada, en la que un hombre se lamenta por un amor no correspondido. Inmediatamente después, comienza a hablar sobre su vehículo y su perro. Resoplo, apago la radio y miro a mi alrededor, intentando relajarme y sentirme como en casa.

Aunque, en realidad, nunca me sentí en casa aquí, ni siquiera cuando era mi casa, así que es inútil.

Pero, a pesar del calor, la humedad y la incomodidad, tengo que llegar al fondo de esto. No puedo seguir viviendo con tanta incertidumbre, y todos los caminos parecen conducirme a este pueblo: la dirección IP, Ivy, la escena del crimen... Ni siquiera tengo un plan para cuando esté allí, aparte de hablar con Ivy, pero tengo la sensación de que encontraré pistas sobre quién es Hannah Greer en realidad. Estoy en el mejor lugar para descubrirlo.

Veinte minutos después, aparco frente a una casa que me es familiar, aunque la pintura amarilla que mi madre juraba que era del color del sol ahora está desteñida y descascarada. Crece musgo entre las grietas del techo, lo que da la impresión de que se está hundiendo en el medio. Me bajo del automóvil y estiro los brazos. El césped, que antes estaba rozagante y recortado, me llega casi hasta las rodillas.

Por un momento, me pregunto si mi madre seguirá viviendo aquí. El lugar parece abandonado, pero entonces veo el crucifijo que cuelga de la puerta. Recuerdo cuando lo compró; ese mismo día lo clavó en la puerta y declaró: «Esta casa pertenece a Dios». Esa no fue la primera señal de que se había obsesionado un poco con la religión, y tampoco sería la última.

Miro el teléfono, pero no tengo mensajes. Estoy desesperada por encontrar una distracción que demore el momento de llamar a la puerta.

Han pasado casi veinte años, pero tristemente no han sido suficientes.

Mi madre y yo hablamos por teléfono de vez en cuando. Antes hablábamos más seguido, al menos en los días festivos importantes y en cumpleaños, pero con los años fuimos perdiendo el contacto.

Su forma de arrastrar las palabras y de predicar era demasiado para mí, así que dejé de llamar con tanta frecuencia y ella no se dio cuenta o no le importó. Ahora parece que solo hablamos cuando algún familiar tiene un bebé o cuando alguien muere. Aun así, sigo enviándole tarjetas de cumpleaños y de Navidad, a pesar de que las suyas dejaron de llegar. No me importa, porque las últimas que recibí estaban llenas de vergüenza, de críticas, me recordaban de qué se trataba la Navidad o me preguntaban si la vida que llevaba como mujer soltera en la gran ciudad honraba el sacrificio que Cristo había hecho por mí.

Respiro hondo y me obligo a poner un pie delante del otro. La cruz de la puerta está torcida, y no puedo evitar enderezarla antes de llamar.

—¡Pase! —dice alguien desde dentro.

Me detengo, sorprendida. Quizá alguien más vive aquí ahora. O tal vez mi madre comparte la casa o… Giro la manija y abro un poco la puerta.

—¿Hola? Busco a There…

—¿Elizabeth?

Termino de abrir la puerta y veo a una mujer sentada en el mismo sofá que teníamos cuando era niña. Ahora está sucio y gastado, y el color café parece más bien gris. La mujer que está sentada en él también es gris, delgada y huesuda. Santo Dios, es mi madre. Nunca la había visto así, pero es ella. Se me cae la maleta de la mano y resuena contra el suelo.

—¿Mamá?

—¿Naciste en una carpa? Entra y cierra la puerta. Se escapa el aire frío.

Entro deprisa, como habría hecho cuando vivía aquí, y los antiguos sentimientos resurgen. Le tengo un poco de miedo porque sé que no conoce otra cosa que la disciplina dura que recibió de niña. La luz es tenue, procedente en su mayor parte del televisor y de la pantalla de un viejo ordenador sobre una mesa plegable. Es el mismo equipo de televisión que teníamos hace más de veinte años, de tubo, no de pantalla plana. Me detengo a observarlo todo. La casa tiene un olor agrio, como a comida en mal estado y a orina.

—Mamá —repito, porque no puedo creer lo que veo. Solía ser una mujer orgullosa de sus curvas y decir: «Dios me hizo así, con buenas caderas para traer niños al mundo». Pero ahora parece la imagen en una revista de un niño desnutrido o de alguien que vive en un lugar azotado por la peste. Es pura piel y huesos. Tiene las mejillas hundidas y su cabello rubio se ve escaso, descuidado y sucio. No comprendo qué está pasando, qué le *ha* pasado, pero lo cierto es que pasó mucho tiempo. Pueden suceder muchas cosas en veinte años.

—¿Te quedarás ahí parada? —exige.

Parpadeo antes de atravesar la cocina para llegar a la sala. Camino sobre la alfombra imitación persa, que también tiene más de veinte años, y por poco tropiezo con una botella vacía de lo que debe de ser whisky barato. Rodeo a mi madre con un brazo y, de cerca, escucho el silbido de su pecho y huelo un aroma enfermizo que no sé bien a qué se debe, pero que me indica que algo no va bien. Me siento con cuidado en la silla frente a ella.

—¿Mamá? —pregunto. Mis motivos para estar aquí quedaron olvidados—. Pareces… —Me sonrojo al darme cuenta de que estoy a punto de decirle que está horrible, algo que me habría valido una

bofetada cuando era niña. Pero ya no soy una niña, aunque de pronto me sienta como si lo fuera. Respiro profundamente y continúo—: Pareces enferma, ¿qué está pasando? ¿Por qué no llamaste?

Me sostiene la mirada un momento, e incluso sus ojos están mal. El blanco ha adquirido un enfermizo tono amarillento.

—Tienes tu propia vida y no quieres formar parte de la mía. Además, tengo mi iglesia, no te necesito.

Auch, directo al hueso.

—Pero ¿qué tienes?

—Estoy muriendo, Elizabeth —suspira—. ¿No es evidente?

Sus palabras resuenan en mi mente y me crean un nudo en el estómago. Es como si me hubieran golpeado. Ya casi no hablamos, pero sigue siendo mi madre. Sin embargo, no encuentro palabras.

—Cáncer de páncreas. Me quedan uno o dos meses como máximo. —Toma un vaso de líquido color ámbar, que estoy segura de que es licor, y bebe un trago como si fuera limonada—. ¿A qué le debo el honor de tu visita?

Va al grano, como si no hubiera soltado una bomba hace un segundo. Abro la boca para decir que he venido a visitarla, pero las dos sabemos que es mentira, así que no digo nada y dejo que el silencio se asiente entre nosotras.

—Si solo vas a estar ahí sentada, al menos pásame eso. —Señala la mesa de centro, donde hay una docena de frascos anaranjados de medicamentos.

Todos tienen nombres largos, de unas doce letras, casi un idioma diferente. Pero reconozco uno de los fármacos: oxicodona.

—Mamá, no deberías mezclar esto con...

—Lo sé, ya me lo dijo el médico. No necesito otro sermón, y menos de ti. Solo dámelo.

Supongo que no puedo culparla. Si va a morir de todas formas, ¿por qué iba a cambiar? Toda la vida hizo cosas que la fueron matando poco a poco, así que le acerco las píldoras.

—¿Pediste una segunda opinión?

—Y una tercera. Ya es tarde, se ha extendido por todo el cuerpo.

Respiro hondo e intento imaginar un mundo sin mi madre. Debería ser fácil, ya que casi no forma parte de mi vida, pero la idea de que se vaya para siempre y no poder llamarla me hace sentir a la deriva. Es todo lo que tengo, aunque ya no nos tengamos la una a la otra, en realidad.

—Tal vez podrías venir a Nueva York y ver a algún médico.

—Cállate, niña, no necesito hacer eso. ¿Te crees mejor que yo por vivir en esa ciudad pretenciosa? ¿Crees que tus médicos saben más porque pagan diez mil dólares al mes por vivir en una caja de zapatos? ¿Sabes lo que son? Tontos. Mis médicos de aquí, donde nos cuidamos unos a otros, son buenos. Me estoy muriendo y no hay nada que se pueda hacer. Ni siquiera me importa, porque pronto estaré con Jesús y nada volverá a doler. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la casa de Dios?

Ya lo metió a Dios. Me parece bien que la gente tenga su religión, pero una cosa es ir a la iglesia todos los domingos y otra muy distinta es ser una fanática religiosa que predica con todo el mundo pero no mira hacia dentro para examinar su propio comportamiento. Menos mal que cree que Dios salvará a todos, porque nunca hizo absolutamente nada para cuidarse a sí misma ni a su hija.

La acompañaba a la iglesia todas las semanas cuando era niña, con mi mejor vestido, y la ayudaba a llegar tambaleándose hasta el banco. La misma mujer que no venía a casa la mayoría de las noches porque se acostaba con cualquier perdedor del pueblo. La iglesia me parecía una estafa, una forma de que la gente se desprendiera del dinero que tanto le costaba ganar.

El sacerdote tenía una casa nueva dentro de los cuidados terrenos de la iglesia. Mientras tanto, la mayoría de sus feligreses vivía en lugares como este: una casa de dos habitaciones al final de un camino de tierra con perros encadenados fuera, porches que se caían a pedazos y niños que vestían ropa usada que casi nunca les quedaba bien. Nunca vi al sacerdote preocuparse por si yo comía o no, y desde luego Dios no salvó a mi amiga cuando más lo necesitó en la secundaria.

—No voy a la iglesia, mamá.

—Nunca tendrás nada bueno en tu vida sin Dios.

—¿De verdad? ¿Y has pensado que tu Dios te hizo alcohólica y ahora te deja morir sola en esta casa?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Nunca fui buena callándome lo que pienso, y estar en Nueva York, lejos de este lugar, solo lo ha reforzado. Nueva York y yo hacemos buena pareja: allí la gente valora la honestidad cruda. Aquí, en cambio, se espera que te calles y te guardes tus pensamientos. A menos que seas mi madre, claro.

—Niña ingrata. Dios me ama a pesar de mis pecados. Me perdona —afirma—. El padre Preston me lo aseguró. ¡Mira, anoté todos mis pecados para no olvidarme de confesar ninguno!

Me acerca un trozo de papel arrugado. Está escrito con lápiz y con letras torcidas, temblorosas como las de un niño.

BEBER.
TENER SEXO.

Dejo de leer. Viví con sus pecados; no necesito recordarlos.

—Mamá, mira, lo siento, pero…

—Deberías reconciliarte con tus errores antes de que llegue tu hora, jovencita, para poder pasar también la eternidad en el cielo. Mira esa lista, todas las cosas que nunca compartí con nadie. Todos tenemos secretos, ¿verdad?

Mi cuerpo se tensa al oír la palabra «secretos». Cuando levanto la vista, ella me está observando. Me fulmina con la mirada.

—Sé que tú también has pecado. Nunca se sabe cuándo te llegará la hora. Deberías arrepentirte y pedir perdón. Nunca se sabe cuándo el pasado puede volver a acecharte.

A pesar de que el viejo aire acondicionado mantiene la casa por debajo de los veinticinco grados, empiezo a sudar. Se me humedecen las manos y mi piel se vuelve pegajosa.

Siempre juré que no se lo había contado a nadie, pero sí se lo conté a una persona.

A mi madre, la noche en que ocurrió. Volví a casa temblando y llorando, y por una vez me abrazó y me sostuvo con fuerza, y todo salió a la luz. Es uno de los pocos recuerdos que tengo de ella mostrándome cariño. Solo era una niña que había hecho algo impensable, y no pude evitar confesarlo.

A la mañana siguiente, me desperté de golpe, consciente del error que había cometido. Cuando fui a verla, estaba dormida, todavía bajo los efectos del alcohol. Lo que significaba que también lo estaba la noche anterior. Intenté hablar del tema cuando se levantó más tarde ese día.

«Sobre lo que hablamos anoche», empecé a decirle, pero no pareció recordar nada. Era lo normal en ella. Los apagones eran algo común. No volví a mencionarlo; asumí que el alcohol lo había borrado. Tenía sentido. Al fin y al cabo, había estado lo bastante ebria como para fingir que me quería.

Ahora, mientras la observo desde el otro lado de la mesa de centro y sugiere que todos tenemos secretos, no puedo evitar preguntarme si le habrá contado a alguien los míos.

CAPÍTULO 10

Parecía mucho más grande en aquel entonces.

Me encuentro en la puerta de la escuela secundaria Minton Parish, mirando hacia el segundo piso, hacia una ventana en particular: la tercera desde la esquina. No es que haya crecido; mido un metro cincuenta y siete desde noveno curso, pero, cuando tenía diecisiete, el edificio se sentía más grande e intimidante.

—¿Puedo ayudarla? —La voz de una mujer me sorprende y desvía mi atención del segundo piso. Es baja y unos veinte o treinta años mayor que yo. Lleva gafas oscuras de montura gruesa, demasiado grandes para su rostro, y un corte de pelo sin forma por el mentón.

Ni siquiera sé de dónde ha salido. ¿Ha salido de dentro? Tiene sentido, ya que estamos en la entrada principal, pero la puerta está cerrada y no he escuchado que se abriera ni que golpeara al cerrarse.

Como si leyera mi mente, señala detrás de sí.

—Mi escritorio está en la oficina principal, así que paso mucho tiempo mirando hacia afuera. Bajamos el letrero del nombre de la escuela hace unos días. Por fin vendrá uno nuevo después de treinta

y tantos años. Por eso pensé que tal vez no sabría si estaba en el lugar correcto.

Aunque escucho atentamente, tardo unos segundos en procesar lo que dice.

—Ah, sí. Me preguntaba si aún era la escuela secundaria —miento, y la mujer sonríe como si acabara de resolver un acertijo.

—Sí, señora, está en el lugar correcto. Cielos, hace más calor que en el desierto, ¿no cree? —Este calor es algo que no sufro con frecuencia desde que me mudé a Nueva York—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Eh… Perdí mi diploma y me preguntaba si podía solicitar uno nuevo. Tengo que demostrar que cursé ciertos estudios avanzados y que me gradué. Volveré a la universidad a mi edad —digo con una sonrisa forzada.

—Pase —indica.

Echo un vistazo al segundo piso, a la tercera ventana desde la izquierda, y trago saliva. No planeaba entrar; de hecho, ni siquiera estoy segura de qué hago aquí, pero se me acelera el pulso ante la idea de acercarme.

—Ah, gracias.

Dentro, recorro con la mirada el mostrador alto que separa al personal de los visitantes, la puerta de vidrio esmerilado en la que se lee «Director» en letras negras y las hileras de buzones con los nombres de los profesores. Miro uno a uno y deduzco que están en orden alfabético, así que continúo hasta la última fila: Parker, Pearlman, Rojas, Santoro, Tambar. Me alivia que un nombre no esté, aunque era obvio que no iba a estar.

La mujer se coloca al otro lado del escritorio.

—¿Cómo se llama, querida?

—Elizabeth. Elizabeth Davis.

—¿Los últimos cuatro dígitos de su número de la Seguridad Social?

—Cinco, cuatro, seis, cuatro.

Sus uñas golpean las teclas mientras escribe.

—Aquí está —anuncia—. Pero, para estar segura, ¿cuál es su dirección?

—Ya no vivo aquí, pero era el número 21 de la calle Julep.

—¿Davis, de la calle Julep? ¿Su madre se llama Theresa Davis?

Presiono los labios. En este pueblo, el pasatiempo es jugar con la teoría de los seis grados de separación: si alguien no te conoce a ti, conoce a algún pariente tuyo, o quizá lo conoce su hermana o su hermano.

—Sí, así es.

—Asisto a la iglesia Saint Matthew. Lamento su enfermedad. —Su expresión se entristece—. Su espíritu se mantiene fuerte a pesar de todo.

¿Por qué me sorprende que una desconocida lo supiera antes que yo? No debería extrañarme, así es como trabaja mi madre. Se pone su mejor vestido y chismea con los demás «buenos cristianos». Reserva lo desagradable para casa.

—Gracias.

—¿Vive cerca? —pregunta la mujer—. No recuerdo haberla visto en Saint Matthew con su madre.

—Vivo en Nueva York.

—Ah, debe de estar feliz de que haya venido —comenta, y vuelve a enfocarse en la computadora. Tras presionar algunas teclas, la

impresora expulsa unas hojas de papel—. Aquí tiene. —Desliza dos hojas por el mostrador y señala un recuadro en la esquina superior derecha—. Su graduación está registrada aquí. Si no es suficiente, puede solicitar un diploma nuevo, pero esto debería bastar.

—Gracias, es muy amable.

De repente, suena una campana ensordecedora y, segundos después, aparece una profesora con un estudiante, seguida por otras dos personas. La secretaria, que aún no sé cómo se llama, suspira.

—¿Le molesta si no la acompaño a la salida, señorita Davis?

—Por supuesto que no. Muchas gracias por su ayuda.

Al parecer, la seguridad no ha cambiado mucho por aquí. ¿Quién deja que una desconocida deambule sola por una escuela en estos tiempos? El pasillo está lleno de adolescentes que caminan en grupos o solos, con la mirada en sus teléfonos. Podría ser invisible. Eso me da una idea. Giro a la derecha al salir de la oficina, en la dirección en la que entré, pero, al llegar a la puerta, cambio de dirección y me dirijo hacia la escalera principal mezclándome con la multitud de estudiantes. Una vez en el segundo piso, miro el pasillo: los profesores están frente a las puertas de sus aulas, recibiendo a los alumnos. No pasarán por alto a una extraña en los pasillos, así que doy la vuelta y me dirijo de nuevo a la escalera, de espaldas a los estudiantes que corren para llegar a sus clases, y finjo estar mirando mi teléfono. La campana vuelve a sonar unos minutos después y los pocos adolescentes rezagados se apresuran el resto del camino. Si no recuerdo mal, sonará otra campana, la de retraso, así que espero. Como imaginaba, los altavoces vuelven a resonar, las puertas se cierran y el segundo piso queda en silencio.

Espero unos segundos más antes de asomar la cabeza para asegurarme de que el pasillo está despejado y una oleada de adrenalina me acelera el corazón cuando salgo al pasillo vacío. Respiro hondo y avanzo de puntillas hasta el tercer salón del fondo. La puerta aún tiene la misma ventanita. Cierro los ojos y recuerdo cómo solía ver al profesor Sawyer al pasar, antes de que todo sucediera. Pensaba que era muy atractivo, como la mayoría de las chicas, pero ahora eso me revuelve el estómago. Abro los ojos para volver al presente y mirar por la misma ventana, por la que ahora veo a una mujer, una profesora joven. Sin embargo, por mucho que lo intente, no puedo evitar ver la representación vívida del último capítulo que me envió Hannah.

De rodillas.

Mirada al suelo.

Una caricia en la mejilla.

«Buena chica».

Cuando reabro los ojos, la profesora ya no está. En su lugar veo al señor Sawyer y a mi mejor amiga, Jocelyn. Sé que no es real, pero aun así me deja sin aire.

—Señora, ¿puedo ayudarla? —pregunta una voz mientras aún los veo. Es la profesora, que ha salido al pasillo y me mira con preocupación. Como no respondo, se acerca—. ¿Se encuentra bien?

—Lo siento. —Respiro hondo—. Sí, ya me iba.

No le doy tiempo a que me responda. Me doy la vuelta de inmediato, corro por las escaleras y salgo disparada de la escuela. Sigo corriendo hasta llegar al estacionamiento y encerrarme en mi automóvil. Me tiemblan las manos al intentar encender el motor y aún no puedo respirar.

Fue un error venir aquí, a la escuela, a Minton Parish y a Luisiana.

Sin embargo, no puedo evitar ir al lugar donde cometí el mayor error de todos.

***

El motel Memory Haven ha cambiado menos que la escuela. Al letrero de neón intermitente aún le falta la mitad de la «M», así que dice «Notel», pero le va bien. Árboles altos lo ocultan de la calle y la pintura marrón descascarillada necesita tanta atención como las personas que lo frecuentan.

Veo a un hombre que aparca frente a la habitación 112, baja del coche, mira a su alrededor y entra mientras cierra las gruesas cortinas. Imagino el hedor a humo rancio y a humedad del interior. Poco después, una mujer morena entra al estacionamiento, deja el vehículo a un lado del edificio y luego camina hacia la misma habitación con la cabeza gacha. Cuando llama, la cortina se mueve antes de que el hombre le abra la puerta.

Unos minutos más tarde llega un camión de carga, pero en lugar de que el conductor baje, una mujer aparca junto al camión y sube a la cabina. Desde mi posición, puedo ver cómo su cabeza sube y baja sobre el regazo del conductor.

Es bueno saber que sigue siendo tan elegante como cuando estaba en la secundaria.

Me quedo en el estacionamiento con el motor encendido durante unas horas, mirando la última habitación del segundo piso, la más alejada de la triste oficina diminuta de abajo. Es probable que pronto se me acabe la gasolina, pero no puedo irme y hace demasiado calor

para apagar el motor. Nadie ha entrado ni salido de la habitación 212 y estoy tentada de entrar y decir que necesito una habitación, a ver si me dan esa. Pero, en realidad, no quiero hacerlo. Ya he dejado entrar suficientes recuerdos estas últimas semanas.

Cuando estoy a punto de dar por terminado el día, alguien me toca la ventanilla. Me sobresalto y lo primero que veo es el uniforme marrón de policía y la pistola enfundada.

—Mierda —jadeo mientras me llevo una mano al pecho.

El hombre se inclina para asomarse por la ventana. ¿Es Wendell Unger, el comisario?

No lo he visto en veinte años. Su rostro está más envejecido, con la piel curtida y arrugada, pero creo que es él. Me hace señas para que baje la ventanilla y siento que se me sale el corazón del pecho mientras presiono el botón para bajar el cristal.

¿De dónde diablos salió? No vi a nadie acercarse.

—Buenas tardes —dice con un gesto de cabeza—. No quise asustarla, pero noté que llevaba un rato aquí y quise asegurarme de que todo estuviera bien.

—Todo está bien, oficial —respondo, y bajo la mirada hacia su placa: Unger.

—Bien. ¿Podría ver su identificación, por favor?

—¿Hice algo malo?

—Es solo precaución —dice—. Tiene matrícula de otro estado y está aparcada al fondo, como si quisiera observar algo sin ser vista. Solo hago mi trabajo, señora.

Tomo mi bolso del asiento del copiloto.

—Por supuesto. —Busco mi cartera, saco la licencia de conducir y la extiendo por la ventana. El comisario Unger la toma y la sostiene

con los brazos estirados, como si no llevara gafas para leer.

—¿Nueva York, eh? Está bastante lejos de casa, ¿no cree? ¿Qué la trae a Minton Parish?

—He venido a visitar a mi madre.

—¿Elizabeth Davis? —dice, con la mirada fija en mi licencia—. ¿La hija de Theresa?

—Sí, señor.

Sus ojos recorren mi rostro.

—Claro que sí. Ha pasado mucho tiempo, pero me acuerdo.

—¿De verdad?

Se inclina hasta quedar a la altura de mis ojos, separados solo por la puerta del automóvil, y me devuelve la licencia.

—Lamento lo de su madre.

—Gracias —respondo. Trago saliva y tomo mi identificación.

—Debería volver a su casa pronto. Esta parte del pueblo no es la más segura.

Desvío la mirada hacia la última habitación de la derecha, en el segundo piso, y vuelvo a mirar al comisario Unger. Me observa en silencio, atento, muy parecido a como siempre lo hacía Sam. Nunca le había prestado atención hasta ahora. Me hace sentir inquieta.

—Ya estaba por irme de todas formas.

Él asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Que tenga buenas noches, señorita Davis.

Subo la ventanilla y salgo del estacionamiento lo más rápido posible. Recién cuando estoy en la calle me permito mirar por el retrovisor. Ojalá no lo hubiera hecho, porque me recorre un escalofrío la espalda al ver la forma en que el comisario me observa alejarme del lugar que alguna vez fue la escena del crimen.

CAPÍTULO 11

Aún no ha amanecido cuando estaciono el automóvil de alquiler y apago el motor; me duele la espalda de estar tanto tiempo sentada. En Nueva York, voy caminando a casi todos lados o uso el tren, así que había olvidado lo pesado que es tener que conducir siempre. Mientras doy un largo sorbo al café y dejo que se apaguen las luces del techo, observo la casa de la esquina. Son las cinco de la mañana aquí, lo que significa que son las seis en Nueva York. Aún es temprano, pero no tanto para un local. Y es por una local que estoy aquí.

La casa de Ivy está a solo unos metros. No fue difícil encontrar su dirección. Anoche volví a buscar su nombre en Google; cualquier persona loca podría hallarla, y quizá ya lo hizo. La loca sería yo. Una mujer que trabaja en protección infantil debería ser más precavida; seguro que a la gente no le hace mucha gracia que le quiten a sus hijos. Todas las luces están apagadas, lo que significa que aún no debe estar despierta, lo cual es bueno. Quiero ver qué hace desde que se levanta.

Podría llamar a la puerta, sí, pero ya hablé con ella una vez y negó ser la responsable de todo esto. Necesito observarla, ver con quién

pasa el tiempo y a dónde va cuando cree que nadie la está mirando. Estará menos alerta si no sabe que estoy en Luisiana. Aunque, con lo chismosa que es mi madre y lo mucho que le gusta ir a la iglesia, es posible que Ivy ya lo sepa. Quizá todo el pueblo ya sabe que estoy aquí. Frunzo el ceño al considerar esa posibilidad.

Veinte minutos después se enciende una luz, y apunto la hora en las notas del teléfono. Ni siquiera sé por qué lo hago, pero tengo tantas cosas en la cabeza que no quiero olvidar ningún detalle. Pasada una hora, Ivy sale hacia su automóvil, estacionado con torpeza sobre el césped. ¿Por qué es algo común aquí? Estacionar sobre el césped. Hay otro vehículo en la entrada; supongo que es de su esposo. ¿Por qué no estaciona detrás de él o en la calle?

Intento beber otro trago de mi café, que está vacío. Estar aquí me pone nerviosa; para ser sincera, me recuerda quién era antes, y no me gusta. Me he ganado lo que soy hoy y todo lo que tengo. Trabajé duro para dejar atrás esa vida: graduarme con las mejores calificaciones, conseguir un trabajo que me encanta, salir con quien quiero y en mis propias condiciones. Me gusta mi nueva vida. No quiero que lo que sea que esté pasando, ni quien sea que lo sepa, ponga eso en peligro.

Cuando Ivy baja su minivan del césped, cuento hasta diez y luego la sigo. No va directamente al trabajo; primero se detiene en una pequeña cafetería. Considero entrar detrás de ella y pedir una bebida para llevar, pero no quiero perderla de vista. Así que doy una vuelta a la manzana y luego la sigo hasta las afueras del pueblo, donde han abierto un Walmart junto a un centro comercial. Entra primero en el centro comercial. Bajo del automóvil y la sigo a una distancia prudencial, pero solo compra pañales, un paquete

pequeño, lo que me hace pensar que quizá escasea el dinero. No sé mucho sobre bebés, pero imagino que, como casi todo, a mayor cantidad, menor es el costo por unidad. Cuando va a la caja, la luz fluorescente ilumina sus raíces oscuras. Necesita ir a la peluquería, lo que es otra señal de que tiene problemas económicos. ¿Habrá una motivación económica detrás de todo esto? ¿Será Hannah y está buscando un pago por su silencio? Es otro ángulo para considerar. Aunque, si ese es su juego, ¿qué está esperando?

Salgo de la tienda mientras ella aún está pagando y camino hasta mi coche, aparcado unas filas más allá del suyo. La mañana es húmeda y pegajosa. Resoplo, porque Luisiana es, por muchas razones, un lugar claustrofóbico.

Su última parada es la Oficina de Protección Infantil. Deja el automóvil al fondo del estacionamiento, a pesar de que apenas ha salido el sol, y entra con la vista clavada en el teléfono, sin mirar a su alrededor. Eso no sería una buena idea en Nueva York. ¿Alguna vez fui tan descuidada? Tal vez sea aceptable en un pueblo pequeño.

Esto podría tardar bastante, incluso horas, así que tomo un par de analgésicos para el dolor de espalda, saco el portátil y empiezo a trabajar en los capítulos que me enviaron mis estudiantes. Los había estado evitando por razones obvias, pero la siguiente ronda de entregas vence pronto y les debo mis devoluciones. Trabajo en uno que parece un intento de resucitar el romance vampírico: añado algunas sugerencias, recomiendo que lo haga más original y que no repita lo que ya se ha hecho. Luego suelto el aire despacio y me obligo a abrir el archivo que he estado evitando.

La historia de Hannah. O como sea que se llame.

A mi alrededor, el aparcamiento empieza a llenarse poco a poco, pero los capítulos me atrapan mientras los releo. Hannah es buena escritora, o tal vez las escenas me resultan vívidas porque ya conozco la historia. Dejo comentarios sobre algunos detalles menores: mantener un mismo tiempo verbal, eliminar palabras innecesarias... De repente, se me ocurre una idea.

> **¿Qué te parece si agregas una amiga a la trama con la que Jocelyn pueda hablar de su relación con su profesor? Eso ayudaría a desarrollar tu personaje más allá de su interacción con el señor Sawyer.**

Escribo el comentario y, mientras lo releo, siento cómo se me acelera el corazón. Agrego: «Llamémosla Lizzie, por ahora. Podría aparecer como una amiga...». Siento el sabor metálico de la sangre en la boca al morderme el labio antes de continuar: «Más adelante podría revelarse que tiene un papel importante en la historia».

No es el tipo de consejo que suelo dar. Mis estudiantes deben elegir sus propias tramas y desarrollar sus propios personajes, pero esta persona no es una estudiante normal, sino alguien que está jugando conmigo. Así que yo también jugaré con ella. Que sepa que lo sé. Se dibuja una sonrisa en mis labios al imaginar a esa persona, quien sea (¿Sam? ¿Ivy? ¿Mi propia madre?), leyendo las notas y dándose cuenta de que acabo de redoblarle la apuesta.

De repente, un golpe en la ventana me saca de mis pensamientos. Levanto la vista, esperando ver a Ivy mirándome sorprendida, pero en su lugar me encuentro con un rostro que esperaba no volver a ver. Wendell Unger. El comisario Wendell Unger.

¿Me está siguiendo? Debe de estar haciéndolo. Sé que este pueblo es pequeño, pero ¿dos veces en dos días? Cierro el ordenador de golpe y bajo un poco la ventanilla. Mi corazón late con fuerza y los nervios me gritan que esto no puede ser una coincidencia. ¿Por qué no presté más atención al retrovisor? Estaba tan concentrada en seguir que no pensé en que me siguieran. ¿Lo sabrá? Dios. Un pensamiento me golpea, y no es la primera vez que lo tengo: ¿y si está trabajando con Sam? Algún tipo de investigación entre estados. Eso sucede, ¿no? Aunque dudo que el detective de Nueva York se acueste con la sospechosa.

—Buenos días, señorita Davis.

—Hola, comisario Unger.

—¿Puedo preguntar qué hace montando guardia en un estacionamiento otra vez?

—Aprovechando para trabajar mientras espero a una amiga. —Señalo el ordenador—. ¿Y usted?

—Por desgracia, frecuento la Oficina de Protección Infantil. Gajes del oficio. —Presiona los labios—. ¿Por qué está esperando aquí fuera?

—Eh... —Miro hacia el frente del edificio—. Vine a visitar a una amiga, pero no llegó, así que pensé en esperarla aquí para no molestar en la oficina.

—¿A Ivy Leighton?

¿Cómo demonios lo sabe?

—Eh… Sí, a Ivy. —Intento que no note mi nerviosismo. No hay muchas personas que trabajen en cuidados infantiles en un pueblo pequeño, tal vez sabe que tenemos la misma edad...

—No se sorprenda, señorita Davis. Las dos eran inseparables. Y este es un pueblo pequeño, no la gran ciudad. Aquí sabemos quién es amigo de quién.

—Por supuesto. —Le ofrezco una sonrisa forzada—. Tiene muy buena memoria. —Quiero poner fin a la conversación. No quiero responder más preguntas sin un abogado presente. Pero se me olvidaba que, en los pueblos pequeños, la gente es muy habladora. Y esperan que los demás lo sean también.

De modo que no capta la señal cuando muevo el ordenador y miro en todas direcciones, menos hacia él. Es más, se apoya contra el coche, lanza las llaves al aire y las atrapa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se me revuelve el estómago. ¿Está siendo amistoso o está jugando conmigo para ponerme nerviosa?

—¿A qué se dedica en la gran ciudad?

—A enseñar, soy profesora.

—¿Ah, sí? ¿De qué asignatura? —Se endereza, saca una goma de mascar de tabaco del bolsillo y la abre. El aroma penetrante me invade la nariz y me provoca náuseas, y ya tenía el estómago revuelto.

—Literatura. Y también Escritura Creativa.

—Ah —responde, frunciendo el ceño, como si esa información fuera interesante. Pero la literatura es aburrida para la mayoría de las personas, y a casi nadie le resulta interesante que la enseñe. Muchos piensan que las reglas gramaticales o los libros demasiado largos del siglo pasado son difíciles de leer—. Bueno, será mejor que siga mi camino. Fue un placer verla otra vez. —Le da una palmada al automóvil y cruza el estacionamiento de vuelta a su patrulla. Veo

cómo, a lo lejos, se gira hacia mí con los ojos entrecerrados, como si hubiera dicho algo importante, algo que recordará.

Antes de pensarlo demasiado, enciendo el automóvil y conduzco de vuelta a casa de mi madre. *¿Qué demonios estoy haciendo?* Acosando a mi exmejor amiga, provocando a quienquiera que sea por comentarios en Microsoft Word, volviendo a Luisiana, donde nunca me sucedió nada bueno… y donde es probable que nada bueno me pase jamás.

CAPÍTULO 12

—Tengo que hacer una parada.

Miro a mi madre, que va sentada en el asiento del acompañante, y vuelvo a mirar el camino. Volvemos de una cita médica.

—Claro, ¿dónde?

—En la iglesia.

Frunzo el ceño. Qué sorpresa. Pero ¿qué podría hacer a las seis y media de la tarde? Las misas siempre eran a las nueve de la mañana y a las cuatro de la tarde, a menos que Saint Matthew haya cambiado las cosas, algo que dudo. Dios sabe que la Iglesia católica odia el cambio.

—¿Qué tienes que hacer a estas horas?

—Rezar.

—¿La misa no ha terminado ya?

—No necesitamos una ceremonia para dedicar tiempo de nuestro día a hablar con el Señor. Deberías intentarlo; tal vez te conviertas en una mejor persona.

—De acuerdo. —Me muerdo la lengua para no decirle cuál de las dos es peor persona.

Diez minutos después, me detengo junto a la acera de la iglesia, pero no apago el motor.

—¿No me acompañas? —me pregunta mi madre.

—No, a menos que necesites ayuda para entrar. Rezar es lo tuyo, no lo mío. Prefiero esperarte aquí.

Mi madre agacha el mentón, pero abre la puerta.

—No necesito tu ayuda.

Espero media hora, luego quince minutos más y, cuando ha pasado una hora entera sin señales de que salga, me desabrocho el cinturón de seguridad y apago el motor. Seguro que se está tomando su tiempo para destilar su rencor, pero también está enferma y débil. Una pequeña parte de mi corazón no se cerró cuando se trata de mi madre, así que no puedo evitar preocuparme, aunque me odie por ello. Pero también puede ser su forma de hacer que entre.

El vestíbulo de Saint Matthew no ha cambiado en absoluto: aún siguen en pie la cartelera con decenas de anuncios, las mismas sillas de cuero sintético donde los padres sientan a sus hijos cuando hacen demasiado bullicio durante el servicio del domingo y las fuentes de agua bendita a cada lado de la puerta. Me asomo y veo a mi madre sentada en un banco cerca del altar. Hay un hombre a su lado; supongo que es el sacerdote. Pienso en dar la vuelta y subir al automóvil para esperarla fuera, pero necesito dar por terminado este día, así que sigo las enseñanzas de mi madre: levanto el mentón y entro como si cada paso me quemara los pies.

El sacerdote es quien me ve primero, y mis pasos flaquean al ver su rostro. Es el padre Preston, a quien Ivy dijo que le había

confesado «algo» hace años. Por los cambios que veo, el pueblo bien podría haber estado congelado las dos últimas décadas.

Desvío la mirada porque no quiero mirarlo a los ojos, pero entonces me encuentro con una estatua que me llama la atención. No estaba ahí hace veinte años. La bilis sube por mi garganta, pero logro seguir dando pasos.

—Elizabeth, es maravilloso volver a verte. —El padre se levanta cuando llego a la banca.

—¿Es nueva? —pregunto, señalando la estatua.

—¿Santa Inés? Sí, lo es —responde con una sonrisa—. Es hermosa, ¿no crees?

—¿Cuándo llegó?

—Un feligrés la donó hace alrededor de un año.

—¿Qué feligrés?

—Fue una donación anónima. —Frunce el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

¿Otra coincidencia? ¿Cómo es posible que haya tantas en un pueblo tan pequeño?

Cuando miro la estatua otra vez, siento frío en todo el cuerpo. Fuera hace más de treinta grados y la iglesia no tiene aire acondicionado, así que solo puede significar una cosa: estoy a punto de tener un ataque de pánico. Tengo que salir de aquí rápido.

Mi madre aún no ha levantado la vista hacia mí. Tiene la cabeza gacha, como si estuviera avergonzada. Creí que este era un lugar al que uno venía a dejar eso atrás.

—Mamá...

Ella se gira y veo que tiene un papel en la mano. Me acerco para verlo mejor.

BEBER.
TENER SEXO.

Cierro los ojos. *Es su lista*. Ahora entiendo por qué tardaba tanto.

Ella sigue mi mirada y se lleva el papel al pecho para que no pueda verlo, lo que hace que me pregunte qué más habrá escrito. Debería haber leído la lista completa cuando tuve la oportunidad. ¿Está aquí para confesar solo sus pecados o para confesar todo lo que considera un crimen contra el Señor, aunque esos pecados no le pertenezcan?

***

—¿Qué le sirvo? —La camarera, una chica que parece tener poco más de dieciocho años, coloca una servilleta frente a mí. Aunque es joven, llena muy bien la camiseta que lleva, y supongo que eso es más importante por aquí.

—Un whisky. Si tienen Macallan Double Cask, mejor.

—No es de aquí, ¿verdad? —pregunta con una mueca.

—Ya no. ¿Eso significa que no tienen Macallan?

—No, no tenemos.

—¿Y cuál tienen?

—Hendrick's.

No me molesto en decirle que el Hendrick's es ginebra, no whisky. A estas alturas, bebería queroseno.

—Sírveme una copa. Gracias.

Mientras la chica busca la botella, saco mi tarjeta de crédito, la dejo sobre la barra y miro alrededor. Este local era un bar cerrado cuando era niña; no recuerdo cómo se llamaba, pero sin duda no era Liars. Es una pocilga típica, oscura para que los clientes no vean que los vasos están sucios, con taburetes de madera inestables que necesitan almohadones y un cuarto trasero con dos dianas y una mesa de billar vieja. Un hombre con corte *mullet* y entradas se inclina sobre la mesa para tirar en una de las dianas y, cuando se encuentra con mi mirada, me sonríe con lujuria. Me giro rápidamente, con la esperanza de que no lo interprete como una invitación.

Me bebo el primer trago a los pocos minutos de que me lo sirvan. El gin arde al bajar por mi garganta hasta el estómago. A veces bebo un trago de vino con la cena, pero casi nunca me emborracho; esta noche voy a hacer una excepción. Debe de haber poco más de un kilómetro hasta la casa de mi madre y el coche de alquiler puede quedarse en el aparcamiento, así que levanto la mano para llamar a la camarera.

—¿Otro trago?

—Sí, por favor.

Una voz me toma desprevenida:

—Agrégalo a mi cuenta, Willow.

Espero ver al hombre de las dianas, pero me encuentro con una grata sorpresa: un hombre alto y apuesto (muy joven para mí) con una encantadora sonrisa de lado. Cuando la sonrisa se amplía, se le forman dos hoyuelos profundos. *Santo Dios.*

—Sin duda, no eres de aquí —dice, arrastrando las palabras.

—¿Eso crees? —Me giro para verlo mejor—. ¿Por qué?

—Porque las chicas de aquí solo beben tres cosas: aperitivos, vodka con soda o whisky con cola. De las terceras me mantengo alejado, porque eso significa que acabarán demasiado borrachas.

—Supongo que ya no bebo nada de eso porque soy una mujer, no una chica.

Hoyuelos me mira de arriba abajo. Sus ojos brillan al encontrarse con los míos.

—Sí que lo eres.

Me hace reír. Es cursi y exagerado, pero tiene algo que me gusta. Tal vez sea su confianza. Nada me atrae más que un hombre seguro de sí mismo. Por eso Sam no es el primer policía con el que salgo.

—¿Cómo te llamas? —Ladeo la cabeza—. ¿O debería llamarte «Hoyuelos»?

—Me llamo Noah. —Sonríe y usa su encanto como un arma—. ¿Y tú? —Me extiende una mano.

—Elizabeth. —Le doy la mano, pero en lugar de estrechármela, se la lleva a los labios y me da un beso en los nudillos.

—Es un placer. ¿De dónde eres, cariño? Espera. —Mueve la cabeza de un lado a otro—. Déjame adivinar.

—Esto será interesante... —Cruzo una pierna sobre la otra. Noah sigue el movimiento y, sin pudor, levanta la vista y me señala con un dedo.

—Apuesto a que eres de Nueva York.

—De hecho, sí, lo soy. ¿Qué me ha delatado?

—Das esa impresión.

—¿Cuál?

—De que puedes comerte a un hombre vivo —dice con una sonrisa.

—Dado que estás aquí de pie y me has comprado una copa, supongo que te gusta que te coman vivo.

—No me molesta. —Se acerca a mi oído y murmura—: Pero soy un caballero, así que siempre como primero.

La camarera nos interrumpe, lo cual agradezco, porque este chico me está poniendo en un aprieto. Después de dejar otro trago frente a mí, se dirige a Noah.

—¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

—Enseguida —responde con dos golpecitos en la barra.

Noah se sienta a mi lado y se acerca tanto que nuestras rodillas se tocan.

—¿Qué trae a una citadina por aquí?

—Visito a mi familia. —Bebo un buen trago y observo al hombre por encima del vaso—. Dime, ¿qué edad tienes, Noah?

—La suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para lo que quieras. —Me sonríe otra vez.

—Debí esperar esa respuesta —digo entre risas.

Hablamos durante la siguiente hora. Para mi sorpresa, tenemos mucho en común, aunque hice el cálculo cuando mencionó el año en que se graduó y resulta que es diez años menor que yo. Es escritor y redacta una columna de deportes para el *Louisiana Post*, pero su sueño es escribir una novela. Tiene un título en Periodismo de Tulane, corre medias maratones y está dispuesto a viajar para disfrutar de una buena comida. Ha leído a Tolstói y a Faulkner, pero prefiere a Stephen King en noches ventosas. Y está reformando su casa él mismo en lugar de contratar a alguien.

Después de mi tercer trago, me relajo lo suficiente como para olvidar por primera vez por qué estoy aquí desde que crucé la frontera interestatal. Y mi instinto me dice que el hombre que tengo enfrente podría hacerme olvidar hasta mi nombre, así que, aunque no suelo involucrarme con hombres menores de cuarenta años, decido hacer una excepción.

Noah se disculpa para ir al baño y, después de unos segundos, bajo del taburete para seguirlo. Miro a mi alrededor para ver si alguien me está mirando antes de abrir la puerta y entrar. Noah está frente al mingitorio y no se gira hasta que oye el cerrojo. Cuando me ve, sus ojos se dilatan.

—Puedes terminar.

—Ni siquiera empecé. —Ríe y se da la vuelta—. Pero, de repente, creo que puedo esperar. ¿Qué haces en el baño de hombres, hermosa?

—Estoy comprobando si merece la pena ir a casa contigo.

—¿Y qué dices? —pregunta con una ceja en alto.

Cuando asiento con la cabeza, se acerca hasta que nuestras narices se tocan. No deja de mirarme a los ojos mientras me toma de la cintura y me aprieta contra él. La otra mano baja a mi trasero, me lo masajea y luego me levanta del suelo. Entonces, le rodeo la cintura con las piernas, como si ya hubiéramos estado juntos antes, y él sella sus labios contra los míos. Camina hasta que golpeo la puerta que hay detrás de mí. Entonces, ambos abrimos la boca y nuestras lenguas se enredan con frenesí.

Noah se pega a mí y frota su prominente erección arriba y abajo. Como llevo un vestido, el contacto es casi directo y la fricción me

provoca una descarga eléctrica que me llega hasta los pies. *Sin duda*, *merece la pena ir a casa con él*.

Enreda los dedos en mi cabello, cierra la mano en un puño y me hace jadear al llevar mi cabeza hacia atrás y bajar los labios a mi cuello. Desciende succionando y me excita tanto que ni siquiera me importa estar en este baño asqueroso. Bajo la mano entre los dos y le doy un apretón firme a su entrepierna.

—Me estás matando, cariño —gime—. Estás empezando algo que no podremos terminar ahora.

—¿Quién dijo que no? Te deseo. Dime que tienes un condón, por favor.

—Lo tengo, pero no podemos hacerlo aquí.

—¿Por qué no? —Comienzo a bajarle la cremallera—. ¿Nunca has tenido sexo en un baño público?

—No. ¿Y tú? —Me mira a los ojos.

Desvío la mirada y no respondo, pero deslizo la mano debajo de su ropa interior. Su piel es caliente y suave. Acaricio la punta de su miembro con movimientos circulares hasta que se humedece. Él sisea y mece las caderas contra mí.

—Tendré que bajarte para buscar un condón.

—De acuerdo, pero date prisa.

Me baja al suelo para buscar un condón en su bolsillo trasero y lo abre con los dientes. Una vez se lo ha puesto, me doy la vuelta y apoyo las manos en la pared. No hace falta que le diga qué hacer: desliza los dedos debajo de mi ropa interior, acaricia mi centro húmedo y suelta un gemido.

—Ni siquiera te he tocado y ya estás lista para mí.

—Entonces, ¿qué estás esperando?

—Mierda. Me encantan las neoyorquinas. —Noah me levanta el vestido, me rodea con un brazo por la cintura y me pone de puntillas. Con la otra mano, alinea su miembro con mi centro, empuja y me penetra por completo.

Jadeo con una chispa de incomodidad, pero es justo lo que necesitaba. De hecho, es lo mejor que he sentido en años.

—¿Estás bien? —Sus dedos presionan mi cadera. Mi respuesta es adelantarme hasta sacarlo casi por completo de dentro de mí y luego empujar hacia atrás con fuerza para recibirlo otra vez—. Tomaré eso como un sí —gime.

A continuación, todo sucede muy rápido. Noah me embiste con fuerza y rapidez. Se siente desesperado y casi furioso, y yo necesito más. Me muevo con él, acompañando cada embestida, hasta que mi interior comienza a tensarse, a tener su propio pulso. Y, cuando lleva una mano hacia delante para frotarme el clítoris, pierdo el control. El orgasmo me atraviesa con tal intensidad que me hace olvidarlo todo. Es justo lo que buscaba.

Cuando termina, todavía jadeantes, empiezo a ver el espacio con claridad por primera vez. El lugar está sucio y maloliente, y de pronto necesito largarme de aquí. Busco las toallas de papel, que están sobre el lavabo en lugar de en el contenedor de la pared, y me limpio antes de acomodarme la ropa. Ni siquiera han pasado dos minutos y ya quiero a este hombre dentro de mí otra vez.

Pero no aquí.

—¿Te gustaría llevarme a tu casa para tener sexo otra vez?

—Dios, realmente amo a las neoyorquinas —dice sonriente—. Sin rodeos, directo al grano.

—¿Has estado con muchas mujeres de Nueva York?

—Con ninguna —admite con chispas en los ojos.

—¿Eso es un sí?

—Un claro sí. Larguémonos de aquí. —Abre la puerta, pero lo detengo.

—¿No necesitas ir al baño?

—Aguantaré. —Me guiña un ojo, toma mi mano y me lleva de vuelta a la barra, donde deja algunos billetes de veinte.

Estoy tan desenfrenada que no me importa que pague él la cuenta. De todas formas, no tengo suficiente efectivo y pagar con tarjeta de crédito tomaría demasiado tiempo. Luego, Noah me toma de la mano otra vez y casi me arrastra hacia la puerta.

Hay más gente que cuando llegamos y algunos hombres lo saludan, pero él responde con un ligero movimiento de cabeza y sigue caminando. Al llegar a la puerta, me pone una mano en la espalda y me guía hacia el exterior sin dejar entrar primero al nuevo cliente.

—¿Algo se incendia, Sawyer? —exige el hombre.

Me quedo helada.

Noah no se da cuenta de que me he detenido hasta que me empuja suavemente con la mano porque estoy rígida.

—¿Qué tienes?

—¿El hombre te llamó Sawyer?

—Sí, ¿por qué? —Se encoge de hombros—. Muchas personas lo hacen.

—¿Por qué?

—Porque es mi apellido.

CAPÍTULO 13

Son casi las cuatro de la madrugada y miro el techo mientras me pregunto qué demonios está pasando.

Porque algo está sucediendo, no me cabe duda.

Esos ojos. No sé cómo no los reconocí de inmediato. ¿Noah Sawyer, su hijo, se encontró conmigo esta noche en un bar por casualidad? Me muerdo el labio, me doy la vuelta y miro a través de la ventana sucia y manchada de tabaco. Un árbol delgado se eleva hacia el cielo con dos pájaros posados en él, gorjeándose el uno al otro. Mi vista se desenfoca mientras los observo. Este es un pueblo pequeño y solo hay un par de bares. Tal vez fue una coincidencia. Los otros hombres lo conocían, lo llamaban por su nombre. La camarera también lo conocía y sabía cuál era su trago habitual. Así que no era la primera vez que iba.

Es verdad que él se me acercó, me compró bebidas y mostró un interés muy marcado por mí.

Tal vez lo habría hecho con cualquier mujer medianamente atractiva que fuera nueva en el pueblo. Sin duda, es un coqueto arrogante y seguro de sí mismo. Trago saliva y me obligo a no pensar en él, en cómo rozó mi oreja con sus labios, en la expresión

de emoción que se le dibujó en el rostro cuando entré en el baño de hombres.

Me acosté con Noah Sawyer.

Estuve a punto de irme a casa con el hijo del señor Sawyer.

El hijo del hombre al que maté… Es repugnante siquiera pensar que ese monstruo tuvo un hijo.

Pero ¿y si Noah lo sabe? ¿Y si Noah es Hannah?

Dijo que era escritor…

Suelto un largo suspiro y me levanto de la cama. No puedo seguir recostada; estoy lejos de poder dormir después de lo que estuvo a punto de pasar esta tarde. Siento que podría estar despierta durante días, tengo los nervios de punta y el efecto del alcohol se desvaneció hace rato. Saber el apellido de Noah me devolvió la sobriedad de golpe.

Mi mirada se detiene en la maleta. Mi vuelo de vuelta es el sábado, pero quizá pueda conseguir uno mañana. O más bien hoy, ya que hace rato que pasó la medianoche. Odio irme y dejar a mi madre así, pero de todas formas tengo que volver al trabajo la semana que viene y, en realidad, ella no quiere que esté aquí. Además, no le sirvo de nada estando así, al borde de perder el control. Estoy paranoica, convencida de que todos están involucrados en lo que sea que esté pasando: Noah, mi madre, el maldito sacerdote, Ivy e incluso el comisario Unger. Si me quedo aquí mucho más tiempo, medio pueblo será sospechoso. Debería hacer una lista. Podría titularla «Personas que creo que quieren arruinarme la vida».

Necesito café. El café me sacará de esta horrible neblina en la que estoy atrapada. Cuando salgo a la cocina, el olor me golpea. Un olor

agrio, a moho y a podredumbre, tanto de la casa como de la vida humana. Mi madre está muriendo.

Trago saliva, tomo la vieja cafetera plateada que mi madre ha usado desde que yo era niña y una marea de emociones me invade de nuevo. Parecen llegar en oleadas. Aún no he llorado, y creo que es porque ninguno de mis sentimientos es puro. La tristeza por la salud de mi madre se mezcla con el resentimiento. La culpa por no haber estado aquí se confunde con la rabia por que ella no me quiera en este lugar. Es agotador y, aun así, no puedo dormir.

Echo el café molido en la vieja cafetera, la lleno de agua y miro alrededor mientras espero a que hierva. El suelo tiene una capa de suciedad y el fregadero está manchado con una costra amarillenta. Ambos necesitan lejía y una buena esponja de acero. Tal vez podría conseguir que viniera alguien a ayudar, aunque seguro que mi madre diría que es un desperdicio de dinero y que no necesita mi ayuda. Podría pedirle a la iglesia que se hiciera cargo y darle el dinero para contratar una empresa de limpieza y una asistenta. Tengo ahorros suficientes. Aunque eso significaría hablar con el padre Preston, ¿no? Mis pensamientos dan vueltas sin control mientras el olor del café flota por la cocina.

Unos minutos después, con la taza de café en la mano, vuelvo al pequeño dormitorio. Lanzo la maleta sobre la cama, saco un conjunto limpio, comienzo a doblar camisas y pantalones y lo guardo todo a empujones. Me daré una ducha rápida y luego podré guardar mis artículos de aseo y llamar a la aerolínea.

Un golpe me interrumpe.

Se me cae un zapato de las manos, giro para mirar sobre mi hombro y escucho con atención. Silencio.

—¿Mamá? —llamo.

Nada.

Pienso en ignorarlo; seguro que se emborrachó y se le cayó la botella de la mano. Pero el ruido fue demasiado fuerte, más que el de una botella.

—¿Mamá? —Esta vez, salgo al pasillo para que me oiga. Otra vez, no hay respuesta. El corazón me empieza a latir con fuerza—. ¿Hola? —digo con cautela, avanzando hacia la cocina.

Lo primero que veo es su pie. Un calcetín blanco de algodón con un agujero en el talón y casi desaparecido por el uso.

—¡Mamá! —Caigo de rodillas a su lado al instante, toco su rostro gris y le busco el pulso con los dedos. Al principio no siento nada, solo su piel caliente y febril (al menos no está fría), pero luego lo encuentro. Un latido lento y constante*. Pum, pum, pum*. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta, pero su mano se mueve; al menos es una señal de vida.

¿Se cayó? Siento cómo se me frunce el ceño. Probablemente estaba borracha y por eso se tropezó.

Luego veo la sangre que le corre por detrás de la cabeza.

Mierda.

Corro de vuelta a la habitación y busco mi móvil con desesperación por todas partes hasta que lo encuentro en el bolsillo. Marco el 911.

Le doy la dirección a la operadora y le digo que mi madre se ha caído, que está inconsciente y sangrando. El resto es una nebulosa, pero me dice que me quede en la línea. Espero quince largos minutos, sosteniendo la mano de mi madre, con miedo de moverla. ¿Y si tiene una lesión en la médula espinal? Recuerdo un episodio de

Grey's Anatomy en el que juraría que dijeron que nunca hay que mover a alguien si no estás seguro. Pasada una eternidad, alguien llama a la puerta y dos hombres entran deprisa. Hacen preguntas con voces tranquilas y, de alguna manera, logro responderlas en el mismo tono, aunque por dentro no me siento nada tranquila.

—Mi madre se ha caído —les digo, y les explico lo poco que sé. Que me estaba preparando un café, que estaba haciendo la maleta, que escuché un golpe—. Dios, ¿y si no hubiera estado aquí? —Mis ojos, abiertos por la emoción, se encuentran con la mirada del paramédico más alto, que ignora mi pregunta y dice algo así como «Cuidaremos bien de ella» mientras bloquea la camilla con ruedas a la altura de la cintura.

—La llevaremos al Hospital Memorial. ¿Sabe cómo llegar?

Niego con la cabeza.

—No lo recuerdo. Hace mucho que no vivo aquí.

—Puede seguirnos.

—De acuerdo. —Subo al automóvil sin tener ni idea de lo que está pasando. Pero hay una cosa que sé con absoluta certeza: ahora no puedo irme del pueblo.

***

—La medicación que toma puede comprometer su sistema inmune, por eso la infección se ha aferrado. —El médico baja la vista hacia mi madre y se levanta las gafas con el dedo índice—. Pero los antibióticos que le administramos deberían funcionar. También añadiremos una profilaxis antifúngica por si acaso. Está débil, pero es probable que podamos recuperarla de esta recaída.

No paso por alto que no usa afirmaciones, sino potenciales: la medicación *debería* funcionar. Mi madre *debería* salvarse. Respiro hondo.

—De acuerdo. Gracias.

El médico sale de la sala y solo quedamos mi madre y yo.

Está cubierta por una sábana, con la cabeza elevada y una vía intravenosa en la mano por la que le administran líquidos transparentes procedentes de *cuatro* bolsas diferentes. Las máquinas emiten un ruido mecánico y están conectadas al monitor que hay sobre su cabeza. No es solo una habitación de hospital; está en Cuidados Intensivos: un lugar frío y espeluznante lleno de enfermeras serias que no parecen saber sonreír. Claro, no deberían tener que hacerlo; están manteniendo a personas con vida. Por lo pronto, a mi madre, aunque esté destinada a morir.

Seis horas y veinte minutos después (lo sé porque estuve alternando la mirada entre mi madre y el reloj de pared), una de las enfermeras entra en la habitación y me pone una mano en el hombro.

—No creo que haya cambios en las próximas veinticuatro horas. La medicación tiene que hacer su trabajo y le estamos dando sedantes para que descanse. Sus signos vitales son estables. Puede irse a casa si quiere.

—Está bien. Gracias.

Cuando la enfermera se va, miro a mi madre. Supe que estaba grave cuando entré en la casa y la vi por primera vez (su complexión y su rostro escuálido lo delataron antes de que lo dijera), pero recién ahora he tomado conciencia de que se irá pronto, muy pronto. Si no

es en esta hospitalización, será en la próxima o en la siguiente, pero no le queda mucho tiempo.

—Adiós, mamá —le digo, tomándole la mano—, volveré pronto.

Salgo de Cuidados Intensivos sumida en mis pensamientos, bajo a la recepción y salgo por la puerta giratoria. Alguien entra al mismo tiempo, pero no le presto atención hasta que escucho mi nombre.

—¿Elizabeth?

Lo miro y parpadeo varias veces.

—¿Lucas?

—Me parecía que eras tú. —Sonríe y me envuelve en un abrazo que me toma por sorpresa—. ¿Cómo estás? Han pasado años. —Al soltarme, niega con la cabeza y me dice—: Cielos, estás genial.

Sigue negando con la cabeza mientras se aparta.

—Te ves increíble.

—Tú también —respondo con una sonrisa. Y es verdad; Lucas era delgado en la escuela secundaria, pero ahora está más fornido, ha madurado y tiene un aspecto muy masculino. Solía coquetear con Jocelyn, pero a mí también me gustaba. Hoy lleva puesto un uniforme médico negro, como el de algunas de las personas que vi en la UCI.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, soy asistente médico. ¿Y tú? ¿Estás visitando a alguien?

—A mi madre.

—Escuché que estaba enferma —admite con el ceño fruncido—. Ya sabes cómo es este pueblo, nada es privado. Lo siento. ¿Todo anda bien?

—Lo estará. —Me obligo a sonreír.

—Bien. —Niega de nuevo con la cabeza y luego sus ojos recorren mi rostro—. Realmente te ves increíble.

—Gracias. —El cumplido me hace sentir calor en el estómago.

—Vives en Nueva York, ¿verdad? Siempre le pregunto a tu madre cómo estás cuando la veo. Presume mucho de que eres profesora.

—¿En serio?

—Sí. ¿Estás casada?

—No. ¿Y tú?

Lucas niega con la cabeza.

—Estuve comprometido hasta hace unos seis meses, pero no funcionó.

Se oye un pitido breve, un sonido electrónico. Lucas baja la mirada y pulsa un botón del localizador que lleva enganchado al pantalón del uniforme. Frunce el ceño y señala hacia atrás.

—Tengo que irme. ¿Cuánto tiempo vas a estar en el pueblo?

—No estoy segura.

—Tal vez podamos tomar algo y ponernos al día. Déjame tu número.

Dudo un momento, no porque no quiera salir a tomar algo, sino porque últimamente desconfío de todo el mundo y Lucas fue mencionado en uno de los capítulos que me envió Hannah. Aunque en este caso parece que una coincidencia es solo una coincidencia, así que sonrío y asiento.

—Claro.

—Bueno, tendremos que hacerlo a la antigua porque me olvidé el teléfono en casa. Me di cuenta cuando estaba estacionando. —Abre su morral de cuero, arranca una esquina de una hoja de papel y me entrega un bolígrafo—. Como en los viejos tiempos.

Anoto mi número y se lo devuelvo con una sonrisa.

—Gracias —dice—. Trabajo tres turnos de doce horas, tres días seguidos, y luego tengo cuatro libres. Hoy es mi último día, pero pasaré a ver a tu madre esta tarde.

—Te lo agradezco.

—¿Te llamo?

—De acuerdo —respondo con una sonrisa.

El hospital está a solo veinte minutos de la casa de mi madre, pero bostezo dos veces por el camino; no haber dormido en toda la noche empieza a pasarme factura. Necesito al menos una siesta y también debería comer algo; tal vez lo haga después porque estoy demasiado cansada para cocinar o ir a la tienda. Estaciono en la entrada con grandes planes en mente, pero parece que tendrán que esperar, porque ya hay otro vehículo allí. Una camioneta roja desconocida y algo oxidada. Típica de Luisiana.

Un hombre baja del vehículo, más bien se contonea, y sé quién es de inmediato, incluso antes de que cierre la puerta y vea su rostro apuesto.

—Noah —murmuro. Si me quedara algo de emoción, creo que estaría nerviosa. Enojada. Desconfiada. Sin embargo, me siento un poco ebria, aunque esta vez el alcohol no tiene nada que ver—. ¿Qué haces aquí?

CAPÍTULO 14

—Dejaste esto en el bar. —Noah levanta dos dedos, entre los que sostiene una tarjeta de crédito—. Willow, la camarera, me llamó. Le dije que intentaría devolvértela.

Se me olvidó por completo que le había dado mi Amex a la camarera cuando pedí mi primera copa anoche en el bar. Nos fuimos tan deprisa…

Doy un paso adelante y tomo la tarjeta.

—¿Cómo supiste dónde vivía?

—No fue muy difícil averiguarlo. Mencionaste que tu madre estaba enferma, así que pregunté si alguien conocía a alguna persona con el apellido que aparece en la tarjeta. —Se encoge de hombros—. Es un pueblo pequeño. La segunda persona a la que pregunté va a Saint Matthew y sabía de quién hablaba y dónde vivía Theresa Davis.

Exhalo un suspiro entrecortado.

—Bueno, gracias por traerla de vuelta.

—¿Crees en el destino, Elizabeth?

Mis ojos se agrandan. *¿Qué me está preguntando?* Niego con la cabeza.

—No. Creo que todos elegimos nuestro propio camino en la vida.

—Entonces, quizá elegiste olvidar esa tarjeta, tal vez incluso de forma inconsciente, para que yo viniera a buscarte.

—Creo que es más probable que me esté volviendo olvidadiza con la edad.

Noah sonríe, mostrando esos hoyuelos encantadores y juveniles.

—¿Por qué huiste de mí anoche, cariño?

—Es que... bebí un poco de más y el aire fresco me espabiló. Me di cuenta de que debía detenerme a tiempo.

—Creí que la estábamos pasando bien, que había buena química.

—La hubo. Pero eres demasiado joven para mí.

—Tengo veintisiete, no diecisiete. Además, para la mayoría de las mujeres, mi juventud es una ventaja, no una desventaja.

Diecisiete.

La edad que yo tenía cuando...

Busco en el rostro de Noah alguna señal de que está jugando conmigo, pero no encuentro nada siniestro.

—No sería buena idea llevar esto más lejos.

—¿Tienes novio en casa?

—No. —Hago una pausa. Debería poner fin a la conversación y marcharme. Pero algo me atrae de este hombre, incluso sobria. Ahora que sé quién es, la curiosidad puede más que yo—. ¿Tú tienes novia?

—Ya no. Terminamos hace dos meses.

—¿Por qué?

—No queríamos lo mismo.

—¿Qué significa eso?

—Ella quería formar una familia, tener hijos.

—¿Y tú no quieres eso ahora?

—No quiero eso nunca.

—¿Por qué no?

—¿Te has casado o tienes hijos? —me pregunta. Niego con la cabeza—. ¿Quieres contarme por qué tomaste esa decisión?

—Entendido. —No puedo evitar sonreír.

Noah baja la mirada y patea el aire en un gesto tímido, casi torpe.

—Me gustas, Elizabeth. No conozco a muchas mujeres como tú por aquí. Me encantaría invitarte a salir.

Hago una pausa. Algo en el fondo de mi estómago me dice que acepte. Sin embargo, vuelvo a negar con la cabeza.

—No es buena idea.

—Tal vez. Pero algunas de las mejores experiencias que he tenido empezaron con ideas que parecían malas.

Suelto una risita. Siempre tiene una respuesta para todo.

Él levanta la vista y me atrapa con la mirada.

—En serio, pareces una mujer que dice lo que piensa. Y no te he oído decir que no quieres salir conmigo. Hay una diferencia entre no querer hacer algo y pensar que es una mala idea.

Anoche no lo noté porque el bar estaba muy oscuro, pero sus ojos son exactamente del mismo color que los de su padre: un verde musgo profundo con destellos dorados. Hay muchas cosas de hace veinte años que no recuerdo, pero uno no olvida el rostro de una persona cuando está a punto de matarla. La única diferencia es que los ojos de Noah tienen una luz propia, un brillo que refleja el sol. Los del señor Sawyer eran fríos y opacos, incluso cuando aún respiraba.

Igual que anoche, siento una profunda atracción por este hombre.

—¿Cuánto tiempo estarás en el pueblo?

—Ya no estoy segura. Planeaba irme hoy. —Señalo la puerta principal con el pulgar—. Pero mi madre se cayó y ahora está en el hospital.

—Me han hablado de su salud. La mujer que me dijo dónde vivías mencionó que tu madre tiene cáncer.

Asiento con la cabeza.

—Su pronóstico no es bueno.

—Sé lo difícil que puede ser. —Él asiente también—. Mi madre murió hace un tiempo. Enfermedad cardíaca. Fue duro verla pasar por eso.

—Lo siento. —Es verdad, aunque también acaba de abrir una puerta—. ¿Aún tienes a tu padre?

Noah desvía la mirada.

—Murió cuando yo era niño.

Espero que diga algo más, pero no lo hace. Solo gira las llaves entre los dedos, las lanza al aire y las atrapa con un tintineo cuando caen. Debe de ser algo típico del sur.

—Bueno, supongo que debería irme. Me encantaría invitarte a salir, de verdad, pero no insistiré, sobre todo sabiendo por lo que estás pasando.

—Gracias otra vez por devolverme la tarjeta.

—Cuando quieras. Y si alguna vez necesitas compañía, amistad o un hombro en el que llorar porque las cosas se complican con tu madre, llámame. —Me guiña un ojo—. He dejado mi número en la parte de atrás de la tarjeta.

—Gracias, Noah. —Sonrío.

Da un paso hacia mí y me da un beso en la frente. Es un gesto dulce y lo bastante inocente.

—Cuídate, Elizabeth. Te deseo lo mejor.

Lo observo mientras se aleja, pero, a medida que lo hace, me invade una sensación abrumadora de miedo, como si estuviera a punto de perder algo que necesito.

—¡Espera! —grito justo cuando está cerrando la puerta de su camioneta. Se incorpora desde el asiento del conductor y me presta toda su atención—. ¿Por qué no entras un rato?

***

—¿Eres tú? —me pregunta Noah, mostrándome un portarretratos. En la foto, estoy con mi vestido de comunión y las manos juntas, como la buena cristiana que mi madre siempre quiso que fuera.

—Sí.

—¿Eres religiosa?

—No.

Me mira esperando algo más. Tras un minuto, sonríe.

—¿No vas a preguntarme si yo lo soy?

—No. Ese es tu asunto.

—¿Lo ves? —Sonríe y deja la foto sobre la mesa—. Esa es la diferencia entre tú y las mujeres de por aquí. Piensas que está bien mantener algunas cosas en privado.

—Por supuesto que sí.

—Las mujeres con las que salí querían saber todo lo que se me pasaba por la cabeza.

—Suena a que eran inseguras.

—Tal vez. —Se encoge de hombros y mira a su alrededor—. ¿Así que aquí creciste? ¿En esta casa?

—Sí.

—Es bonita.

—Es una pocilga.

—Ahí está otra vez —ríe—. Sin rodeos. Dices las cosas tal como son.

—¿Preferirías que te mintiera?

—Para nada. Aprecio a una mujer que es directa conmigo.

—Entonces, ¿eso significa que tú también eres directo conmigo, Noah? —Inclino la cabeza.

—¿Sobre qué? —replica con el ceño fruncido.

—Sobre todo.

Sus ojos van y vienen entre los míos.

—No te he dicho ni una sola mentira desde que nos conocimos.

Parece sincero de nuevo. Pero ¿y si solo eligió bien sus palabras? No me mintió, pero quizá omitió algo, como que sabe quién soy, que se sentó a mi lado a propósito o que es uno de mis estudiantes.

Aprovecho su atención y le sostengo la mirada.

—¿Qué te hizo acercarte a mí anoche?

—Eras la chica más guapa del lugar.

—«Mujer», no «chica», Noah.

Sus ojos recorren rápidamente mi cuerpo y luego sonríe.

—Tienes razón. Toda una mujer. De eso no hay duda. —Da un paso más cerca. Mi corazón late con fuerza, pero no me muevo. Noah aparta un mechón de mi hombro—. Eres muy hermosa.

Hay algo en su voz, ese acento sureño que no había escuchado en años, que hace que me recorra un cosquilleo el estómago y un poco

más abajo también.

—Gracias.

Se inclina e inhala profundamente.

—También hueles muy bien.

—Debe de ser el olor del hospital.

No se deja disuadir, sino que sonríe y me recorre el cuello con la nariz.

—Anoche, cuando volví a casa, no podía dejar de pensar en ti. Lo que hicimos en ese baño fue de otro planeta. —Suspira. Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso. Asciende hacia mi oído, y su respiración me produce cosquillas en la piel—. ¿Puedo besarte otra vez, Elizabeth? ¿Tocarte otra vez?

Quiero decirle que no, pero también quiero olvidar a mi madre muriéndose, a Hannah Greer, a todo Luisiana. Además, quiero sentir su cuerpo contra el mío otra vez, pero, como mi vida está tan fuera de control, necesito ser yo quien tome la iniciativa. Entonces, sin decir nada, llevo una mano a su pecho y lo empujo, sin demasiada delicadeza. Él da un paso atrás, luego dos y tres, hasta que choca el sofá con la parte de atrás de las rodillas. Entonces le doy otro empujón y cae de espaldas. Luego me subo a su regazo y cubro su boca con la mía.

La suavidad de sus labios me deja perpleja por un momento, pero luego introduce su lengua en mi boca, entierra los dedos en mi cabello, cierra la mano en un puño y me aferra con fuerza una vez más. Con eso, la suavidad se esfuma. Aunque yo di el primer paso y estoy sobre él, de algún modo se siente como si él me estuviera besando a mí y no al revés. Y me gusta. Me gusta lo agresivo que es y lo firmes que son sus manos sobre mí. Cuando empuja hacia

arriba y siento su erección a través de los vaqueros, pongo los ojos en blanco de placer. Luego lleva una de sus grandes manos a mi cadera para moverme adelante y atrás, lo que genera una fricción que se siente muy bien, en el lugar perfecto. Pero entonces suena un teléfono móvil. Intento ignorarlo y bloquearlo profundizando el beso, pero Noah se aparta.

—¿No deberías contestar? Podría ser del hospital.

Parpadeo varias veces. *Mierda, tiene razón*. ¿Y qué demonios estoy haciendo? Me levanto y miro a mi alrededor en busca de la fuente del sonido. La cocina. Mi bolso.

—¿Hola?

—¿Hablo con Elizabeth Davis?

—Sí.

—Soy Kate Stern, enfermera del Hospital Memorial.

—¿Qué ha pasado?

—Los signos vitales de su madre han bajado y es posible que tengamos que intubarla. Nuestros registros indican que no sabe si su madre tenía un testamento o había tomado decisiones sobre el tratamiento que quería recibir.

—Pensaba buscarlo al llegar a casa, pero aún no he tenido oportunidad.

—¿Podría hacerlo ahora e informarme de lo que encuentre?

—Por supuesto.

—Gracias.

Dejo el móvil, voy a la habitación de mi madre y busco el archivador que solía tener en el armario. Ni siquiera sé si sigue ahí. De repente, una voz masculina me sorprende; olvidé por completo que Noah estaba aquí.

—¿Qué ocurrió? ¿Todo está bien?

—No. —Sigo caminando por la habitación—. Lo siento, tienes que irte. Tengo que volver al hospital.

CAPÍTULO 15

La temperatura de esta habitación de hospital parece haber bajado unos cuantos grados más; tengo las manos frías y los dedos de los pies se me han congelado dentro de los zapatos. O tal vez es que estoy en estado de *shock*, mirando a mi madre desde el otro lado de la sala. Casi cabría decir que mi madre está sin vida, pero no puedo ni siquiera pensarlo; podría hacerse realidad pronto. Está inerte, con los ojos cerrados, la cabeza en un ángulo algo extraño y un tubo saliéndole de la boca. Una máquina junto a la cama respira por ella, con inhalaciones mecánicas ruidosas y exhalaciones mezcladas con pitidos. La pantalla está encendida con cifras azules, blancas, verdes y rojas: miles de números a los que no les encuentro sentido.

No encontré ningún documento que detallara qué tipo de cuidados médicos quería mi madre: una orden de no resucitar, unas indicaciones, un testamento... Pero, cuando llegué al hospital, ya la habían intubado.

La enfermera que ha estado aquí todo el día se detiene en la puerta.

—Hola, señorita Davis. Pronto terminará mi turno. Su enfermero de la noche será Michael, que pasará a presentarse en un momento

—explica con una sonrisa—. Quedarán en buenas manos.

—De acuerdo, gracias.

¿Ya es tan tarde? Supongo que sí, ya que el cielo se ve oscuro a través de la pequeña ventana. Siento que fue hace una hora cuando estaba preparando café y haciendo la maleta, lista para despedirme de mi madre y volver a Nueva York, consciente de que en uno, dos o tres meses alguien me llamaría para anunciarme su partida.

Aún no me he permitido pensar en ello ni en cómo me sentiré. ¿Lloraré? Bebo el café amargo del hospital mientras la miro; debajo de la sábana blanca y la manta verde con el logotipo del hospital, apenas se distingue su piel y sus huesos. No fue una buena madre; de hecho, fue bastante mala. Fue en gran parte culpa del alcohol, o al menos eso es lo que quiero pensar, porque es más fácil tener a qué echarle la culpa. No era que ella no se preocupara por volver a casa o por prepararme la cena; era el vodka. Las adicciones sacan lo peor de las personas. De repente, caigo en la cuenta de que debería avisar al enfermero de que es alcohólica. ¿Sufrirá abstinencia incluso en el hospital, sedada y con un tubo en la garganta?

No lo sé.

Sigo mirándola. Tengo algunos recuerdos buenos, aunque tenga que remontarme mucho en el tiempo para encontrarlos, a una época en la que el alcohol no era una prioridad y los hombres no eran más importantes que yo.

Un recuerdo pasa por mi mente: mi madre con un vestido amarillo. Estábamos en la zona del río, llena de cipreses, ciénagas lentas y olor a pescado. No recuerdo mucho más, solo que caminábamos por un muelle de madera que se sentía caliente bajo mis pies. Me levantó en brazos, dio vueltas y nos reímos. Es uno de

los últimos momentos en los que recuerdo haberme sentido segura y amada. Sin embargo, cuando la imagen se desvanece, me pregunto si todo eso habrá sido solo un sueño. Quizá mi imaginación llenó los espacios que deberían ocupar los recuerdos positivos. Cuando despierte, tal vez le pregunte si hicimos ese viaje.

Por ahora, no queda más que esperar que los antibióticos funcionen y que el respirador la alivie lo suficiente como para que su cuerpo pueda descansar y fortalecerse. Mi mirada se desvía hacia las bolsas del portasuero: ahora hay seis, porque le han añadido algo llamado «norepinefrina» para mantener la presión. También le están dando sangre por una vía intravenosa nueva.

Suspiro resignada al hecho de que no puedo irme de Luisiana.

Me engañaba a mí misma al pensar que podría hacerlo. Me guste o no, aquí es donde debo estar. Y tal vez haya más de una razón...

Las bolsas de suero se desdibujan cuando pienso en la otra razón: hay demasiadas preguntas sin respuesta. Preguntas sobre Noah y su padre. Así que busco mi móvil y le envío un correo electrónico a la jefa de mi departamento para informarle de que tengo una emergencia familiar: mi madre está enferma y tendré que tomarme unos días, tal vez una semana.

Mientras pasan las horas, cierro los ojos, inhalo profundamente, exhalo y trato de silenciar mis pensamientos desbocados. Sin embargo, Noah vuelve a aparecer en mi mente. Lo invité a entrar. Lo besé de nuevo. Tal vez incluso...

—¿Señorita Davis? —Todo mi cuerpo se sobresalta—. Lo siento, ¿está…? —Al levantar la vista, veo a una médica de bata blanca y baja estatura, con el cabello corto y un rostro pequeño—. ¿Se encuentra bien? —pregunta preocupada.

—Sí, lo siento, estoy bien.

—¿Quiere que le pida a la enfermera que traiga ropa de cama? El sofá se convierte. —Señala un sofá azul debajo de la diminuta ventana.

—No, gracias. —Dirijo la mirada hacia mi madre y luego vuelvo a mirar a la doctora—. ¿Cómo está?

—Por ahora se encuentra estabilizada. Sus signos vitales han mejorado desde que le administramos los antibióticos y le colocamos el tubo respiratorio. La mantendremos sedada durante la noche. Con suerte, mañana veremos algún tipo de evolución. Sé que ahora mismo da miedo, pero está recibiendo todo lo que necesita.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza—. Gracias.

Me quedo una hora más, pero al tercer bostezo decido dar el día por terminado. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí. Antes de irme, paso por el puesto de enfermería para avisarles que volveré mañana y para asegurarme de que tengan mi número de teléfono por si hay alguna emergencia.

Afuera, el aire es húmedo y pesado, pero ya no siento la claustrofobia de la pequeña habitación de Cuidados Intensivos. Bajo las estrellas que brillan en el cielo, me concentro en respirar mientras camino hacia mi coche de alquiler. En cuanto arranco el motor, mi móvil vibra. Es un mensaje de Sam.

> **Sam:** Hola. ¿Has vuelto de tu viaje a Luisiana? ¿Nos vemos el fin de semana?

Lo deslizo hacia un lado y conduzco. Ya tengo suficientes complicaciones en este momento.

Al llegar a casa, me ducho, busco mi ordenador y me lo llevo a la cama. Tengo que revisar mi correo para ver si Maryellen, la jefa de mi departamento, ha respondido. Suele tardar unos días en leer los correos, así que, si no ha respondido, tendré que llamarla para que tenga tiempo de buscar un profesor que me sustituya. Pero el primer correo de mi bandeja de entrada es el último que recibí de Hannah Greer, y no puedo resistirme a presionar «Responder».

> Hannah:
>
> Tu historia logró llamar mi atención. Me gustaría concertar una reunión por Zoom para hablar sobre los próximos pasos. Por favor, dime qué día te viene bien.
>
> Gracias,
> Profesora Davis

Después de enviar la respuesta, mi dedo se detiene sobre el último capítulo que envió. Pienso en releerlo en busca de cualquier cosa que pueda haber pasado por alto y que me dé una pista sobre quién demonios me está haciendo esto, pero hoy ya he tenido suficiente, así que cierro la pantalla de un golpe. No voy a releer nada ahora. Pero tal vez mañana sea el momento de hablar con la única persona, además de mí, que *debería* saber lo que pasó hace veinte años.

***

Al día siguiente, en lugar de esperar durante horas en el aparcamiento, detengo el vehículo, bebo el tercer café del día y, en cuestión de minutos, Ivy aparece caminando hacia mi automóvil. Camina con determinación, como si me hubiera visto por la ventana y supiera por qué estoy aquí. El sol radiante resalta las gotas de sudor que se forman en su ceño.

—¿Qué haces aquí? —exige después de subir al asiento del acompañante. Le ofrezco un café, pero pone los ojos en blanco—. ¿Me llamas de sorpresa después de veinte años y luego te apareces en mi oficina con un café como si nos sentáramos a conversar todos los días?

—Hola a ti también. ¿Eso significa que no lo quieres? —pregunto, y ella suspira.

—Si bebo café después de las dos de la tarde, no puedo dormir. Además, hace como cien grados.

—De acuerdo, yo lo beberé. —Lo dejo en el portavasos.

—¿Por qué estás aquí, Elizabeth?

—Tú sabes por qué.

—No. Le he dado muchas vueltas y creo que es solo una coincidencia y que estás paranoica. Ya no quiero pensar en eso.

Me giro para fulminarla con la mirada. La última vez que hablamos parecía convencida con el dije de santa Inés, pero ahora veo la resolución con la que mira hacia delante y evita mi mirada. No quiere que esto sea real, así que ha decidido que no lo es. Mientras pueda mantener la cabeza enterrada en la arena y continuar con su pequeña vida feliz en medio de la nada, en Luisiana, todo irá bien. O al menos eso es de lo que quiere convencerse.

—De acuerdo... —Me extiendo hacia el asiento trasero, saco el ordenador de mi bolso, presiono algunas teclas y abro los capítulos —. Lee esto.

—No quiero leer esta estú…

—Si estás tan segura de que es una coincidencia, no tienes nada que perder. Léelos, Ivy.

Tras un suspiro más exagerado que el anterior, toma el ordenador, ajusta el ángulo de la pantalla y entrecierra los ojos como si necesitara gafas. *Dios, estamos envejeciendo*. Me quito las gafas de lectura que tengo en la cabeza y se las ofrezco.

—Gracias —balbucea antes de ponérselas y volver a mirar la pantalla. Mientras espero, bebo mi café, pero ya sé lo que viene a continuación y lo que va a decir—. Santo Dios. —Su voz es baja y afectada—. Tenías razón.

—¡Por supuesto que tenía razón!

—Esto es... —Se lleva una mano al pecho y, tras un momento, cierra el ordenador rápidamente, como si no pudiera seguir leyendo —. ¿Lucas? ¿Leer de rodillas? ¿El dije? Pero ¿quién lo sabe, Lizzie? ¿Quién?

Lizzie, mi antiguo sobrenombre que ya nadie más usa, me inquieta más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—No lo sé.

—¿Y por qué ahora? Han pasado veinte años. —Silencio. Luego se gira hacia mí y me sujeta el brazo—. Has estado viendo a ese tipo, ¿no? A su hijo, Noah.

Siento el impulso de poner los ojos en blanco. *Pueblos*.

—No, solo nos encontramos en el Liars.

—¿Es él?

Por supuesto que me he estado haciendo la misma pregunta desde que salí de ese bar, pero, por más increíble que haya sido que nos encontráramos, las entrañas me dicen que no fue más que una coincidencia.

—No lo creo, pero no estoy segura.

—Bueno, *tenemos* que saberlo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que se lo pregunte? «Oye, ¿estás fingiendo que eres mi estudiante y enviándome una historia retorcida porque maté a tu padre?».

Ivy mira alrededor, preocupada.

—*Shhh*, baja la voz.

No hay nadie cerca del automóvil, pero tiene razón; solo Dios sabe quién puede escucharnos. El comisario Unger apareció de la nada el otro día. Así que bajo la voz.

—No creo que sea él.

—¿No puedes volver al bar? Tal vez puedas hacer que se emborrache y suelte la lengua. —Su voz va bajando y se muerde el labio, perdida en sus pensamientos—. Aunque no sea él, tal vez sepa algo que nosotras no. Debe de haber conocido a su padre mejor que cualquiera que siga con vida. —Estudia mi rostro con la mirada—. Sigues siendo tan bonita como antes, y él es un hombre y está soltero, por lo que sé. —Me mira a los ojos—. Acércate a él, haz lo que sea necesario. Tenemos que descubrir quién está detrás de todo esto.

La miro, sorprendida por su ingenio. No habría pensado que Ivy, de todas las personas (Ivy, la del pueblo pequeño, que se casó poco después de terminar la escuela y nunca salió de Luisiana), sugeriría algo así.

Pero sé una cosa: tiene razón.

—Trabajaré en ello —afirmo, y sus hombros se relajan.

—Tengo que volver. Vendrá un padre adoptivo para una reunión de seguimiento.

—De acuerdo, te llamaré —le digo. Ivy abre la puerta, baja las piernas y, cuando está a punto de irse, le toco el hombro—. Ivy, espera. —Ella se da la vuelta—. Me alegra verte. Y lamento haberte acusado.

—También me alegra verte, Lizzie —dice con una sonrisa triste—. En verdad, te ves increíble.

—Tú también.

—Mentira —resopla—. Pero gracias por mentir.

—Te avisaré si descubro algo.

Veinte minutos después, estaciono frente al Liars, trabo las puertas y miro alrededor hasta que encuentro lo que busco.

Una camioneta roja. La camioneta de Noah.

CAPÍTULO 16

Mientras tomo el tirador de la puerta, levanto la vista hacia el letrero vinílico desgastado que hay sobre ella. «Damas a mitad de precio y alitas gratis». Supongo que eso explica por qué el aparcamiento está tan lleno en comparación con la última vez que estuve aquí.

Apenas doy tres pasos dentro del bar cuando encuentro a Noah. Desde la otra punta del lugar, levanta la vista, me ve y me sonríe. Está hablando con una chica rubia que lleva un vestido amarillo de verano. Bueno, más bien es ella la que le habla a él, pero ha perdido su atención porque Noah no me quita los ojos de encima. Me pregunto si ella será la indicada, la que quiere una cerca de madera y un jardín lleno de niños.

Me abro paso hacia dentro, ignorando los hombros que me miran con lujuria y al tipo con gorro de camionero que dice: «Cielos, ¿hace calor aquí o lo caliente eres tú?». Noah espera a que me abra paso el resto del camino. Debe de haber un altavoz en la esquina, porque la música es ensordecedora; tanto, que Noah tiene que acercarse a mi oído y gritar por encima de una canción de Luke Combs.

—No tienes idea de lo feliz que estoy de verte.

Siento aún miradas sobre mí y, donde antes estaba Noah, la señorita del vestido amarillo parece irritada. Debo reconocer que, cuando nuestras miradas se cruzan, no desvía la suya, sino que endereza la espalda. *Bien por ti*. Pero la ignoro de todas formas.

—Creo que no todos están contentos de que esté aquí.

Noah levanta las cejas y sigue mi señal hasta la mujer, que sigue mirándonos.

—Es Ginny, solo somos amigos —dice. No estoy segura de que Ginny piense lo mismo.

—Es muy guapa.

—No te llega a los talones.

La camarera se acerca. Aunque no es la misma que la otra vez, lleva la misma camiseta corta. Debe de ser el uniforme.

—¿Te sirvo algo, Noah?

—¿Hendrick's otra vez? —me pregunta a mí.

—Solo agua.

Él sonríe y vuelve a dirigirse a la camarera con su botella de Miller Lite en alto.

—Otra de estas y una botella de agua, Kiki, por favor.

—Entendido.

Luego, Noah extiende una mano para apartar un mechón de cabello que me ha caído en la cara.

—Si no has venido por alcohol, debe de ser por algo más.

Conduje hasta aquí con la intención de hacerlo hablar y averiguar algo, pero, al tenerlo tan cerca, ya no quiero información. La química entre nosotros es real, enciende mi cuerpo y me hace sentir como fuegos artificiales el Día de la Independencia.

—Quizá vine por las alitas gratis.

—¿Quieres que pida una ración? —dice con una mueca.

—No, gracias. No tengo hambre.

Le salen los hoyuelos traviesos. Su mano se extiende hacia mi cadera y siento cosquillas en la piel al recordar cómo me tocó hace poco y lo bien que se sentían sus dedos sobre mí.

—¿Aquí pasas todo tu tiempo libre?

—No siempre. Prefiero la ciénaga de Big Devil, en la parte norte del pueblo. ¿La conoces? Voy a pescar al viejo muelle.

—Sí, la conozco. Me sorprende que el muelle siga en pie. No voy desde hace décadas, pero ya estaba podrido entonces.

—Reemplacé las tablas hace unos años —explica después de beber un trago de cerveza—. No mucha gente lo sabe, así que suelo tener el lugar para mí solo. Voy allí para calmar la mente.

—¿Y por qué no estás ahí ahora?

—Porque te conocí aquí y esperaba encontrarte de nuevo.

Siento que el calor aumenta dentro de mí. Es una tentación que no puedo ignorar.

De repente, la música deja de sonar por los altavoces de mierda y es reemplazada por la voz de una mujer.

—Hola a todos. Estamos a punto de empezar. La primera valiente de esta noche es Tonya Woodsman, que nos cantará *Before He Cheats*. Démosle una cálida bienvenida.

El bar estalla en una ovación con silbidos y hurras. Por desgracia, lo único que odio más que la música *country* es la música *country* en un karaoke. Sin embargo, la mujer toma el micrófono y empieza a cantar una canción sobre rubias decoloradas, y no lo hace nada mal. Su voz profunda y áspera suena mucho mejor que lo que sonaba hace unos minutos. Noah y yo la miramos durante un rato, hasta

que, a mitad de la canción, él se acerca para decirme algo, pero hay tanto ruido que no lo oigo.

—¿Qué?

—Pregunté cómo está tu madre —grita más fuerte.

—No está bien. —Niego con la cabeza y frunzo el ceño—. Tuvieron que conectarla a un respirador.

Intentamos mantener una conversación durante unos minutos más, pero tenemos que repetir lo que decimos la mitad de las veces.

Entonces, Noah dice:

—¿Qué te parece si nos largamos de aquí para no tener que gritar? Podríamos ir a mi casa —sugiere, y nota la alarma en mi rostro sin que tenga que decir nada—. Prometo que me comportaré. No intentaré nada si no es lo que quieres. Podemos hablar sin necesidad de gritar. —Se aleja para guiñarme un ojo—. A menos que decidas que quieres algo más. Me gusta cuando tomas la iniciativa, es muy sexy.

Cuando nos conocimos, tuvimos sexo y casi nos vamos juntos. La segunda vez que lo vi, estuve sobre él apenas diez minutos después de entrar en la casa. ¿Qué probabilidades hay de que solo hablemos? Aunque necesito acercarme a él…

—¿Y si vamos a tomar un helado o a dar un paseo?

—Si eso es lo que quieres. —Se encoge de hombros—. Pero me encantaría enseñarte el trabajo que estoy haciendo en casa; la estoy reformando entera. Tardaré una eternidad, pero lo estoy haciendo todo yo solo. Hago muebles como pasatiempo, pero este es mi primer proyecto de construcción real.

Aunque suena sincero, no es en él en quien no confío, sino en mí, porque he tomado algunas malas decisiones últimamente, incluida

mi compañía actual. Mientras sigo pensándolo, a punto de rechazarlo, él mejora la oferta.

—Solo está a unos tres kilómetros. Fue la casa de mis padres durante treinta años, así que intento modernizarla y hacerla mía.

La casa de mis padres.

Sé dónde vivía el señor Sawyer. Pasé por allí con Jocelyn muchas veces por aquella época, pero nunca entré. Tal vez allí residan las respuestas a todas mis preguntas. ¿Cómo decir que no?

—Te seguiré en mi auto.

—Excelente. —Noah sonríe como si hubiera ganado un premio.

El viaje de cinco minutos me pone los nervios de punta. Pienso en llamar a Ivy durante el trayecto para decirle que entraré en su casa, pero su marido probablemente le preguntaría quién ha llamado y quedaría una huella digital que nos relaciona, porque no llevo encima el móvil desechable. No puedo ser tan descuidada ahora, después de tantos años.

Cuando giramos en Glenn Oak, tengo las manos bañadas en sudor. La calle es ancha y tiene cipreses calvos a ambos lados, de los que cuelgan tentáculos fantasmales de musgo español que dan la sensación de conducir bajo un túnel. Durante el día es bonito, pero por la noche resulta espeluznante, sobre todo cuando voy en dirección a un lugar que temo tanto como deseo.

Me detengo en la entrada, detrás de la camioneta roja de Noah, y observo la casa con los nudillos blancos sobre el volante. Se ve igual que como la recuerdo.

Tranquila, Elizabeth, él no está ahí.

Está muerto y enterrado.

Noah se acerca a mi automóvil, abre la puerta y me tiende una mano. Respiro hondo antes de aceptarla.

—No mires el exterior; es lo último que renovaré —dice.

Aunque ya estoy de pie en la acera, no suelta mi mano, sino que enlaza sus dedos con los míos para guiarme hasta la puerta. No suelo caminar de la mano, pero no lo suelto porque me temo que me desmayaré antes de llegar a la puerta. Respiro superficialmente y me siento mareada.

Noah abre la puerta, entra y enciende la luz; luego me extiende la mano para que pase.

—Las damas primero...

Logro poner un pie delante del otro. No sé qué esperaba encontrar dentro: tal vez habitaciones oscuras y sombrías llenas de muebles viejos cubiertos con sábanas, pero no es como lo imaginaba. La primera habitación es luminosa y ventilada, con techos altos, paredes de color crema y suelo de tablones de roble anchos. Hay una escalera ancha a un lado y un candelabro grande de aspecto rústico en el centro.

—Solía tener techos de casi tres metros en cada piso, pero abrí la primera y la segunda planta para crear un solo espacio. Probablemente me arrepentiré cuando tenga que pagar el aire acondicionado de agosto, pero me gusta la sensación al entrar.

—Es precioso.

Señala un tragaluz gigante que no había notado.

—Durante el día entra muchísima luz natural, así que no tengo que encender la luz eléctrica. —Con una mano en mi cintura, me guía hacia las siguientes habitaciones. Hay una cocina grande con una isla nueva, un lavadero, un comedor formal y dos dormitorios,

cada uno en una fase diferente de la reforma. En el piso de arriba hay dos dormitorios más; uno de ellos es la única habitación que no está en reformas. Duerme ahí, pero solo tiene un colchón en una cama básica porque guardó todos los demás muebles.

Continuamos el recorrido hasta la última puerta, a la izquierda.

—Además de mi cuarto, esta es la única habitación que no he reformado. Era la oficina de mi padre —dice al encender la luz.

Tres de las paredes están ocupadas por bibliotecas que van del suelo al techo. Me acerco a la que está más cerca y recorro con los dedos los lomos de cuero de los libros antiguos.

—Era coleccionista. Mi madre siempre decía que, si entraban ladrones, les dejaría llevarse sus joyas, pero que no tocaran los libros. Al parecer, valen más.

Recorro los estantes y me quedo paralizada al llegar a una zona con fotografías enmarcadas; es posible que hasta mi corazón se detenga al ver esos ojos. Son fríos y distantes, a pesar de que el hombre mira a la cámara. En ese momento, Noah se acerca por detrás, me levanta el mentón y señala la fotografía central.

—Tenía tres años en esa foto.

Estaba tan perpleja al ver al monstruo en la imagen que ni siquiera había notado al niño con un pez en las manos que estaba junto a él.

—Tal vez conociste a mi padre, Damon Sawyer. Enseñaba Literatura en la escuela secundaria.

—No. —Niego con la cabeza.

—¿Segura? ¿Profesor Sawyer? No es una escuela muy grande; los estudiantes suelen conocer a todos los profesores, incluso a los que no tienen en sus clases.

Percibo su mirada y tengo que esforzarme por mantener la compostura. Fue estúpido decir que no lo conocía; aquí todo el mundo se conoce, en especial si se trata de un profesor que murió. Pero el instinto de autoconservación respondió antes de que pudiera pensarlo, como si decir que nunca había oído ese nombre lo hiciera realidad.

—No me suena familiar —niego otra vez.

—¿En qué año te graduaste?

Trago saliva mientras pienso en una forma de salir de esto.

—En 2005.

Entonces, toma un marco del estante que estaba boca abajo, lo da vuelta y me lo entrega. Me encuentro con un primer plano del señor Sawyer mirándome y, por un momento, creo que voy a vomitar.

—¿Estás *segura* de que no te resulta familiar? 2005 es el año en el que murió.

CAPÍTULO 17

Con la cabeza de lado, entrecierro los ojos en un esfuerzo por parecer confundida.

—¿Dijiste «Damon Sawyer»? Pensé que tu apellido era Mayer. —Es lo mejor que se me ocurre bajo presión. Es una enorme mentira, pero la incertidumbre en su mirada me dice que no está seguro, lo que también implica que no termina de creerme.

Cuando está a punto de dar un paso atrás, lo que indica desconfianza, actúo sin pensar. Otra vez.

—Odio admitirlo y darte la oportunidad de calcular mi edad, pero pasaron como veinte años desde la secundaria; ni siquiera recuerdo los nombres de los profesores. —Me acerco otra vez, lo tomo del brazo y pego su cuerpo al mío. Bajo los dedos por su pecho duro como una roca, por la cresta de su cadera y sigo bajando. Él sisea cuando le meto la mano bajo la camiseta y le rasguño la piel suave —. Se me ocurren cosas más entretenidas que hurgar en recuerdos —susurro—. ¿A ti no?

La sonrisa vuelve a su rostro y apuesto a que, en unos minutos, podría conseguir que me dijera que su apellido es Mayer. El sexo siempre ha sido mi método para olvidar, y está claro que él está aquí

para eso. La conversación sobre su padre está a punto de convertirse en un recuerdo lejano. Pero ya no se trata solo de distraerlo; mi propio cuerpo arde de deseo real.

Le rodeo el cuello con un brazo y lo atraigo para besarlo. Él no se resiste, más bien todo lo contrario. Usa la lengua y toma el control, como en casa de mi madre. Gime cuando rodea mi espalda y me presiona contra su cuerpo.

Nos separamos para respirar un momento, en el que el calor crece entre los dos, con nuestras frentes unidas. Nuestras miradas se encuentran, y en sus ojos veo una familiaridad escalofriante. Me acerco, tomo su labio inferior entre los dientes y muerdo con fuerza.

—Me gusta eso —gruñe—. Me gusta cuando haces eso, cuando… —Bajo los labios para morderle el cuello—. Cuando tomas el control —jadea.

—Qué bueno, porque es justo lo que necesito en este momento. —Le sonrío, bajo la mano hasta la protuberancia que se le marca entre las piernas y la acaricio. Siento lo duro que está a través de los vaqueros. Él aprieta los dientes y sus ojos se encienden.

¿Realmente quería hablar del señor Sawyer?

Noah da un paso al frente con una mano extendida hacia mí, pero le doy una palmada y lo empujo con fuerza. No lo esperaba, así que choca contra la pared y, con el impacto, se cae uno de los portarretratos del estante. El rostro del señor Sawyer me mira desde el suelo y hace que mi corazón, que latía desbocado, se detenga de golpe. Doy un paso atrás, con la mano en el pecho, esforzándome por respirar.

—¿Estás bien, Elizabeth?

Desvío la mirada y niego con la cabeza.

—Es solo que... Lo siento, estamos yendo demasiado rápido otra vez.

—Te estaba siguiendo...

—Lo sé, lo siento. No quiero jugar contigo.

—Está bien. —Se pasa una mano por el pelo y resopla—. Entiendo. ¿Qué te parece si nos sentamos? ¿Quieres una cerveza?

Asiento con la cabeza y él se dirige a la cocina. Un momento después, reaparece con una sonrisa y me entrega una botella, pero ahora me siento ansiosa y tensa, como una serpiente a punto de atacar. Es solo que no sé *a quién* o *qué* atacar.

—Así que... —Bebe un trago, me sonríe con amabilidad y comienzo a pensar que debería haber seguido adelante. Hablar es peligroso cuando no estoy preparada—. ¿Por qué te mudaste al norte?

Observo la etiqueta de la cerveza con demasiada intensidad. Es una calcomanía dorada de Shiner Bock que se está despegando en las esquinas.

—Por problemas familiares, ¿por qué si no? —Bebo un trago y arrugo la nariz al saborearla. En realidad, no me gusta la cerveza y, en este momento, me vendría bien algo más fuerte.

—Sí, lo entiendo. —Suspira con pesadez y espero a que continúe, a que explique cómo lo entiende, pero no dice nada más, así que lo observo un momento. Incluso ahora, que dudo de mi cordura por estar aquí, hay algo en él que me gusta. Su facilidad para hablar y su tranquilidad son contagiosas. Es como si se filtraran en mí y también me transmitieran tranquilidad. Ya no quiero salir corriendo y escapar de él lo antes posible, sino que siento atracción por él, física o de otro tipo. Sin embargo, debo mantener el foco y recordar la

conversación que tuve con Ivy. Estoy aquí para acercarme a este hombre y descubrir la verdad; tal vez aún pueda salvar la noche.

—¿Tu madre volvió a casarse alguna vez?

Noah bufa antes de beber otro trago de cerveza.

—No. Mi madre, que en paz descanse, era muy devota de mi padre. Nunca superó su muerte.

—Eso debió de ser difícil.

Él guarda silencio durante un buen rato, hasta que asiente y pregunta:

—¿Tus padres siguen juntos?

Desvío la mirada, pensativa.

—No, mi padre se largó cuando era niña. Crecí sola con mi madre. Es alcohólica. —Hago una pausa y lo miro, mientras él mira su botella. Parece pensativo, como si algo que he dicho le hiciera reflexionar, así que sigo hablando—: No recuerdo a mi padre, la verdad. Un día se fue sin más. Y mi madre... Cuando llegaba del colegio, ya estaba inconsciente. Eso en las mejores noches, porque cuando se desmayaba no se iba con el acompañante de esa semana y me dejaba sola toda la noche.

Nunca hablo de esto. Lo tuve guardado durante tanto tiempo que no creí que pudiera ver la luz. Sin embargo, las palabras salen con demasiada facilidad, como si ahora que me he abierto y alguien por fin me escucha, los recuerdos no pudieran detenerse.

—Bueno, eso también debió de ser difícil —dice Noah tras un largo silencio, moviéndose con incomodidad—. Al menos uno de mis padres fue bueno.

Parpadeo, esperando que diga algo más, pero no lo hace.

—¿Cuál de ellos? —pregunto con voz suave, como si me importara. Y, aunque suene extraño, tal vez me importa.

Él no responde, sino que se da una palmada en el muslo y se pone en pie.

—Voy al baño.

Cuando sale de la habitación, suelto el aire que tengo contenido en el pecho. Miro a mi alrededor y me detengo en el amplio escritorio de madera que hay debajo de la única ventana. Sin pensarlo, me lanzo sobre él y abro un cajón tras otro en busca de... No sé de qué.

De lo que sea.

¿Un cuchillo ensangrentado?

Tengo que ser silenciosa y rápida.

—Elizabeth —dice Noah. Está a unos metros, acercándose por el pasillo—. ¿Quieres otra cerveza?

Cierro el último cajón y pienso en una excusa para estar aquí parada, porque no tengo tiempo para moverme. Presa del pánico, saco el móvil del bolsillo, me lo llevo al oído y asiento como si alguien me estuviera hablando.

—Entiendo —digo justo cuando él entra en la oficina. Se detiene en la puerta y me mira con preocupación.

—¿El hospital? —balbucea Noah.

Asiento con la cabeza, desvío la mirada y me concentro en la conversación falsa mientras miro por la ventana. Antes de fingir que cuelgo, me tomo un momento para pensar en esta noche. Noah no parece cuestionar por qué estoy frente al escritorio ni darse cuenta de que acabo de revisarlo, pero estuvo muy cerca otra vez, y es mejor que me vaya rápido y sin preguntas. Y sin dar lugar a otro

encuentro de labios, porque lo deseo con desesperación y sé que es una pésima idea. En especial en casa del señor Sawyer.

—Tengo que irme, lo siento.

—¿Tu madre se encuentra bien?

—No —digo, y niego con la cabeza.

—Lo siento. —Frunce el ceño; parece sincero—. ¿Quieres que te lleve al hospital? No deberías conducir estando tan preocupada.

Cielos, es muy dulce. No hice más que dejarlo con las ganas, pero aquí está, preocupado y ofreciéndose a llevarme.

—Estaré bien —respondo con una sonrisa forzada—. Pero gracias.

—Te acompaño. —Cuando llego al auto, me acuna el rostro con las manos—. Sé lo difícil que es perder a una madre. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo? De verdad.

—Buenas noches, Noah.

A un kilómetro de distancia, en lugar de girar a la derecha hacia el hospital, giro a la izquierda, en dirección a casa. Me castigo en mi mente por haber estado a punto de ser atrapada y por haber disfrutado con él. Aunque sea una locura, mi cuerpo sigue ardiendo por él, incluso cuando me mira con los ojos del señor Sawyer. Demonios, ¿qué me pasa que sigo atraída por Noah, aun sabiendo que es su hijo?

Apenas entro en casa de mi madre, el hedor a alcohol y a suciedad me impacta, y recuerdo que he dejado el bolso en el auto. Puede que este sea un pueblo pequeño, pero yo vivo en Nueva York y allí no dejas nada importante en ningún sitio, así que vuelvo a salir hacia la noche oscura. Me inclino por la puerta del conductor para tomar mi bolso del asiento del acompañante y, justo cuando me

levanto, un vehículo pasa deprisa por la calle detrás de mí. Giro justo a tiempo para ver las luces traseras de una camioneta roja.

CAPÍTULO 18

—No lo necesito. —Mi madre me da una palmada en la mano.

—El médico ha dicho que tienes que usarlo —insisto, acercándole el bastón de nuevo—. Estás fuera de peligro por ahora, pero te tomará tiempo recuperar las fuerzas.

Lo toma como si fuera a aceptarlo, pero lo levanta y lo tira al otro extremo de la habitación del hospital. *Supongo que el médico subestimó tu fuerza*. En cualquier caso, si algo me enseñó mi madre es que no se puede ayudar a quien no quiere ayuda. Así que, en lugar de acompañarla al baño, decido hacer la maleta. Han pasado seis largos días desde que fue ingresada y cuatro desde que despertó.

La enfermera llega cuando estoy cerrando el bolso.

—¿La señora Davis se ha escapado antes de tiempo?

—Está en el baño. No me dejó ayudar, por supuesto.

—Es una mujer independiente con un alma hermosa.

Tengo que darme la vuelta para que la amable enfermera no me vea poner los ojos en blanco.

—Elizabeth —dice mi madre al abrir la puerta del baño—, más te vale que… —Se detiene al ver que hay alguien más en la habitación.

Que Dios no permita que alguien vea cómo trata a su propia hija.

La enfermera se apresura a tomarla del brazo.

—Señora Davis, no debería caminar sin ayuda.

Por supuesto, no le dice lo que puede hacer con el bastón. Incluso se hace la moribunda: encorva la espalda y arrastra los pies, como si no le quedaran fuerzas para arrojar el bastón al otro lado de la habitación.

Luego, la enfermera la ayuda a volver a la cama y la arropa.

—Ya he comenzado a preparar el papeleo para su alta. Debería estar todo listo en una hora.

—Tómate tu tiempo, querida. —Mi madre le palmea la mano—. Sé que estás ocupada. Estoy agradecida por todo lo que han hecho por mí.

En cuanto la enfermera sale de la habitación, la expresión de mi madre cambia y adopta la mueca miserable que solo reserva para mí. Nunca entenderé qué hice para merecer tanto odio, pero, claro, mi nacimiento ya fue una carga suficiente para ella.

—¿Ni siquiera me has traído ropa interior limpia? No puedo entrar en la casa de Dios con las partes íntimas al aire.

—Casi mueres hace unos días, te conectaron a un respirador. ¿No crees que sería mejor ir a casa a descansar?

—Dios no descansa. Además, es domingo, ¿a dónde iría después de que el Señor salvara mi vida? Saldré de aquí por mis propios medios; es un milagro.

—O los antibióticos —murmuro.

—Te escuché.

Cuarenta y cinco minutos después, estamos en mi automóvil camino a la iglesia. Mi madre me mira cuando salimos a la autopista.

—Es irrespetuoso entrar en la casa de Dios con los zapatos sucios.

—Tus zapatos no se ven sucios.

—Me refiero a los tuyos —replica con los ojos entornados—. ¿Tienes zapatos de repuesto en este elegante coche de alquiler?

Sonrío sin desviar la vista del camino.

—No pienso entrar, mamá. Te llevaré si es lo que quieres y con gusto te ayudaré a entrar, pero después te esperaré aquí.

Ella presiona los labios, pero al menos guarda silencio el resto del viaje. Llegamos a Saint Matthew quince minutos antes de que empiece la misa, pero el padre Preston ya está en la puerta, recibiendo a los feligreses con una sonrisa y apretones de manos. Me detengo junto a la acera.

—¿Quieres que te ayude a bajar o vas a volver a golpearme la mano?

Me ignora, abre la puerta y baja. Teniendo en cuenta que casi muere hace una semana, camina con bastante energía cuando quiere. Mientras ella desaparece dentro de la iglesia, yo me quedo en el automóvil viendo cómo los vecinos del lugar se reúnen con sus mejores galas dominicales. Unos minutos después, aburrida, comienzo a mirar mi teléfono, hasta que veo un rostro familiar cruzando la calle.

Es Ivy. Lleva de la mano a un niño y a una niña; el niño lleva una camisa formal y la niña, un vestido azul. Tienen siete u ocho años, calculo. Sé que debe de tener un bebé también, porque la última vez que la vi compró pañales, pero hoy no está. El hombre que la acompaña debe de ser su marido y, aunque lleva traje, veo que la camisa le queda demasiado ajustada. La barriga está poniendo a prueba a algunos botones; podría hacer que un feligrés pierda un

ojo en la misa de hoy. Detrás de ellos hay un tercer niño, un adolescente tan concentrado en su dispositivo de juegos que ni siquiera mira antes de cruzar, como todos los de la generación Z en Manhattan.

El rostro del padre Preston se ilumina al ver a la familia.

Se ve confiable, ¿no?

Parece un hombre capaz de convencerte de contarle todo. De convencer a mi madre. A Ivy.

Repiqueteo los dedos sobre el volante mientras observo la escena. *Pero ¿qué hace con la información?* Sigo dándole vueltas a la pregunta cuando Ivy y su familia desaparecen dentro y, justo detrás de ellos, veo a un hombre al que no había notado: el comisario Unger, vestido con su uniforme. Saluda al padre con la cabeza antes de entrar y, unos minutos después, aparece un hombre que no esperaba ver.

Noah.

Camina junto a la chica del vestido amarillo de la otra noche. Hoy lleva el cabello recogido y un vestido rosa, pero no me cabe duda de que es ella. Noah le dice algo que la hace reír y le toma el brazo al cruzar. ¿Cómo se llamaba? ¿Minnie? No, Ginny. Sí, Ginny.

«Solo somos amigos», me dijo Noah.

Cuando llegan a la puerta, le pone la mano en la parte baja de la espalda. Ese gesto me resulta familiar; parece que es algo más que una amiga.

Pasan algunos minutos más. El padre Preston espera a una familia que llega con prisas y luego libera el mecanismo que mantiene la puerta abierta para cerrarla. Mientras lo hace, echa un vistazo por si hay más rezagados, pero su mirada me encuentra, asiente con la

cabeza y espera. Como no respondo, frunce el ceño y entra en la iglesia.

Observo la puerta cerrada durante un buen rato. Todos los personajes vinieron a la iglesia hoy, ¿no? Mi madre, Ivy, el padre Preston, el comisario Unger, Noah... Recuerdo con fastidio que hay una persona más que, aunque no sea sospechosa, me irrita de todas formas. La acompañante de Noah.

Solo somos amigos.

Me humedezco el labio inferior al recordar el momento en el que mordí a Noah anoche. Dijo que le gustaba, que yo era diferente a las mujeres de aquí, pero ahora no puedo evitar preguntarme si la señorita Vestido Amarillo también lo muerde.

Mi mente gira en torno a todas las personas que he visto en los últimos diez minutos... Tengo tantas preguntas y tan pocas respuestas…

¿Qué sabe el padre Preston?

¿Calenté los motores de Noah para que la señorita Vestido Amarillo aprovechara el viaje?

¿Por qué el comisario Unger aparece siempre donde estoy? ¿Por qué siempre lo hace sin que lo vea?

¿Cederán los botones de la camisa del marido de Ivy? ¿Quién cuida de su bebé mientras todos están aquí?

La curiosidad me puede y, sin pensarlo, apago el motor, bajo del auto y entro en la iglesia. Una vez dentro, me siento en el último banco, que sigue vacío, y observo los que me rodean.

Noah es quien está más cerca de mí. Está a ocho filas de la mía, en el último asiento junto al pasillo, con la rubia sentada a su lado. Una vez más, me pregunto si será su ex, la que quería casarse y

tener hijos. La chica parece de ese tipo. Noah tiene el brazo extendido sobre el respaldo, detrás de ella, pero no la está tocando.

Una fila más adelante, en diagonal a Noah, están Ivy y su familia. La niña pequeña está sentada a su lado hurgándose la nariz y, cuando Ivy la ve, le aparta la mano. El mayor tiene la cabeza gacha; seguro que está jugando a escondidas, disparando a gente y haciendo explotar autos en la iglesia. Botones Saltones y el otro niño están al final de la fila. Los ojos del marido parecen cerrados, pero estoy bastante segura de que no está rezando, sino que se está quedando dormido. No puedo culpar al pobre hombre.

Mis ojos van de la fila de Noah a la de Ivy, de un lado a otro. ¿Se conocen? ¿Se han visto antes? Están sentados a menos de tres metros de distancia. Si él es Hannah, también debe de tener planes para ella.

El comisario Unger está sentado más cerca del altar, una fila detrás de mi madre. *¿Qué está tramando?* Ya me lo he encontrado demasiadas veces. ¿Podría estar colaborando con las autoridades de Nueva York?

Recorro el resto de la iglesia con la mirada. A medida que mis ojos pasan de un pasillo a otro, se me erizan los vellos de la nuca al sentir que me están observando. Al levantar la vista, constato que, efectivamente, me están mirando: es el padre Preston. Cuando nuestros ojos se encuentran, él sonríe y sigue predicando.

Unos minutos después, todos se ponen de pie para rezar. El padre camina hasta su púlpito, abre una Biblia y dice algo sobre el perdón y el matrimonio. No es hasta que oigo la palabra «ramera» cuando vuelvo a prestarle atención.

—No castigaré a vuestras hijas cuando se prostituyan ni a vuestras nueras cuando cometan adulterio, porque los mismos hombres van con las rameras.

Parpadeo varias veces. *¿De verdad eso está en la Biblia?* Escucho fragmentos de lo que dice; es como si pronunciara ciertas palabras con más claridad que otras.

Bla, bla, bla, desviados sexuales. Bla, bla, bla, infidelidad.

¿Y ahora está mirando a Ivy? ¿Predicando para ella? ¿O me lo estoy imaginando? Tal vez me estoy volviendo loca. Estar en este lugar es suficiente para hacerme dudar de mi cordura. Pero, cuando todos se arrodillan para la oración eucarística, no puedo hacerlo. Miro a Ivy, que está de rodillas como los demás. Mis ojos se desvían hacia la gran estatua nueva que hay al otro lado de la iglesia: santa Inés. La patrona de las vírgenes y de las víctimas de abuso sexual. Ya no puedo más. Me da vueltas la cabeza, siento que se me cierra la garganta y estoy casi segura de que se avecina otro ataque de pánico. Me pongo de pie de repente, desesperada por respirar aire fresco, pero tropiezo con mis propios pies y caigo con un fuerte estruendo.

Algunas cabezas se giran hacia mí, incluida la de Noah, pero no les hago caso. Me levanto y voy directa hacia la puerta.

Afuera, me inclino con las manos en las rodillas y respiro hondo varias veces. Cuando por fin puedo caminar, me encierro en la seguridad de mi automóvil alquilado. Necesito irme a casa, hoy mismo si es posible. Estar aquí es demasiado. Tal vez la distancia me dará claridad o, al menos, calmará mi paranoia.

La misa parece tardar una eternidad en terminar después de eso, pero en realidad solo deben de haber pasado quince o veinte

minutos más. Por fin sale mi madre y camina hacia el coche. No sé si está actuando para su rebaño o si está cansada, pero ahora no parece muy firme, así que bajo y la tomo del brazo. Para mi sorpresa, esta vez no me rechaza. Quizá quiere dar la imagen de hija devota. En cualquier caso, me alegra poder ayudarla, aunque sea un poco. Cuando estoy cerrando la puerta del lado de mi madre, Noah se acerca trotando, pero sin la señorita Vestido Amarillo.

—Hola —dice. Rodeo rápidamente el vehículo; no quiero detenerme a conversar. Él se aparta un mechón rebelde del rostro—. Me alegra que todavía estés en el pueblo.

—No por mucho tiempo —respondo frente a la puerta del conductor—. Voy a hacer las maletas ahora mismo.

—¿Volverás a Nueva York?

—Mi madre ya ha salido del hospital y tengo que volver al trabajo.

—¿Puedo tener tu número, al menos?

—No lo creo. —Le sonrío con tristeza.

—¿Volverás?

Desvío la mirada hacia mi madre, dentro del coche, y luego vuelvo a mirarlo a él, sin responder. Me observa durante un momento.

—De verdad me gustó conocerte, Elizabeth.

¿De verdad? Parece sincero. Pero ¿qué puedo saber a estas alturas?

Suelto un suspiro profundo y subo al auto.

—Cuídate, Noah.

Mientras me alejo, miro por el retrovisor. Noah sigue ahí, mirándome.

CAPÍTULO 19

Pensé que volver a casa sería un alivio, que al bajar del avión en el JFK, tomar el tren hacia casa y atravesar las puertas de mi edificio, por fin me sentiría tranquila, que volvería a respirar sin la humedad de Luisiana. Extrañaba poder entrar en una tienda y que nadie me conociera, en lugar de toparme con gente con la que crecí y de la que sospecho.

Pero, mientras me dirijo a la universidad, no desaparece ese cosquilleo en la nuca, ni siquiera después de dos días. Me asomo por las esquinas o miro por la ventana de un café para ver si alguien me sigue. Por supuesto, no hay nadie, o más bien hay mucha gente: una multitud de personas de todas las formas y tamaños que van camino de la biblioteca, a clase o a encontrarse con alguien. Sin embargo, nadie me mira, nadie me sigue. Al menos, nadie que yo vea.

Estoy siendo ridícula.

Suelto un suspiro y me abrocho el suéter; es una mañana bastante fría para estar en la tercera semana de junio. Sostengo con fuerza mi segundo café del día, intentando relajarme lo suficiente para no apretarlo hasta hacerlo estallar. No dormí bien anoche; solo

pude dormir unas pocas siestas de quince o veinte minutos, seguidas de horas despierta mirando una planta muerta que me regaló Sam la primera vez que vino a mi casa. No paso por alto el simbolismo.

Como si el pensamiento lo invocara, mi teléfono vibra en el bolsillo y, al sacarlo, veo que es Sam quien me llama. No he respondido a sus últimos mensajes. Sé que tengo que hablar con él y terminar las cosas de forma amable; siempre fue bueno conmigo y le debo eso, pero ahora mismo no estoy para nadie. Me cuesta concentrarme siquiera en llegar a mi oficina a tiempo para dar mi primera clase. El bullicio del campus suele llenarme de energía, pero hoy... hoy hay demasiada gente.

Por fin llego a mi despacho, donde mi calendario me observa desde la pared y veo que mañana recibiré más capítulos. Se me revuelve el estómago solo de pensarlo... Aunque tal vez sea por todo el café que he tomado sin comer nada.

Me siento en mi escritorio, pero me levanto de un salto al instante. Alguien ha usado mi silla; está ajustada de otra manera. Me obligo a volver a sentarme con cautela para notar la posición distinta de los apoyabrazos y la profundidad del asiento. Quien se ha sentado aquí es más alto que yo.

Recorro el escritorio con la mirada, pero no veo nada fuera de lugar. ¿Alguien ha estado revisando mis cosas? Pienso en Sam, en algún estudiante o…

Bebo otro trago de café y ajusto la altura de la silla mientras escaneo la habitación en busca de algún otro cambio. No veo nada fuera de lo común, así que abro un cajón, luego otro y otro más. Mi

mano se detiene sobre el frío metal del tirador mientras intento pensar. ¿Había algo aquí que alguien pudiera encontrar?

No, por supuesto que no. Ya no tengo ninguna conexión con mi vida anterior. No hay fotografías, ni un diario con entradas privadas, ni siquiera un número de teléfono garabateado por ahí. Mi única conexión es la historia. Hannah Greer. Pero todo eso está en formato digital y guardado en un servidor.

Aun así, no me deja tranquila. Y, mientras recojo mis cosas para ir al salón de clases, mi mente se desvía hacia Jocelyn. Jocelyn, que no estaba en Luisiana y de quien no encuentro ni una mención en internet. Tal vez ha llegado el momento de buscarla. Ella es la pieza que falta en este rompecabezas.

Algunos estudiantes ya están sentados cuando entro en el aula; me coloco delante y saco las notas de la clase de hoy. Por suerte, he impartido esta asignatura un millón de veces y puedo hacerlo sin preparación. Antes de empezar, pongo el móvil en modo silencioso y veo en la pantalla la vista previa del último mensaje de Sam.

Sam: ¿Nos vemos esta noche?

Suspiro, pero entonces se me ocurre una idea: ¿y si le pido ayuda a Sam para encontrar a Jocelyn? ¿Sería abusar de él? *Tal vez.* Probablemente sí. *Sí, lo sería*. Pero ya estoy más allá de todo. Me muerdo el labio mientras sopeso hacer algo que sé que está mal y que, además, es arriesgado. Los últimos estudiantes entran en el aula y tengo que empezar, así que me obligo a decidir y respondo antes de silenciar el teléfono.

Elizabeth: Claro, suena bien.

***

La noche empieza con vino. Como si no me sintiera ya lo bastante mal, Sam se esmeró: abrió una botella cara, que dijo que era una combinación de variedades de reserva. Hay tres hornallas encendidas en la estufa y me ha traído flores. Bebo un largo trago del vino, que resulta afrutado y espeso, y dejo que se deslice por mi lengua.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta.

Levanto la vista de la copa, apoyada en la barra de la cocina. Él utiliza unas pinzas para mezclar hojas verdes silvestres y las rocía con aceite de oliva, vinagre y condimentos. *Dios mío, este hombre convierte la cocina en un arte*. Lo aprecio, aunque yo no tenga ningún interés por la cocina.

—Eh... Está bien. —Intento recordar si le conté que estuvo en el hospital, que se está muriendo. ¿Le envié un mensaje? ¿Se lo dije? Probablemente no.

Se da la vuelta, se acerca a la estufa y gira las chuletas de cerdo. Abro la boca y estoy a punto de decírselo, pero me detengo. Sería abrir una caja de emociones que prefiero mantener guardada y no tener que pensar en ellas.

—Fue bueno verla —concluyo, porque es lo que se espera que digas cuando vuelves a casa a ver a tu madre.

—¿Y Luisiana? ¿Cómo estuvo? —pregunta, con las manos en las caderas. Mi mirada recorre las líneas firmes y atractivas de su rostro y no puedo evitar compararlo con Noah, a pesar de que hay veinte años de diferencia entre ellos. Los dos son seguros de sí mismos, casi arrogantes.

—Bien. Húmeda. Muy religiosa.

La mirada de Sam es intensa. Asiente despacio, como si intentara descifrar qué me ocurre. O tal vez es solo paranoia mía.

—Es bueno estar de vuelta —añado con una sonrisa forzada. Sé que lo interpretará como que me alegra estar de vuelta con él, y así es. Sus labios se curvan, se inclina y me besa. Dejo que el beso se prolongue y luego le devuelvo la sonrisa, aunque por dentro me siento fatal. Es un buen hombre.

Bebemos más vino y vaciamos la botella. Después de cenar, terminamos en su cama y no paramos hasta la una de la madrugada. Sam parece satisfecho, incluso pleno, y me alegra poder darle eso al menos. Yo también me siento bastante relajada, y creo que esta noche sí podré dormir. Pero antes tengo algo que hacer.

Me acerco a él y me recuesto en su pecho, con la cabeza sobre mi mano. Su corazón late con fuerza bajo sus costillas.

—Tengo un favor que pedirte —le digo.

—¿Sí? —responde somnoliento.

—Cuando estuve en Luisiana, no pude encontrar a alguien. Era una de mis mejores amigas en la secundaria. Con mi otra amiga, Ivy, éramos inseparables. Pero Ivy tampoco ha podido comunicarse con ella. Pensé que se había mudado al sur, quizá a Florida, pero estoy un poco preocupada porque he intentado buscarla en internet y no he encontrado nada.

—¿Tal vez se ha casado y ha cambiado de apellido? —sugiere.

—Puede ser, pero... —me incorporo y frunzo el ceño— ¿no debería quedar algún registro de eso?

Sam busca mi mirada y asiente.

—Sí, debería estar registrado.

—¿Crees que podrías buscarla en ese sistema tuyo?

—Claro. ¿Cuál es su nombre?

Lo observo. Aun con la luz tenue, distingo sus rasgos y lo miro con atención mientras respondo.

—Jocelyn Burton.

En el fondo, ya casi no puedo imaginar que él tenga algo que ver con todo esto, y ahora no pone una expresión rara ni parece sorprendido. Solo lo piensa un momento y se encoge de hombros.

—Seguro, puedo buscarla por ti. ¿Tienes algo más? ¿La fecha de nacimiento? ¿La ciudad donde nació?

—Puedo anotártelo todo por la mañana.

—Perfecto. Lo revisaré a primera hora. No quiero que te preocupes. —Acaricia mi cabello—. Haré todo lo que pueda.

—Gracias —respondo, pero su dulzura me hace sentir aún peor.

Nos acomodamos debajo de las sábanas y pronto su respiración adquiere ese ritmo constante y parejo del sueño. Espero quedarme dormida también, pero no puedo. Es como las últimas noches: me quedo mirando el techo y me pregunto en quién puedo confiar, si es que hay alguien. Mi mente se desvía hacia el día siguiente, hacia los próximos capítulos que deben llegar. ¿Hannah enviará más de su historia? Todavía no ha respondido a mi correo. Y, si lo hace, ¿qué secretos revelará a continuación?

CAPÍTULO 20

Novela de Hannah – Capítulo 3

El corazón de Jocelyn galopaba mientras recorría los pasillos vacíos. Era la primera vez que el señor Sawyer la citaba tan tarde. Por lo general, se reunían después de la escuela, cuando todavía había actividades y estudiantes deambulando por allí. Pero ese día eran las seis de la tarde y el segundo piso estaba tan vacío que sus pasos resonaban en las paredes. Las horas de espera parecieron no tener fin y le recordaron a una frase que había leído en un libro: «A veces, la anticipación es más emocionante que el acontecimiento». ¿No se aplicaba eso a la mayoría de las cosas de la secundaria? Al primer beso, al baile de graduación, a la Navidad... Puras decepciones. Sin embargo, para Jocelyn, el tiempo que pasaba con el señor Sawyer era diferente, probablemente porque nunca podía anticipar lo que él le haría hacer. En cuanto hacía algo, cambiaba de planes. Ya llevaban casi un mes viéndose y, durante el último encuentro, él le había leído algo por primera vez. Poesía escrita por él. Y dijo que no se la había leído a nadie más. Su voz era baja y áspera, muy sexy. Jocelyn no la entendió mucho; esperaba algún día ser tan lista como para hacerlo, pero, de todas formas, le parecieron palabras hermosas.

Cuando entró en el salón 206 y se dirigió al escritorio donde solía sentarse, vio de inmediato que el escritorio del señor Sawyer había sido movido. Ya no estaba al frente y al centro, sino en la esquina izquierda. Dejó caer la mochila al suelo y se sentó en una silla de plástico.

—¿Ha movido el escritorio?

El señor Sawyer ignoró la pregunta, caminó hasta el fondo del aula y cerró la puerta. El ruido del cerrojo hizo vibrar el interior de Jocelyn: amaba estar a solas con él y tener toda su atención. Sin embargo, ya le estaban sudando las palmas de las manos, y era cuestión de tiempo que se le cerrara la garganta.

—¿Tienes listo el ensayo de hoy?

El señor Sawyer siempre le encargaba escribir sobre su vida de pesadilla, pero el ensayo de esa semana había sido más difícil que los demás porque había tocado una fibra muy sensible. Le había encargado que escribiera sobre su soledad.

Jocelyn se secó las manos en los vaqueros y enderezó la espalda.

—Sí.

—Muy bien. —Él se ubicó detrás del escritorio y señaló el suelo a su lado—. Aquí, de rodillas. Mira al suelo.

Sería la primera vez que no estaría a varios metros de distancia, y la idea de estar tan cerca del profesor la emocionaba y la asustaba a la vez. Sin embargo, había aprendido que era mejor no mostrar dudas cuando le ordenaba hacer algo. Así que Jocelyn sacó el cuaderno amarillo con la mariposa de su mochila y se acercó. Sentía el peso de su mirada mientras caminaba, pero no se atrevió a levantar la vista.

Al llegar al lugar indicado, se arrodilló y movió el peso de un lado a otro para estar más cómoda, aunque sus rodillas eran demasiado huesudas para conseguirlo. Respiró hondo antes de comenzar, pero al inhalar llegó un aroma que la sorprendió. Masculino. Amaderado. Tal vez cedro, mezclado con cuero y algo que no identificaba. También notó una pizca de café en la mezcla. Nunca antes había percibido el perfume de un hombre, pero le gustó cómo la hizo sentir. Aunque, al mismo tiempo, le

hizo preguntarse qué estaría oliendo el señor Sawyer al estar tan cerca de ella. La lavadora de su casa se había estropeado otra vez, así que no había podido lavar sus vaqueros después de su turno en McDonald's el día anterior. Probablemente olía a aceite quemado de tres días y a patatas fritas. O peor aún, porque hacía calor ese día y se había aplicado un desodorante casi vacío en las axilas antes de la clase de gimnasia.

—¿Algún problema, señorita Burton?

Jocelyn negó con la cabeza y recorrió la primera línea de texto con la mirada, pero, cuando volvió a inhalar para leer, volvió a sentir el aroma.

—Huele muy bien —susurró.

Hubo una larga pausa y, mientras esperaba una respuesta, le preocupó que su cumplido lo hubiera ofendido, pero, cuando él por fin habló, percibió la sonrisa en su voz, aun sin mirarlo.

—Me alegra que lo notaras. Puedes comenzar.

Jocelyn se aclaró la garganta.

—La soledad no es la ausencia de compañía. Es un vacío que te acecha desde dentro aunque estés en un lugar abarrotado.

Durante los diez minutos siguientes, Jocelyn leyó las ocho páginas en las que se describía una noche en la que su madre estaba trabajando y ella estaba sola en casa. Era una noche tormentosa, en la que el viento silbaba con tonos altos y bajos de forma impredecible, lo que la hacía temblar de miedo. Tanto miedo que había tomado el arma que su madre guardaba en la mesilla de noche y la había metido bajo la almohada. Se le humedecieron las mejillas con lágrimas al leer sobre una ocasión en la que había ido con la familia de su amiga a la playa, se había escabullido cuando todos dormían y se había parado en la escollera preguntándose si alguien notaría si caía y la tragaban las olas gigantes. Pronunciar esas palabras en voz alta le revolvía el estómago, pero leer lo escrito nunca era lo peor; lo peor era cuando terminaba, cuando tenía que bajar la vista porque todos los sentimientos que habían salido a la superficie se atascaban. Deseaba poder mirar por la ventana y ver, tal vez, un pinzón o un azulejo y dejar que su

mente se fuera a otro lugar. Pero no quería decepcionar al señor Sawyer y, en algún momento, cuando estuviera listo, él la elogiaría, y eso la haría sentir mejor.

Así que esperó. Y esperó. Hasta que el ruido de los papeles y del bolígrafo arrastrándose por el cuaderno en el que escribía se detuvo y el señor Sawyer le tendió una mano. Le tomó el mentón y la hizo levantar la vista hasta que sus ojos se encontraron.

—¿Disfruta nuestras sesiones, señorita Burton?

—No me siento sola cuando estoy con usted —respondió ella.

Los labios del señor Sawyer se curvaron en una sonrisa.

—Excelente. ¿Y has pasado tiempo últimamente con el chico con el que a veces te veo en el pasillo?

—¿Lucas?

—Sí, él. —La sonrisa del profesor se desvaneció.

—No, no he visto a Lucas. —Ella negó con la cabeza.

El señor Sawyer entrecerró los ojos y apretó los labios. No hacía falta que lo dijera: no estaba seguro de creerle.

—No lo he visto. —Jocelyn tragó saliva—. Lo juro.

El señor Sawyer analizó sus ojos, pero no encontró nada; Jocelyn no le mentía. Había estado evitando a Lucas. Antes solían pasar tiempo juntos después de clase y, a veces, se besaban detrás del gallinero, junto a la casa de sus padres, pero en esos días ella pasaba la mayor parte de su tiempo libre con el señor Sawyer o trabajando en alguna de sus tareas.

Él inclinó la cabeza.

—¿Algún chico te ha tocado, Jocelyn?

El rubor carmesí en sus mejillas respondió por ella.

—Señala dónde —le ordenó con seriedad—. Muéstrame dónde te han tocado.

Jocelyn pensó en mentir, pero, por la forma en que la miraba, estaba segura de que lo notaría, así que tomó aire, lo retuvo y señaló sus pechos.

—¿En algún otro sitio? —preguntó él. Ella negó con la cabeza. Los ojos del señor Sawyer se oscurecieron—. ¿Estás lista para más disciplina?

Jocelyn no dudó, sino que asintió con entusiasmo.

—Sí. Estoy lista.

—Sabes que, si alguien se enterara de nuestras sesiones, no podría seguir ayudándote y perderías tu oportunidad de obtener una beca, ¿verdad?

—No se lo diré a nadie.

El señor Sawyer se frotó el labio inferior con el pulgar durante un momento. Finalmente, tomó su bolígrafo y escribió una dirección en su bloc de notas. Luego arrancó el papel y se lo extendió a Jocelyn.

—Jueves. Seis de la tarde.

Ella quiso tomar la nota, pero él no se la dio. Sus miradas se encontraron.

—Los chicos te usarán. Nunca te querrán de verdad, porque no verán el potencial que yo veo en ti. Solo verán a una chica pobre con ropa sucia y usada y con una madre fracasada. —Le acarició el pelo con suavidad y luego jugueteó con las puntas abiertas—. Una chica que ni siquiera se corta el pelo. Eres afortunada de que te esté ayudando.

CAPÍTULO 21

No he dormido más de tres horas por noche en los cinco días transcurridos desde mi regreso de Luisiana. Me siento en el metro, con el rostro hundido entre las manos, y considero mis opciones: ¿yoga, meditación, cantidades industriales de vino? Nada ha funcionado todavía. Es como una realidad distorsionada de la que no puedo escapar. El agotamiento me invade en cualquier momento y echa por tierra cualquier intento de retomar mi vida, pero, en cuanto me meto bajo las sábanas, no puedo dormir.

Me quedo mirando el techo, con el pecho apretado y la respiración rápida y superficial. Empiezo a pensar en los capítulos y en cómo terminará la historia. Hannah no cayó en mi trampa ni añadió a una amiga llamada Lizzie, pero las dos sabemos que tarde o temprano aparecerá en la historia, ¿verdad?

Levanto la cabeza para ver en qué parada estamos y capto la mirada de un hombre que me observa. Es alto y tiene barba. Aparta la vista, sorprendido. Busco mi bolso con las manos temblorosas, como si estuviera en abstinencia. Abstinencia de sueño, de la capacidad de mi cuerpo para apagarse aunque sea por unas horas. Me levanto y me muevo con rapidez por el vagón hasta llegar a otro

asiento, detrás de un grupo de adolescentes. Me asomo entre ellos e intento ver al hombre, pero ha desaparecido.

Suelto el aire.

Entonces, no me está siguiendo.

Miro con detenimiento a todas las personas que me rodean, pero todas están ocupadas: algunas miran sus teléfonos, otras leen libros y otras escuchan música. Nadie me presta atención y, aun así, estoy en alerta máxima, incapaz de relajarme.

En cuanto llego al campus (mientras miro por encima del hombro, vigilando por si veo al hombre o a alguien que parezca seguirme), me dirijo directamente a la enfermería. Como soy profesora, me hacen pasar antes que a los seis estudiantes que esperan ser atendidos y, en diez minutos, estoy en una sala.

—¿Señorita Davis? —Una mujer joven entra y me mira desde detrás de una carpeta. Parece una estudiante, pero su identificación indica que se llama Kendra Young y es enfermera practicante.

Abro la boca para corregirla («Profesora Davis»), pero la cierro. Da igual cómo me llame; lo que importa es agradarle lo suficiente a Kendra Young como para que me recete algo que me ayude a dormir y silencie estos pensamientos que no paran de dar vueltas, aunque solo sea por un rato. Así que me olvido del título y le sonrío, reuniendo toda mi fuerza interior para parecer una mujer equilibrada que solo necesita un poco de ayuda en un momento difícil de su vida.

—Sí, soy yo —logro decir.

—¿En qué puedo ayudarla hoy? —Kendra se sienta en un taburete con ruedas, cruza las piernas y me mira con expresión abierta y una sonrisa cálida.

Mis hombros se relajan un poco. Es buena en su trabajo, al menos en lo que al trato con las personas se refiere. Repaso la historia que he elaborado con cuidado, que no se aleja demasiado de la verdad.

—Mi madre... se está muriendo. Lentamente.

—Vaya, lo siento mucho —dice Kendra, inclinándose y con una expresión de preocupación.

—Estoy muy ansiosa. No puedo dormir. Ella está en Luisiana y fui a verla hace unos días, pero tuve que volver para dar clases. —Empiezo a divagar, a hablar rápido, a dejar que las lágrimas me llenen los ojos, lágrimas que incluso me sorprenden a mí misma—. En fin, esperaba que pudiera recetarme algo para dormir. Creo que, si pudiera descansar un poco, podría mantenerme en pie.

—Ah, por supuesto. Déjeme hacerle un examen rápido —dice ella.

Me toca el codo despacio, me toma la presión arterial, me escucha el corazón y los pulmones y me hace algunas preguntas rutinarias sobre qué otros medicamentos tomo. Cuando salgo, voy a la farmacia más cercana a recoger las píldoras que necesito con desesperación.

La farmacia está junto a la residencia donde vive el señor Hank. En cuanto guardo el medicamento en el bolso, me siento mucho más tranquila, así que voy a visitarlo. Nueva York, por grande que sea, también es como un pueblo pequeño: todo está cerca.

Y el señor Hank es como un plato reconfortante para mí. Verlo me levanta el ánimo, porque me recuerda que hay alguien en quien siempre he podido confiar. Lo encuentro donde casi siempre está: en la sala de televisión. Pero, a diferencia de otras veces, hay una mujer en silla de ruedas sentada junto a él, tomándole la mano.

—Hola, señor Hank —le digo con una sonrisa mientras le echo una mirada a la mujer.

—¡Elizabeth! ¿Cuándo llegaste?

—Justo ahora. Tenía que recoger algo cerca y no podía dejar pasar la oportunidad de venir a saludar. Espero no estar interrumpiendo. —No estoy segura de si la mujer es otra paciente o una visitante, pero me mira y entrecierra los ojos.

—¿Has estado coqueteando con mi Charlie?

—No, señora —respondo con una sonrisa—. Charlie y yo somos viejos amigos. —Desvío la mirada hacia mi excasero—. ¿Verdad, señor Hank?

—Claro, claro —responde él, mientras le da unas palmaditas en la mano a la mujer—. Elizabeth vive en mi edificio, justo enfrente de mi apartamento. Yo la cuido. Las chicas jóvenes de la ciudad nunca son muy cuidadosas.

Es muy extraño que pueda recordar mi nombre y dónde estaba mi apartamento, pero no que lleva casi cinco años viviendo en esta residencia. Asiento y miro a la mujer, preguntándome si pensará que lo que acaba de decir es extraño. Me mira con desconfianza, pero asiente con rigidez y se arregla las mechas grises. Entonces, una enfermera del personal se le acerca para hablar con ella.

—¿Qué le parece si vamos a por un pastelito, señora Parsons? No ha comido nada en todo el día.

La mujer frunce el ceño y suspira, pero no discute. Cuando se aleja, acerco una silla para sentarme junto al señor Hank.

—¿Quién era? ¿Tiene una nueva amiga especial?

—No. —Sonríe y lo desestima como si no fuera nada—. Pero cuando una chica guapa quiere tomarte de la mano a mi edad,

aguantas cualquier tontería que sea necesaria. —Me guiña un ojo, lo que me hace reír de verdad, algo refrescante después de las últimas semanas. Me hace feliz verlo tan lúcido, y me recuerda que he tenido algo bueno en mi vida—. ¿Qué anda pasando, niña? Te ves cansada. ¿Otra vez tienes problemas para dormir?

¿Le hablé de eso hace poco o se refiere a cuando llegué a Nueva York hace veinte años? O tal vez piensa que mis problemas fueron la semana pasada porque está confundido con los años otra vez. No lo sé, pero el señor Hank es el único que conoce mi pasado, aunque no todo, ya que no le hablé del señor Sawyer, pero sí de mi familia. El alcoholismo fue una de las primeras cosas que nos unieron, pues su mujer murió de cirrosis el año anterior a mi mudanza.

—Estuve de viaje, fui a ver a mi madre.

—¿Fuiste a Luisiana? —Sus cejas tupidas se elevan.

—Sí. —Inhalo profundamente y suelto el aire.

—¿Y cómo resultó?

—No muy bien. Mi madre está muriendo.

—¿El alcohol le está pasando factura? —Me toma de la mano y me la aprieta.

—Tiene cáncer. De páncreas.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Cuánto tiempo dijeron que le queda?

—No mucho, un mes o dos.

—¿Volverás a verla?

—No sé qué haré. Me quedan unas semanas más del curso de verano. Supongo que ya veré cómo están las cosas cuando termine. —Suspiro y me encojo de hombros. Estoy ansiosa por cambiar de

tema, a pesar de que fui yo quien lo mencionó, así que me acerco para chocarle el hombro—. Pero cuénteme de usted. No me cambiará por la señora Parsons, ¿verdad?

—Jamás. Tendrás que aguantarme de por vida.

Y lo agradezco de corazón. Hablamos durante una hora más de cosas sin importancia: de los caballos que corrieron hoy, del nuevo paciente que se instaló en la habitación junto a la suya, de si se esperaba nieve para mañana... No le recuerdo que estamos a finales de junio y no de enero; está mayormente ubicado en tiempo y espacio, y me siento afortunada de haber tenido una buena visita. Hacia el final, una enfermera se acerca para avisarle que ya casi es la hora del almuerzo y él nos presenta, pero me llama Molly en lugar de Elizabeth. Molly era su esposa.

—Debo irme, pero volveré pronto. La próxima vez traeré donas.

—De chocolate.

—Cualquier otro sabor sería un crimen. —Sonrío y le doy un abrazo de despedida.

Cuando me aparto, me sujeta el brazo un momento.

—Ella te quiere, aunque no te lo diga y no sea buena demostrándolo.

—¿Quién?

—Tu madre. —Supongo que lo dice porque todas las madres deberían amar a sus hijas, pero luego añade—: Ella me lo dijo.

—¿Mi madre le dijo que me quería?

—Nunca lo mencioné porque sabía lo mucho que te costó seguir adelante después de marcharte.

—Pero nunca habló con mi madre. —No suelo corregirlo, pero no pude evitarlo.

—Lo hice una vez, cuando estuviste unos días hospitalizada.

Mi corazón se encoge. Por un momento, pensé que de verdad había hablado con mi madre, pero está confundido otra vez, porque nunca estuve hospitalizada en Nueva York y mi madre nunca dijo que me quería. Ni siquiera me lo dijo a mí. Intento no dejar que esto me desmotive, pero es como un golpe en las entrañas.

—Te quiero, Molly, no estés triste —dice, acunándome el rostro.

—Yo también te quiero —respondo, y le doy un beso en la frente —. ¿Cómo voy a estar triste si te tengo en mi vida?

Apenas salgo de la sala y pongo un pie en el ascensor, mi móvil vibra.

Sam: ¿Cenamos esta noche?

Suspiro, porque el único plan que tengo para esta noche es tomar una de las píldoras para dormir que llevo en el bolso, perder el conocimiento y olvidarme de que ha existido este último mes. Sostengo los dedos sobre el teclado, a punto de responder, pero el móvil vuelve a vibrar.

Sam: Tengo información sobre tu amiga Jocelyn.

Mis ojos se abren de par en par. Puedo olvidarme de dormir esta noche. Mis dedos no escriben lo suficientemente rápido.

Elizabeth: ¡Suena bien!

CAPÍTULO 22

—¿Estás bien, cariño?

Siento que estoy a punto de estallar. Llevo casi media hora aquí y Sam todavía no ha mencionado nada sobre Jocelyn. Intento ser paciente y no mostrar lo desesperada que estoy por esa información, pero no es fácil cuando vivo a base de cafeína y adrenalina.

—Estoy bien, ¿por qué lo preguntas? —digo con una sonrisa forzada.

Él analiza mi rostro y, la verdad, desearía que no jugara al detective conmigo.

—Porque te ves cansada. —Se encoge de hombros—. Estresada.

Genial, ahora la tormenta de mierda que ruge dentro de mí está saliendo al exterior.

—El cuello me está molestando otra vez —miento—. Me ha despertado varias veces las últimas noches.

De repente, baja el fuego de la estufa al mínimo, da la vuelta a la isla de la cocina hacia mí y pone sus grandes manos en mis hombros.

—Lo hubieras dicho, sabes que tengo manos mágicas.

Sus dedos son, de verdad, mágicos. Cuando comienza a trabajar en los músculos de mi cuello, mi cabeza cae unos centímetros de inmediato. Siento como si se hubiera desconectado de una cuerda tensa y no puedo evitar gemir.

—¿Se siente bien? —Sam hunde el dedo más profundo.

—Sí —jadeo—. Gracias.

Tras un rato, empiezo a pensar que la tensión del cuello era el verdadero problema, porque ahora siento que podría hacerme un ovillo y dormir. Hasta que Sam vuelve a abrir la boca.

—Bueno, encontré a tres personas con el nombre de tu amiga en el estado de Florida.

Levanto la cabeza y aparto sus manos de mis hombros.

—¿Sí?

—Tengo que revolver la salsa. —Me da un beso en la cabeza, vuelve al otro lado de la isla y comienza a ajustar los controles de la estufa como si yo no estuviera conteniendo la respiración, esperando a que termine de hablar. Claro que él no sabe lo que está en juego, pero cuando abre el cajón de las especias y comienza a revolver, ya no puedo esperar más.

—¿Y? ¿Has podido averiguar algo de las tres mujeres?

Antes de responder, saca un frasco de orégano, lo destapa y espolvorea un poco sobre la salsa.

—Dos son fáciles de descartar. Dijiste que habían ido juntas a la secundaria, así que supongo que deben de tener más de treinta y cinco años.

—Tenemos la misma edad.

—Eso pensé. Una tiene apenas dieciséis y la otra casi noventa.

—¿Y la tercera?

—Está en prisión. —Me mira a los ojos. Los míos se dilatan.

—¿En prisión? ¿Por qué?

—Homicidio culposo.

—¿Mató a alguien? —Siento que mi corazón intenta escapar de mi pecho.

—Conducía ebria hace cinco años. Chocó contra una señal de tránsito y atropelló a un anciano.

Pensé que tal vez Jocelyn se había casado o incluso que podría haber muerto, pero jamás imaginé que podría estar en prisión. Aunque tiene sentido, ¿no? La bebida, la imprudencia... No es de extrañar que acabara así después de lo ocurrido. Su vida fue difícil desde el principio, por eso dejó que un hombre de cuarenta años se aprovechara de ella. Proceso la nueva información, la digiero, pero de repente surge una nueva ronda de preguntas. ¿Podría ser ella desde la prisión? Tienen computadoras y acceso a internet, ¿o no? Al menos eso creo, aunque mi conocimiento al respecto proviene de *La ley y el orden.*

Sam busca el bolso de cuero que lleva al trabajo, saca un papel y lo desliza por la isla hacia mí.

—Esta es su fotografía del arresto.

Parpadeo varias veces, con alivio y decepción en partes iguales.

—Esta no es Jocelyn.

—¿Segura? Dijiste que no la veías desde la escuela, ¿no? Tuve que comprobar su edad dos veces cuando la vi, porque parece tener casi sesenta en lugar de cuarenta. Pero una vida difícil puede tener ese efecto.

Niego con la cabeza.

—Las personas cambian, pero no de color de piel. Esta sin duda no es Jocelyn.

—Ah, de acuerdo. Supongo que eso es bueno.

Lo es, pero, si no está en Florida, ¿dónde demonios está?

—¿Es posible que la base de datos en la que buscas no la encuentre porque se ha casado y ha cambiado de apellido?

—Todo es posible. —Sam se encoge de hombros—. Pero es poco probable. He buscado el nombre completo y como alias, así que esas fueron todas las candidatas. Tal vez tu amiga ya no está en Florida. ¿No tiene familia en Luisiana a la que puedas preguntarle? Si sabes el nombre de alguno de sus padres o hermanos, podría conseguirte su información de contacto. ¿De qué pueblo dijiste que eras?

No lo dije. Ya compartí demasiado con él y planeo dejarlo así.

—¿Aparecería en los resultados si hubiera muerto?

—Debería. Todas las muertes se notifican a la Seguridad Social y se registran en la base de datos nacional en la que busqué. La información es bastante precisa. Las únicas veces que falla es cuando… —Me mira a los ojos—. Cuando alguien no quiere ser encontrado.

***

—¿Quieres ver una película? —pregunta Sam mientras arroja un trapo de cocina sobre la encimera. Acabamos de terminar de limpiar después de la cena—. También podría trabajar un poco más en los nudos de tu cuello. Aún tengo en la mesa de noche ese aceite que tanto te gusta.

La oferta de un masaje por parte de un hombre nunca es solo eso, y el ambiente está demasiado cargado esta noche. Lo que necesito es ir a casa y tomar una de las píldoras para dormir que recogí en la farmacia y que aún no he sacado de la bolsa blanca. Ya es hora.

—De hecho, dormiré en casa esta noche. Tengo que trabajar en algunas entregas.

—¿No puedes hacerlo aquí? —Mira la silla en la que dejé el bolso, del que asoma el ordenador.

Intento consolar sus sentimientos lastimados pegándome a él, pero entonces me impacta descubrir que hice lo mismo con Noah hace apenas una semana: usé el sexo para salir de una situación difícil. No estoy orgullosa de mí misma, pero no me detengo.

—Es imposible concentrarme cuando estás cerca.

—Iré a la otra habitación.

—Eso no ayudará. Necesito ir a casa.

—De acuerdo. —Hace un mohín—. Como quieras. Te pediré un Uber.

—Tomaré el metro.

—¿Puedes al menos concederme esto? No sabes las cosas terribles que pasan en los trenes por la noche.

—De acuerdo. —Suspiro—. Pero lo pediré yo.

Él niega con la cabeza y hace pucheros. Logro escapar con un beso casto y la promesa de escribirle mañana, algo que seguro que no cumpliré. En cuanto salgo a la calle, me siento mucho menos oprimida y eso me hace pensar en Noah. Es mucho más probable que sea él quien envía los capítulos, y no Sam. Además, no me siento sofocada cuando estoy con Noah. Me pregunto a qué se

debe. Cancelo el Uber que Sam me vio solicitar y voy andando a la estación de metro. Son cuatro calles de distancia y, al llegar, me percato de que no recuerdo ni un solo paso, ni los edificios, ni los rostros de los demás peatones, ni haberme detenido a cruzar la calle. Sam tenía razón, estaría más segura en un Uber que aquí sola, pero ya estoy en la estación, así que no veo por qué no seguir adelante. Cuando bajo algunos escalones, mi móvil comienza a vibrar, así que me detengo para contestar, ya que abajo no suele haber cobertura. Aunque el número es desconocido, contesto de todas formas.

—¿Hola? —Del otro lado hay silencio. Vuelvo a subir a la calle, porque tal vez sea la conexión—. ¿Hola?

Un taxista toca el claxon y se oye una sirena a lo lejos. Me tapo el oído en el que no tengo el móvil para bloquear los ruidos de Manhattan y estoy casi segura de escuchar una respiración. Es la segunda vez que ocurre esto en los últimos días.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Presiono el móvil contra la oreja y me tapo el oído con la otra mano. Sin duda hay alguien ahí; puedo escuchar inhalaciones y exhalaciones lejanas, y por más ridículo que suene, algo me dice que son de Noah. Pero ¿por qué? ¿Acaso su respiración tiene un patrón único? No recuerdo haberlo notado cuando estuvimos juntos. Pasé más tiempo con Sam y tampoco sé si tiene una forma particular de respirar. Debo de estar perdiendo la cabeza, porque ahora me doy cuenta de que no le di mi número a Noah.

Necesito dormir. Finalizo la llamada, miro a mi alrededor para ver si alguien me está mirando y luego vuelvo a bajar las escaleras del metro. Cuanto antes llegue a mi casa, antes podré tomarme una

píldora y dormir. Veré las cosas con más claridad cuando haya descansado.

Por fortuna, el resto del viaje a casa transcurre sin inconvenientes, al menos hasta que cierro la puerta y el teléfono vuelve a vibrar. Esta vez es un mensaje, no una llamada. No tengo agendado el número, porque no veo un nombre, solo «Desconocido» y un número con la característica de Luisiana.

Abro el mensaje con el pulso acelerado.

> **Desconocido:** ¡Hola! Soy Lucas. Perdón por tardar tanto en escribir, pero había perdido tu número. Lo estuve buscando desde que nos vimos en el hospital y por fin lo encontré esta noche. Lo había puesto en mi lonchera para no perderlo y se quedó pegado al bloque de hielo. Al parecer, ha estado en mi congelador una semana. Nunca se me ocurrió buscarlo ahí; me estaba reprendiendo por haberlo perdido. En verdad quería volver a verte. ¿De casualidad sigues en el pueblo?

Suelto un suspiro pesado y considero no responder, pero Lucas es inofensivo y lo de que haya encontrado mi número en el congelador es bastante gracioso.

> **Elizabeth:** Hola, Lucas. Ya estoy de vuelta en Nueva York.

Veo los puntos suspensivos rebotando en mi pantalla y agradezco la distracción. Lucas siempre me ha caído bien.

> **Desconocido:** Mierda. ¿Crees que volverás pronto?
>
> **Elizabeth:** No estoy segura.

Recibo un emoji con el ceño fruncido antes del siguiente mensaje.

Desconocido: Qué pena. Avísame si vuelves. Me gustó verte. Siempre odié que nos distanciáramos el último año.

Yo odio *muchas* cosas de ese año...

Me muerdo el labio mientras pienso. Jocelyn solía tontear con Lucas; tal vez él sepa dónde está o tal vez se mantuvieron en contacto. Sin embargo, no me gusta la idea de hablar con nadie de nuestro pueblucho sobre ella y, por alguna razón estúpida, no quiero dejar huella digital preguntando por Jocelyn. Es de lo más ridículo a estas alturas, dado que le pregunté a un detective de la policía, pero no quiero tratar el tema con nadie relacionado con Minton Parish. Así que respondo con la verdad.

Elizabeth: Yo también. Siempre fuiste un buen amigo, Lucas.

Él responde de inmediato.

Desconocido: No tiene por qué quedar en tiempo pasado. Llámame si alguna vez vuelves al pueblo. Me encantaría verte.

Elizabeth: De acuerdo. Cuídate, Lucas.

Desconocido: Tú también, Elizabeth.

Suspiro y miro a mi alrededor. Normalmente no me acuesto hasta las once, pero la bolsa de la farmacia me está llamando desde la encimera. Así que la abro, destapo el frasco y me tomo dos píldoras de Ambien sin agua. Estoy decidida a dormir esta noche, tanto que conecto el móvil al cargador de la sala en lugar de al de la habitación. Lo último que necesito es que me despierte la llamada de un extraño respirando y me mantenga en vilo toda la noche.

Diez minutos más tarde, me meto en la cama y espero a que la medicación haga efecto. Tengo demasiados pensamientos dando vueltas por la cabeza.

¿Noah sabe quién soy?

¿Quién donó la estatua de santa Inés?

¿Cuánto tiempo le queda a mi madre?

Tengo que romper con Sam.

Pero hay una pregunta que resuena todavía más fuerte.

¿Dónde demonios está Jocelyn?

CAPÍTULO 23

Me giro en la cama en busca del frasco de píldoras. Anoche dormí ocho horas seguidas, y hoy parte de mí solo quiere tragarse otro Ambien (o tres) y tener una nueva noche de sueño ininterrumpido. Sin embargo, otra parte de mí piensa en mi madre y en sus problemas con las adicciones, que implican que yo también podría tenerlos, y lo que menos quiero es volverme dependiente de un fármaco. Ni siquiera sé si estas píldoras para dormir generan dependencia, pero no quiero arriesgarme.

Cualquier cosa puede volverse una adicción, ¿no? Incluso las personas.

Me vuelvo a sentar y me froto el rostro con la mano. Echo un vistazo al reloj y veo que ni siquiera son las ocho, pero estoy exhausta; tal vez vea la televisión un rato. Dejo el móvil sobre la mesilla de noche y, en cuanto lo conecto al cargador, la pantalla se ilumina con una llamada entrante de un número desconocido. Otra vez.

No debería responder; debería dejar que fuera al buzón de voz, pero no puedo quedarme sentada sin responder y sumarle «¿Quién

me está llamando?» a mis preguntas sin respuesta. Así que desconecto el teléfono y presiono el botón verde.

—¿Hola?

Solo se oyen inhalaciones y exhalaciones.

—¿Hola? —Se me cierra el pecho—. ¡Te escucho respirar!

Otra vez pienso que es Noah, pero entonces me recuerdo a mí misma que no tiene mi número de teléfono. ¿Y por qué llamaría solo para respirar? A menos que... sea él quien envía los capítulos y quiera asustarme. Acecharme. Vengarse.

Termino la llamada. No voy a darle a esta persona la oportunidad de conseguir lo que quiere, sin importar quién sea. En su lugar, busco el contacto de mi madre y dudo mientras recuerdo la conversación que tuvimos antes de que me fuera de su casa.

Te llamaré dentro de unos días para saber cómo te sientes, mamá.

¿Y qué tal si mejor yo te llamo cuando tenga ganas de hablar?

Por supuesto, nunca me llamó, y estoy segura de que nunca lo hará. Intento no pensar en ella ni preocuparme, porque no merece ni mi preocupación ni mis pensamientos. Sin embargo, me siento obligada a asegurarme de que está bien; seguro que un psiquiatra tendría mucho que decir al respecto. Niego con la cabeza, pero pulso el botón de llamada de todas formas.

—Hola, ¿Elizabeth? —Su voz es quebradiza y sin aire; suena terrible, como si estuviera al borde de la muerte. Tengo que ignorar la punzada de culpa por no estar ahí con ella.

—¿Estás bien, mamá?

—Estoy muriéndome, por supuesto que no estoy bien. —Aleja el teléfono para toser, pero puedo oír el sonido áspero y tembloroso. Se aclara la garganta antes de volver a hablar—. ¿Por qué llamas?

Dejo pasar un segundo de silencio.

¿Por qué he llamado?

—Solo quería saber cómo estabas.

—¿Ya has ido a la iglesia? Llevo una vida de buena cristiana y mis pecados son numerosos. Tú llevas una vida pagana, y tus pecados…

—Tengo que irme, mamá. Te quiero. —Cuelgo y contemplo la pantalla mientras pienso en todas las historias que he escuchado de padres que, en su lecho de muerte, encontraron la forma de subsanar las diferencias con sus hijos. No creo que lleguemos a eso nunca; ella irá a la tumba jurando que es mejor que yo, aunque bebió y fumó hasta matarse.

Un golpe fuerte y presuroso a la puerta de entrada me saca de mis pensamientos. Hay alguien en la puerta. ¿Sam? Pero ¿por qué estaría aquí? No le he respondido al mensaje de hoy, así que no puede ser él. Suspiro y me levanto, aferrando el móvil como si fuera un arma mientras espío por la mirilla. Es solo la señora Patterson, mi nueva vecina.

Abro apenas la puerta porque no voy vestida para recibir visitas.

—Hola.

—Ten, querida, no dejo de recibir tu correo. —Me entrega la correspondencia por la rendija, me ofrece una sonrisa y se aleja con su bastón.

—Gracias.

Vuelvo a la cama, más inquieta que nunca. Una hora más tarde sigo mirando el techo, ahora pensando en Jocelyn. Tiene que estar en algún sitio. Si siguiera en Florida, tendría que haber aparecido en la búsqueda de Sam. Necesito que amplíe la búsqueda, que revise todo Estados Unidos. Cuando ha pasado otra hora y mi mente sigue

dando vueltas a las mismas preguntas sin respuesta, me rindo, salgo de la cama y me dirijo al ordenador.

Todavía tengo que calificar tareas en el sistema de la universidad y ver unos videos tontos de recursos humanos que son obligatorios, así que tomo el ordenador, me siento a la mesa de la cocina e intento hacer algo útil. Pero antes de entrar al sistema universitario, veo un correo de Hannah Greer. No estaba ahí antes.

Mi corazón se acelera y los nervios me calientan la sangre. Trago saliva antes de abrirlo. El mensaje no tiene cuerpo; es evidente que está ignorando mi petición de hablar por Zoom. El único contenido son dos archivos adjuntos. Se llaman «Capítulo 4» y «Capítulo 5».

CAPÍTULO 24

Novela de Hannah - Capítulo 4

Jocelyn llegó a la dirección indicada. Miró el edificio y los números de las puertas mientras se secaba el sudor de las manos en la falda. El lugar no era lo que imaginaba; no era un sitio agradable, ni siquiera la casa del señor Sawyer, sino un motel que parecía estar fuera de servicio. Sin embargo, el letrero de neón que anunciaba «Habitaciones libres» estaba encendido, así que estaba abierto. Jocelyn miró con inquietud y cohibición alrededor del estacionamiento con baches, pero no había señales del señor Sawyer.

Finalmente, vio llegar un coche. Luego miró su bicicleta desvencijada, estacionada a su lado, y deseó que el automóvil de su madre no se hubiera estropeado esa mañana. Esperó en la puerta de la pequeña oficina de recepción e intentó parecer relajada, aunque por dentro sentía todo lo contrario, ya que verlo le provocaba una oleada de excitación. Era un hombre atractivo, mayor, más listo y experimentado que ella, pero estaba allí para verla.

—Hola. —Saludó con la mano, pero la bajó de inmediato porque se sintió tonta por haberlo saludado como una adolescente.

—¿Qué haces? —Él se acercó deprisa, la tomó del codo y la arrastró hacia un lateral del motel—. No pueden verte parada

aquí, supondrán que estás haciendo la calle.

—¿Qué? —Jocelyn levantó la vista, con los ojos desorbitados—. ¿Haciendo qué?

—Supondrán que eres prostituta. Mira cómo vas vestida —dijo con rabia, mirándola de arriba abajo.

Ella miró su falda corta y la blusa de escote en «V» que había robado del armario de su madre. Quería verse bien para el señor Sawyer y creía que eso le gustaría, que se vería madura. Pero tal vez se había equivocado.

—Lo siento —balbuceó—. Quería verme bien para usted. —La confesión quedó suspendida entre los dos, cargada de tensión.

Tras un momento, él suspiró.

—Ve a esconder esa bicicleta en el bosque que hay detrás del aparcamiento y espera ahí. Vuelve media hora después de que oscurezca. No pueden vernos juntos. Luego ve a la habitación 212; dejaré la puerta abierta.

Jocelyn lo miró boquiabierta. ¿Que se escondiera en el bosque? Debía de estar bromeando, pero la expresión de sus ojos le dijo que hablaba muy en serio. Entonces apretó los labios, asintió y emprendió el largo camino por el pavimento agrietado. La maleza del borde del bosque estaba tan húmeda que, en cuestión de minutos, se le mojaron por completo los zapatos y, aunque no hacía frío, comenzó a temblar. Encontró un tronco donde sentarse a esperar a que oscureciera.

A Jocelyn no le gustaba la oscuridad; podían pasar cosas malas por la noche, sobre todo por allí. El quiebre de una rama detrás de ella la hizo girar, asustada, para mirar a su alrededor. Ya debía de ser la hora de volver, aunque no había mirado a qué hora se había puesto el sol y ya no veía nada. Esperó otros cinco o diez minutos antes de levantarse y volver deprisa al motel. Esperaba no haberse adelantado, porque no quería darle otro motivo para enfadarse.

Cuando abrió la puerta de la habitación 212, él no le dijo que se fuera, sino que la observó apoyado en el escritorio en una esquina de la habitación. Entonces, Jocelyn cerró la puerta despacio y dio unos pasos hacia dentro, pero se quedó helada al

ver lo que llevaba puesto: estaba en ropa interior. Se le encendieron las mejillas y no pudo apartar la vista. La ropa interior no dejaba mucho a la imaginación: estaba en forma y era todo un hombre. Sin duda, no era un muchacho.

El corazón de Jocelyn se aceleró al ver la habitación con luz tenue, la cama y al señor Sawyer semidesnudo. Estaba nerviosa, pero no asustada, sino más bien ansiosa y, tal vez, excitada. Se humedeció los labios, curiosa por lo que iba a suceder.

—Desnúdate. Quítate toda la ropa, excepto la interior. Luego, arrodíllate aquí. —Señaló un lugar cerca de sus pies.

Ella tardó un segundo en quitarse la blusa, la falda y las medias. Aunque la alfombra del motel era áspera, se arrodilló a la espera de la siguiente orden.

—Une las manos como si estuvieras rezando e inclina la cabeza.

Jocelyn obedeció, acalorada a pesar de que estaba en ropa interior y en la habitación hacía frío. Temblaba de ansiedad. ¿Qué vendría después? ¿Él querría tener sexo? Ella era virgen, pero la mayoría de las chicas de su edad no lo eran. Ivy ya había mantenido relaciones sexuales con dos chicos. Así que ella haría lo que el señor Sawyer quisiera; después de todo, quería hacerlo feliz, no solo porque le gustaba, sino porque él podía mejorar su vida y alejarla de ese pueblo de porquería.

Después de lo que le pareció una hora, él por fin se movió. Caminó hasta desaparecer de la vista de Jocelyn. Era el momento, algo estaba a punto de suceder. Se estremeció por dentro al anticipar el contacto en la espalda o los hombros, pero ese contacto no llegó. En cambio, escuchó ruido de ropa detrás de ella. ¿Estaría preparando la cama? Pero, un instante después, él reapareció y se agachó frente a ella, totalmente vestido.

¿Qué había hecho mal? Se le llenaron los ojos de lágrimas. Que estuviera vestido significaba que… no la deseaba. Había estado ahí parado, observándola casi desnuda, y su reacción había sido volver a vestirse. Claro, no era atractiva para él.

Sin embargo, luego le acarició la mejilla y la mano grande y cálida le resultó reconfortante. Jocelyn se pegó a él.

—Eres una buena chica. —Él se acercó, le dio un beso en la frente y luego le arrojó su ropa—. Vístete.

Jocelyn se vistió deprisa, mientras se secaba con rabia las lágrimas que le caían por las mejillas. Quería darse la vuelta y preguntar qué había hecho mal, pero tenía miedo de hacerlo.

—¿Jocelyn?

—¿Sí? —chilló. Permaneció rígida, con la mirada en el suelo y la ropa puesta, pero desaliñada.

—Mírame —le exigió él. Ella levantó la vista justo a tiempo para ver el dorso de una mano acercándose a su mejilla para golpearla. Su cabeza giró por la fuerza de la bofetada—. La próxima vez, no te vistas como una puta. La semana que viene espera en el bosque. Mismo día a la misma hora.

CAPÍTULO 25

Apenas llego al baño para vomitar la cena. Jadeo, doblada sobre la taza de porcelana, con las rodillas en la fría cerámica. Busco papel para secarme la boca, pero me viene una nueva arcada. Nunca vomito así, sin advertencia, sin malestar estomacal ni náuseas.

Recuerdo la habitación que describió Hannah: paredes insípidas de color *beige*, cortinas pesadas de color musgo que ocultaban lo que sucedía en el interior, olor a moho por años de descuido, luz tenue incapaz de proyectar sombras y una alfombra vieja y humedecida.

Solo he estado ahí una vez: la noche en que Jocelyn llamó llorando y me dijo que necesitaba ayuda. Sin embargo, la imagen es muy vívida gracias a la descripción del capítulo y a lo que ella me relató cuando decidió contarme lo que había estado viviendo durante meses.

Tiro de la cadena del inodoro y me arrastro hasta el lavabo para mojarme la cara y lavarme la boca. Apenas reconozco el rostro que me mira en el espejo: estoy demacrada, con ojeras, las mejillas ahuecadas y los ojos llorosos.

El pequeño baño comienza a oprimirme, así que salgo a la sala, abro una ventana para que entre aire fresco y deambulo por la

alfombra persa que no podía permitirme pero que compré de todas formas porque quería una auténtica, no una réplica barata como la de la sala de mi madre.

Ya no puedo seguir así, en un limbo, a la espera de que ocurra algo. Solo quiero que esta persona acabe con lo que sea que tiene planeado para mí y me entregue, si eso es lo que quiere. Al menos así podría planificar y definir mis próximos pasos. Pero esperar, la incertidumbre, imaginar miles de escenarios posibles… Me hace sentir indefensa, sin control. Y necesito control; de lo contrario, no tengo nada.

Sigo caminando de un lado a otro de la alfombra, diez pasos en total, cinco de ida y cinco de vuelta. Tal vez, si sigo moviéndome, si sigo avanzando, mi mente me seguirá el ritmo, porque ahora mismo está estancada. Se quedó pensando en esa habitación.

¿Dónde demonios está Jocelyn?

Me duele la cabeza. Intento recordar la imagen de cuando la encontré esa noche, pero es borrosa, como si hubiera bebido y tuviera que entrecerrar los ojos para distinguir sus facciones; aunque, al hacerlo, estas se vuelven más difusas. En cambio, puedo ver esa maldita habitación con total claridad. Sucede lo mismo cuando intento ver al señor Sawyer: también es una nebulosa, aunque vi una fotografía suya en casa de Noah hace poco. Mi mente debe de estar intentando protegerme, teniendo en cuenta lo que sucedió la última vez que los vi juntos, pero deseo ver sus rostros con desesperación.

De repente, se me ocurre una idea y dejo de caminar: puedo ver sus rostros. Están en mi anuario, olvidado en una caja en el estante superior de mi armario, junto con otras cosas inservibles que no

pude tirar cuando me mudé. Por ejemplo, la Biblia que me dio mi madre cuando era niña.

Corro a mi habitación, arrastro la silla del escritorio y subo para alcanzar las cajas. No sé en cuál está el anuario y no puedo bajar solo una con cuidado porque están amontonadas como un castillo de naipes que se desmoronaría al bajar la primera. Así que no me molesto en ser cuidadosa. Muevo una caja hacia fuera y me alejo cuando las dos que tenía encima se caen. Llevo la tercera conmigo cuando bajo de la silla.

Con el corazón desbocado y la sangre resonando en los oídos, abro la primera caja, llena de polvo. Encuentro cosas que no necesito: fotografías viejas, una manta de bebé harapienta, un elefante de felpa morado que no reconozco. Llego hasta el fondo, pero no encuentro el anuario, así que voy por la siguiente caja. Tampoco lo encuentro ahí. Cuando estoy a punto de rendirme con la tercera, llena de suéteres viejos, levanto el último y mi corazón se detiene. Veo un destello de los antiguos colores de la escuela: naranja y negro.

SECUNDARIA MINTON PARISH
ANUARIO 2004-2005

Me siento temblar al sacar el anuario de la caja. No es más que un libro lleno de fotografías, por el amor de Dios. *Contrólate, Elizabeth.* Pero reprenderme a mí misma no sirve de nada, así que lo abro sin más. Empieza por los profesores, así que paso las imágenes ordenadas alfabéticamente y de aspecto actual hasta llegar a la «S».

En cuanto doy la vuelta a la página, mis ojos se encuentran con los suyos.

O los de Noah.

Sus iris verdes son idénticos, de la misma forma y color, con las mismas pintas doradas alrededor de las pupilas. Odio a ese hombre, lo aborrezco con todo mi ser. Me arrebató demasiado, y también a Jocelyn. Han pasado veinte años y aún no he podido escapar de él. Sin embargo, a pesar de lo mal que está todo, no puedo evitar notar lo atractivo que es. O que era. Tiene la mandíbula angulosa, una estructura ósea imponente y unos labios por los que las mujeres pagarían hoy en día. La masculinidad de sus facciones es innegable. Mis pensamientos son un torbellino mientras lo miro; la rabia me invade y paso la página con tanta furia que se rompe en dos.

En fin. Arrojo el papel a un lado sin comprobar si su fotografía se ha roto y paso a la sección de estudiantes. Las fotografías del último año son de buen tamaño, dispuestas en tres filas de tres, lo que hace un total de nueve rostros por página. Solo tengo que pasar una para encontrar los apellidos que empiezan por «B», pero no está. Repaso los apellidos: Ballard, Bloom, Byson... No hay ninguna Jocelyn Burton. Reviso la página por segunda vez, releo todos los nombres y vuelvo a la «A», por si su fotografía está fuera de orden. No encuentro nada, así que hago lo mismo con la «C». ¿Habrá estado ausente el día que se hizo la foto? Pero, hacia el final de la página que termina con Daniel Cullen, hay un recuadro gris donde debería estar la fotografía de Monique Carter, en el que dice «Pánico escénico». Debajo está la misma información que en los recuadros con fotografía.

MONIQUE CARTER

Apodo:

Moni, MC.

Deportes y actividades:

- Club del anuario, cuarto año.
- Fútbol, primer año.
- Club de fotografía, tercer y cuarto año.

Cita preferida:

«El cielo está lleno de estrellas. Todos tenemos un lugar para brillar».

Por tanto, aunque Jocelyn no hubiera ido el día de la foto, su información debería estar debajo de un recuadro vacío como el de Monique, ¿no? Tal vez está en la página equivocada o algo así. Vuelvo al principio de las fotografías del último año para mirar rostro por rostro y, unas páginas después de donde debería estar la foto de Jocelyn, me encuentro con mi propio rostro, que me toma por sorpresa.

Cielos, me veía muy joven, con una sonrisa inocente. Las fotos se tomaron a mitad del año escolar, y me invade la angustia al pensar que no tenía ni idea de lo que me esperaba, de lo poco inocente que sería al final. Me observo durante un buen rato, sin darme cuenta siquiera de que estoy llorando, hasta que una lágrima gruesa cae sobre el anuario, sobre mi fotografía, justo en medio de la mejilla. Qué apropiado.

Me seco el rostro y los ojos lo suficiente como para poder leer la cita que hay debajo de la foto. No recuerdo cuál elegí, pero no llego a leerla porque la segunda línea pone mi mundo patas arriba.

ELIZABETH DAVIS

Apodo:

Jocelyn.

CAPÍTULO 26

Novela de Hannah – Capítulo 5

De camino por el aparcamiento, Lucas abrazó a Jocelyn por los hombros mientras ella se reía de algo que él había dicho. La atención, el calor y la amabilidad le sentaban bien. Se había sentido perdida últimamente.

Voces a sus espaldas desviaron la atención de Jocelyn, quien se dio la vuelta para ver a una pareja de tercero empujarse juguetonamente. Volvió a mirar el automóvil nuevo de Lucas, un vehículo gris perlado de tres puertas con un motor ruidoso, y que apenas se mantenía en pie. Pero él la había recogido y salvado de tener que caminar más de un kilómetro bajo el sol. Y había sido divertido ir con las ventanas bajadas, la música a todo volumen y sintiéndose libre. Mientras que a otros chicos sus padres los dejaban en la puerta de la escuela, ella solía llegar acalorada y sudada por la humedad de Luisiana.

—¿Qué harás después de la escuela? —le preguntó Lucas.

Jocelyn caminó junto a él y, por un momento, se sintió como si tuvieran algo, como si fueran una pareja.

—Eh, tengo planes —balbuceó, mientras pensaba en una mentira que sonara mejor que «Me veré con el señor Sawyer en un motel».

—Es un maldito.

Ella levantó la vista para ver a quién se refería y vio un automóvil conocido, un vehículo familiar azul, mucho más nuevo que el suyo, que se estacionaba a unos cinco metros de ellos. Pudo sentir sobre ella el peso de la mirada del hombre al volante. Al pasar por detrás del auto, miró hacia un lado y encontró los ojos del señor Sawyer en el espejo retrovisor.

De repente, su estómago se retorció de nerviosismo. Dedujo con desconcierto que no estaba feliz de verla, de *verlos*. Era Lucas quien no le agradaba. ¿Y acaso ella no le había prometido que se alejaría?

—Me reprobó el semestre pasado —explicó Lucas—. Tenía un promedio de ocho hasta que me desaprobó el último examen. Me puso un cero porque me retiré antes y pensó que quería evitarlo. Pero tenía gripe.

Jocelyn ya no lo estaba escuchando. Se alejó de Lucas y volvió la vista atrás, pero el señor Sawyer había desaparecido. Seguro que estaba dentro, en el aula, donde no lo vería ese día por otra estúpida asamblea escolar.

—Yo creo que es un buen profesor —murmuró Jocelyn mientras entraban en la escuela.

—¿Eh? —Lucas se detuvo y la miró con los ojos entrecerrados—. ¿El señor Sawyer?

—Tengo que irme. —Ella se dio la vuelta y se alejó deprisa, sin prestar atención a Lucas, que le decía que esperara, que no era su intención hacerla enfadar. Parte de ella quería detenerse y decirle que no había sido culpa suya, que no había hecho nada malo, pero no pudo. No podían verla con él.

Pasó el resto del día nerviosa, tirando de un hilo de sus vaqueros hasta hacer un agujero en la rodilla. Genial, eran los únicos que estaban más o menos en condiciones. Entonces, se sentó a esperar a que pasaran las horas. Pronto sería la asamblea, encontraría al señor Sawyer, se disculparía y le explicaría que el brazo de Lucas en su hombro no había significado nada.

Pero cuando llegó la hora y cientos de estudiantes llenaron los pasillos camino al gimnasio, el señor Sawyer no estaba por

ningún lado; ni con los demás profesores en una esquina ni en la puerta, donde siempre había dos adultos asegurándose de que ningún estudiante se escapara. No estaba a la vista.

Jocelyn se mordió el labio hasta que le salió sangre y luego se limpió rápidamente con el dorso de la mano. Debería haber sido más lista y haberlo pensado mejor. ¿No se refería a eso el profesor cuando hablaba de disciplina? ¿A saber cómo controlarse, cómo hacer lo que debía hacer? Pasó el resto de la asamblea y del día castigándose, pero al menos lo vería al anochecer. El jueves era su noche.

Su rostro se acaloró al recordar el cuerpo cincelado del profesor. Se imaginó tocándolo y recibiendo sus caricias. Tal vez lo harían esa noche. ¿Estaba lista?

Lo estaba para él. No para un adolescente como Lucas, sino para un hombre de verdad, alguien que pudiera cuidarla. Sí, por supuesto que sí. Se había puesto vaqueros en lugar de falda corta y zapatos en lugar de tacones, para que Sawyer no se molestara.

Después de clase, fue a casa, buscó las llaves del automóvil de su madre, que por fin tenía una batería nueva, y salió. En esta ocasión, estacionó atrás, donde no la verían tan fácilmente. Luego, sin que se lo dijeran, bajó, caminó hasta el bosque y encontró un lugar donde sentarse a esperar, con la habitación 212 a la vista. Podría haber esperado en el auto, que habría sido menos aterrador que en la oscuridad, pero el señor Sawyer le había dado instrucciones y no quería hacerlo enfadar, sobre todo después de lo de Lucas. Su ansiedad crecía conforme oscurecía, hasta que empezó a temblar.

Pronto cayó la noche, pero aún no había señales del profesor. Esperó una hora más, pero no hubo novedades. Pasó otra hora, y casi se quedó dormida sobre el tronco. ¿Y si no lo había visto? Tal vez se había dormido unos segundos y él la estaba esperando dentro. Así que se levantó, se acercó a la habitación 212 y apoyó la oreja en la puerta un segundo antes de llamar.

Nadie respondió.

No se oía nada dentro.

Jocelyn se sintió devastada al concluir que él no iba a aparecer.

***

Al día siguiente no hubo asamblea en el quinto período, lo que significaba que la clase del señor Sawyer seguía en pie. Jocelyn aún no lo había visto, aunque había pasado por su aula entre cada clase y él solía quedarse en el pasillo antes de entrar. ¿La estaría evitando? ¿O sería ella la que le estaba dando demasiadas vueltas? No podía estar tan enfadado con ella por caminar con Lucas, ¿verdad? Había querido llamarlo la noche anterior e incluso había buscado el número de teléfono de su casa, pero sabía que eso iba demasiado lejos.

Se deslizó en su asiento habitual de la tercera fila, frente a Ivy, casi temblando de nervios, mientras esperaba que él la mirara o que quizá le pasara una nota. Algo. Cualquier cosa.

Pero no lo hizo. El señor Sawyer se quedó de pie al frente de la clase y, cuando sonó la campana, empezó a dar un sermón sobre la tarea de lectura. Sus ojos eran duros, entrecerrados.

—Presten atención —dijo en un momento dado, y lo enfatizó golpeando el escritorio. Todos se sentaron un poco más erguidos y Jocelyn levantó la vista, preguntándose si se lo decía a ella por haber estado perdida en sus pensamientos, pero él miraba a todos lados menos hacia ella.

En ese momento, ya no pudo negarlo: lo había hecho enfadar.

Suspiró temblorosamente e intentó prestar atención, pero por dentro se estaba desmoronando. ¿Lo habría arruinado todo?

Esperó a que terminara la clase y tardó lo que le pareció una eternidad en cargar la mochila, hasta que todos los estudiantes salieron. Luego, en silencio y con las manos apretadas frente a ella, se acercó.

—¿Señor Sawyer?

—¿Qué? —Él no la miró. Sus palabras eran frías y rígidas. Alineó una pila de papeles sobre su escritorio y los metió en el maletín.

Ella bajó la voz hasta un susurro. No se suponía que lo dijera en voz alta, y mucho menos en la escuela.

—No vino anoche.

—Asumí que tenías otros planes —resopló él.

El silencio se extendió entre los dos. Afuera se oían los casilleros cerrándose y los zapatos de goma chirriando sobre el suelo brillante del pasillo. Pero en el salón se sentía como si todo el universo girara solo alrededor de ellos dos. Y ese universo estaba a punto de colapsar y desaparecer antes de que ella lo entendiera.

—¿C-cómo? —logró decir. Entonces lo comprendió—. Lucas es solo un amigo…

Entonces, el señor Sawyer la miró, con una mano en alto en una señal clara de que se detuviera.

—Escucha, puedes juntarte con quien quieras. Pero si vas a ser una puta, no puedo perder mi tiempo contigo.

Las palabras golpearon a Jocelyn como un puñetazo en el estómago. Las lágrimas le brotaron de los ojos, calientes y ardientes.

—No lo volveré a ver. Se lo juro.

—Ya hemos tenido esta conversación. —El señor Sawyer pasó junto a ella, que casi se chocó contra la pared.

—Espere.

Él soltó un suspiro exasperado y se detuvo.

—¿Qué, Jocelyn?

—No lo volveré a ver. De verdad. Usted es la única persona a la que quiero ver, la única persona que importa.

Él apenas se dio la vuelta para mirarla con expresión inquisitiva. Sobre sus cabezas sonó la campana que anunciaba el final del recreo y el señor Sawyer la miró con intensidad antes de negar con la cabeza y exhalar. Luego sacó la cartera y puso unos billetes en la mano de Jocelyn.

—Mañana por la noche. Última oportunidad. Pero tendrás que reservar la habitación tú. El chico de la recepción es un exalumno mío, me reconoció, y no pueden verme pidiendo una habitación otra vez. Le dije que estaban haciendo obras en mi casa, pero no puedo estar pidiendo la llave todo el tiempo.

Jocelyn aceptó el dinero con los ojos muy abiertos.

—Pero aún no tengo dieciocho.

—A ellos no les importa. No piden identificación en ese tugurio. Habitación 212, ¿entendido?

Ella tragó saliva.

—Está bien.

—Y no uses tu nombre real.

Ella abrió y cerró la boca, buscando las palabras. Por un lado, se sentía aliviada de que él le hablara y de que aún quisiera verla, pero, por otro, estaba preocupada. ¿Podría conseguir la habitación? Solo de pensar en ir a la recepción y que la descubrieran, le entró un sudor frío.

—¿Qué nombre uso?

—Jocelyn Burton.

—De acuerdo. ¿Por qué ese nombre?

El señor Sawyer se colgó el bolso al hombro.

—Era el nombre de mi madre. Su apellido de soltera era Burton. —Apartó la vista, caminó hacia la puerta del salón y luego se detuvo para girar hacia ella—. Y, Jocelyn, habrá un castigo. —La miró un momento—. No vengas si no lo quieres.

CAPÍTULO 27

Comienzo a parecerme a mi madre.

Ese pensamiento es una puñalada en el corazón. Con eso en mente, me aplico una segunda capa más gruesa de corrector de ojeras. Sin embargo, se acumula en las arrugas finas y las resalta en lugar de disimularlas. Debería haberme puesto hielo en los ojos hinchados antes de intentar maquillarme, pero no tenía fuerzas después de otra noche sin dormir. Han pasado casi tres días desde la última vez que dormí más que siestas de quince minutos. Cada vez que cierro los ojos y el sueño comienza a arrastrarme, los recuerdos me invaden. Llegan en fragmentos, en destellos. Por ejemplo, estar de rodillas frente al señor Sawyer en esa habitación y que me dé una bofetada de revés. Fuerte. Ni siquiera las píldoras para dormir me ayudan, y eso que he tomado muchas en las últimas cuarenta y ocho horas.

No puedo procesar tantas cosas. Lo escribí todo en un cuaderno, en un intento por reunir todas las piezas antes de resolverlo. Escribí los recuerdos y las pistas que pasé por alto y que ahora tienen sentido. Que Jocelyn no apareciera en las búsquedas, que mis recuerdos de la habitación del motel fueran tan vívidos y que Lucas

me dijera lo mucho que odiaba que nos distanciáramos el último año. De todas formas, nada tiene sentido.

Excepto que podría explicar mis hábitos de citas de los últimos veinte años: por qué nunca quise más que sexo con un hombre y por qué nunca pude tener una relación, ni siquiera con el más bueno de todos. Siempre estuve orgullosa de mi independencia y nunca me detuve a pensar por qué era tan importante para mí; pero ahora me pregunto si era fuerte e independiente o si, en realidad, tenía miedo. Miedo a confiar en un hombre.

Suena el teléfono desde la otra habitación, así que dejo el maquillaje sobre la encimera del baño y corro a contestar. Estoy esperando una llamada.

—¿Hola?

—Hola, ¿puedo hablar con Elizabeth Davis, por favor?

—Sí, soy yo.

—Soy Emma, de la consulta de la doctora Sterling, devolviéndole la llamada.

—Sí, hola. Gracias. —No sé qué más decir, porque no tengo ni idea de qué tiene que ver esta doctora conmigo. Si alguna vez fue alguien para mí. Tomo la tarjeta con el recordatorio de la cita que encontré en la caja debajo del anuario. La fecha está escrita con tinta azul y es de hace casi dos décadas. Los bordes están doblados y gastados, como si hubiera estado dentro de una cartera durante mucho tiempo, pero, por lo que sé, debe de pertenecer a otra persona. No dice mi nombre, solo la fecha y la hora, y la dirección de un consultorio en el centro.

—¿Quiere… agendar una cita? —pregunta la mujer cuando el silencio se alarga demasiado.

—Ah, sí, sí, por favor.

—¿Podría confirmar los cuatro últimos números de su número de la Seguridad Social? Debo asegurarme de tener al paciente correcto.

—Claro. Cinco, cuatro, seis, cuatro.

—Muy bien, gracias. —Escucho que pulsa algunas teclas antes de continuar—: ¿Ha cambiado su información personal desde la última vez que vino?

—No estoy segura.

—Dígame su número de teléfono y su dirección.

Recito la información de hace veinte años y contengo la respiración.

—Perfecto. Déjeme ver qué tenemos disponible.

Me encontró. Soy paciente de la doctora. Mi corazón se acelera. *Vi a un psiquiatra*. Y no lo recuerdo.

—¿Qué le parece el próximo jueves a las dos de la tarde?

No puedo esperar tanto; moriré antes por falta de sueño. ¿Realmente es posible morir por falta de sueño? Sin duda, lo parece.

—¿Podría ser antes?

—¿Se encuentra en crisis?

Si esto no es una crisis, no sé lo que es.

—Sí. No puedo dormir, no puedo comer.

—De acuerdo. ¿Qué tal mañana por la mañana? Puedo ponerla en la agenda antes de que la doctora empiece a atender. Ahora mismo está ocupada, pero sé que no tendrá problema con eso.

—Eso sería genial. —Exhalo aliviada—. Gracias. Cuanto antes, mejor.

***

A las 6:30 de la mañana siguiente, llego a la dirección que figuraba en la tarjeta. El edificio es genérico, similar a muchos rascacielos de la ciudad. No puedo decir que haya estado aquí antes; no me dice nada ni me evoca ningún sentimiento.

Como es temprano, voy a una cafetería de la misma calle y compro un expreso doble. Ayer conseguí dormir un poco, dos horas seguidas, pero mi cuerpo está agotado, aunque mi mente da vueltas a millones de kilómetros por hora.

A las 6:50, tomo el ascensor hasta la planta once y llego a la oficina 1111, pero tampoco me resulta familiar este lugar. Sin embargo, cuando abro la puerta y veo la pequeña sala de espera, me doy cuenta de que ya estuve aquí. La mujer que hay detrás del cristal me ofrece una sonrisa cálida.

—Hola, ¿Elizabeth?

Asiento con la cabeza. Por debajo de la pequeña abertura en el cristal, me pasa una tabla sujetapapeles.

—¿Podría completar esto, por favor? Hace tiempo que no viene por aquí.

—Por supuesto.

Tomo asiento y completo el formulario (seguro médico, medicamentos utilizados, hospitalizaciones), pero, mientras respondo, mi mirada se desvía hacia la habitación. Intento recordar algo, cualquier cosa, siquiera haber estado aquí. Cuando llego a la última pregunta, se abre la puerta de la izquierda.

—¿Elizabeth?

Me giro y mi corazón deja de latir.

La recuerdo.

Era más joven, claro, pero sin duda la conozco. Un recuerdo se reproduce en mi mente.

Una habitación cerrada.

Yo golpeando la puerta. ¿Un hospital? ¿Una unidad psiquiátrica? ¿Estuve internada en un psiquiátrico?

—¿Elizabeth? —La doctora baja la voz—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, lo siento. —Trago saliva y me pongo de pie.

No parece creerme, ¿por qué lo haría? Soy un desastre, un tren descarrilado, pero ella me sonríe con calidez y señala la puerta por la que salió.

—Pasa.

La sigo por un pasillo hasta una oficina. Me resulta familiar, pero no sé si es porque estuve aquí o porque parece haber salido de una película. Hay un sofá *beige* y un sillón azul y *beige* delante. Los estantes están llenos de libros y en la mesa de café hay un abanico de revistas. En una esquina, hay una caja de pañuelos de papel.

La doctora Sterling se sienta en el sillón individual y señala el sofá.

—Toma asiento, ponte cómoda.

Me siento, pero no estoy nada cómoda. No dejo de recorrer la habitación en busca de algo que me resulte familiar. La doctora me da tiempo para hacer todo lo que necesite antes de sentarse, cruzar las piernas y comenzar.

—Bueno, ha pasado mucho tiempo —dice con una sonrisa.

—¿Cuánto?

Toma un archivo de la mesa junto a ella, lo abre y saca algunos papeles.

—Casi diecinueve años, al parecer. Digitalizamos los informes antiguos hace diez años, antes de destruirlos, así que pude repasar

tus registros.

—¿Me recuerda?

—Sí.

—Yo no la recuerdo. —La miro a los ojos—. Bueno, sí, su rostro me resulta familiar, pero no recuerdo haber sido su paciente.

Debo reconocerle que permanece impasible. Es buena; se nota que lleva mucho tiempo en esto.

—¿Los problemas de memoria son algo nuevo?

Respiro hondo, suelto el aire y asiento con la cabeza.

—¿He estado aquí antes, en esta habitación?

—Una vez. Para ser justa, es posible que se vea diferente. La han redecorado varias veces desde entonces.

La imagen de la habitación del hospital se me aparece de nuevo en la mente.

—¿Este fue el único lugar en el que nos vimos?

Su rostro refleja preocupación, pero pronto recupera su expresión impasible.

—Bueno, nos vimos por primera vez cuando fuiste hospitalizada.

—¿Por qué me internaron?

La mujer duda, y con razón. Es posible que esté sufriendo un colapso mental, pero conservo el sentido común. Sueno desequilibrada; cualquier psiquiatra decente que viera las ojeras que tengo, el labio que me he mordido hasta amoratarlo y mi comportamiento errático me consideraría frágil y querría ir despacio. Pero ya no puedo esperar. Necesito saber qué demonios me pasó. Así que me enderezo, intento actuar un poco más normal y convencerla de que soy más fuerte de lo que realmente soy.

—Soy profesora de Literatura y de Escritura Creativa a tiempo completo en la Universidad Pace. Llevo doce años allí. No me he enfermado ni un día ni me he tomado licencia hasta hace poco, cuando mi madre fue hospitalizada. Tengo citas. Voy al gimnasio. No consumo drogas ni bebo alcohol en exceso. Juro que hasta hace poco creía que era totalmente normal. Es posible que ahora mismo dé un poco de miedo, pero es porque hace días que no duermo. Desde que empecé a tener recuerdos aleatorios de cosas de las que nunca había sido consciente, al menos no en las últimas casi dos décadas. Necesito saber qué me sucedió. La incertidumbre me está consumiendo.

La doctora Sterling me mira a los ojos y, en ellos, veo que está pensando qué hacer. Tras un momento, asiente con la cabeza y reabre el archivo.

—Un vecino te llevó a Creedmoor. —Pasa algunas páginas y repasa las palabras con un dedo—. El señor Hank, ¿lo recuerdas?

Se me acelera el corazón. Santo Dios. Lo que dijo el señor Hank el otro día... Estuve en el hospital, mi madre le dijo que me quería... ¿Podría ser verdad? Trago el nudo en la garganta antes de responder.

—Sí, es mi antiguo casero y un buen amigo. ¿Por qué me llevó?

—Sufriste una crisis. Yo te atendí. Llevabas una semana sin comer ni dormir y tu vecino estaba preocupado. Cuando llegaste, dijiste que eras otra persona.

—¿Jocelyn Burton? —jadeo.

Pasa más páginas y se detiene con el dedo en medio de unas anotaciones escritas a mano.

—Sí, así es.

—¿Qué más dije?

—No mucho, no querías hablar. Tu vecino nos dijo que habías tenido un altercado en tu apartamento.

—¿Qué clase de altercado?

—Nunca quedó claro qué sucedió exactamente. El señor Hank escuchó gritos y te encontró en el pasillo, gritándole a un hombre. Él lo echó con un bate de béisbol.

Cielos, tampoco recuerdo eso.

—Te prescribimos benzodiazepinas para dormir y pasaste algunos días en una unidad de psiquiatría. Cuando determinamos que no suponías un peligro para ti misma ni para terceros, no tuvimos bases legales para retenerte. Viniste a una consulta de seguimiento aquí, pero no continuaste con el tratamiento después de eso.

—¿Dije algo durante esa cita?

—Mencionaste que habías tenido una relación con un hombre mayor. Que solía hacer que te arrodillaras. Al parecer, la noche en que tu vecino intervino, tenías una cita con un hombre que intentó que le dieras placer en esa posición y eso te alteró. Fue un detonante.

La cabeza comienza a dolerme y me froto las sienes. *¿Le conté a alguien lo del señor Sawyer?*

—¿Dije algo más sobre el hombre mayor?

—No, pero supuse que había más de lo que estabas dispuesta a discutir. No querías hablar de eso, de nada relacionado con tu infancia en Luisiana ni de tu paso por Florida antes de venir a Nueva York.

—¿Mi... paso por Florida?

—Dijiste que habías pasado algunas semanas allí antes de venir a la ciudad.

Dios. Bloqueé toda una parte de mi vida. Supongo que por eso pensé que Jocelyn se había ido a Florida. Tardo un minuto en intentar procesarlo todo, en encajar las nuevas piezas del rompecabezas.

Tras un rato, la doctora Sterling devuelve la carpeta a la mesa y se inclina hacia delante.

—¿Ha ocurrido algo en particular para que estés aquí hoy? ¿O tus problemas de memoria han empeorado?

No sé muy bien cómo responder. No quiero contar demasiado, pero necesito entender lo que está pasando en mi cabeza. Así que decido dar una respuesta vaga.

—Hace poco me recordaron algo malo que le sucedió a una amiga hace dos décadas. O quizá pensé que le había sucedido a ella. Pero ahora... no estoy segura de que esa amiga exista. Nunca existió. Y estoy bastante segura de que eso... me ocurrió a mí.

—Nuestros cerebros son muy protectores —afirma la doctora Sterling—. Después de un trauma, a veces podemos reprimir recuerdos o incluso crear recuerdos falsos. A eso se le llama «amnesia disociativa».

Mientras ella intenta que hable más sobre el evento traumático, yo redirecciono la conversación y le hago preguntas sobre la amnesia disociativa. *¿Recordaré todo en algún momento? ¿Hay forma de acelerar el proceso? ¿El hecho de haberla padecido una vez significa que podría volver a ocurrir?* Cuando suena el reloj sobre la mesa, estoy exhausta. No es que antes no lo estuviera, pero ahora siento que no podré levantarme de este sofá.

La doctora Sterling detiene la alarma y levanta su bloc de notas.

—Sé que ha sido mucho que procesar para esta mañana. ¿Cómo te sientes ahora?

—Desearía ser un oso polar y poder hibernar durante los próximos meses.

—Me encantaría concertar otra cita —dice con una sonrisa—. Creo que podríamos trabajar en algunos de los temas que hemos tratado hoy.

—¿Puedo pensarlo?

—Por supuesto —afirma, y se pone de pie.

—Gracias por hacerse tiempo para mí. —Le extiendo la mano.

—Siempre haré tiempo para un paciente en crisis. Pero espero que esta no sea una despedida, Elizabeth. De verdad creo que puedo ayudarte.

Le sonrío con amabilidad. Estoy segura de que podría ayudarme, pero el problema es *a quién* ayudará: ¿a Elizabeth o a Jocelyn?

CAPÍTULO 28

Los días son una nebulosa, pasan uno tras otro sin distinción. Me levanto de la cama después de pasar otra noche en vela, me tomo un café para tener energía suficiente para ducharme y me pongo capas de maquillaje para disimular las ojeras. Lavo, enjuago, repito. Aunque por dentro sea un desastre, tengo que obligarme a comer un poco (ya he perdido cuatro kilos y sigo bajando), ir a trabajar, contestar correos electrónicos, dar clases y corregir tareas.

Tal vez no sepa qué es real y qué no, pero no puedo perder mi trabajo. Al menos hoy es jueves, lo que significa que es día de Literatura 101; puedo dar esa clase con los ojos cerrados. Imparto las clases en un auditorio enorme, lleno de alumnos de primer año que ignoran mis lecciones de composición básica. Suelto el aire, me acomodo las gafas, bebo el cuarto café de la mañana y miro por la ventana de la oficina. Veo el campus y a los estudiantes que van y vienen. Uno se detiene, mira su teléfono y luego levanta la vista hacia el edificio en el que estoy, directo hacia mí. Me quedo quieta, jadeo. ¿Me estará mirando?

Por supuesto que no. Tiene unos diecinueve años. Está perdido, como todos en su primer año.

Miro el reloj que tengo en la pared y veo que, si no me doy prisa, llegaré tarde, así que tomo mis notas, un bolígrafo y el ordenador y salgo de mi oficina rápidamente. Intento concentrarme en la lección que daré hoy mientras me dirijo al auditorio. Pienso en cómo puedo hacer que los fundamentos de la edición resulten interesantes, pero mi mente se desvía y vuelve al mismo lugar en el que ha estado cayendo durante días.

Soy Jocelyn.

Las palabras resuenan en mi cabeza y me dejan sin aliento.

Él me hizo esas cosas a mí.

Trago saliva. Me detengo. Me apoyo en la fría pared de ladrillo y solo respiro.

No, eso le pasó a ella, a Jocelyn...

Que soy yo.

La doctora Sterling lo dejó muy claro.

—¿Profesora? —La voz de una estudiante me saca de mis pensamientos. Es una chica joven—. ¿Se encuentra bien?

Levanto la vista y veo un rostro que me resulta algo familiar. Gabby, creo, pero no recuerdo el apellido. Está en mi clase, a la que ya debo de estar llegando tarde.

—Estoy bien, gracias.

Hoy, en este momento, no soy Jocelyn. Soy Elizabeth Davis. Solo Elizabeth Davis.

Me enderezo y le indico que pase al auditorio delante de mí. El salón, ruidoso por las risas y las conversaciones, se queda en silencio cuando entro. Conecto mi ordenador a la base, abro la presentación y comienzo a hablar. Por suerte, me sé este material de memoria. Tras veinte minutos, empiezo a sentirme un poco

mareada, así que hago un cambio de última hora y abro el trabajo que pensaba dejar como tarea.

—Hoy nos dividiremos en grupos y harán los cambios de edición necesarios a este borrador.

La clase no suele funcionar así; con ochenta estudiantes es demasiado numerosa para los trabajos en grupo, pero necesito un respiro y que las miradas estén en cualquier parte menos en mí. Será caótico y pocos harán algo en realidad, porque sacarán el teléfono o hablarán sobre lo que harán el próximo fin de semana, pero a la clase le parece bien un cambio de rutina.

Mientras trabajan, me siento en el borde del escritorio y tan solo respiro. Mi mirada se detiene en una pareja joven. Los he visto caminando juntos antes de entrar a clase, siempre juntos, hombro con hombro, riendo, tocándose, coqueteando.

Eso me hace pensar en Jocelyn y Lucas.

Solían tontear así, ¿no?

Pero no existe ninguna Jocelyn.

Lo que significa que *yo* solía tontear con Lucas. ¿Teníamos algo? Casi puedo verlo en mi cabeza: recuerdo cómo solía sonreír cuando estaba con él, cómo me iluminaba. En algún momento me interesó, me sentía segura a su lado.

Pienso en Luisiana, cuando lo vi en el hospital, en cómo se me calentó el cuerpo y en que alguna vez sentí algo por él, aunque no recuerde la historia. Mi cuerpo me dice con certeza que lo besé, aunque ni siquiera lo recuerde.

En poco tiempo, la campana anuncia el fin de la clase y salgo del auditorio tan rápido como los estudiantes. Normalmente, paso por mi oficina y espero un rato por si alguien necesita hablar conmigo,

pero hoy no. Hoy voy directo a casa, me meto en la cama, acomodo las almohadas contra el cabecero y me dispongo a leer sobre el trastorno de identidad disociativo. Quienes lo padecen pueden experimentar diferentes niveles de amnesia y algunas personas sufren despersonalización, por lo que su personalidad se divide en dos y se ven a sí mismos como otra persona.

En mi caso, como Jocelyn.

Pero no tiene sentido. Es básicamente un trastorno de personalidad múltiple, ¿no? Google me dice que es un término anticuado, que así no es como los médicos ven a la persona hoy en día. Me muerdo el labio y sigo buscando en internet cualquier cosa que pueda servirme, lo que sea.

Resulta que no estoy loca. Soy una persona exitosa. Terminé la universidad, me licencié, he tenido varios trabajos durante veinte años, tengo un apartamento y pago el alquiler a tiempo. Voy a la tienda, compro comida, hago ejercicio. Tengo vínculos. No son perfectos, pero yo tampoco lo soy. Dios lo sabe. Sin embargo, no estoy segura de poder identificarme con la descripción que hacen estos artículos de una persona.

Es increíble.

Y es agotador.

En algún momento me quedo dormida y me despierta el golpeteo del móvil sobre la mesilla de noche. Cuando lo alcanzo, ya me he perdido la llamada, así que resoplo y lo dejo donde estaba para volver a dormir. Por fin había logrado dormirme sin píldoras. La rabia me recorre ardiente y, un segundo después, el móvil vuelve a vibrar.

Esta vez me siento en la cama, muevo el ordenador del borde para que no se caiga y tomo el móvil.

Lucas.

Al recordar lo que había estado pensando antes, mi estómago se revuelve.

—¿Hola? —contesto justo antes de que vaya al buzón de voz.

—¿Elizabeth? —Lucas suena cansado. Un vistazo al reloj de la mesilla me dice que es la una de la madrugada. ¿Será la medianoche para él?—. ¿Estás ahí? —pregunta cuando no respondo de inmediato.

—Sí, lo siento, estaba dormida. —Me aclaro la garganta—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué llamas tan tarde?

Hace una larga pausa, pero sé lo que va a decir antes de que lo exprese.

—Lo siento, Elizabeth. Tu madre se ha ido.

CAPÍTULO 29

¿Dónde están todos los muertos?

Nunca estuve en el sótano de la funeraria Chapman e Hijos, pero supongo que están aquí. Están los que esperan a ser embalsamados, a que les arreglen el cabello y el maquillaje o a que sus seres queridos vengan a llorarlos. Y en el otro extremo están los cuerpos que ya fueron exhibidos y que solo esperan ser enterrados o cremados.

Todos los velatorios se celebran en la planta baja, en dos habitaciones contiguas que, si la persona era popular, se unen. Dios sabe que he estado aquí muchas veces. Es la única funeraria de Minton Parish. El funeral de mi abuela fue aquí (no hizo falta unir las dos salas) y también el del padre de Ivy (sí fue necesario unirlas). De joven, mi madre me hacía venir siempre que moría alguien de su iglesia; entonces llevábamos vestidos y fingíamos ser buenas cristianas.

De repente, se me congela la sangre. ¿El funeral del señor Sawyer fue en dos salas? ¿Acudió todo el pueblo a rendirle honores a un hombre que no los merecía? No me quedé lo suficiente como para averiguarlo. Seguro que ese maldito llenó el lugar.

Una voz interrumpe mis cavilaciones.

—¿Señorita Davis?

Me levanto casi de un salto y el hombre de rostro solemne me tiende la mano.

—Soy Kenny Chapman. Lamento su pérdida.

—Gracias.

—Pase por aquí. —Señala el pasillo—. Disculpe la espera.

—No importa.

Abre una puerta que da a una oficina con un escritorio, con algunos catálogos y pañuelos de papel colocados con cuidado en un lateral, y dos sillas. A la derecha hay una arcada que lleva a una habitación más grande, llena de féretros exhibidos como si fueran blusas en un centro comercial. Me pregunto si habrá tallas diferentes, piezas en liquidación y marcas reconocidas y genéricas.

Kenny Chapman se acomoda en su silla y abre una carpeta.

—Su madre ya ha gestionado todos los arreglos.

—¿Disculpe? —Parpadeo, confundida.

—Es algo frecuente —dice con una sonrisa ensayada—. Los padres suelen querer quitarles ese peso de encima a sus hijos, ahorrarles el tener que tomar decisiones en un momento difícil. —Desliza un papel hacia mí—. Esto es lo que escogió. Si quiere, puedo mostrárselo.

Se me hace un nudo en la garganta al imaginar que mi madre vino aquí a elegir su ataúd sola, enferma, consciente de que se estaba muriendo. Trago saliva para reprimir la horrible sensación que amenaza con aflorar desde que sonó mi teléfono anoche. *Si sigo en movimiento, la culpa no me alcanzará.*

Me inclino para mirar una hoja llena de artículos. Debe de haber al menos quince, cada uno con un precio al final.

Tasa de servicio base: $2295
Embalsamamiento: $895
Coche fúnebre: $350
Día de visita completo (dos sesiones, sala doble)

Por supuesto, mi madre pensaba que necesitaríamos la sala doble. Dejo de leer y bajo a la última línea. El total supera los nueve mil dólares.

—¿También pagó por esto? —Señalo. El señor Chapman frunce el ceño.

—No, lo lamento, no lo hizo. Ofrecemos la opción de hacer un pago adelantado que congela el precio, pero no la aceptó.

Por alguna razón, eso me hace sonreír. Es tan típico de mamá…

A continuación, el hombre se da la vuelta para buscar un tablero con muestras de diferentes tipos de madera.

—Su madre eligió el roble rojo brillante, una variedad preciosa, con interior de satén de primera calidad.

—Es muy bonito.

—¿Quiere que le enseñe un ataúd de roble rojo brillante? Tenemos uno exhibido en la otra habitación. Como no se realizó un pago por adelantado, no existe un contrato formal y aún puede realizar cambios si algo no es de su agrado.

—No, gracias. —Niego con la cabeza—. Lo que ella haya elegido está bien. Quiero que tenga lo que quería.

—Maravilloso. —El señor Chapman asiente con una sonrisa—. Entonces, solo nos queda el asunto del pago.

—¿Aceptan Visa?

—Sí.

Revuelvo el bolso, saco la cartera y le extiendo la tarjeta sobre el escritorio.

—Tenga. ¿Hay algo más que debamos discutir?

—¿Cuándo le gustaría que se celebrara el servicio?

—No lo sé. Lo antes posible, supongo.

Desliza la cuenta hacia mí y saca un posnet de un cajón.

—Necesitaremos un día para los preparativos. ¿Qué le parece si lo celebramos el viernes? ¿Horario de visitas de dos a cinco y de siete a nueve?

—De acuerdo.

—¿Y la misa a las nueve del sábado en Saint Matthew, seguida de una ceremonia breve en el cementerio?

—Sí.

—¿Quiere encargarse usted de los arreglos con la iglesia o prefiere que lo hagamos nosotros?

—Háganlo ustedes, por favor.

—Por supuesto. Hay un cargo de doscientos cincuenta dólares por gastos operativos.

Frunzo los labios, pero no sé por qué me irrita sumarle otro cargo solo por hacer una llamada telefónica, si la cuenta ya asciende a nueve mil dólares.

—¿Podría usar el satén normal y quedamos a mano?

El hombre está perplejo, pero no me importa. Se raspa la garganta.

—Absorberemos el cargo como cortesía.

No creo que eso los lleve a la quiebra.

—Gracias —respondo con una sonrisa forzada.

Él pasa mi tarjeta y me da un recibo para firmar. Después de garabatear mi nombre, me pongo de pie.

—¿Hay algo más que deba hacer?

—Necesitaremos ropa. Su vestido o atuendo preferido.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No. Nos aseguraremos de que la iglesia publique el horario del velatorio en el boletín de mañana para que los feligreses sepan de la partida de su madre.

—Muy bien. Entonces, ¿traigo la ropa y vuelvo el viernes a las dos de la tarde?

—Usted y los familiares que quiera invitar pueden venir a una visita privada a la una. Queremos asegurarnos de que está conforme con su aspecto.

—Estoy segura de que estará bien. —Me cuelgo el bolso al hombro. Él asiente, rodea el escritorio y me tiende la mano.

—Siento mucho su pérdida.

Una vez fuera, doy una bocanada de aire fresco. ¿Cómo demonios hace ese hombre para estar todo el día en ese sitio? Huele raro y me pica el pecho, como si tuviera una erupción cutánea. Pero el aire de fuera no es mucho mejor; se siente pesado y caldeado. Apenas he dado veinte pasos hasta mi automóvil alquilado cuando mi piel está completamente cubierta de sudor. Odio lo pringosa que se vuelve esta época del año en Luisiana. De hecho, este lugar me desagrada todo el año. Llevo menos de ocho horas y ya quiero irme. Tal vez debería hacerlo; debería pisar el maldito acelerador y conducir hacia

el norte sin detenerme hasta llegar a Manhattan. Pero quiero conseguir varias cosas en este viaje, además de enterrar a mi madre: hurgar en mi memoria y completar las piezas que faltan.

Como si escuchara mis pensamientos, mi teléfono vibra en algún lugar de mi bolso. Enciendo el motor para activar el aire acondicionado antes de buscarlo. En la pantalla aparece el nombre de Lucas con un mensaje. Sin duda, él es una pieza del rompecabezas, así que lo abro.

Lucas: Oye, escuché que estás en el pueblo.

¿Cómo demonios se ha enterado tan rápido? Recibo otro mensaje antes de que pueda responder.

Lucas: Fuiste a Grind por un café. Cambió de dueño desde que éramos niños, pero aún es la central de chismes.

En mi mente reflota un recuerdo. No estoy segura de si estaba reprimido o si simplemente no había tenido motivos para pensar en ello hasta ahora, pero me hace sonreír.

Elizabeth: ¿Sigues poniendo un centímetro de azúcar en la taza antes de servirte el café?

Lucas: Ja, ja. No lo hago. Ahora lo tomo negro. Hay diabetes en la familia. ¿Tú aún lo bebes hasta que está helado, aunque odias el café frío?

Mi sonrisa se ensancha.

Elizabeth: Sí.

Lucas: Solo quería decirte que lamento cómo te di la noticia la otra noche. Tendría que haberte dado un momento para que te despertaras.

Elizabeth: Está bien. Agradezco que hayas sido tú quien llamara y no un desconocido.

Lucas: Si hay algo que pueda hacer por ti, solo dímelo. Trabajo tres días de doce horas, así que a partir de las ocho de esta tarde estaré libre durante cuatro días. Si necesitas un hombro en el que llorar, una oreja que te escuche o un compañero con el que beber...

La parte de beber suena bien, aunque no sé si podré esperar hasta las ocho. Este día ya parece que ha durado una semana y ni siquiera son las cinco de la tarde. Aunque Lucas podría desbloquear algunos recuerdos...

Elizabeth: Gracias, lo aprecio. Ha sido un día muy largo, así que seguramente iré a dormir pronto. Mañana tengo algunas cosas que hacer, así que tal vez podríamos vernos después del servicio. Será el viernes.

Lucas: Me gustaría.

Una sensación cálida se extiende por mi interior.

Elizabeth: De acuerdo, te escribiré.

La puerta de la funeraria se abre y Kenny Chapman sale a echar un vistazo. Mi auto es el único que hay en el aparcamiento. Se cubre los ojos del sol, me mira y saluda. Será mejor que me vaya, no sea que me ponga un cargo de veinticinco dólares por estacionamiento, así que enciendo el motor y conduzco a casa. Bueno, a casa de mi madre. No muero de ganas de entrar; de hecho, temo hacerlo. Pero no puedo retrasarlo para siempre. Aunque sí puedo hacer una escala

para comprar una botella de vino que me relaje cuando entre; tal vez dos. También debería comprar comida, pero no tengo hambre. La licorería está en la calle principal, que consta de dos hileras con todas las tiendas que un pueblo pequeño necesita para cubrir las necesidades básicas: lavandería, almacén, banco, barbería... También está en diagonal al Liars. Echo un vistazo al aparcamiento antes de entrar, pero no veo ningún vehículo familiar. No hay camioneta roja esta noche. Sin embargo, cuando salgo con dos botellas en la mano y la mente aún revuelta, recuerdo algo que mencionó Noah en el bar la última vez que estuve allí: la ciénaga Big Devil, el lugar al que va cuando necesita despejarse.

Vuelvo al auto y dejo el vino dentro. Tal vez la ciénaga también sirva para despejar mi mente. O, mejor aún, tal vez encuentre a alguien que me haga olvidar mi vida por un rato...

CAPÍTULO 30

Aquí afuera el aire se siente todavía más pesado.

Dejo el auto junto a los arbustos y camino por el sendero que, no sé cómo, recuerdo que lleva al viejo muelle. El olor a tierra húmeda y hojas podridas oculta el aroma característico de la ciénaga. El suelo encharcado cruje con cada paso que doy entre el musgo que cuelga de los cipreses del camino. Las raíces, gruesas como serpientes, hacen que recorrer el corto sendero en tacones sea más difícil de lo necesario y, además, las cigarras y los mosquitos que revolotean a mi alrededor crean un zumbido bajo en el aire. El ocasional croar de una rana o el canto de un pájaro lo interrumpen, pero, por lo demás, el silencio es espeluznante. Sin embargo, hay algo hermoso en este lugar, en la forma en que la luz de la tarde se filtra entre las copas de los árboles torcidos y en cómo sus húmedos troncos parecen brillar. Pero nada se compara con la imagen del hombre de camiseta blanca y gorro de béisbol hacia atrás, sentado en la punta del muelle con una caña de pescar en las manos.

Noah debe de sentirse observado, porque se endereza y gira para mirar por encima del hombro. Al verme, sus labios se curvan despacio en una sonrisa confiada, y lo que era un día espantoso se

vuelve un poco más luminoso. Hay una chispa de esperanza, la promesa de algo, no sé de qué, pero algo más que pensar en mi madre.

Recorro el muelle y me siento a su lado sin dudar ni preguntar.

—Hola —dice, y no oculta la sorpresa en su voz, aunque, según Lucas, todos saben que estoy en el pueblo—. Estás aquí.

—Sí, aquí estoy.

Espero a que diga algo, a que me pregunte por qué estoy aquí o a que diga lo que todos dicen cuando alguien importante para ti muere: «Lo siento». El suspenso genera presión bajo mi piel y quiero que se acabe de una vez, pero Noah bebe un trago de cerveza antes de pasarme la botella.

—El pueblo estuvo aburrido sin ti —comenta, con el rastro de una sonrisa que le marca los hoyuelos—. Me alegra que hayas vuelto.

Solo puedo mirarlo, mirar los ojos *de su padre* y, por extraño que parezca, no quiero salir corriendo, aunque sé que fui yo, que yo soy Jocelyn. Mientras acepto la botella, sus ojos se fijan en mis labios y su expresión hambrienta me hace sentir diferente a como me he sentido en las últimas veinticuatro horas. Debo de estar loca por sentirme así sabiendo lo que hice con su padre, pero no me importa.

Presiono la botella y me imagino aferrando su cabello y tirando de él con suficiente fuerza para hacerle sisear de dolor y placer. Veo mis uñas corriendo por su piel, la palma de mi mano en su boca, mi cuerpo sobre el suyo… Esta vez soy yo quien tiene el control. La imagen me hace salivar y casi puedo escuchar el impacto de mi mano. La fantasía me ayuda a escapar de la realidad y de la razón para estar aquí. Durante unos segundos preciados, finjo que Noah es la verdadera razón. Bien podría serlo.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —pregunta.

—En el bar comentaste que venías a este sitio a despejar la mente. La mía también necesita un poco de claridad hoy. Espero que no te moleste la intromisión.

Noah recupera la botella para beber otro trago largo y los dos nos quedamos mirando el agua turbia. Entiendo por qué este lugar sirve para despejar la mente: tiene una quietud única que no se encuentra en cualquier sitio, sobre todo en Nueva York. Tras un largo silencio, me giro y vuelvo a encontrar su mirada.

—¿Cómo fue perder a un padre?

Él parpadea, al parecer impactado por la pregunta. Durante un momento, creo que no responderá, que cambiará de tema y volverá a su camioneta, pero no. Termina la botella de cerveza, abre otra y mira al horizonte durante un momento antes de suspirar.

—Terrible. Aunque no siempre te hayas llevado bien con él, es como perder algo que nunca podrás recuperar.

—¿No tenías buena relación con tus padres?

—Con mi padre. —Se encoge de hombros—. Chocábamos mucho. Él... —Duda y niega con la cabeza.

Hay algo en su forma de hablar que me hace dudar si continuar, algo que hace que se me acelere el corazón y que la ansiedad se dispare en mi mente. Se me seca la boca, incluso en este lugar pacífico.

—Él… ¿qué? —lo animo.

—Nada. —Sigue negando con la cabeza—. Todos lo adoraban aquí, pero las personas son complejas, ¿sabes?

Si lo sabré yo.

—Sí, lo entiendo. —Los sentimientos que tengo por mi madre están a punto de estallar, así que tomo la nueva botella de las manos de Noah y me bebo de un trago la cerveza, aunque me sabe a tierra—. ¿Qué lo hacía complicado?

Noah me mira y un músculo se le hincha en la mejilla, como si tuviera palabras en la punta de la lengua que no estuviera seguro de querer decir. Pero analiza mi rostro y debe de ver que de verdad necesito saberlo.

—Le hizo algunas cosas a la familia que no estuvieron bien.

Me quedo callada, esperando más, pero Noah no sigue hablando. Aunque no es difícil creer que Damon Sawyer pudiera hacerle daño a su propia familia. Una chica menor de edad, un motel mugriento... Si un hombre es capaz de hacer eso, puede lastimar casi a cualquiera. Mi presión arterial sube un punto.

—Mi madre lo perdonaba —dice Noah de repente—. Ella era un ángel y perdonaba en exceso, pero a mí no me resultó tan fácil. —Frunce los labios, mira el flotador enganchado a la línea de su caña de pescar y permanece callado un buen rato antes de continuar—. Tuve una hermana, pero murió cuando yo tenía tres años. Era cuatro años mayor que yo. Fue un accidente, pero yo lo culpé a él.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Qué pasó?

—Estaban en el parque y se cayó desde lo alto de las barras para trepar. Se rompió el cuello y murió en el acto. Se suponía que mi padre debía estar vigilándola.

—Lo siento. —Me llevo la mano al corazón.

—Gracias. —Asiente con la cabeza—. En fin, hay otras cosas también. Como dije, es complicado. Primero perdí a mi hermana y,

unos años después, perdí a mi madre y a mi padre el mismo día.

—¿Cómo que el mismo día? Creí que tu madre había muerto el año pasado.

—Técnicamente, sí. Pero la verdad es que, cuando murió mi padre, se llevó a mi madre con él. Ella nunca volvió a ser la misma. Cayó en una profunda depresión; pasaba la mayor parte del tiempo mirando por la ventana o durmiendo. Perdí a una madre y a un padre de un solo golpe.

—Eso es terrible.

Noah me mira a los ojos.

—Lo es. Mi madre era una mujer increíble. No merecía pasar el resto de su vida tan drogada que ni siquiera podía hervir agua por sí sola.

Lo miro fijamente. Quiero presionarlo, pedirle más detalles, pero hay dolor en sus ojos y creo que es posible que nunca le haya hablado de esto a nadie. Tal vez, de alguna manera, él está tan afectado por su padre como yo.

—¿Cómo murió tu padre?

No puedo creer que acabo de preguntar eso, que haya soltado esa pregunta tan insensata como si nada. Ahora que ya está ahí, contengo la respiración mientras espero la respuesta.

Noah alza la vista y encuentra la mía con una mirada intensa.

—Lo mataron.

No reacciono. No me muevo. Ni siquiera respiro. No sé si me está acusando o si está sufriendo. Quizá ambas cosas.

—Un robo que salió mal —añade, y la presión se desvanece. Puedo exhalar.

El agua tranquila y los cipreses que se mecen a mi alrededor se sienten de repente muy opresores. Y mis pensamientos son tan erráticos como mi entorno. He pasado de querer dominar a este hombre a hacer que hable de su padre asesinado y de su hermana muerta. Algo dentro de mí se retuerce y, en este momento, siento que es completamente inapropiado estar aquí hablando de esto con él.

—Tengo que irme. —Anuncio mi marcha de forma brusca, pero no me importa. Me pongo de pie.

—Espera. —Noah se levanta también, me alcanza y me toca el brazo—. Por favor, no te vayas. O... podemos irnos los dos. Podemos ir a mi casa. Quiero... —Baja la voz un poco—. Ayudarte a olvidar. —¿Olvidar qué? Durante un instante en el que se me corta la respiración, pienso que se refiere a su padre y que quiere ayudarme a olvidarlo. Pero entonces dice—: Tu madre. Escuché la noticia. Lo siento mucho.

Como agua caliente que entra en ebullición, mis entrañas se tensan, amenazando con estallar en una rabia repentina. Actuó como si no lo supiera, se sentó a mi lado tranquilo, dejó que preguntara por su padre, por su familia, que pensara que no había oído las noticias, que se alegraba de verme de vuelta en el pueblo, pero en realidad lo sabía. Me libero de él de un tirón, me doy la vuelta y comienzo a alejarme.

—Elizabeth. —Su voz es un ladrido, una orden.

Me deja inmóvil. Me lleva de vuelta a un motel oscuro, a la alfombra áspera bajo mis rodillas...

Luego, Noah me rodea con los brazos y me abraza con fuerza contra él. Debería gritarle. Debería darle un puñetazo en los huevos

y salir corriendo de aquí.

Sin embargo, me derrito contra él.

Respiro.

Me entrego y dejo que un hombre me consuele por primera vez en veinte años.

CAPÍTULO 31

—Estás guapa.

Sonrío. Es triste que probablemente sea la primera vez que le hago un cumplido a mi madre en... Bueno, tal vez sea la primera vez en toda mi vida. Y está dentro de un ataúd para recibirlo. Muerta. Y lo que es peor, quizá también sea la primera vez que nuestra conversación no termina en una discusión. Lágrimas inesperadas llenan mis ojos y respiro hondo para contenerlas.

Siento que debería rezar; a ella le gustaría. Seguro que no se lo habría concedido cuando estaba viva, pero, de algún modo, ahora me siento bien haciéndolo. Quizá porque lo hago en mis propios términos, no por obligación. Bajo la mirada al suelo frente al féretro, donde hay un reclinatorio, un bloque de madera acolchado para apoyar las rodillas. Pero el infierno se congelará antes de que vuelva a ponerme en esa posición. *Lo siento, mamá*. Inclino la cabeza, cierro los ojos y recito en voz baja el Ave María.

Unos minutos después, se oye un golpe suave en la puerta y Kenny Chapman entra en la sala.

—¿Qué le parece? —pregunta—. ¿Hay algo que quiera cambiar antes de que comience el horario de visita?

—No. Han hecho un muy buen trabajo con su cabello y su maquillaje. Está guapa. En paz.

—Excelente —asiente—. Ha llegado un visitante temprano, también un florista con una entrega, pero aún quedan un par de minutos, así que la dejaré a solas con su madre.

Miro a mi madre, respiro hondo y niego con la cabeza.

—Está bien. Puede dejarlos pasar. Ya terminé.

—Muy bien.

En ese momento, un florista entra cargando una gran cruz blanca hecha de rosas. Todavía estoy de pie junto al ataúd, observando cómo la colocan, cuando el padre Preston se acerca y se pone a mi lado. ¿A dónde fue Kenny Chapman? ¿Es demasiado tarde para cambiar de idea y decir que preferiría estar sola?

—Lamento mucho tu pérdida, Elizabeth. Tu madre era una mujer maravillosa y una feligresa devota de la iglesia Saint Matthew.

Asiento con la cabeza y consigo murmurar un «gracias». Tendré que mejorar en esto si quiero sobrevivir al día.

El padre Preston se gira y me mira de frente.

—Pasé a visitar a Theresa la otra mañana. Tuvimos una larga charla y le prometí que hablaría contigo.

—¿Sobre qué?

—A tu madre le gustaría que fueras a confesarte.

Siento que el corazón me da un vuelco.

—¿Por qué? ¿Qué le dijo?

—Expresó preocupación por tu relación con Cristo. Muchas veces, cuando la gente se aleja de su fe, es porque nuestro vínculo con Dios se rompe a causa de nuestros pecados. La confesión nos permite buscar el perdón verdadero y reparar esa conexión. —Busca

mi mirada—. Todos cometemos pecados. Grandes o pequeños. Incluso yo me confieso, Elizabeth.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que usted tiene que confesar?

—Eso es entre el Señor y yo.

—Entonces, ¿por qué tengo que contarle mis pecados a usted?

Unas personas entran en la sala. Reconozco a la vecina de mi madre entre ellas.

—Disculpe. Debería saludar a la gente.

El padre Preston extiende la mano y la apoya en mi brazo para detenerme.

—No hay pecado que no pueda ser perdonado cuando uno está verdaderamente listo para arrepentirse, Elizabeth.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—Yo no estaría tan segura de eso.

Las siguientes horas son una nebulosa. Un mar de personas que van y vienen (mi madre sí necesitaba la sala doble): gente de la iglesia, vecinos... Parece que la mayor parte del pueblo pasa por aquí en algún momento. La sonrisa educada que tengo grabada en el rostro empieza a dolerme, así que agradezco que entre Ivy, frente a quien no tengo que fingir. Y viene sola. Me disculpo con un desconocido que me dice que mi madre era una mujer maravillosa y voy directo hacia mi vieja amiga.

Ivy me sonríe con tristeza.

—Lamento lo de tu madre, Elizabeth.

—Gracias. —Asiento hacia la puerta que lleva al pasillo—. ¿Crees que podremos hablar?

—Claro.

Kenny Chapman y una mujer con un traje negro están en la entrada, abriendo la puerta a la gente que entra y sale, así que guío a Ivy en la dirección opuesta, hacia el baño de mujeres. Por suerte, está vacío.

—¿Cómo lo estás llevando? —me pregunta.

—¿Estamos hablando de la muerte de mi madre o de los capítulos?

—De ambos.

—De lo de mi madre saldré adelante. De lo otro no estoy tan segura. —Niego con la cabeza—. Ha sido difícil.

—Entonces, ¿recibiste más?

—Cinco hasta ahora.

—¿Y todo lo que dice es certero?

—Todo, hasta la habitación 212.

—Santo Dios. —El rostro de Ivy palidece—. ¿Quién puede ser y qué es lo que quiere?

Su reacción me hace estar casi segura de que ella no está detrás de esto, pero necesito más que eso. Necesito estar *absolutamente* segura. Así que me inclino hacia delante y la miro a los ojos.

—¿Eres tú, Ivy? Necesito saberlo.

—¿Qué? —Su rostro se contrae—. Claro que no. ¿Por qué sigues preguntándome eso? ¿Por qué demonios iba a revolver el pasado? Tengo tanto que perder como tú, si no más. Mi marido cree que soy una buena persona.

Hace una pausa de unos segundos, abre y cierra la boca y luego la vuelve a abrir y a cerrar, como si tuviera algo que decir pero no estuviera segura de si debería hacerlo.

—¿Qué? —la insto—. Dímelo.

Ivy me sostiene la mirada, y luego toma una gran bocanada de aire y exhala.

—Antes de decirte algo, necesito saber si me crees que no soy yo la que te está haciendo esto, la que te está atormentando enviándote los capítulos.

Nos miramos fijamente durante unos minutos. Ella fue, y sigue siendo, la mejor amiga que he tenido. Han pasado veinte años, pero estoy casi segura de que dice la verdad.

—Te creo —le digo.

Ella suelta otra exhalación larga.

—Bien. Qué bueno.

—Ahora, ¿qué necesitas decirme?

Ivy traga saliva y baja la mirada.

—Siempre he estado un poco celosa de ti.

—¿Celosa de mí? ¿Por qué?

—Eras tan bonita e inteligente, y yo era tan… ordinaria.

—Eso no es cierto, Ivy. Tú...

Levanta la mano para detenerme.

—No quiero debatirlo. Sea cierto o no, ese no es el punto. Era como yo nos percibía en esos años. Te quería con todo mi corazón, pero quizá una parte de mí prefería ser tú en lugar de ser yo. Esa es la única explicación a la que he llegado, incluso después de tantos años.

—¿Explicación para qué? No te sigo.

Los ojos de Ivy vuelven a encontrarse con los míos.

—Yo también me acosté con el señor Sawyer.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Qué?

Empieza a hablar deprisa y a tropezar con las palabras.

—Estabas actuando raro y no querías decirme por qué. Un día te vi montar en bicicleta hacia las afueras del pueblo, aunque me habías dicho que tenías que quedarte a ayudar a tu madre, así que te seguí. Fuiste al motel a encontrarte con él. —Niega con la cabeza —. Estaba celosa porque un hombre guapo y mucho mayor se había fijado en ti, así que quise ver si podía lograr que se interesara por mí.

—Por Dios, Ivy, ¿cómo no me lo dijiste nunca?

—Estaba avergonzada y apenada, y no duró demasiado. Solo lo vi en el motel algunas veces y, cuando por fin… lo hicimos, me pegó y me dijo que gemía como una zorra. Nunca volví a verlo.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Cómo pudiste pensar que era más lista que tú, cuando tú tuviste la sensatez de no volver? Yo seguí yendo, Ivy.

—Lo sé —dice, y me abraza—. Y siento mucho no haber hablado contigo sobre eso. Juro que no tenía ni idea de que también abusaba de ti hasta que Sawyer murió y me contaste lo que había estado pasando. Pensé que de verdad gemía como una zorra. Hasta el día de hoy guardo silencio cuando mi marido y yo tenemos sexo.

Santo Dios, ese hombre arruinó la vida de mucha gente. Ivy me abraza durante un buen rato antes de separarse de mí, tomarme de los hombros y mirarme a los ojos.

—Siento mucho no haberte salvado, Elizabeth.

—Nada de lo que pasó fue culpa tuya, no tienes por qué disculparte. Lamento que hayas quedado envuelta en todo esto.

—Podría haberte salvado y no lo hice —solloza.

—Si algo he aprendido en mi jodida vida es que solo podemos salvarnos a nosotros mismos.

Toma una toalla de papel para limpiarse la nariz.

—Es bueno que tu madre ya no esté aquí, porque si te oyera decir eso, llamaría al cura para que te exorcizara, diciendo que solo Dios puede salvarnos.

Solo Ivy es capaz de hacerme reír en el velatorio de mi madre, y después de confesarme que me guardó un secreto trascendental durante veinte años.

—Tú lo has dicho.

—Tengo que irme. Mi hija se quedó dormida en el auto de camino aquí, así que dejé a mi marido con ella en el aparcamiento.

—Espera, dame un minuto. —Tomo aire, porque todavía necesito saber algunas cosas—. Necesito hacerte unas preguntas. Algunas no tendrán sentido, pero las respuestas son importantes.

—De acuerdo, dime.

—¿Dónde estabas esa noche?

—¿Qué noche? ¿La de...?

—La noche en que murió Sawyer.

—Claro. Me llamaste muy alterada, así que fui al motel y te ayudé a hacer que pareciera un robo.

—¿Éramos las únicas en la habitación?

Mira alrededor del baño vacío, aunque cualquiera que entrase tendría que haber pasado junto a nosotras.

—Sí. Además de él.

—¿El señor Sawyer?

Ivy asiente. Me alivia saber que lo que recuerdo sobre su participación no es inventado. Es difícil saber qué es real y qué no.

Después de descubrir la verdad sobre Jocelyn, ya no puedo fiarme de mi memoria.

—¿Yo era cercana a Lucas?

Ivy frunce el ceño.

—Sí, hasta que… comenzaste a alejarte hacia finales del último año. No supe por qué hasta que descubrí lo del señor Sawyer. Pero antes de eso te gustaba mucho Lucas, y él también parecía interesado en ti. Solían tontear. ¿Por qué lo preguntas?

No quiero entrar en detalles sobre lo que me está sucediendo, así que desvío la mirada.

—Porque fue hace mucho tiempo y algunos detalles son difusos. ¿Qué hay de la hija del señor Sawyer? ¿Sabías que tenía una hija pequeña que murió mientras él debía estar cuidándola?

—No. —Ivy parpadea, confundida—. ¿Cuándo sucedió?

Me alivia saber que no es algo que todo el mundo sepa y que yo bloqueé de mi mente. Me lo he estado preguntando desde que volví a casa de la ciénaga la otra noche. Minton Parish es un pueblo pequeño; todos debieron de estar hablando de la muerte de la niña, pero Ivy y yo todavía estábamos en primaria entonces, así que supongo que no lo relacionamos con el profesor Sawyer cuando llegamos a la secundaria.

—Murió cuatro años antes que él.

—¿Qué ocurrió?

—Un accidente... Supuestamente.

La puerta del baño se abre y entra una mujer que me resulta algo familiar. Creo que es de la iglesia de mi madre. Tras ofrecerme una sonrisa triste, entra en un cubículo, y su presencia pone fin a mi

conversación privada con Ivy. Pero no importa; cuanto menos digamos en voz alta, mejor.

Ivy me abraza de nuevo.

—Estoy aquí si necesitas algo, Elizabeth —susurra.

—Gracias.

—Espero que tu madre esté en paz, y que tú también lo estés —agrega, señalando la puerta.

—Gracias por venir.

Unas horas más tarde, creo que todo el pueblo y parte del pueblo vecino han pasado ya por aquí. Mientras tanto, no dejo de pensar en lo que dijo Ivy, tratando de evaluar si cambia algo en el rompecabezas que tengo en la cabeza. Creo que no cambia nada. Pero estoy tan cansada, de cuerpo y mente, que tal vez hoy sea capaz de dormir. Quedan diez minutos de visita y, por fin, la cantidad de personas en la sala comienza a reducirse. Me encuentro mirando a una mujer que se seca las lágrimas de rodillas frente al féretro, cuando alguien me toca el hombro y me sorprende. Me compongo enseguida porque, no sé cómo, sé quién es antes de girarme.

—Hola —dice Noah, sonriendo y mostrando sus hoyuelos.

Le devuelvo una sonrisa que, por primera vez, no es por obligación. De verdad me alegra verlo.

—No te esperaba.

—Quería ofrecer mis respetos. —Me mira a los ojos—. Y pensé que tal vez te serviría tener a un amigo aquí.

—¿Eso somos, Noah? —pregunto con la cabeza ladeada—. ¿Amigos?

—Puedo ser lo que tú quieras que sea. —Su mirada baja a mis labios—. La noche en que nos conocimos fue increíble, y esperaba

que pudiéramos ser algo más que amigos. Aunque, para eso, tendrás que dejar de escapar de mí.

Mi estómago se agita como el de una colegiala.

—Apuesto a que no muchas mujeres escapan de ti.

—Eso no importa. Solo hay una a la que quiero atrapar —dice guiñándome un ojo.

En ese momento, un hombre al que no conozco se nos acerca para darme sus condolencias y, a continuación, una pareja se acerca para decirme lo afortunada que fui por tener una madre como la mía. Noah retrocede para dejarles paso y, como ya ha terminado el horario de visita, voy pasando de una persona a la siguiente. Sin embargo, aunque se forma una fila de personas que quieren despedirse, nunca pierdo de vista a Noah. Y sé que él tampoco aparta la vista de mí, porque la siento.

Cuando por fin tengo un respiro, se acerca.

—Ya me voy, pero estaré en casa toda la noche por si quieres pasar.

—¿Pasar para...?

Me da un beso en la mejilla y luego se desvía hacia mi oído.

—Para lo que tú quieras. La pelota siempre está de tu lado, Elizabeth. Siempre.

CAPÍTULO 32

El camino de vuelta a casa de mi madre transcurre en silencio. Normalmente escucho música o un pódcast para mantener la mente ocupada, pero esta noche solo me acompañan el repiqueteo de la lluvia y el chirrido del limpiaparabrisas. Ha sido un día demasiado intenso, con demasiadas voces y demasiadas personas diciéndome lo perfecta que era mi madre, lo adorable que era, lo buena madre que era. Aprieto los dientes solo de pensarlo. Y el padre Preston diciéndome que debía confesarle mis pecados…

Ojalá supiera qué le dijo mi madre.

Al llegar a casa y apagar el motor, no estoy preparada para bajar del auto. Este lugar no es mi hogar desde hace mucho tiempo, si es que alguna vez lo fue. Siempre fue de ella.

Contemplo la pintura descascarillada, la puerta que cuelga torcida del marco y las plantas muertas en macetas de barro rotas. Suspiro y vuelvo a encender el motor. No quiero estar aquí. Ahora no. Salgo de la entrada de la casa, me incorporo al tráfico y comienzo a conducir hacia el centro sin pensar.

Tal vez vuelva al bar. Noah no estará allí, dijo que iría a casa. Tal vez me tome una copa con un desconocido; ni siquiera hace falta

que nos digamos los nombres. Podemos ir a un motel y tener sexo sin importancia que me ayude a olvidar por un momento. Pero entonces recuerdo que el único motel del pueblo es un lugar al que no pienso volver.

Giro hacia el centro, pero, antes de llegar a la calle principal, el rostro de alguien aparece en mi mente. Una sonrisa. Una promesa. Hoyuelos.

Y entonces aparece otro rostro; no el suyo, sino el de su padre.

Aprieto el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos y obligo a mi mente a volver a Noah. Pienso en cómo se presentó esta noche y en cómo logra cautivarme cuando soy incapaz de sentirme cautivada. Él puede hacerme olvidar.

Entonces giro el volante y doy una vuelta cerrada a la derecha en el último segundo. Ya no quiero ir al bar a beber y seducir a un desconocido; iré a casa de Noah.

***

Su casa está a oscuras y en silencio. Miro la hora: son las nueve y cuarenta. No es tan tarde. Dijo que estaría en casa, pero tal vez fue al bar o está durmiendo. Bajo del auto sin preocuparme por la posibilidad de despertarlo. Llamo a la puerta despacio y, después, intento abrirla y lo consigo. Antes, ni en un millón de años, habría entrado en la casa de un hombre así, ni siquiera en la de Sam. Pero la adrenalina me impulsa y me digo a mí misma que Noah dejó la puerta abierta para mí.

Entro y escucho atentamente si hay algún sonido, de él o de cualquier cosa.

Me quito los zapatos y subo las escaleras del primer piso en silencio. No hay nadie, así que sigo caminando por la alfombra hasta un pasillo que llega a su habitación, de la que escapa un rayo de luz por debajo de la puerta, y avanzo hasta que lo veo: está durmiendo en su cama, con la cabeza sobre una almohada gruesa y la manta hasta la cadera, lo que deja su pecho y sus abdominales a la vista. Se ven marcados incluso con la luz grisácea. Me quedo parada durante demasiado tiempo mirándolo, trazando con la mirada la línea de su mentón y su nariz recta.

Como el señor Sawyer me miraba a mí.

Me invade una oleada de emociones: rabia, vulnerabilidad, tristeza, odio y, por último pero no menos importante, deseo. ¿No es eso lo que siempre me mete en problemas? Mis pecados, diría mi madre. Tal vez. Seguro que sí. Pero ahora no me importa. El deseo es demasiado fuerte. Puedo imaginar la escena: atravieso la habitación y lo despierto con una mordida en el hombro o tirándole del pelo hasta que grita de dolor. Mi salud mental no es buena ahora, pero me basta para saber que mi deseo de hacerle daño al hijo del señor Sawyer está fuera de control.

Tal vez ahora sea más Jocelyn que Elizabeth, y quiero venganza. Debe de haber miles de razones psicológicas para querer hacerle daño a Noah Sawyer, pero no estoy dispuesta a analizarlas.

Así que abro mi vestido, deslizo las mangas de los hombros y lo dejo caer al suelo. El aire frío de la noche eriza el vello de todo mi cuerpo. Exhalo, camino hasta la cama y pongo una rodilla sobre la suave tela del edredón.

Cuando estoy a punto de montarme sobre él, Noah abre los ojos. Me recorre una oleada de adrenalina y sus labios se curvan en una

sonrisa engreída.

Lo sabía. Sabía que vendría. Debió de dejar la puerta abierta porque estaba seguro de sí mismo. Su sonrisa me indica que está muy contento por haber tenido razón.

Me termino de montar sobre sus caderas, me inclino sobre él y cubro sus labios con los míos. Levanta la mano, me toma del mentón y me atrae más hacia él. Mientras nos besamos, baja las manos para tomar mis caderas y comienza a moverme, a tomar el control.

Pero hoy no será así.

Le doy una palmada en la mano, le agarro la muñeca y presiono su mano contra la cama. Siento una descarga de poder al hacerlo. Llevo la otra mano a su mentón y bajo hasta rodear su garganta. Cuando intenta sentarse y hacerme retroceder, llevo mi peso hacia delante, sobre la mano que rodea su cuello, y presiono su nuez. Mi corazón golpea con fuerza contra mis costillas cuando su rostro comienza a sonrojarse.

Una risita le sale de la garganta y sus ojos se iluminan, emocionados, mientras se rinde y se acomoda debajo de mí. *Buen chico*.

Comienzo a bajar por su cuerpo suavemente con las uñas. Al llegar a su ropa interior, espero a que nuestras miradas se encuentren, me detengo y luego bajo el elástico despacio hasta liberar su erección.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunto al rodearlo con la mano.

Noah cierra los ojos y toma suaves y superficiales bocanadas de aire. Tarda un momento en volver en sí, abrir los ojos y asentir con fervor.

—Muy bien, pero...

Me detengo y bajo de la cama.

—¿Qué haces?

—Sal de la cama. —Me pongo de pie, chasqueo los dedos y señalo el suelo—. De rodillas.

Él me observa, intentando descifrar qué demonios está pasando, pero luego vuelve a aparecer su embriagadora sonrisa, la que me aflojó las piernas una y otra vez. Baja de la cama, se arrodilla y me mira como si estuviera listo para lo que sea, como si confiara en mí.

Como yo confié en su padre.

Pero Noah no sabe a qué se enfrenta.

—No me mires. —Aferro su cabello y bajo su cabeza—. Mira al suelo.

—Sí, señora —balbucea. Pero me mira una última vez y, en esos ojos, no veo a Noah, sino a él. Y, por un momento, quiero hacer algo horrible. *¿Y por qué no?*

Me giro hacia su espalda y la recorro con las uñas hasta dejarle marcas.

—Inclínate sobre la cama —le ordeno.

Obedece de inmediato, poniéndose de rodillas y colocando sus grandes manos sobre la tela. Miro a mi alrededor hasta que encuentro un pantalón colgado de una silla en una esquina. Lo tomo, saco el cinturón de las presillas, lo enredo en mi puño y le doy un golpe firme en el trasero.

Una risa resonante sale de su pecho.

—Elizabeth —murmura. No suena molesto, sino excitado. De repente, aparece en mi mente una imagen: yo de rodillas en la

habitación del motel con la luz tenue. Disfruté de los primeros golpes, más juguetones que dolorosos, hasta que dejaron de serlo.

—Silencio —siseo.

Y vuelvo a golpearlo una y otra y otra vez, con todas mis fuerzas.

Finalmente, cuando tiene la espalda llena de marcas inflamadas, volvemos a la cama. Él está boca arriba, con las manos atadas al marco de la cama, y yo me subo encima y lo monto hasta que está a punto de acabar. Antes de que lo haga, me aparto; él gruñe y yo sonrío.

—¿Disfrutaste de tu castigo? —pregunto mientras le suelto las manos.

—Me gustó tenerte sobre mí. Pero ¿por qué fue el castigo?

—Por tus pecados.

—Tengo muchos. —Con las manos libres, se frota las muñecas antes de acercarse—. Ahora ven aquí y deja que termine lo que empezaste, cariño.

—Lo siento. —Retrocedo—. Pero ya terminamos. Al menos por hoy.

CAPÍTULO 33

Odio sentarme en la primera fila.

Lo odiaba en la escuela, pero en la iglesia es mucho peor. Es como si todas las estatuas me estuvieran mirando y no tengo nada con lo que distraerme: ningún niño mirando su móvil a escondidas, ningún marido temeroso de Dios mirándole el trasero a la mujer de otro hombre al pasar, ninguna madre con los labios apretados, lista para escuchar una homilía sobre aceptación mientras juzga la longitud de la falda de una chica que entra.

Miro la hora en el teléfono: un minuto para las nueve. ¿Por qué no empezamos ya? Una voz detrás de mí me hace saltar y levantar la cabeza.

—¿Este lugar está libre?

Noah.

Sonríe como si no estuviéramos en la iglesia, sino como si fuera anoche y me estuviera viendo desnuda; su mirada calienta mi pecho. Noah no espera mi respuesta para sentarse a mi lado, tan cerca que estamos hombro con hombro.

—¿Qué haces aquí? —murmuro.

—Pensé en hacerte compañía. No pareces de las que disfrutan viniendo a la iglesia.

—¿Por qué? —replico con una ceja levantada—. ¿Porque me gusta el sexo duro y fuera del matrimonio?

—En realidad, supuse que no te agradaba el lugar porque la última vez que te vi aquí estabas esperando a tu madre en el auto en lugar de estar sentada a su lado. —Se acerca y baja la voz—. Pero si tengo que elegir entre el sexo premarital y ser católico, iré a la iglesia episcopal de la esquina a partir de ahora.

Hace unos minutos no podía esperar a que empezara la misa, pero ahora me decepciona que el órgano comience a sonar y todas las cabezas se giren hacia la puerta. El padre Preston hace una entrada grandiosa al frente de la procesión, seguido por tres monaguillos: el del centro lleva una cruz gigante sobre la cabeza y los otros dos portan candelabros. Detrás llega el ataúd de roble rojo brillante, cargado por hombres de la funeraria.

Noah extiende la mano sobre mi falda, me toma la mano y la aprieta con fuerza. Mi instinto es apartarla, pero mis ánimos combativos se disipan cuando el féretro pasa y veo a un hombre de traje al final de la procesión.

Mis ojos se abren de par en par.

Sam.

¿Qué demonios?

Me sonríe como si lo hubiera estado esperando ansiosa, pero su sonrisa se marchita en cuanto se da cuenta de que el hombre que está a mi lado me tiene de la mano. Su rostro se vuelve adusto. Al llegar junto a mí, se inclina para hablarme en voz baja.

—¿Quieres ir a otro banco o me siento junto a tu amigo?

Libero mi mano de la de Noah, lo miro a los ojos y él se mueve sin que se lo pida. Entonces, Sam se desabotona el saco y se sienta en el borde del banco. Dios, quería una distracción, pero no este caos a punto de estallar. Sam tiene la mirada fija en el altar y un músculo de la mandíbula se le mueve como si intentara comunicarse en código morse.

—¿Qué haces aquí? —murmuro cuando el sacerdote comienza a hablar.

La mirada de Sam oscila entre Noah y yo.

—Me escribiste que tu madre había muerto y supuse que necesitarías apoyo, alguien que te acompañara.

—¿En qué momento te di a entender que necesitaba el apoyo de alguien?

—Ahora no, Elizabeth —replica con una mirada feroz—. Ten algo de respeto.

Siento que me hierve la sangre. ¿Que tenga respeto? ¿Por quién? ¿Por él, un hombre que se aparece sin invitación ni aviso? ¿Por este culto que pretende ser una iglesia? ¿O por mi madre, una mujer que creía que estaba bien dejarme sola a los siete años para verse con hombres porque después iba a confesarse?

Supongo que lo único bueno de estas dos apariciones es que estoy demasiado preocupada por eso como para que me perturbe que esta sea la última hora que pasaré con mi madre. No es que ella siga aquí, pero su cuerpo, la procesión, el funeral... Todavía me atan a ella. Esta mañana me he despertado con una sensación de vacío en el pecho, consciente de que todo terminaría hoy. Pero ya no hay vacío, ahora está lleno de rabia.

La misa transcurre como en una nebulosa, y los tres miramos al frente como si fuéramos desconocidos. El padre Preston pronuncia las últimas palabras, después baja del altar y se acerca a mí para darme el último pésame.

—Gracias —respondo con una sonrisa forzada—. El servicio fue encantador.

No me molesto en decirle nada a Noah ni en esperar a que el hombre que está a mi derecha se mueva. Paso por encima de la pierna de Sam y comienzo a caminar sola detrás del ataúd. El director de la funeraria me detiene en la puerta.

—Ahora la llevaremos al crematorio. Puede seguirnos si quiere.

—No creo que sea necesario.

Él parece horrorizado, pero necesito que esto se acabe.

—Gracias por todo.

Bajo la escalera de mármol de la iglesia y me dirijo al aparcamiento. Sam me alcanza cuando llego al automóvil alquilado y se dirige al asiento del acompañante. Lo miro sin decir nada. Él frunce el ceño.

—He venido en Uber hasta aquí. Mi vuelo se retrasó y no quería llegar tarde a la misa.

Subo al auto en silencio, destrabo la puerta del acompañante y salgo del estacionamiento tan rápido que Sam apenas tiene tiempo para subir. Si los neumáticos no estuvieran tan gastados, habría dejado marcas en el pavimento. Conduzco en silencio durante un rato, pero no sé a dónde voy. Sam tiene el rostro rojo de ira y la mirada puesta en la carretera. Unos kilómetros más adelante, me detengo en el aparcamiento de un Burger King tapiado; ni siquiera un gigante de la comida rápida pudo sobrevivir en este pueblo.

Una vez allí, giro para enfrentarme a Sam.

—Di lo que quieras decir, porque ahora no tengo palabras.

Él aprieta los dientes.

—Bien. ¿Te estás acostando con ese hombre?

—Eso no es asunto tuyo —exclamo, con las manos en alto—. Nunca fuimos exclusivos.

—Intentaba hacer lo correcto. —Sam niega con la cabeza.

Cierro los ojos y me relajo. Es mi culpa; debí cortar todo con él cuando admitió que quería más. En cambio, lo usé.

—Lo siento, Sam —suspiro.

—¿Lamentas acostarte con otro o que eso me moleste?

—Lamento que haya terminado así —digo negando con la cabeza —. En malos términos. Siempre fuiste amable conmigo, pero no queremos lo mismo.

—¿Y qué es lo que tú quieres?

Es una buena pregunta. Me quedo mirando hacia abajo durante mucho tiempo, intentando encontrar la respuesta. Cuando lo hago, no puedo expresar lo mucho que una sola palabra significa para mí.

—Libertad. Quiero libertad, Sam.

Él me mira a los ojos con aire analítico. Cuando encuentra lo que buscaba, cierra los ojos por un momento. Luego los abre y la rabia que había en ellos se ha reemplazado por decepción.

—¿Me puedes llevar a algún sitio? ¿A un bar o a algún lugar donde pueda esperar un Uber que me lleve al aeropuerto?

—Yo te llevaré.

Los veinticinco minutos de viaje transcurren en silencio, ya que no estoy segura de qué más decirnos.

Al llegar, aparco frente a la pequeña terminal.

—Gracias por venir.

—No hay de qué. —Antes de bajar, frunce el ceño, levanta su mochila del suelo, abre la cremallera y saca una carpeta—. Ten esto.

—¿Qué es?

—He investigado a tu amiga desaparecida y he ampliado la búsqueda a todo el país. Tienes algo de cada Jocelyn Burton que encontré. Tómalo como regalo de despedida.

CAPÍTULO 34

Cuando me detengo en un semáforo, le echo un vistazo de reojo a la gruesa carpeta. Por un costado asoman varias pilas de papeles engrapados. Numerosas Jocelyns, sin duda dispersas por todo el país, todas ajenas al hecho de que alguien con su mismo nombre pasó por lo que yo pasé.

En cuanto llego a casa, voy directo al cubo de basura desbordado de la cocina. El olor a podrido impregna todo el ambiente; seguro que no lo han vaciado desde antes de que hospitalizaran a mi madre.

Abro el cubo de basura y sostengo el archivo sobre él, pero algo me impide soltarlo.

Me gana la curiosidad. Solo le daré un vistazo rápido. Recuerdo haberle preguntado al señor Sawyer por qué me había puesto ese nombre, Jocelyn, y él me dijo que era el nombre de su madre. Siempre me he preguntado quién en su sano juicio querría acostarse con alguien a quien le había puesto el nombre de su madre. Aunque, pensándolo bien, el señor Sawyer no estaba en su sano juicio.

En la mesa, junto con una botella de moscato demasiado dulce de la colección de mi madre, abro el archivo. Hay Jocelyns en California,

Montana y Kansas. Pero por fin encuentro una de aquí. Bueno, más bien del pueblo de al lado. Se me eriza el vello de la nuca mientras saco las páginas de la carpeta y empiezo a leer.

Nacida en los años treinta, criada por su abuela. Ese hecho por sí solo es una señal de alarma. ¿Dónde estaba su madre? ¿La abandonó? ¿La arrestaron por maltratarla? ¿Murió? No hay muchos escenarios positivos que puedan resultar de que tu madre no esté. Repaso la hoja de datos y bebo un largo trago de vino. La segunda página contiene la respuesta. Jocelyn había sido detenida en varias ocasiones. Perdió la custodia de su hijo. Otro trago. *Maltrato infantil.*

Me detengo en esa información y me pregunto qué se consideraría maltrato infantil en los años sesenta, cuando nació el señor Sawyer. Mi madre solía presumir de los castigos que recibía cuando se portaba mal como si fueran un rito de iniciación: nalgadas con una cuchara de madera, bofetadas en el rostro y, a veces, ser encerrada en un armario durante horas. Cosas que hoy jamás se aceptarían, pero que en aquella época eran bastante frecuentes.

Así que me pregunto qué le hacía la verdadera Jocelyn a su hijo…

Paso más páginas. Bebo más vino. Mi cabeza empieza a nublarse, pero se me despierta de nuevo cuando veo una entrada con fecha del 25 de diciembre de 1968. Navidad.

El horror crece en mi interior a medida que leo.

La verdadera Jocelyn golpeó al señor Sawyer casi hasta matarlo, lo suficiente como para que fuera hospitalizado y enviado a una familia de acogida. Hay una fotografía policial de ella en blanco y negro, tan borrosa que apenas distingo sus rasgos, pero, de alguna manera, los ojos destacan: los ojos del señor Sawyer. Los ojos de Noah.

En ella, son crueles y duros, como si nunca hubiera tenido un día feliz en su vida.

Los del señor Sawyer también se veían endurecidos.

Pero los de Noah siempre han sido suaves.

Por un momento, me pregunto si la muerte del señor Sawyer fue una bendición para él. Quizá no tuvo una infancia normal, pero sí una libre de abusos. Si hubiera sido criado por el señor Sawyer, no creo que hubiera salido como es ahora.

De repente, lo entiendo: veo por qué el señor Sawyer podría haberme puesto el nombre de Jocelyn. De alguna forma retorcida e injusta para mí, estaba abusando de su abusadora.

Siento frío en el estómago. *No es muy diferente de lo que le hice a Noah la otra noche*. Bebo más vino con la esperanza de aletargar mis pensamientos y adormecerlo todo, pero el alcohol por sí solo no basta. Miro los papeles esparcidos sobre la mesa y decido que tienen que desaparecer. La basura no es suficiente, así que hago un montón, meto a todas las Jocelyns de vuelta en la carpeta y voy afuera. Al fondo del patio, junto a una valla caída desde hace tiempo, un aro de metal oxidado descansa entre la tierra y la hierba rala. Debajo, la tierra está oscura; son los restos de fogatas frecuentes.

Me detengo un instante y me pregunto qué quemaba mi madre con tanta frecuencia como para dejar la tierra baldía, pero supongo que ya no importa. Alguna vez quemábamos basura aquí, mamá y yo, antes de que existiera la recolección de residuos organizada y durante un tiempo más, porque no podíamos pagar a alguien para que recogiera la nuestra.

Vuelvo adentro a buscar una caja de cerillas. Después de encontrarla, uso un poco de la escasa leña amontonada contra la casa para encender el fuego y dejo que las brasas anaranjadas parpadeen mientras pienso en el cuerpo de mi madre en el crematorio. El director de la funeraria me dijo que podía recoger sus cenizas en unos días y me sugirió que comprara una de sus urnas carísimas para ponerla en mi repisa. Pero la idea de tener una versión en polvo del cuerpo de mi madre en casa no me convence. Podría esparcirlas, pero ¿dónde? La mayoría de la gente lo hace en un lugar con significado, un sitio que le gustaba a la persona. Las únicas cosas que ella amaba eran los hombres, el alcohol y la iglesia.

Me invaden las náuseas cuando vuelvo a mirar las llamas. Mi madre, que fue una pésima figura materna, pero a la que una parte de mí todavía quería, está siendo reducida a cenizas. ¿Lo sentirá? ¿Y si cuando morimos...?

Me obligo a detenerme. Obsesionarme con los «y si...» nunca cambia nada. En lugar de seguir pensando, abro la carpeta y arranco una hoja tras otra para alimentar las llamas poco a poco. El fuego crece hasta convertirse en una criatura que quema todos los restos de Jocelyn, tal y como está haciendo con mi madre. No quedará más que un recuerdo.

El fuego por fin se apaga, así que entro. Pero tengo demasiada adrenalina en las venas como para sentarme tranquila. Podría beber más vino, pero no quiero estar ahora mismo en esta casa. Entonces, tomo el bolso y las llaves, miro por la ventana y me pregunto: «¿Y ahora qué?».

Podría irme sin más y dejar que la iglesia se encargue de todo. Quizá lo hagan. Pero también podrían decir que es mi

responsabilidad y entonces tendría que volver.

No, cuando me vaya esta vez, no volveré nunca. *Nunca jamás*.

Quizá entonces me sirva una distracción. Sí, eso es lo que necesito.

Subo al automóvil y decido dar una vuelta. Veinte minutos después, cruzo un puente con el bosque a ambos lados. Pero aquí afuera hay aún menos distracciones con las que ocupar mi mente que en casa de mi madre, así que mis pensamientos empiezan a desviarse hacia lugares oscuros otra vez. Sin previo aviso —tengo suerte de que no venga nadie detrás, porque ni siquiera miré—, piso los frenos, me orillo en el camino de tierra pedregoso y giro el volante con brusquedad. Poco después, regreso al pueblo.

Una mirada rápida al aparcamiento del bar me confirma que Noah no está allí y, de pronto, ya no estoy vagando sin rumbo. Ya sé a dónde voy.

Estaciono en la entrada y me quedo sentada contando hasta diez, debatiendo qué hacer.

Pero al final bajo del auto.

Necesito otro tipo de distracción. Otro tipo de paseo.

CAPÍTULO 35

La puerta principal está abierta otra vez.

Me pregunto si sabía que vendría, que necesitaría desahogarme después del funeral de hoy. Aunque, si ese es el caso, es bastante arrogante por su parte, teniendo en cuenta que Sam apareció en la iglesia.

La puerta rechina al abrirse. Abajo está oscuro y tan silencioso que podría pensar que no hay nadie en casa si no fuera por la camioneta estacionada en el camino de entrada. Mis tacones resuenan en el suelo de madera mientras camino; un sonido que rebota en las paredes, ya que no hay muebles que lo amortigüen. Podría quitarme los zapatos, pero ¿para qué? No tengo ningún motivo para ocultar que estoy aquí. Aunque, pensándolo bien, tal vez él ya tenga compañía. Una mujer. Con esos hoyuelos profundos y la manera en que les presta toda su atención, estoy segura de que muchas visitantes han hecho este mismo recorrido. Mi pulso retumba mientras subo las escaleras.

El segundo piso también está a oscuras, excepto por una franja de luz que se derrama hacia el pasillo desde la habitación principal. Por

un momento, pienso en desnudarme como la otra noche, pero decido que es más rápido dejar caer la ropa interior por mis piernas.

Lo veo unos centímetros antes de llegar a la puerta: está sentado en la cama sin camiseta, apoyado contra las almohadas, inmerso en su ordenador, escribiendo con fervor. El brillo suave de la pantalla ilumina sus facciones y resalta su barbilla cincelada. Es realmente apuesto. Tiene el cabello alborotado, como si se lo hubiera estado revolviendo con la mano, pero aporta la medida perfecta de desorden en contraste con sus facciones perfectas. Y hoy lleva gafas con montura de carey, posadas sobre su nariz como si fuera un modelo de Ralph Lauren. Me gusta. Me gusta mucho.

—¿Te metí en problemas con tu novio? —pregunta sin levantar la vista.

Me acerco a la puerta, la abro hasta la mitad y me quedo en el umbral.

—No tengo novio.

—¿Por lo de hoy?

—Porque así lo prefiero.

Él sonríe satisfecho y sacude la cabeza.

—Me alegra que vinieras.

—¿Sabías que vendría? ¿Por eso no cerraste la puerta con llave?

—La cerradura está rota, así que siempre está abierta. Pero, si no fuera el caso, la habría dejado abierta para ti. No estaba seguro de que vinieras, pero tenía esperanzas.

—¿En qué trabajas con tanta energía?

—En un libro. Un *thriller*. Lo empecé a escribir hace unos años, pero lo dejé de lado durante un tiempo. Bloqueo del escritor.

—¿Así que te has desbloqueado?

La comisura de sus labios se eleva, marcándole un hoyuelo encantador.

—Me siento inspirado últimamente.

—Yo también… —Ladeo la cabeza—. Me siento *inspirada*.

—No sabías que él vendría, ¿no?

—No lo sabía.

—Es algo mayor que tú, ¿no?

—No sabía que había un límite de edad para los hombres con los que paso tiempo.

—¿Eso es lo que haces? ¿*Pasar el tiempo* con ese hombre?

—Antes sí.

—¿Y cuándo terminó?

—¿Oficialmente? Hoy.

Noah se ríe.

—Nota mental: llamar a Elizabeth antes de aparecerme.

—¿No me invitarás a tu habitación?

—No necesitaste invitación para entrar en mi casa.

—Cierto. —Termino de abrir la puerta y doy unos pasos hacia dentro.

—¿Cuánto tiempo estuviste con el viejo?

—¿En verdad te importa? No quiero hablar más, Noah.

—Me gustaría usar la boca para otras cosas —dice con una sonrisa mientras aparta el ordenador.

La habitación se siente cargada de energía sexual entre los dos. No puedo esperar a clavarle las uñas en la espalda y marcar su piel, así que me dirijo a la cama, lista para lo que esta noche nos depare. Sus ojos brillan de anticipación cuando me subo a sus caderas y me

froto sobre su notoria erección. Mis ojos se cierran de placer; esto es justo lo que necesitaba después de este día.

—Estás listo para mí —gimo.

—Listo para lo que tengas para mí hoy, Elizabeth.

Me inclino sobre él, trazo una línea desde su nuez hasta su barbilla con la lengua, lo beso en el mentón y sigo hasta la oreja. Y muerdo con fuerza.

—Mierda —sisea. Presiona mi cadera con una mano y sube la otra por mi espalda hasta aferrar mi cabello y tirar de él con tanta fuerza que lleva mi cabeza hacia atrás. Entonces se acerca para succionar mi cuello hasta llegar a mi oreja y devolverme la mordida. Pero no creo que quiera dominarme; solo intenta darme lo que cree que quiero.

Llevamos unos minutos mordiéndonos, succionándonos, lamiéndonos, marcándonos. Pero él todavía tiene los pantalones puestos, así que separo mi boca de la suya y me dispongo a quitárselos. De repente, mientras lo hago, algo brillante en el hueco de su garganta me llama la atención y mi corazón se para al descubrir de qué se trata.

—¿De dónde sacaste eso? —pregunto, levantándome de golpe.

—¿Qué cosa? —replica con el rostro fruncido.

—El colgante de tu cuello.

—¿Esto? —Toca a tientas hasta encontrar el dije de plata—. Es santa Inés.

—Sé quién es. ¿De dónde lo sacaste?

—No lo recuerdo, ¿por qué?

—No lo tenías los otros días. Ninguna de las veces que nos vimos.

—Debí de quitármelo para trabajar y se me olvidó ponérmelo de nuevo. Me lo quito para usar la sierra y otras herramientas porque cuelga demasiado. Es una medida de seguridad. —Se acerca como si fuéramos a continuar donde lo dejamos, pero no lo haremos. Para nada.

—¿Y te lo pusiste hoy solo por casualidad? —exijo tras levantarme de la cama.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Noah Sawyer, el hijo del hombre al que maté, se acerca a mí en el bar, es escritor y, *por casualidad*, lleva un colgante de santa Inés? Ha estado jugando conmigo desde el principio.

—¿Qué haces tú, Noah? —replico con los ojos entrecerrados—. ¿A qué clase de juego enfermo y retorcido estás jugando?

Salgo corriendo antes de que pueda responder. Salgo de la habitación, bajo las escaleras de dos en dos, abro la puerta y no me detengo hasta estar encerrada en el auto. Tengo las manos tan temblorosas que no logro introducir la llave en el arranque. Cae al suelo. Maldigo e intento recuperarla mientras mantengo la cabeza lo suficientemente levantada como para no perder de vista la puerta de la casa. Noah nunca sale, o al menos yo no lo veo por el espejo retrovisor al salir disparada de su casa.

CAPÍTULO 36

Me he quedado sin bolsas de basura. Maldigo mientras cierro la última, llena de la ropa de mi madre, y fulmino con la mirada la cómoda, que aún contiene muchas más cosas, además de las que ya separé para llevar a la iglesia.

¿Cajas? Quizá haya cajas en alguna parte. Mi madre era un poco acumuladora y muchas veces salía de la licorería con tantas botellas que tenían que darle algo resistente para cargarlas. Escaneo su habitación otra vez, pero apenas hago avances. De pronto, se me ocurre que mi madre sabía que se estaba muriendo y, aunque se tomó el tiempo de planificar su propio funeral, no se molestó en ordenar su vida. De algún modo, parece un desenlace apropiado para nuestra relación.

Busco bolsas de basura o cajas por todas partes: en la cocina, la lavandería, en los armarios e incluso en el cobertizo. Las únicas que encuentro ya están llenas hasta arriba. *Más cosas que revisar*. Al final, me desplomo en el escalón inferior de la escalera, mirando el techo y deseando estar en cualquier otro lugar. Sin embargo, mi mente vuelve al mismo sitio donde ha estado la mayor parte de las

últimas doce horas. Noah. Esa maldita santa Inés brillando en su cuello, mirándome.

Debía saberlo, ¿no? Sabía del colgante que le dieron a Jocelyn, a mí. ¿Es posible que el señor Sawyer le diera uno igual a todos? Tal vez, pero ¿por qué le daría a su hijo un dije de santa Inés, la patrona de las vírgenes y de las víctimas de abuso sexual? No tiene sentido. Sí tenía sentido, de una forma enferma, que me lo diera a mí, pero no que se lo diera a su hijo. ¿Y por qué empezó Noah a usarlo de repente? Ya pasó un mes desde que nos conocimos, pero nunca lo había llevado antes. Se me revuelve el estómago al pensarlo y al reparar en lo vulnerable que me he vuelto con Noah.

Y dijo que estaba escribiendo una novela*. Una novela*.

¿Podría ser él Hannah Greer?

Me muerdo el labio con fuerza, como hice con el suyo anoche; me clavo los dientes en la carne hasta que siento sabor a sangre y el dolor me saca de mis pensamientos. Es demasiado para ser una coincidencia. Demasiado.

Además, no tiene sentido que Hannah sea otra persona. Y ahora que lo pienso, ¿no era obvio desde el principio? Sam me ayudó, encontró información sobre Jocelyn y estuvo ahí para mí de una forma que, para ser sincera, no merecía. Anoche no se habría ido tan fácilmente si hubiera tenido algo en mi contra. O si quisiera algo. Lo que él quiere más que nada es estar conmigo. Al menos hasta ayer.

Me obligo a levantarme y voy a la cocina. Tomo la jarra de café, tiro el café frío y quemado y empiezo a preparar más. *¿Quién más puede ser?* El padre Preston, pero él tampoco ha estado husmeando.

Ahora que mi madre murió, se lavó las manos conmigo. Seguro que está agradecido por eso. Yo también, sin duda.

En la alacena, busco el enorme frasco de plástico de café Maxwell House que mi madre compró en Walmart. No lo encuentro, así que me agacho para buscar en los estantes de abajo, entre latas de sopa caducadas y cajas de macarrones con queso. Todo esto también tendrá que ser ordenado.

Pero ¿quién más puede ser? ¿Quién más? El comisario desapareció después de nuestros encuentros constantes, pero lo tomaré como una señal positiva. Además, ¿por qué no me habría arrestado la policía si conociera la historia? Inscribirse en mi clase, enviar capítulos inquietantes... No, quienquiera que esté haciendo esto se lo toma muy en serio.

Eso nos lleva a Ivy, que resultó estar involucrada en el caso, más allá de haberme ayudado a encubrir el crimen. Todavía no supero que también se acostara con el señor Sawyer. Tal vez no me contó toda la historia, y la verdad es que estaba enamorada de él y ahora quiere venganza por lo que hice. Es posible, ¿no? Dios sabe que todo es posible en este caos. Pero es verdad que tiene mucho que perder: también estuvo ahí esa noche y tiene mucho más en juego que yo. Tiene una familia. A pesar de que me ha estado mintiendo durante veinte años, eso no cambia el hecho de que estoy casi segura de que no es ella quien me está haciendo esto.

Suspiro frustrada y abandono el intento de preparar café. Necesito más cajas o bolsas, así que compraré mi dosis de cafeína al salir por ellas. Además, me vendría bien tomar un poco de aire fresco. Así que tomo el bolso y las llaves y miro por la ventana para comprobar que no haya ninguna camioneta roja. Salgo corriendo hacia el auto.

La ferretería está casi vacía; es una tienda atendida por una pareja que vive en las afueras, o tal vez por sus hijos a estas alturas. Tomo un carrito de compras antes de recorrer los pasillos, donde encuentro café, bolsas de basura y una pila de cajas de mudanza tan alta como yo. Cargo una buena cantidad antes de pasar al pasillo de limpieza. No hice un inventario de lo que hay en la casa, pero seguro que mi madre no tenía más que limpiador de cristales y lejía, y la casa necesita una limpieza a fondo.

A la mitad del pasillo, mi teléfono vibra con un mensaje de Lucas.

Lucas: ¿Almorzamos hoy?

No estoy segura. Me cae bien, y al parecer siempre lo hizo. Le dije que nos veríamos después del funeral de mi madre y, además, no recuerdo cuándo fue la última vez que comí. Pero no tiene sentido almorzar con él; tengo que limpiar la casa de mi madre, atar los cabos sueltos y marcharme de vuelta a Nueva York, lejos de quienquiera que esté jugando conmigo. O, más bien, lejos de Noah.

Niego con la cabeza. Compraré un sándwich y comeré mientras trabajo. Haré lo que sea necesario para terminar y alejarme de este pueblo. Pero, antes de que pueda guardar el móvil, vuelve a vibrar.

El mensaje me deja helada:

Lucas: ¡Espera, no guardes el teléfono! Prometo que soy más divertido que ese trapeador.

El trapeador en cuestión está en mi carrito de compras. Estuve evaluando las prestaciones de dos modelos diferentes hasta que me decidí por el más económico, uno de espuma. Bajo el teléfono, me

giro y me encuentro con el mismísimo Lucas, que me sonríe desde el final del pasillo.

No esperaba la reacción de mi cuerpo: sentí calor y felicidad al verlo. Pero esta emoción se ve seguida de inmediato por la sospecha. Este es un pueblo pequeño, pero...

Entonces veo su carrito: está casi lleno de productos para el hogar, cosas que tiene sentido comprar: toallas de papel, semillas de césped, flores del sector de jardinería.

—Me pareció que eras tú. —Avanza por el pasillo, deja el carro a un lado y se acerca con los brazos abiertos para ofrecerme un abrazo. Supongo que es normal abrazar a alguien que ha perdido a su madre. Me envuelve con fuerza contra su pecho, y no puedo evitar notar que huele bien. Es un perfume amaderado, con un toque de cuero y algo más. ¿Serrín? Tiene sentido en una ferretería.

—¿Qué dices? ¿Almorzamos? —insiste. Parte de mí quiere decir que no, pero otra parte está feliz de verlo—. Vamos. —Me presiona el hombro y señala mi carrito—. Me lastimarás el ego si dices que usar eso es más interesante que mi invitación.

Al diablo. Sonrío. Sería estupendo pasar tiempo con alguien que me conoció antes, cuando aún era yo. Además, ¿cuándo fue la última vez que hablé con alguien que no estuviera en mi lista de sospechosos?

—Claro.

***

Solo hay dos sitios donde sentarse a comer en el pueblo. Por suerte, Lucas elige el restaurante y no el bar. Nos sentamos en un reservado

y, sin darme cuenta, me coloco con la espalda contra la pared y mirando hacia la puerta, como si Noah fuera a aparecer. Creo que debería cambiar de auto de alquiler para no ser tan fácil de ubicar. Claro que eso no solucionaría el problema por completo, porque él sabe dónde me quedo. Y no parece querer hacerme daño, solo... jugar conmigo.

Lucas habla sobre su trabajo: nunca pensó que trabajaría en medicina, pero le resulta gratificante.

—No siempre termina bien, claro... —me ofrece una sonrisa sin humor, una clara referencia a mi madre—, pero ayudo a muchas personas y me gusta hacerlo. Incluso cuando no podemos salvar a todo el mundo, al menos puedo dar un poco de bienestar. Tu madre tuvo muchas visitas, pero no todos las tienen.

—¿Tuvo muchas visitas? —pregunto, agradecida por la ansiada cafeína.

—Sí. Ah, y quería disculparme otra vez por haberte llamado de repente cuando murió y no antes. Estuvo peor las últimas noches y me ofrecí a llamarte, pero no me lo permitió. Tengo que respetar los deseos de los pacientes, pero... —Suspira—. Debería haberte llamado igualmente. Lamento no haberlo hecho. Quería ir al funeral, darte el pésame y decírtelo en persona, pero tenía que trabajar.

Sigo pensando en las visitas.

—Está bien, estabas trabajando. —Sigo bebiendo el café e intento parecer despreocupada—. ¿Quién visitó a mi madre?

—Algunas de sus amigas de la iglesia. Me ofrecí a llamar a quien quisiera, pero solo mencionó a dos personas: el padre Preston y Noah Sawyer.

—¿Noah Sawyer? —Me quedo rígida con el café a mitad de camino—. ¿Por qué?

—No tengo ni idea. —Lucas extiende un brazo sobre el respaldo del reservado—. La primera vez que fue, ella estaba dormida, así que volvió la noche antes de que se fuera.

Se hace silencio entre los dos.

—¿Hablaron?

—No estoy seguro. Me fui poco después de que él llegara, porque había terminado mi turno. Por una vez, no tenía que quedarme más tiempo.

Hablamos un poco más mientras él termina de comer y yo me tomo un café. Es buena compañía, o lo sería si pudiera dejar de pensar en que Noah visitó a mi madre en el hospital. Es un pueblo pequeño e iban a la misma iglesia, pero es raro. A menos que mi madre supiera que nos estábamos viendo y quisiera reprenderlo. Pero no lo creo. *¿Por qué demonios él evitaría mencionarlo si no estuviera ocultando algo?*

Cuando llega la cuenta, Lucas paga antes de que pueda objetar, así que busco efectivo, pero él me detiene.

—Yo invito, Elizabeth. Si tengo el placer de contar con tu compañía otra vez, puedes pagar tú si quieres, ¿está bien?

Dudo, pero que Lucas pague se siente diferente a cuando lo hicieron Sam u otros hombres con los que salí.

—De acuerdo, gracias.

Salimos juntos bajo una llovizna que tornó el día gris y neblinoso, y Lucas se pone la capucha de la sudadera.

—Casi lo olvido, quería preguntarte si habías recogido las cosas de tu madre del hospital. Hay gente que no se molesta porque es una

cosa más de la que encargarse. Pero tu madre tenía un rosario que parecía importante para ella.

—No había pensado en eso.

—El hospital debió llamarte —dice con el ceño fruncido—. Pero están cortos de personal, así que a veces las enfermeras se olvidan. Todo debería seguir ahí.

—Gracias. —Nos abrazamos de nuevo para despedirnos.

—Espero volver a verte antes de que te vayas.

—Me encantaría —respondo casi con total sinceridad.

—Te escribiré.

—De acuerdo.

—Conduce con cuidado, las calles internas todavía se vuelven resbaladizas cuando comienza a llover, sobre todo en la zona donde vivía tu madre.

—Lo haré —respondo, aunque sé que no habrá problema, porque no pienso ir a casa de mi madre.

CAPÍTULO 37

—Hola, ¿podría decirme dónde puedo encontrar las pertenencias de un paciente que ha fallecido?

La voluntaria de uniforme rosa se inclina sobre el escritorio y señala el pasillo.

—En la oficina administrativa de Admisiones podrán ayudarla. Gire a la derecha después de los ascensores. Están haciendo trabajos de pintura por la noche, así que los suelos están cubiertos con papel de manila, pero no se equivoca de lugar.

—Gracias.

Voy en esa dirección, pero, al llegar a los ascensores, se abre una puerta y tomo una decisión en el último momento. Subo al ascensor y pulso un botón. Es una locura pensar que apenas ha pasado un mes desde mi primera visita a Urgencias, cuando descubrí lo mal que estaba mi madre. Siento como si hubiera pasado más de un año, porque las últimas semanas me han pasado factura. Bajo del ascensor en el cuarto piso y me dirijo al puesto de enfermería.

—Hola, mi madre estuvo ingresada aquí en la UCI. Theresa Davis. Falleció la semana pasada y ahora he pensado en retirar sus pertenencias. ¿Están aquí?

—Lamento mucho su pérdida —dice la enfermera con una sonrisa triste—. Theresa fue más que una paciente para mí. Ambas formamos parte de Saint Matthew. Era una mujer encantadora.

—Se lo agradezco mucho. —Leo el gafete de la enfermera y pongo la mejor expresión de hija devota posible. No me resulta nada natural—. Ah, ¡Margaret! Mi madre me habló de usted. Estaba muy nerviosa cuando la ingresaron, pero dijo que usted le transmitía tranquilidad. —Niego con la cabeza y me miro los pies—. Me dolió no poder estar con ella en sus últimos días. Soy profesora en una universidad de Nueva York y, después de su última internación, volví al trabajo pensando que... Supongo que subestimé su situación.

—No estuvo sola. —La mujer me toma la mano—. Yo estuve a su lado. Espero que eso le traiga algo de paz.

La paz es lo que menos siento estos días, pero su comentario es el pie ideal.

—Gracias. Me consuela saber que estaba rodeada de buenas personas. Noah Sawyer, por ejemplo, que la visitó algunas veces.

—Estuve aquí cuando vino —afirma—. Un joven encantador, de una familia maravillosa.

Es difícil mantener la compostura después de ese comentario, pero logro sonreír.

—Sí. Tengo un amigo médico que estaba de guardia la primera vez que Noah vino de visita. Por desgracia, mi madre estaba dormida. Pero creo que pudieron hablar a la mañana siguiente.

—Seguro que eso la hizo feliz.

—¿Lo vio cuando visitó a mi madre?

—Sí, estaba aquí.

—¿Y ella estaba despierta?

La enfermera vuelve a asentir.

—De hecho, es común que los pacientes graves tengan una descarga de energía y estén más alerta en las horas previas a la muerte.

—¿Así que mi madre habló con Noah?

—Eso creo. Trabajo de siete a siete y recuerdo que llegó cerca del final de mi turno. Theresa estaba despierta cuando le sirvieron el desayuno. Comió un poco esa mañana.

—¿Por casualidad escuchó de qué hablaron?

La enfermera conversadora hace una pausa. Debo de parecer demasiado ansiosa por escuchar la respuesta, porque la mujer se queda callada y me ofrece una sonrisa, aunque ahora es una sonrisa forzada.

—Lo siento, no lo escuché. —Luego señala los ascensores—. Las pertenencias de su madre deben de haber sido llevadas a la oficina administrativa. Guardan las cosas hasta que las familias vienen a recogerlas. Está en el primer piso.

—De acuerdo.

La enfermera abraza una carpeta contra su pecho y espera; una señal sutil de que nuestra conversación ha terminado. Entonces, la saludo con la mano, sin ánimos, y me dirijo a recoger las pertenencias de mi madre: más cosas de las que encargarme, que se sumarán a las cajas de donación o a la basura.

En la oficina del primer piso, el empleado me entrega una bolsa transparente y me hace firmar el recibo. Nunca estuve en prisión, pero al salir del hospital me siento como alguien que acaba de ser liberado con todas sus pertenencias terrenales.

Al llegar al auto, tiro la bolsa en el asiento del acompañante, pero el bolso de mi madre llama mi atención, así que lo saco. En su interior hay tres inhaladores diferentes, un rosario y un paquete de Marlboro. *Qué buena combinación, mamá*. También hay pañuelos arrugados, algunos billetes y monedas y tabaco suelto en el fondo. Lo único importante es la cartera. Hay once dólares, varias tarjetas de crédito que seguramente están sobregiradas o canceladas por falta de pago y su licencia de conducir de Luisiana. No estoy segura de lo que buscaba, pero, si era algo, no está aquí, así que vuelvo a meter todo en la cartera. Mientras lo hago, veo que tiene un compartimento interior y, al revisarlo, encuentro una tarjeta de visita. Mi corazón da un vuelco cuando la leo.

NOAH SAWYER
Columnista
Louisiana Post

En la esquina inferior izquierda hay una dirección de un pueblo cercano. En el lado derecho hay un número de teléfono y una dirección de correo electrónico. Trazo las palabras con los dedos. ¿Qué demonios había entre esos dos? ¿Qué razones pudo tener para llamarlo y pedirle que viniera al hospital mientras agonizaba? Ni siquiera me llamó a mí, su única hija. Sin embargo, Noah la visitó dos veces, que yo sepa, y ella tenía su tarjeta.

Mi mente es un caos, pero hace demasiado calor dentro del coche y el verano de Luisiana me obliga a encender el motor. Podría ir a casa a buscar más pistas de una persona muerta o podría seguir mirando la tarjeta que tengo en la mano y que me hace morderme

el labio inferior. También podría averiguar más sobre Noah Sawyer de primera mano. Al parecer, hay muchas cosas que no me contó.

***

Me ruge el estómago. Tendría que haber pedido algo más que café para almorzar con Lucas, pero últimamente no tengo apetito. Además, creía que volvería a casa pronto. ¿Quién habría dicho que mi salida de compras de una hora se convertiría en un almuerzo con Lucas, una visita al hospital y una incursión de tres horas en las oficinas del *Louisiana Post*? ¿Y quién habría pensado que encontraría tanta gente aquí un sábado por la tarde? Pero supongo que las noticias nunca se detienen.

Revuelvo mi bolso en busca de una barra de proteínas. Suelo llevar una, pero es obvio que no la encuentro cuando la necesito. Cuando levanto la vista, jadeo sorprendida: Noah se dirige a su camioneta. Por instinto, me hundo en el asiento todo lo posible sin dejar de mirarlo; lleva las llaves en un dedo, como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. Estacioné a cuatro filas de él y un poste de luz bloquea parte del vehículo, así que no parece notarme mientras sube. He estado sentada aquí durante más de tres horas, dándole vueltas a mil cosas, pero por alguna razón nunca pensé en qué haría cuando por fin saliera. Sin embargo, cuando sale del aparcamiento, lo único que parece lógico es seguirlo.

Mantengo una distancia segura, tanto que casi lo pierdo de vista en más de una ocasión. Noah conduce rápido, treinta kilómetros por encima del límite de velocidad, así que el viaje de cuarenta minutos hasta Minton Parish solo toma treinta. Transcurre sin contratiempos,

casi predecible. Noah gira a la izquierda fuera de la autopista en el segundo semáforo, luego gira a la derecha; los dos vehículos que nos preceden toman direcciones diferentes, por lo que, si lo siguiera, quedaría en evidencia. Me detengo a un lado del camino y dejo que siga solo el resto del viaje. Diez minutos después, imagino que ya debe de haber llegado, así que decido pasar por delante de su casa para asegurarme de que ese fue su destino. Como esperaba, la camioneta roja está en la entrada.

Sigo de largo, con las mejillas llenas de aire por la decepción. *Una tarde desperdiciada*. Podría quedarme por aquí, esperar y ver si va a algún otro sitio esta noche, pero ya no tengo energías, así que sigo conduciendo hasta la casa de mi madre. La tarjeta de presentación de Noah está en el asiento del acompañante, sobre las cosas del hospital. Sin apagar el motor, saco el teléfono y escribo «Noah Sawyer» en el buscador de Google. No tengo ni idea de por qué tardé tanto en hacerlo, pero la búsqueda arroja muchos resultados. Paso por alto los resultados irrelevantes (redes sociales, LinkedIn) y los muchos artículos con estadísticas de béisbol de la secundaria. Al parecer, Noah era lanzador. Al final de la primera página, hago clic en algo interesante: un anuncio de un sitio web en el que se publican los acuerdos editoriales más recientes.

> **Rena Kline, de Umbrella Books, ha adquirido los derechos de *El secreto*, el libro debut del autor Noah Sawyer, en el que un secreto de décadas lleva a un reportero en apuros a darse cuenta de que nunca conoció realmente a su familia.**

Mi corazón late con fuerza. ¿Un secreto familiar? ¿Un reportero que nunca conoció a su familia? ¿Esto es lo que está escribiendo? ¿Mi historia? ¿*Nuestra* historia? ¿Son los capítulos que he estado leyendo? ¿Eso es lo que planea publicar? Me tiembla todo el cuerpo.

Mi teléfono, que todavía sostengo en la mano, vibra y me asusta sobremanera. Pero solo es un mensaje de texto de mi jefa, la directora de mi departamento en la universidad. Necesito la distracción, así que deslizo la pantalla para leerlo.

> **Maryellen:** Hola, Elizabeth. Lamento molestarte en un momento así, pero te envié un correo hace unos días y no he tenido respuesta. Solo quería saber si tienes una idea de cuándo regresarás para poder extender la suplencia. No hay prisa. Tómate el tiempo que necesites. Cuando tengas oportunidad, te agradecería que me notificaras y pusieras en copia a Recursos Humanos. Espero que estés bien.

Cielos. No es propio de mí evadir mis responsabilidades, pero estuve tan metida en el desastre de aquí que no revisé mi correo del trabajo desde antes de salir de Nueva York. Solo le envié un mensaje a Maryellen para decirle que mi madre había muerto, que necesitaba tiempo y que le avisaría cuando supiera algo más. Pero nunca lo hice.

Abro mi correo laboral de inmediato para hacer lo que Maryellen me pidió. Pero antes reviso la docena de mensajes nuevos, y me quedo helada al llegar al último.

Hannah Greer.

Y hay un archivo adjunto.

CAPÍTULO 38

Me quedo mirando el correo durante mucho tiempo; lo suficiente para que la pantalla se oscurezca y tenga que deslizarla para que el ordenador vuelva a reconocer mi rostro y me permita releer el mensaje. Está fechado hace casi una semana, el día antes de la muerte de mi madre, y ha estado aquí, esperándome, todo este tiempo. Olvido la petición de mi jefa y abro el archivo adjunto, con el zumbido del aire acondicionado de fondo.

Respiro profundamente cuando se abre el archivo; tendría que haberme tomado uno o dos whiskies para darme valor. Podría entrar en la casa a servirme algo, pero mi corazón late con fuerza, la anticipación es demasiado intensa y no puedo hacer nada más que quedarme sentada en el asiento del conductor.

Es otro capítulo. Por supuesto que lo es. Lo sabía.

Me lo imagino en su casa, sentado en la cama con las gafas puestas, sonriendo con suficiencia mientras pulsa «enviar» desde una dirección de correo falsa. Exhalo y empiezo a leer.

***

Novela de Hannah – Capítulo 6

Esta vez, Jocelyn no dudó antes de conducir hasta el aparcamiento, dejar el coche y dirigirse a la recepción del motel. Pagó en efectivo, dio un nombre falso y se dirigió a la habitación a esperar. El señor Sawyer tardaría un tiempo en llegar; ese era su método para mantenerse a salvo y para que nadie notara lo que estaban haciendo. No quería darle motivos para dejar de verse, ya que vivía para pasar esas noches con él, la única persona que la veía y se tomaba el tiempo para ayudarla.

Mientras esperaba, recorrió la habitación, abrió cajones y revisó estantes. A veces encontraba cosas que habían dejado otras personas, las que usaban la habitación las noches en que ellos no la ocupaban. Una vez encontró un paquete de chicle, pero no pensaba comer las sobras de un desconocido. En esta ocasión, encontró una Biblia, nueva y recién colocada allí. El lomo ni siquiera estaba marcado todavía. Recorrió con los dedos la tapa de tela, pero no se atrevió a abrirla. Había ido a la iglesia, conocía las Sagradas Escrituras y no sentía la necesidad de leer más sobre Jesús o Dios, y mucho menos en las noches que pasaba en el motel.

Detrás de ella, la puerta crujió. Se dio la vuelta rápidamente y se acercó. Debía de ser el señor Sawyer y necesitaba que lo dejara entrar. Jocelyn solía dejar la puerta sin seguro, pero tal vez ese día se le había olvidado. Tal vez...

Abrió la puerta de golpe, pero no había nadie. Asomó la cabeza y miró a izquierda y derecha, pero solo había aire húmedo y un estacionamiento agrietado. Ni siquiera vio otro coche, además del que pertenecía al tipo de la recepción. Qué raro. Juraba que alguien había intentado abrir la puerta o, al menos, la había movido.

Soltó un suspiro, cerró la puerta para que no la vieran y volvió adentro a esperar. Veinte minutos después, el hombre al

que había estado esperando entró por fin por esa puerta.

—Se me hizo tarde —murmuró el señor Sawyer, pero no hubo una disculpa—. De rodillas. —Señaló el lugar donde siempre le pedía que se arrodillara, y ella se apresuró a obedecer—. No tengo mucho tiempo esta noche. Tengo que llegar a casa para... —El resto de sus palabras fueron un murmullo que Jocelyn no alcanzó a entender, pero sabía que no debía hablar si no le habían hecho una pregunta directa.

Estuvo un rato de rodillas antes de que él se acercara, le acariciara la nuca y le enredara los dedos en el pelo. El resto de la noche transcurrió como siempre: él daba instrucciones y ella obedecía. Se desnudaron, tuvieron sexo con ella de rodillas, mirando a la pared y no a él, pero fue más rápido de lo habitual. El señor Sawyer fue brusco con ella.

—Vístete rápido —le dijo al terminar.

Jocelyn intentó darse prisa, pero uno de sus calcetines estaba retorcido y no podía subírselo. Cuando se agachó para arreglarlo, él apareció sobre ella y la empujó.

—Dije que te vistieras rápido.

Pero su tono solo consiguió que Jocelyn se pusiera más nerviosa. Un momento estaba de pie, arreglándose un calcetín, y al siguiente estaba en el suelo, parpadeando, confundida.

—Mierda —dijo el señor Sawyer.

—¿Qué pasó? —Se tocó la cabeza. Le dolía la línea del cabello y la frente, y notaba que estaba caliente y mojada.

—Te has golpeado la cabeza. ¿Por qué eres tan torpe? Déjame ver. —El señor Sawyer se agachó frente a ella con el ceño fruncido para revisarla bajo la tenue luz del motel.

Jocelyn estaba confundida; no recordaba haberse golpeado ni lo que había pasado con certeza. Sin embargo, al mirar a su alrededor, supo que se había golpeado con la punta de la mesilla de noche. Se había caído y, en el proceso, se había dado un golpe en la cabeza. Cuando apartó los dedos de la frente, vio que estaban cubiertos de sangre.

—Necesitas puntos de sutura.

Jocelyn se quedó boquiabierta. Era un problema, ¿no? No podía pagar una consulta médica, mucho menos puntos de sutura, y su madre tampoco. Además, en el hospital le preguntarían qué le había pasado, y no podía decir la verdad. Pero tampoco podía imaginarse mintiéndole a un médico.

—Vamos —ordenó el señor Sawyer—. Hay una clínica en el pueblo de al lado. Nadie te reconocerá ahí.

Era como si escuchara sus preocupaciones. Después de ayudarla a vestirse, recogió sus cosas y guardó las llaves y la cartera en el bolsillo.

Jocelyn lo miraba perpleja y desconcertada. Estaba a punto de decir algo —no recordaba qué— cuando notó algo de reojo: había movimiento en la ventana. Había un rostro, unos ojos espiando...

Apoyada en la cómoda para estabilizarse, dio dos pasos para abrir más las cortinas. Pero no había nadie. Otra vez.

—¿Qué haces? —preguntó el señor Sawyer.

—Creí ver a alguien.

—Te has golpeado la cabeza. Seguro imaginas cosas.

Jocelyn asintió sin responder, pues siempre le daba la razón. Eso era lo que él esperaba, su forma de enseñarle disciplina, pero ella estaba segura de que alguien la había estado espiando.

Al salir, se dirigió hacia el coche de su madre.

—No puedes conducir así —exclamó el señor Sawyer—. Sube a mi auto. Recuéstate en el asiento trasero para que nadie te vea.

Pero Jocelyn no podía evitar preguntarse si alguien los habría visto ya.

***

La clínica era limpia y silenciosa, y mucho mejor que la última vez que fue al médico de su seguro de salud estatal. La enfermera le tomó el pulso, le midió la presión y la

temperatura, y luego le entregó un recipiente para una muestra de orina.

—¿Estás sola? —le preguntó mientras tomaba notas.

—Mi... —Estuvo a punto de decir «novio», pero no lo era; en cierto modo, era más que eso—. Mi padre me ha traído —respondió —. Tenía que trabajar. —Se sintió orgullosa de la mentira rápida, que funcionaba en caso de que alguien hubiera visto al señor Sawyer dejarla en la puerta.

—Entiendo. —La enfermera la miró otra vez y asintió—. Muy bien, el médico te verá enseguida.

Jocelyn esperó sobre la camilla, meciendo las piernas y presionando el papel que había debajo de ella. Mareada, aferró los costados con las manos, sintió cómo se arrugaba y luego se relajó.

Él la había empujado.

Ya lo recordaba. Se había estado dando prisa, como él le había pedido, pero él la había empujado. Sin embargo, apretó los labios e intentó no pensar demasiado en lo que eso implicaba. Le había permitido hacer muchas cosas que le causaban dolor, pero solía ser un dolor bueno. Eso había sido distinto, y necesitaba puntos de sutura.

Sabía que lo que el señor Sawyer le había hecho estaba mal y que probablemente no debería volver a encontrarse con él en el motel. Su cuerpo también lo sabía: le sudaban las manos y tenía la garganta cerrada, como si estuviera inflamada por dentro. Le había ocurrido lo mismo cuando había hecho cosas con él que la habían hecho sentir intranquila. Sin embargo, volvió a verlo. Pero esta vez sería más fuerte.

Por un momento, pensó en su madre y en lo que le diría. Podía decirle que se había caído, que técnicamente era verdad. De hecho, su madre tal vez ni siquiera notaría que tenía puntos en la cabeza.

—¿Jocelyn? —preguntó una mujer desde la puerta. Era alta, joven y vestía una bata blanca—. Soy la doctora Nye. Entiendo que tienes una herida que necesita atención.

—Sí.

La doctora fue rápida y eficiente. Lo más doloroso fue cuando le inyectó lidocaína para anestesiar la zona; después solo notó una ligera presión.

—La anestesia pasará, pero puedes tomar Tylenol o ibuprofeno si sientes dolor. Te dejará una cicatriz, pero como está en la línea del cabello no se notará a menos que la busques —informó la doctora Nye. Luego se sacó los guantes y los arrojó a la basura—. ¿Puedes esperar unos minutos?

Jocelyn asintió y la médica se fue. Cuando se quedó sola, se levantó para mirarse en el espejo que había detrás del lavabo: tenía un vendaje de gasa sobre las puntadas que sería difícil de ocultar, incluso de su madre. ¿Y por qué demonios le sudaban las manos? Abrió el grifo para lavarlas con agua fría y luego las secó con toallas de papel.

—¿Jocelyn? —La doctora Nye volvió a la habitación y la invitó a tomar asiento—. Hicimos un análisis de orina cuando te ingresamos. Es un procedimiento de rutina.

—De acuerdo.

—En el caso de las pacientes mujeres, incluye una prueba de embarazo.

Jocelyn ladeó la cabeza, esperando recibir más información; tal vez la doctora le enumeraría todas las pruebas que le habían realizado.

—Jocelyn, tu prueba de embarazo ha dado positivo.

CAPÍTULO 39

Estaba embarazada.

No puedo creer no haberlo recordado antes de leer anoche ese último capítulo.

Pero, después de hacerlo, los recuerdos volvieron de golpe. A las cinco de la mañana, como no podía dormir, preparé una jarra de café. La cafeína no ayudó, pero es que, claro, me tomé cuatro tazas, así que lo único que conseguí fue que mi corazón se acelerara y mi cabeza diera tantas vueltas que tuve que sentarme para no caerme.

Estaba embarazada.

Embarazada.

Esperaba a su hijo.

La idea me revuelve el estómago y el café amenaza con salir.

Ya he asimilado el hecho de que Jocelyn y yo somos la misma persona, pero esto nunca lo aceptaré. Es imposible.

Anoche, cada vez que cerraba los ojos, me invadían los recuerdos. Uno en particular era tan vívido que bloqueé la puerta de la habitación con la cómoda.

Sucedió una semana después de la visita a la clínica. Fui al motel para encontrarme con el señor Sawyer a la hora habitual. Estaba

ansiosa por contarle que estaba embarazada, pero también temía su reacción, ya que él estaba casado y tenía un hijo. No creía que quisiera tener un bebé conmigo. Sin embargo, me sorprendió al decirme que estaba feliz, que escaparíamos juntos y formaríamos una familia, que ya no nos esconderíamos. Dijo que iríamos a Galveston, un pequeño pueblo costero de Texas con brisa veraniega y sin el calor sofocante de Luisiana.

Era un sueño hecho realidad. Esa noche fue muy cariñoso, cálido y atento. Hicimos el amor por primera vez. Ya habíamos mantenido relaciones antes, pero era sexo sucio, en el que él me llamaba «zorra» mientras me penetraba por detrás. Eso era lo que le gustaba y lo llevaba al clímax. Pero esa noche fue diferente. Estuve encima, me miró a los ojos, me dijo que era hermosa y que nuestro hijo sería adorable. Fue un cambio demasiado drástico; debí saber que era demasiado bueno para ser verdad. Pero las mentiras más peligrosas son aquellas que una persona inocente *quiere* que sean ciertas.

Esa noche salimos juntos de la habitación, algo que tampoco habíamos hecho antes. Recuerdo que sonreí al pensar que ese era el principio de una nueva vida, lejos de Minton Parish y de mi madre alcohólica. Pero entonces lo sentí: una mano me empujó con fuerza desde atrás y todos mis sueños y esperanzas se desplomaron conmigo por los dieciséis escalones hasta llegar **al estacionamiento**.

Recuerdo estar tendida en el asfalto y que él me pateara para que me levantara.

Sentía dolor en el brazo, la cabeza y la barbilla, que estaba ensangrentada.

A pesar de las lágrimas que me nublaban la vista, logré conducir el auto de mi madre de vuelta a casa. A la mañana siguiente, desperté sobre sábanas ensangrentadas con unos calambres tan fuertes que me doblaban de dolor. Mi madre no había vuelto a dormir la noche anterior y no quería explicarle lo ocurrido a nadie, así que volví sola a la clínica del pueblo de al lado. Había sufrido un aborto. Tenía una contusión y el cúbito fracturado, pero el mayor dolor era el de la traición. Ese día comenzó el final, aunque entonces no lo sabía, porque, como la mayoría de las víctimas de abuso, volví por más. Acepté las flores, las disculpas y la promesa de que no volvería a ocurrir. Le creí cuando me dijo que cambiaría.

Vuelvo al presente y me doy cuenta de que me estoy aferrando el estómago. Me duele. Tengo cólicos. Debe de ser por la regla. O tal vez la frontera entre la realidad y la ilusión se ha difuminado tanto que estoy sintiendo el dolor del pasado. Ya no estoy segura de nada.

Me arrastro hasta el baño, abro la ducha y dejo que el agua caliente caiga sobre mis tensos hombros con los ojos cerrados. Mi mente divaga, pero no se aleja demasiado. Ahora me pregunto cómo es posible que alguien supiera de mi embarazo si nunca se lo conté a nadie. Ni siquiera se lo dije a Ivy o a mi madre. Tenía demasiada vergüenza como para admitir la verdad. Hasta el día de hoy miento en mis revisiones ginecológicas y pongo un cero en la casilla donde pregunta cuántos embarazos he tenido. La única persona que lo sabía era él. Bueno, también las personas de la clínica, pero estaba a treinta kilómetros del pueblo y han pasado veinte años. Tiene que ser Noah; todos los caminos conducen a él. Tal vez su padre llevaba un diario en el que escribió toda la mierda que hizo conmigo. Es lo único que tiene sentido.

Me seco, me visto y decido que necesito aire fresco. No hay comida en casa y no recuerdo cuándo comí por última vez, así que conduzco hasta la pastelería, pido un rollo de manteca y un zumo de naranja. Unos minutos después, la mujer del mostrador me llama.

—¿Señora?

Parpadeo, confundida, porque me mira de forma curiosa, así que tal vez no es la primera vez que intenta llamar mi atención.

—Disculpe, ¿sí?

—Dije que son seis dólares, por favor.

—Claro.

Pago mi pedido y espero a que la mujer me dé la bolsa blanca. Luego me subo al auto y me esfuerzo por beber la mitad del zumo y comer unos bocados del rollo. Cuando estoy a punto de encender el motor y decidir a dónde ir, levanto la vista y veo una camioneta roja. Es Noah. Al menos creo que es él; mucha gente tiene camionetas, sobre todo en el sur. Está estacionada una calle más adelante, en la gasolinera Shell, junto a la bomba de gasolina. Contemplo la escena conteniendo la respiración y esperando. Como imaginaba, treinta segundos después Noah aparece, vuelve a subir a su camioneta y comienza a alejarse. Me apresuro a seguirlo.

¿Es una coincidencia que él esté aquí, en el mismo lugar que yo? Solo hay una gasolinera en el pueblo y es la hora a la que la mayoría de la gente sale a trabajar, pero con los Sawyer nada es lo que parece. En cualquier caso, lo sigo. O quizá él me está guiando. Ya no lo sé. Espero hasta que haya dos vehículos entre nosotros y a que él ya esté a medio kilómetro antes de incorporarme al tráfico. La ruta que toma me resulta familiar; es la misma que tomé ayer. Noah debe de estar yendo a su oficina.

Mantengo la vista fija al frente mientras conduzco. Puedo ver la parte trasera de su cabeza a través del parabrisas y sigo haciéndome la misma pregunta una y otra vez: ¿cómo lo sabe? ¿Cómo *demonios* lo sabe?

Las salidas en esta parte del estado están separadas por kilómetros. Estoy a punto de pasar la salida anterior a la suya cuando tomo la decisión impulsiva de salir de la autopista. Cruzo dos carriles, ignoro la bocina del vehículo que viene detrás de mí y doy un volantazo para tomar la rampa de salida. Veo la camioneta roja por última vez antes de perderla de vista. Fuera de la autopista, me detengo en un semáforo en rojo en una intersección de cuatro vías, con el corazón acelerado y un plan formándose.

La siguiente salida está a por lo menos veinte kilómetros. Noah no podrá desviarse hasta entonces, e incluso si diera la vuelta inmediatamente después de salir de la autopista, estaría a cuarenta kilómetros de distancia. Eso son veinte minutos como mínimo, incluso a la velocidad a la que conduce, y lo más probable es que no dé la vuelta en cuanto salga. Va al trabajo, y seguro que se quedará un rato.

El semáforo se pone en verde, giro a la izquierda, luego otra vez a la izquierda, piso el acelerador y me incorporo de nuevo a la autopista, ahora en dirección contraria.

Necesito descubrir qué más sabe.

Necesito adelantarme y averiguar qué tiene planeado para mí.

CAPÍTULO 40

El cerrojo de la puerta de entrada está roto; Noah me lo dijo hace unos días. Si tengo suerte, no lo habrá arreglado. Dadas las circunstancias, diría que no tengo suerte, pero tal vez el universo me debe una.

Me detengo en la entrada y miro en el espejo retrovisor por si ha logrado alcanzarme, pero la calle está vacía. Bien. Debe de seguir atascado en la autopista. Bajo del auto, cierro la puerta de un golpe y camino hacia la casa.

Giro la manija de la puerta y no se abre. *Maldito infeliz*. La ha arreglado. O tal vez nunca estuvo rota. Miro la puerta un buen rato, preguntándome si él sabía que caería en sus planes, que lo seguiría a casa y entraría por esa misma puerta. Intentó jugar conmigo mientras nos acostábamos. Con un rígido suspiro de rabia, le doy una patada a la puerta. A la mierda con él también, descubriré lo que sabe de un modo u otro.

Me doy la vuelta para escanear la fachada de la casa en busca de un lugar donde pueda haber escondido una llave. Eso hacen las personas que viven en casas, ¿no? Sobre todo si viven solas, sin pareja que las rescate si se quedan fuera. Busco debajo de un

macetero lleno de maleza, muevo varias piedras e incluso me extiendo y palpo el marco de la puerta. No hay nada. Como si Noah supiera que nunca se quedará fuera. O es muy bueno escondiendo cosas, lo cual es totalmente cierto. Me ha ocultado muchas.

Vuelvo a mirar hacia la calle. Tengo que darme prisa porque, si me vio en la autopista, dio la vuelta al sospechar que vendría aquí y llegará pronto. Rodeo la casa por encima de materiales de construcción —un caballete, tejas sobre un palé, pilas de ladrillos— hasta el patio trasero. El césped del jardín no está recortado como el de la parte delantera, así que tengo que abrirme paso entre las altas hierbas hasta la puerta trasera. Se abre con facilidad y me invade la satisfacción. Después de cerrarla detrás de mí, miro alrededor en busca de pistas, como si fueran a estar a la vista, pero es una tontería. Tendré que revisar lugares a los que no prestaría atención si estuviera deambulando por la casa. Lo más obvio para empezar es la habitación, así que subo dos peldaños a la vez. Una vez allí, me arrodillo para mirar debajo de la cama, pero no hay nada. El suelo está limpio y despejado, sin una mota de polvo.

Sigo con el vestidor, que está abierto, y miro alrededor, pero no veo cajas ni latas escondidas en los estantes superiores, ni siquiera un libro para ojear. Miro sus camisas, colgadas por colores, y aprieto los dientes. Se parece a mi armario; sabiendo lo que hizo, lo que *me está haciendo*, eso me fastidia. Aquí solo hay ropa, calcetines emparejados y ropa interior doblada. ¿Es un sociópata?

Podría serlo.

Eso hace que me pregunte cuál es su objetivo final. ¿Castigarme? ¿Lastimarme?

Me detengo en el último mueble de la habitación: una mesa de noche ancha con varios cajones, tan grande que casi parece un tocador. Me arrodillo frente a ella y comienzo a revisar el amontonamiento de la superficie: gotas para los ojos, monedas, una vela, las gafas que usaba la otra noche, lo que parece un seguro de propietario, algunos libros y, finalmente, su ordenador.

Es lo primero que tomo. Lo apoyo sobre la cama y abro la pantalla, rezando para que no tenga contraseña. Veo a estudiantes con ordenadores sin contraseña todo el tiempo, como si fueran los idiotas más crédulos del mundo. Pero, en cuanto lo toco, me solicita un código. Suspiro y vuelvo a la mesilla de noche. Los libros son sobre escritura y estructura narrativa, pero los reviso de todas formas. Solo encuentro notas marginales y algunos trozos de papel que sirven de marcadores.

El primer cajón se abre con facilidad, pero solo hay pañuelos, un frasco de melatonina, condones y un cargador de móvil. El segundo está vacío. Espero que el tercero también lo esté, pero encuentro una caja. Es una caja de regalo pequeña y anticuada, amarilla y púrpura. Parece algo que podría haber pertenecido más a su madre que a él. La saco del cajón, abro la tapa y me quedo helada.

Está llena de fotografías.

Polaroids, para ser precisa.

Se me revuelve el estómago al recordar otra cosa. El cabello del señor Sawyer ondeando en el viento, una cámara aparatosa en las manos, una sonrisa en el rostro cuando la levantó para tomar una foto de Jocelyn… De mí. Cuando parpadeo, la imagen se desvanece y no estoy segura de si fue real o fruto de mi imaginación. Vacío la caja con manos temblorosas.

Las primeras fotografías son de mujeres que no reconozco. Creo que «mujeres» es demasiado; son niñas, no mayores de lo que yo era. Todas tienen una fecha escrita debajo y son anteriores a mi llegada a la secundaria. Trago bilis y sigo pasando hasta llegar a una chica en bikini que me resulta familiar: puro brazos y piernas.

Jocelyn. *Yo*. En una playa local.

El recuerdo anterior resurge con más fuerza. Ese día fue amable, me preguntó si quería hacer algo diferente. Quedamos en un aparcamiento del pueblo de al lado y pude subir a su auto, al asiento delantero. Él puso su mano grande y fuerte sobre mi muslo desnudo y viajamos con las ventanas bajadas. Me sentí feliz, como si fuera su novia de verdad, como si estuviéramos juntos y tuviéramos futuro.

Al llegar a la playa, extendió dos toallas sobre la arena y nos sentamos allí durante mucho tiempo. Me ofreció sandía, sacó un libro de poemas muy usado y me leyó algunos. Me relajé sobre la arena y sentí que las cosas habían cambiado, que serían diferentes desde entonces. Más tarde, me quité la ropa y me quedé en bikini. Él observó mi cuerpo antes de preguntarme si podía tomarme una foto.

—Tengo que tener un recuerdo de una chica hermosa en un día hermoso —dijo.

Me sonrojé, encantada de que me creyera hermosa. Por supuesto que podía tomarme una foto. De hecho, hice varias poses, tendida boca abajo y mirándolo de forma que creía seductora por encima del hombro.

Al pasar la foto, ahí estaba: mi trasero, que parecía el de una niña de doce años, asomando del bikini. Estoy a punto de vomitar y perder mi escaso desayuno.

Sigo pasando las fotografías para ver la siguiente. Es otra chica la que posa frente a la habitación de un motel, la 212. La fecha también es anterior a la mía. Cinco años, para ser exacta.

—¿A cuántas chicas les has hecho esto? —murmuro. De repente, noto que mis manos y las fotografías están mojadas; estoy llorando, y lágrimas gruesas recorren mis mejillas. ¿Cómo se atreve a hacerme esto a mí? ¿Cómo se atreve a hacerles esto a todas ellas? ¿Están todas en algún lugar del mundo sufriendo lo mismo que yo? La idea me enfurece, me hace querer tomarlo del cuello y apretar con fuerza.

Me quedo paralizada al llegar a otra fotografía de alguien que conozco: Ivy.

Dejo caer esa fotografía junto con todas las demás sobre la alfombra. Pero es un error, porque ahora media docena de chicas inocentes me miran desde el suelo con la misma confianza que depositaron en él. Es abrumador y me hace dar un paso atrás, conteniendo los sollozos. Un solo hombre ha sido capaz de hacer daño a tantas chicas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —grita una voz estruendosa detrás de mí; una que, en este momento, creo que pertenece al señor Sawyer. Me doy la vuelta, presa del pánico.

Pero no es él, sino su hijo, Noah.

CAPÍTULO 41

Me tiembla todo el cuerpo, pero no de miedo, sino de rabia, una ira ardiente que me recorre las venas.

—¿¡Qué demonios te pasa!? —grito. Cierro el puño en torno a las fotos que me quedan en las manos—. ¿Te tocas con esto? ¿Pensando en las mujeres que por fin superaron lo que él les hizo? —Mis ojos se dilatan con un pensamiento terrible—. Santo Dios, ¿nos estás haciendo esto a todas? ¿A todas las chicas de las fotos?

Noah baja la vista hacia las fotografías desperdigadas por la alfombra. Su expresión cambia: la rabia se convierte en otra cosa, en algo así como indecisión, casi confusión. Abre la boca, pero no dice nada, solo mira las fotografías y mi rostro.

—¿De qué estás hablando?

—¡No me jodas! Ya no me creo la actuación del chico inocente. —Señalo las imágenes esparcidas por el suelo y agito las que todavía tengo en la mano—. Él merecía morir. Acechó a niñas desesperadas que necesitaban amor y atención y lo aceptarían de quien fuera. Así que no siento ningún remordimiento. Me alegra que no pueda hacérselo a nadie más.

—No entiendo... —Noah niega con la cabeza.

—¿Cómo supiste del embarazo? ¿Hay un diario por ahí? —Me giro y vacío todo el contenido de la mesilla de noche que ya he revisado. Tras vaciar el primer cajón, paso al siguiente, que también está vacío. Movida por la desesperación, me acerco a la cómoda cercana, la abro y sigo sacando cosas. Cuando ya no queda nada más en los cajones, me giro hacia él.

—¿Dónde está? ¡Tiene que estar en algún sitio!

—¿Qué diario? ¿Qué embarazo? —Está ahí, fingiendo que no tiene ni idea de lo que estoy diciendo.

—Sí que eres bueno —le digo con una risa maniática—. Casi tan creíble como el maldito enfermo de tu padre. Pero ya no soy una niña y ustedes ya han tomado suficiente de mí; ya no me queda nada. —Camino hacia él, choco su hombro al pasar y me siento en el otro lado de la cama. Noah permanece en su sitio mientras vacío la segunda mesilla de noche, como ya hice con la primera. Al terminar, miro alrededor en busca de más escondites.

—¿Dónde está? ¿Dónde demonios está?

—No tengo ningún diario.

—¿Un cuaderno? ¿Un archivo electrónico? ¿Qué has usado para escribir los capítulos que me has estado enviando, *Hannah*?

Noah frunce el ceño.

—Elizabeth, entiendo que estés alterada, pero de verdad que no tengo ni idea de qué estás hablando.

—Buen intento. —Mi mirada se posa en un libro sobre la cómoda, lo que me hace pensar en libros, estantes… ¡La oficina! ¿Por qué no empecé por ahí? Apuesto a que está ahí, así que, sin decir nada, salgo corriendo escaleras abajo.

—¿A dónde vas? —Noah sale corriendo detrás de mí.

En la oficina, comienzo por las estanterías, de donde bajo cada uno de los libros, que están ordenados a la perfección.

—¿Dónde está? ¿Dónde demonios está?

Noah se detiene en la puerta y me observa como si temiera entrar. Muy listo, porque no sé de qué soy capaz en este momento.

—No sé qué está pasando, pero ¿por qué no nos sentamos y hablamos de esto? Es evidente que estás enfadada.

Esto está tardando demasiado, así que vacío el segundo estante empujando todo con un brazo. Luego hago lo mismo con el tercero y el cuarto. La biblioteca ya está vacía, pero no es suficiente, así que tiro de ella para intentar bajarla. Como no se mueve, apoyo un pie en la pared para hacer palanca y jalo con más fuerza.

—Elizabeth, detente —dice Noah, poniéndome una mano en el hombro—. Está amurada.

—¡No me toques! —exclamo, apartándome de un salto—. ¡No te atrevas a tocarme!

—Está bien, está bien. —Levanta las manos en un gesto nervioso.

Me dispongo a vaciar el contenido de otros dos estantes mientras él me mira. La pila de libros que hay en el suelo me llega hasta las rodillas, así que tengo que ir sorteándolos para llegar al otro lado de la habitación, pero tropiezo y caigo sobre ella.

Noah se acerca rápidamente y extiende una mano para ayudarme, pero la rechazo de un golpe. Sin embargo, esta vez no retrocede, sino que me rodea con los brazos mientras yo lanzo patadas y gritos.

—*Shhh* —susurra—. Está bien, déjame ayudar.

—¡No quiero tu ayuda! Suéltame —exijo, pero me abraza más fuerte.

—No te soltaré hasta que te tranquilices.

—¡Te odio!

—Puedes odiarme, no me importa, pero me estás asustando y no quiero que te hagas daño.

—¿Yo te estoy asustando? ¿Es una broma? ¡Tú pusiste mi mundo patas arriba al fingir que eras mi estudiante y enviarme esa basura retorcida que escribiste!

Por un momento, ninguno de los dos habla. Tengo la respiración agitada; estoy hiperventilando.

—Sé que no vas a creerme, pero no tengo ni idea de qué estás hablando. No sé qué crees que te estoy haciendo, pero te has equivocado de hombre.

Intento liberarme, pero es más fuerte y grande que yo. Igual que su maldito padre. Tarde o temprano, se alcanza una tensa calma.

—Suéltame —ordeno entre dientes—. Estoy bien.

Él afloja el agarre, pero no me suelta.

—¿Puedes hablar conmigo? Dime qué está pasando aquí.

Como no respondo, comienza a liberarme poco a poco. Luego da un paso atrás para darme espacio. Las Polaroid abolladas que traje conmigo desde arriba están ahora en el suelo y Noah se agacha para recogerlas. Las estira y observa las imágenes durante un buen rato.

—Eres tú, ¿verdad? —Traga saliva—. ¿Eras una de sus chicas?

Casi resulta creíble, pero no voy a volver a caer en las redes de otro Sawyer.

—Creo que ya podemos dejar de fingir. ¿Por qué no me dices qué quieres de mí, Noah?

—No quiero nada de ti. Solo quería conocerte.

—¿Por qué?

—No sé. —Se encoge de hombros—. Porque me gustas. Porque pareces saber lo que quieres y no temes ir por ello. Eso me resulta refrescante. —Me mira a los ojos—. Juro que no tenía ni idea de que tú... —Deja la frase a medias—. Hace poco descubrí los amoríos de mi padre con sus estudiantes.

—No eran amoríos. Un «amorío» implica a dos adultos capaces de consentir. Yo era una niña y tu padre fue mi abusador. Abusó de mí física y emocionalmente.

Noah se alborota el cabello y suelta una bocanada de aire.

—No tenía ni idea, de verdad. Después de que mi madre murió, decidí reformar la casa y, cuando bajé el techo del baño, encontré las fotografías. Reconocí la letra de mi padre y… Sí, coincidía con su forma de actuar.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, no era un buen hombre. Entre sus pasatiempos se encontraban escribir poesía y pegar a mi madre cuatro noches a la semana. Luego, a mí, cuando cumplí seis años e intenté detenerlo. Es triste decirlo, pero descubrir que tenía una colección de fotos de chicas jóvenes no me sorprendió demasiado. —Frunce el ceño—. Lamento que te haya hecho eso.

Durante un segundo, estuve a punto de creerle, estuve a punto de creer que era una víctima inocente más en este desastre. Pero ya no seré tan crédula.

—¿Dónde está el diario, Noah? Tu padre debió llevar un diario.

—Si lo tenía, no lo he encontrado.

—Entonces, ¿cómo conoces todos los detalles que escribiste en esos capítulos?

—Yo no te envié nada, Elizabeth. Te lo juro.

Miro el escritorio y las estanterías que todavía no he revisado.

—Seguiré buscando.

—Adelante. —Él se encoge de hombros—. Te daré espacio y esperaré en la cocina. Es lo menos que puedo hacer.

Se va y yo termino de revisar su despacho. No bajo los libros de los estantes ni abro los cajones, pero hago una búsqueda exhaustiva: abro todos los libros y ojeo todos los papeles que hay sobre el escritorio. Veinte minutos después, entro en la cocina con las manos vacías. Noah está sentado en la mesa con un vaso y una botella de whisky.

—¿Quieres un trago? —pregunta sin levantar la vista.

—No.

—¿Has encontrado algo interesante?

—Supongo que sabes que no lo hice, o no me hubieras dejado terminar de buscar. Lo tienes en otro sitio.

Él niega con la cabeza.

—¿Hay algo que pueda hacer o decir para que me creas que no tenía ni idea de quién eras cuando me acerqué a ti en el bar esa noche, ni de lo que habías vivido hasta que me lo contaste?

—No lo creo. ¿Qué quería mi madre?

—¿Eh? —Sus cejas se fruncen.

—Fuiste a visitarla al hospital. ¿Por qué?

—Ah. Hizo que una enfermera me llamara. Sentí curiosidad, así que fui. La primera vez estaba dormida, así que volví al día siguiente. Me preguntó cuáles eran mis intenciones contigo, y le dije que no se preocupara, que eran buenas. Después empezó a dormirse, así que la dejé descansar. —Vació su vaso de whisky—. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué?

—Me acusaste de enviarte cosas. ¿Crees que te estuve acosando o algo?

—Sí.

—¿Por qué lo haría? Aunque hubiera sabido lo que te hizo mi padre, ¿por qué demonios iba a querer revivir algo que pasó hace veinte años?

—¿Por venganza?

—¿Venganza por qué?

No respondo de inmediato; espero a que Noah levante la vista y nuestras miradas se encuentren.

—Por asesinar a tu padre.

—¿Tú estrangulaste a mi padre? —pregunta con las cejas elevadas.

—¿Si lo estrangulé? No, lo golpeé en la cabeza con una lámpara por haberme golpeado la noche de mi graduación.

—Entonces no asesinaste a mi padre. Murió asfixiado, no por un golpe en la cabeza.

CAPÍTULO 42

Los días siguientes son una nebulosa.

El señor Sawyer murió asfixiado.

La mañana después de que Noah me atrapara en su casa, noto al despertar que me habían deslizado un sobre por debajo de la puerta. Dentro hay un acta de defunción: la *suya*. Es original, con un sello estatal en relieve. Noah podría haberlo falsificado, claro, la tecnología está muy avanzada hoy en día, pero parece muy real. Incluso el sobre tiene el sello estatal y la dirección del remitente.

Sentada a la mesa de la cocina, saco el papel grueso por millonésima vez en el día y leo la última línea.

Causa de muerte: asfixia por estrangulamiento.

Ivy y yo estábamos demasiado asustadas como para acercarnos a un cadáver, pero el señor Sawyer parecía muerto y había mucha sangre alrededor de su cabeza. Estuvimos mucho tiempo en la habitación, asegurándonos de limpiar todo lo que yo hubiera tocado y de que pareciera un robo. Él no se movió, pero es posible que solo estuviera inconsciente. Aunque, si yo no maté al señor Sawyer,

¿quién lo hizo? Y, si soy inocente, ¿por qué me torturarían con esos capítulos? ¿Quién acosa a una víctima?

Vago por la casa de mi madre día y noche, sobreviviendo a base de vino y café. A veces, desayuno vino y ceno café mientras doy vueltas sin rumbo, intentando descubrir qué sentido tiene todo esto. Ignoro las llamadas telefónicas y ni siquiera pienso en revisar el correo electrónico.

El resto del mundo puede irse al diablo.

En los buenos momentos, puedo meter algunas cosas en cajas para donarlas a beneficencia y separar la ropa rota para tirarla, pero, básicamente, me paso el día mirando al vacío y pensando. Pienso en Noah, en sus grandes ojos, en cómo juraba que no sabía de lo que estaba hablando y en cómo me dejó poner su casa patas arriba. ¿Por qué me dejó hacerlo? ¿Se habría deshecho de las pruebas?

Y pienso en las fotografías enfermizas que debí llevarme de su casa. Debería haberlas quemado para proteger a otras chicas y a mí. Podría volver cuando él no esté, encontrar otra puerta sin llave o romper una ventana, si es necesario, y llevármelas, siempre y cuando no las haya escondido. Me invade el deseo irresponsable de enviar las imágenes de las otras chicas a la policía y contarles lo que hizo, de arruinar para siempre el nombre de Damon Sawyer para que ya no sea recordado como un maestro honorable. Pero esas mujeres ya han sufrido bastante.

Es jueves o tal vez viernes, no lo sé, cuando alguien llama a la puerta. No es la primera visita de esta semana; han venido amigas de la iglesia de mi madre a dejar comida, que dejé intacta porque no tengo apetito.

Me detengo a mitad de camino hacia la cocina, con una taza de café en una mano y una copa de vino vacía en la otra, y pienso en cuál llenar primero. Tal vez debería recalentar algo de comida, porque tengo el estómago revuelto por todo el alcohol y la cafeína, pero ya lleva varios días así y ya casi estoy acostumbrada. ¿Así se sentía mi madre todo el tiempo? Miro la puerta; tal vez quien llamó trajo comida y ni siquiera tendré que encender el horno.

Cuando vuelven a llamar, dejo la taza y la copa, y me asomo por la cortina.

Afuera hay un hombre de traje, de espaldas a la puerta. No parece Noah, pero no puedo estar segura, así que me alejo de la ventana y grito:

—¿En qué le puedo ayudar?

—Eh... Hola, busco a Elizabeth Davis. Soy abogado y traigo unos papeles de su madre.

Ya sospecho de todo y de todos, así que vuelvo a la ventana para mirarlo otra vez. Ahora el hombre está de frente, con las manos en los bolsillos y sin comida. No es Noah. Tampoco parece de la iglesia.

—Mierda —murmuro—. ¡De acuerdo, un momento!

Intento domar mi cabello y arreglar mi ropa desaliñada, pero soy un desastre por dentro y por fuera.

—Hola. —Sonríe cuando abro la puerta—. Soy Dennis Freeby, ¿eres Elizabeth? —Asiento con la cabeza. Él mete la mano en el bolsillo del traje y saca una tarjeta de presentación—. ¿Puedo pasar?

Examino la tarjeta, pero sigo dudando. La casa está en peor estado que cuando llegué; es un maldito caos.

—Intenté llamar y dejé algunos mensajes. He redactado el testamento de tu madre y tenemos que repasar algunas cosas. Será

rápido y luego me iré, lo prometo —dice con una sonrisa.

Sigo recelosa, pero suspiro y abro la puerta para dejarlo pasar. De todas formas, es mejor terminar con esto de una vez. Cuando me vaya de Luisiana, no volveré.

—Perdón por el desorden, he tenido unos días difíciles.

—Por supuesto, lo entiendo. Las pérdidas son difíciles. —Él mira a su alrededor, así que le ofrezco una silla de la cocina, que está cubierta de baratijas.

—Lo siento, estoy revisando las cosas.

—No hay problema. —Sonríe antes de sentarse—. Tienes que ver las pilas de mi oficina; yo no tengo excusa.

Me siento frente a él y uno las manos para controlarme.

—Como decía, tu madre dejó un testamento y algunos pedidos.

—¿Pedidos?

Abre su maletín de cuero, saca una carpeta y me entrega una pila de papeles.

—Esta es tu copia del testamento de la señora Davis. Puedes seguirlo mientras marco los puntos principales. —Pasa la página, se pone las gafas y comienza—: Tu madre le dejó la casa y el automóvil a la iglesia Saint Matthew, con la condición específica de que puedes usarlos el tiempo necesario para hacer tu duelo y limpiar.

Al menos con una cosa puedo contar: con que mi madre me dé trabajo sin nada a cambio. Pero está bien, no quiero nada; cuantos menos lazos tenga con Minton Parish, mejor. Si pudiera borrar todo esto de mi memoria y seguir adelante, lo haría.

—La señora Davis apreciaría que la ropa en buen estado se donara a la tienda de segunda mano Casa de Cristo —continúa el abogado. Detalla lo que mi madre quería después de su muerte, a

quiénes contactar, a dónde enviar otras donaciones e incluso qué hacer con sus cenizas. Quiere que las esparzan en una playa en la que pasamos buenos momentos juntas, aunque había comenzado a dudar de que esos recuerdos fueran reales. Eso me destroza el corazón.

Diez minutos después, el hombre saca un sobre del bolsillo de la chaqueta. Lo miro con cautela, pero lo acepto de todas formas.

—¿Qué es esto?

—Tu madre quería que te entregara esta carta. No sé lo que dice, es para ti. También me pidió que te animara a ir a confesión.

—No lo dudo —resoplo.

Debo felicitarlo por no reaccionar; solo me ofrece una sonrisa amable, se pone de pie, me agradece mi tiempo y se marcha sin que lo acompañe.

Me resulta un poco más fácil respirar cuando se cierra la puerta y vuelvo a estar sola. Pero la visita fue un toque de atención. Miro a mi alrededor: a este paso, estaré aquí para siempre, y eso es lo último que quiero. Tengo que ser más organizada y poner mi cabeza en su sitio. Quizá nunca obtenga algunas respuestas, como quién me envió esos capítulos. Podría ser Noah y ser un gran mentiroso, o podría ser otra persona. En cualquier caso, tengo que dejarlo ir, seguir adelante y dejar el pasado atrás, aunque otros intenten evitarlo.

Miro el sobre que sigo sosteniendo en la mano. No hay mejor momento que el presente para empezar. Lo que mi madre quisiera decir forma parte del pasado, no del futuro, y lo que menos necesito ahora es un sermón póstumo que me envíe a la iglesia a pedirle a

Dios que perdone unos pecados que ya no creo haber cometido. Así que dejo el sobre donde corresponde: en la basura.

CAPÍTULO 43

A la mañana siguiente, a las seis, arrastro los cubos de basura desde el garaje hasta la entrada de gravilla. Todavía está oscuro y hay una neblina baja sobre el césped que le confiere a la casa un aspecto aún más ominoso. De repente, los faros de un automóvil me deslumbran por un momento. Debe de ser el camión de la basura, así que, como todavía me faltan al menos seis bolsas, además de los dos cestos metálicos sin tapa, me apresuro a entrar para sacar dos más. El rugido del motor se acerca, pero se detiene cuando estoy cerca de la calle. Al levantar la vista, descubro que no se trata del camión de la basura.

Es una camioneta roja.

Quedo paralizada, dejo caer las bolsas y miro el vehículo. Está oscuro y no se ve hacia dentro, pero sé que es Noah. Los dos permanecemos inmóviles durante al menos dos minutos, hasta que baja la ventana.

—¿Puedo hablar contigo? —grita.

—¿Qué quieres?

—Solo quiero hacerte unas preguntas. Hace días que no duermo.

Resoplo por dentro. *¿Días? Eso no es nada.*

Mientras sigo dándole vueltas, él señala la entrada.

—Subiré el auto, no bajaré si no quieres.

Yo también tengo preguntas, así que ¿por qué no? ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que me mate? Al menos así mis ojos se cerrarían durante más de diez minutos y se acabaría el misterio.

—De acuerdo, pero primero responderás a mis preguntas.

Me doy la vuelta y vuelvo a la casa sin esperar respuesta. Noah espera a que llegue a la puerta antes de subir a la entrada. Se detiene a tres metros de la puerta y apaga el motor.

—¿Qué quieres preguntar? —dice en voz baja.

—Para empezar, puedes decirme dónde está el diario.

—No mentí —asegura, negando con la cabeza—, no había ningún diario. Y, si lo había, ya no lo tengo.

—¿Cómo esperas que te crea si tenías fotos mías, a pesar de que dijiste que no me conocías?

—No tenía ni idea de que una de esas chicas eras tú. Tampoco pasé mucho tiempo mirándolas; son escalofriantes. Pero las miré después de que te fuiste. —Se extiende hacia el asiento del acompañante y saca una Polaroid por la ventana—. ¿Esta también eres tú?

Aunque está oscuro, la luz de la entrada alcanza para ver. Siento una tormenta en mi interior, pero la reprimo.

—Es obvio que sí.

—¿Por qué dice «Jocelyn»? Todas tienen el mismo nombre, y nunca lo entendí.

Se supone que debería hacer yo las preguntas, así que lo ignoro.

—Si yo no maté a tu padre, ¿quién lo hizo?

Noah se encoge de hombros.

—Siempre me pregunté si podría haber sido mi madre. No puedo culparla después de lo que ese maldito le hizo, pero nunca lo pregunté y ella nunca lo mencionó. Solo seguimos con nuestras vidas; ella cayó en una depresión y yo intenté hacerlo lo mejor posible después de que él se fue. —Niega con la cabeza—. Pero parece que había muchas personas que tenían buenas razones para matarlo.

—¿Cómo es posible que no supiera que alguien lo estranguló?

—¿Le preguntaste a alguien al respecto?

Niego con la cabeza. Al día siguiente, me fui de Minton Parish a Nueva York con los seiscientos dólares que había ahorrado trabajando en McDonald's y me quedé en un refugio para indigentes. Eso era mejor que este sitio.

—No, pero salió en las noticias.

—Recuerdo haberlo visto. —Se encoge de hombros otra vez—. Georgina Cobb dio la noticia; era una morena atractiva. Ese día llevaba un vestido azul. No sé por qué lo recuerdo; supongo que hay cosas que se te quedan grabadas para siempre. Dijo que mi padre había sido asesinado durante un robo. Creo que no dieron detalles, pero estoy seguro de que lo llamaron «homicidio», porque le pregunté a mi madre qué era eso. Después, apagó la televisión y me dijo que no la encendiera por un tiempo.

Odio querer creerle. Me hace sentir como la misma niña tonta que le creyó a su padre una y otra vez. Entonces me cruzo de brazos.

—Quiero todas las fotografías, no solo las mías, sino las de todas las chicas.

—Está bien. Puedes quedártelas. ¿Qué vas a hacer con ellas?

—Prenderlas fuego y ver cómo se derriten. Nunca debieron existir.

Él asiente.

—Te las traeré, o puedes pasar por casa a recogerlas. Lo que prefieras.

Mi mente es un caos de pensamientos desordenados que no me molesto en organizar antes de escupírselos a Noah.

—¿De qué trata el libro que estás escribiendo?

—De tres hermanos distanciados que terminan de vacaciones en el mismo complejo turístico veinticinco años después. No se han visto en más de veinte años, así que al principio piensan que es una coincidencia. Pero cuando uno de ellos muere y el cuerpo aparece amarrado exactamente de la forma en la que encontraron a una niña cuando eran adolescentes, se dan cuenta de que hay más en ese viaje de lo que parece.

O es un mentiroso de primera, experto en improvisación, o está diciendo la verdad. Niego con la cabeza, sin saber qué creer, y guardo silencio.

Unos minutos después, Noah continúa:

—Si ya has terminado, ¿puedo hacerte yo unas preguntas?

—¿Qué?

—¿Por qué todas las fotos están etiquetadas como «Jocelyn»?

Con el ceño fruncido, le respondo:

—Ese era el nombre que me hacía usar para registrarme en el motel donde nos veíamos. No sabía nada de las otras chicas hasta que encontré la caja, pero supongo que hizo lo mismo con ellas.

—¿Sabes por qué te hacía usar ese nombre?

Lo miro a los ojos.

—¿Sabes algo sobre tu abuela?

Los ojos de Noah se cierran.

—Mierda. —Niega con la cabeza—. Temía que esa fuese tu respuesta. No sé mucho de mis abuelos biológicos. Siempre me dijeron que habían muerto cuando mi padre era pequeño. Tenía una madre de acogida que recuerdo vagamente. ¿Ese era el nombre de su madre biológica? ¿Jocelyn? —Asiento con la cabeza—. Nunca había oído ese nombre antes de verlo escrito en esas Polaroid. Pero cuando revisé el informe de la autopsia y el certificado de defunción el otro día, su madre aparecía como Jocelyn. No sabía si era su madre adoptiva o biológica. El apellido es... algo con B.

—¿Burton?

—Ese. Supongo que mi padre no fue puesto en acogida porque su verdadera madre murió, como me dijeron…

—No, ella lo maltrataba. De la misma forma en que él maltrató a otros. La metieron en prisión.

Noah traga saliva.

—¿Podría salir de la camioneta? Creo que voy a vomitar.

Asiento con la cabeza, y Noah baja de la camioneta y da la vuelta hacia la parte trasera. Se inclina con las manos en las rodillas y vomita sobre el suelo de hormigón. Sigue con arcadas durante un rato, hasta que por fin se limpia la boca con el dorso de la mano y vuelve a la camioneta.

—No sé qué decir. «Perdón por mi familia retorcida» no es suficiente.

—Si tú no me envías esos capítulos, ¿quién lo hace?

—Ojalá lo supiera. Te ayudaría si pudiera, te lo juro. Ya has pasado por mucho. —Se alborota el cabello—. ¿Hay alguna otra cosa que me quieras preguntar?

Muchas, pero ahora mismo tengo la mente demasiado revuelta, así que niego con la cabeza.

—¿Seguirás aquí si voy a buscar las Polaroid y te las traigo?

—Sí, pero déjalas en el buzón.

Asiente con una sonrisa triste, vuelve a la camioneta y cierra la puerta. Enciende el motor, pero lo apaga de nuevo.

—Oye. —Levanto la vista hacia él—. Sé que no es el mejor momento para decir esto, pero creo que podría ser la última oportunidad, así que lo diré de todas formas.

—¿Qué?

Cuando sonríe, le salen sus adorables hoyuelos.

—De verdad me gustas, Elizabeth. Por eso me fijé en ti. Eres diferente a las demás.

—Soy diferente porque estoy jodida, Noah. —Niego con la cabeza —. Y fue tu padre quien me hizo así.

CAPÍTULO 44

Ya es más que hora de volver a casa.

Dos días después, la limpieza está casi lista. Solo me falta mi habitación, que me parece lo más pesado de hacer, pero me llevé todo lo importante cuando me escapé de aquí hace dos décadas y todo lo que queda irá a la basura, así que no me llevará mucho tiempo. Todavía tengo que sacar el colchón y la cama de mi madre, la mía y una docena de bolsas del garaje.

Me pongo a buscar un vuelo para mañana por la tarde. *Perfecto.* Lo compro con la tarjeta de crédito. Limpiaré mi habitación, estará lista para esta noche y luego seguiré con mi vida. Hablando de eso, tengo que llamar a mi jefa para decirle que volveré en dos días. Echo de menos el trabajo. En cierto modo, nunca me pareció tan importante, pero después de las últimas semanas y meses de descubrimientos, ahora creo que, en realidad, fue lo que me salvó. De hecho, escapé de este lugar y volví a empezar gracias al señor Hank y a mi carrera. Pienso ir a visitarlo el próximo fin de semana; le llevaré una caja de rosquillas y disfrutaré de su sonrisa mientras las saborea.

Después de retrasarlo durante una hora, por fin voy a mi habitación. Al hacerlo, me siento en la vieja alfombra con un vacío en el pecho. El lugar está tal y como lo dejé a los diecisiete años: la manta rosada, los pósteres en la pared, colgados con tachuelas... Incluso todavía hay animales de felpa sobre un pequeño baúl de juguetes que recuerdo que me heredó alguien.

Me siento frente a la cama y me extiendo para sacar lo que hay debajo. La primera caja contiene tarjetas de San Valentín de la escuela primaria. Casi me hacen sonreír. No sé por qué las conservé; tal vez porque eran pruebas de que alguien se interesaba por mí: «¿Quieres ser mi Valentina?» y «Me gustas», junto con dulces baratos de hace dos décadas. Lo descarto todo en una bolsa de basura y sigo con la siguiente caja.

Esta está llena de fotografías.

Verlas me impacta por un momento, porque me recuerdan a las Polaroid que quemé anoche en el patio trasero. Pero estas no son como aquellas: son imágenes de Ivy, Lucas y yo pasando el rato en un aparcamiento o paseando junto a un arroyo en las afueras del pueblo. Ivy y yo aparecemos abrazadas en clase, con ropa ridícula que nos parecía bonita y sexy cuando éramos adolescentes. Nos alisábamos tanto el pelo que parecía crispado, y ahora veo que estábamos demasiado delgadas. Pero nos veíamos felices e inocentes, como dos idiotas que no tenían ni idea de lo que el mundo nos tenía preparado. No son malos recuerdos, pero son parte del pasado y se quedarán aquí, así que aprieto las fotografías que tengo en la mano y tiro toda la caja a la basura. Cuando vuelva a Nueva York, volveré a fingir que mi vida comenzó a los dieciocho años.

Hay otra media docena de cajas debajo de la cama (no teníamos dinero para contenedores) que dan cuenta de todos los zapatos que usé durante mi infancia y que me traen muchos recuerdos. Tiro a la basura papeles de los que alguna vez estuve orgullosa, como dibujos que hice en la escuela. No puedo deshacerme de mis libros preferidos, así que los apilo para donarlos. Cuando todas las bolsas están cerradas y fuera, saco el colchón pequeño. Lo último que queda es la cama de mi madre, que dejé para el final porque sabía que sería difícil de mover.

La habitación está a oscuras porque me deshice de las lámparas hace días, así que abro las cortinas, que deben de llevar décadas cerradas, para que entre un poco de sol. La cama todavía tiene las sábanas puestas, pero todo está viejo y desgastado, así que irá a la calle con la última bolsa de basura. Primero saco la manta y la sábana superior; luego doy la vuelta para sacar la sábana inferior de las esquinas y, cuando voy por la tercera esquina, algo asoma por debajo del colchón.

Es algo amarillo, familiar... Me agacho para verlo mejor y tiro de la espiral para sacarlo.

Es un cuaderno con una mariposa en la tapa: mi diario de aquellos días.

Pero es imposible. Debe de ser otro cuaderno amarillo con una mariposa en la tapa. Uno que usaba mi madre, aunque no la imagino haciéndolo. Al abrirlo, me quedo helada y temblando de estupor.

Es mi diario, en el que escribí hasta el último secreto. Yo, no mi amiga Jocelyn.

Mi madre lo tuvo todo el tiempo escondido debajo del colchón.

Me siento con el corazón en un puño y el cuaderno en la mano. Lo abro y repaso las entradas. Empieza con cosas simples, como «Me gusta Lucas, es tan lindo» y detalles sobre Ivy y yo. Incluso pegué una foto de las dos con lo que creíamos que eran atuendos elegantes para ir a algún baile de la escuela. Tendríamos quince años como mucho, antes de que todo pasara.

Pero sé que hay más cosas en el cuaderno.

Paso las páginas en busca de lo que sigue. No tardo mucho en encontrarlo. Mi caligrafía cambia; se vuelve garabatos apresurados por plasmar todos los detalles. Hay entradas sobre el señor Sawyer, sobre cómo hacía que me arrodillara, sobre la primera vez que mantuvimos relaciones sexuales, sobre los golpes. Después, hay una entrada sobre mi embarazo. Escribí las palabras en mayúscula y las repasé muchas veces con el bolígrafo azul: «ESTOY EMBARAZADA». No sabía cómo sentirme al respecto en ese momento. Impactada. Asustada. Y, por más descabellado que suene, feliz. Escribí cómo planeaba decírselo al señor Sawyer; esperaba que no se enfadara y que eso no significara que me quedaría estancada en Minton Parish para siempre, como las chicas que se quedaban embarazadas demasiado jóvenes. Me preguntaba qué pasaría: ¿se iría de casa? ¿Escaparíamos juntos? ¿Era yo tan especial como para que hiciera eso por mí?

Se me llenan los ojos de lágrimas al releer todas las esperanzas que tenía puestas en él. Quería que me salvara de este lugar más que nada en el mundo.

La siguiente entrada trata sobre el aborto, sobre cómo me empujó. Sobre la clínica. Sobre cómo volví al motel cuando tuve

fuerzas y peleamos. Fue la primera y última vez que me defendí. *Porque pensé que lo había matado.*

Me quedé inmóvil durante mucho tiempo, mirando los garabatos, el único lugar en el que expresé la verdad.

Y, de repente, lo entiendo.

Mi madre conocía todos los detalles que aparecían en los capítulos...

La quité de la lista de sospechosos cuando llegó ese capítulo porque, aunque le hubiera contado sobre mi relación con el señor Sawyer y las cosas que me hizo hacer, nunca le conté lo del embarazo. Nunca se lo dije a nadie.

Pero ella lo sabía.

Tenía el diario.

Dejo caer el cuaderno, me levanto y corro al garaje.

¡La carta! No puede estar en una de las bolsas que saqué. Por favor, Dios.

Había demasiadas bolsas de basura, pero solo había sacado tres a la calle cuando la aparición de Noah me interrumpió; aún quedaba al menos una docena por sacar. Abro la primera bolsa, la vuelco en el suelo y reviso su contenido. Nada. Abro la siguiente, revuelo la basura que saqué de la cocina y de la sala. Nada.

El corazón me late desbocado. Temo que sea demasiado tarde, que estuviera en una de las bolsas que saqué a la calle ese día. Pero sigo buscando. Ya he perdido la cuenta de la cantidad de bolsas que he vaciado en el suelo del garaje, pero creo que es en la novena donde encuentro la carta. El grueso sobre que me dio el abogado está cubierto de café en polvo, pero por lo demás está intacto. Me siento en el suelo y abro la carta.

La letra es temblorosa y apenas legible, pero tardo solo diez segundos en llegar a la línea que me hiela la sangre y hace que me tape la boca por el impacto.

Querida Elizabeth:
Sé que ya no me queda mucho tiempo y, como sabes, soy una verdadera creyente. Me queda un pecado por confesar, y tú eres la persona a la que se lo confesaré. En el Antiguo Testamento, Éxodo 21: 23-24, dice: «Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie…».
Conoces las Sagradas Escrituras.
Tal vez eso justifique lo que hice, tal vez no. Pero hice lo que debía: él se llevó la vida de tu hijo, mi nieto, así que yo tomé la suya. Y no lo lamento. Esa noche te defendiste y pudiste escapar; la próxima vez no correrías con tanta suerte.
Puede que no haya sido una buena madre para ti. No he tenido los mejores ejemplos y el alcohol y las píldoras no ayudaron. Tal vez te fallé en todos los sentidos, pero nadie iba a lastimar a mi nieto ni a ti y salirse con la suya.
Lo diré aquí para que siempre lo tengas presente, porque sospecho que de otra forma no lo creerías: te quiero.
Pediría tu perdón, pero, si estás leyendo esto, ya es demasiado tarde. Así que solo te pediré que vayas a confesarte, que limpies tu alma. Mis recordatorios no funcionaron, así que espero que mi última voluntad te haga volver a Dios.

Con amor,
Mamá

Me trago tantas emociones que me sorprende no ahogarme con ellas. Siento que vibro mientras leo la carta una y otra vez. Veo a Noah en mi entrada la otra mañana, cuando me dijo que no sabía

quién había asesinado a su padre y que sospechaba que podría haber sido su madre.

Pero no fue ella.

Fue la mía.

Porque me quería.

CAPÍTULO 45

DIEZ MESES DESPUÉS

—¿Cómo te fue esta semana? —La doctora Sterling entrelaza las manos sobre su bloc de notas, que siempre tiene sobre el regazo.

—Bien, gracias. Dormí dos noches enteras sin tomarme las píldoras.

—Vaya, es un gran avance.

—Lo es —afirma con una sonrisa.

Hace diez meses, cuando volví de Luisiana, esperaba que mejoraran mi salud mental y el insomnio. Minton Parish había quedado atrás y no recibí más capítulos después de la muerte de mi madre. En fin, los muertos se llevan sus historias con ellos. Supuse que volvería a mi vida como era antes de que Hannah la pusiera patas arriba, pero muchas cosas han cambiado. Ya no soy solo Elizabeth Davis; también soy Jocelyn Burton, pues no se quedó en el sur como esperaba. Tampoco mi madre. Me sentí muy culpable por no haber estado con ella al final, cuando ella hizo tanto por mí.

De hecho, en lugar de mejorar, mi salud mental empeoró. Perdí el apetito, no podía dormir ni concentrarme. Calificar los exámenes de

cuarenta estudiantes pasó de llevarme dos horas a llevarme dos semanas. Luego comenzaron las manifestaciones físicas de estrés: palpitaciones, fatiga muscular y un ardor de estómago insoportable.

Fui a ver a mi médica de cabecera varias veces, pero, debido a la acumulación de síntomas, me recomendó que acudiera a un psiquiatra o a un psicólogo para tratar de llegar a la raíz del problema. Le dije que sí para contentarla, pero cuando dejó de recetarme píldoras para dormir, no tuve más remedio que hacerlo de verdad, así que concerté una cita con la doctora Sterling. Supuse que, como ya conocía mis problemas, no sería tan difícil que me recetara lo que necesitaba. Aunque no tenía intención de dejar que indagara en mi mente, necesitaba que alguien me recetara esas píldoras para poder dormir. Pero hizo mucho más que eso. Creo que me está ayudando de verdad.

—Cuéntame qué has estado haciendo —dice—. Las clases ya terminaron, ¿no?

—El jueves terminé el semestre de primavera.

—¿Darás algún curso de verano?

—Este año no. Será la primera vez que tenga tres meses libres desde que empecé a dar clases.

—Es bueno que te tomes un descanso. ¿Tienes planes para este verano?

—No muchos. Asesoraré a una estudiante que acaba de terminar mi seminario anual de escritura. Su trabajo es prometedor, así que seguiré leyendo sus capítulos y dándole devoluciones hasta que termine. Creo que tiene algo bueno y que el libro podría venderse a una editorial.

—Eso es maravilloso. Debe de ser todo un logro ver que tus estudiantes tienen éxito.

—Sí, creo que sí. —Miro por la ventana pensando en otro tema—. El otro día fui a la iglesia, a Saint Paul.

—¿De verdad? —Sus cejas se elevan—. Cuéntame qué tal estuvo.

—No estoy segura. Mi estilista se mudó, así que tuve que tomar el tren para ir al nuevo salón. Después decidí volver a casa caminando porque hacía buen tiempo. De camino, pasé por una pequeña iglesia que tenía la puerta abierta, así que entré. No había misa ni hablé con nadie; solo me senté en un banco durante una hora a observar cómo entraban y salían del confesionario.

—Mencionaste que tu madre te insistió para que te confesaras. ¿Has pensado en hacerlo?

—Por un segundo, tal vez. —Sonrío—. Pero, en lugar de eso, decidí ir al bar local y encontrar a un hombre que me hiciera olvidar mis pecados.

—Lo que te dé paz, está bien —dice la doctora Sterling con una risita.

—Conocí a un hombre que era de mi tipo. Mayor, oficial penitenciario, duro y fornido. Pero no me fui con él.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Tal vez porque me recordaba demasiado a mi ex. —Miro hacia fuera otra vez, pensando en Sam. No he vuelto a saber de él después del funeral, pero no puedo culparlo. Dejó todo y voló dos mil kilómetros para darme su apoyo, y yo lo rechacé y lo llevé de vuelta al aeropuerto. Era un buen hombre, pero no era para mí, al menos en ese momento—. Siempre me han atraído los hombres de

la misma clase: mayores y seguros. Y si bien no soy psiquiatra, sé a qué podría deberse.

—Se llama «vínculo traumático». Las víctimas de abuso tienen una percepción distorsionada de lo que es una relación sana y se sienten atraídas por personas que les recuerdan esa relación. En tu caso, es posible que no hayas podido recordar los detalles de lo ocurrido durante casi dos décadas, pero la atracción hacia cierto tipo de vínculo puede provenir de lo que tu mente percibe como una pareja idílica. Lamentablemente, las víctimas que escapan de una relación abusiva a menudo caen en otra relación abusiva.

Suspiro.

—Supongo que tuve suerte de no hacer eso. Pero ahora que soy consciente de mis tendencias a lo largo de los años, estoy saliendo con un tipo de hombre diferente. —Me muerdo el labio. Le estuve ocultando algo a la doctora Sterling y no sé por qué. Ella ya conoce las partes desagradables—. De hecho, estuve… hablando con alguien.

—¿Con un hombre?

—No vive en la ciudad, así que nos comunicamos principalmente por mensajes y llamadas. Pero viene de visita este fin de semana. Llega esta noche.

—¿Es alguien a quien ves como posible pareja?

—Tal vez. —Me encojo de hombros—. No estoy segura, pero cuanto más hablo con él, más me agrada, aunque supongo que la distancia no será fácil. O tal vez sea lo ideal: podremos tener visitas planificadas en lugar de esperar vernos a diario.

—Cuéntame sobre tus relaciones anteriores. Hemos hablado de Sam, pero ¿has tenido alguna relación larga con un hombre, quizá

exclusividad o convivencia? ¿Alguien cercano con quien contar y que contara contigo?

—Nunca salí con nadie durante mucho tiempo. Creo que Sam fue mi relación más larga.

—¿Crees que nunca has tenido una relación seria porque los hombres que eliges son mayores y seguros de sí mismos, y eso se relaciona con tu agresor?

—No lo sé. —Sonrío—. ¿Tú no puedes decirme eso?

La doctora Sterling se ríe.

—Sin duda no tengo todas las respuestas. Pero hablar de las cosas y ofrecerte una nueva perspectiva que considerar puede ayudarte a descubrirlo. —Inclina la cabeza—. ¿Crees que te gustaría tener una relación duradera con un hombre algún día?

—Ya la tengo. Con el señor Hank. —Sonrío.

—Es tu vecino anciano, ¿verdad?

—Sí. Siempre ha estado ahí para mí. Y me he esforzado por estar más presente para él desde que volví de Luisiana. Es mayor que mi madre, así que supongo que la muerte de ella fue un recordatorio de que él tampoco estará aquí para siempre.

—Es maravilloso que lo visites más a menudo. Pero ¿y una relación con un hombre de tu edad, una relación romántica de algún tipo? ¿La ves en tu futuro?

Me detengo a considerar la pregunta de verdad. Puede que sea la primera vez en mi vida que tengo que tomarme un momento para pensarlo, porque durante dos décadas la respuesta siempre fue un «no» rotundo. Pero ahora…

—¿Tal vez? —Me encojo de hombros.

La doctora Sterling toma su bolígrafo y hace una anotación.

—Eso es bueno. Un progreso. Más de una persona en quien confiabas te ha decepcionado: tu madre, un maestro... Te llevará tiempo abrirte y permitirte confiar en alguien nuevo.

—Pero ¿cómo arreglo algo que yo no rompí?

Ahora sonríe con calidez.

—Ya lo estás haciendo. Estás aquí y estamos hablando de ello. Reconocer que has resultado herida es el primer paso, y es uno muy importante. Lo estás haciendo muy bien, Elizabeth.

***

Estoy nerviosa. Pero son nervios diferentes a los que me han atormentado este último año. Estos nervios son buenos; son de anticipación, en lugar de temor. No recuerdo cuándo fue la última vez que esperé una cita con ilusión. ¿Esta noche es una cita siquiera? No estoy segura. Pero me he rasurado las piernas y me he puesto ropa interior de encaje; no es que esté segura de que vayamos a tener sexo, pero una nunca puede estar demasiado preparada, y… Bueno, es difícil cambiar viejos hábitos.

A las ocho menos diez suena el timbre y, por una vez, el corazón me late de emoción. Pulso el botón del intercomunicador para asegurarme de que es él y, a continuación, abro la puerta de abajo de forma remota mientras reviso mi maquillaje en el espejo del baño.

Es solo una cita, Elizabeth. Relájate.

Un minuto después, se oye un golpecito suave en la puerta de mi apartamento. Respiro hondo antes de secarme las palmas de las manos en los pantalones y abrir.

—Hola —saluda con una sonrisa.

—Hola, Noah.

CAPÍTULO 46

NOAH

UNA HORA ANTES

—De verdad creo que a los lectores les encantará esta novela. Ya puedo verla entre los más vendidos del *New York Times*.

—¿De verdad? Si eso llega a pasar, tendrás que dejar que te invite a celebrarlo.

—Al equipo le encantará.

—Pensaba que podríamos ir solo tú y yo, hermosa.

Mi editora se sonroja.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad?

—Unos días. Visitaré a una vieja amistad.

—¿Vienes con frecuencia a Nueva York?

—Creo que vendré con frecuencia en un futuro próximo. Tengo algunos asuntos que atender. —Miro la hora—. Hablando de eso, ya tengo que irme.

—Me alegra haberte conocido en persona —dice Rena, mientras se pone de pie para estrecharme la mano.

—No tanto como yo a ti. —Le tomo la mano y me la llevo a los labios para darle un beso.

Me acompaña hasta la puerta giratoria del vestíbulo.

—Casi lo olvido: al final del libro, la protagonista encuentra su diario en casa de su madre. ¿Entonces era ella quien le enviaba los capítulos?

—Tal vez... —respondo con un guiño—. O tal vez el antagonista era un buen mentiroso y quería vengarse por los veinte años de sufrimiento que pasó su madre después de que su esposo fuera asesinado y encontrara sus diarios.

—¿En verdad no me lo vas a decir? —ríe Rena.

—Tengo que dejarte con la curiosidad para que quieras leer el segundo libro.

—¿Al menos me das una pista? Con el nuevo final, estoy segura de que los lectores querrán saber si el hijo se queda con la antigua víctima de su padre o si solo busca venganza.

—Eso aún está por verse —respondo sonriente.

—Los autores son muy misteriosos.

—Así es.

Es una tarde preciosa, así que decido ir andando para encontrarme con mi cita. Me detengo en una florería para comprar un ramo de flores silvestres y luego en una licorería para comprar vino. A dos calles de mi destino, recibo una llamada de un número local, así que contesto pensando que podría ser ella.

—¿Hola?

—Hola, ¿Noah Sawyer?

—Sí, soy yo.

—Habla Helena Esme, de la iglesia Saint Paul. Trabajo en la administración.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Esme?

—En primer lugar, quiero darle las gracias por su donación. Llegó hoy y es preciosa. A nuestros feligreses les encantará.

—Me alegra saberlo. Alguien especial visitó su iglesia hace algunas semanas y espero que pueda verla cuando vuelva. Es una sorpresa. Santa Inés tiene un significado especial para ella, y creo que le gustará.

—Estoy segura de que sí. A mí me ha gustado mucho. Al resto del personal también. No podemos esperar a exhibirla para que todo el mundo pueda disfrutar de ella. De hecho, ese es el motivo de mi llamada: ¿le parece bien que pongamos su nombre en una placa en la base de la estatua? Cuando recibimos ofrendas tan especiales, nos gusta poner el nombre del donante como muestra de agradecimiento.

—Es muy amable por su parte, pero prefiero que mis donaciones a la iglesia permanezcan en el anonimato. No busco atención.

—De acuerdo, comprendo.

Entonces se me ocurre una idea que me hace sonreír.

—De hecho, pensándolo mejor, ¿podría poner el nombre de mi hermana? Murió hace mucho tiempo.

—Sí, podríamos indicar que la donación ha sido en su nombre.

—Eso sería perfecto.

—Espere un momento. Buscaré un bolígrafo para apuntar el nombre de su hermana y asegurarme de que lo escribo bien.

—La espero.

Helena vuelve al teléfono un minuto después.

—Muy bien, ya estoy lista. ¿Cómo se llama su hermana?

—Hannah. Hannah Greer Sawyer.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Emily Bestler y a su equipo editorial por arriesgarse con una autora de romances que sintió que ya era hora de empezar a matar personajes. Gracias también a Hannah Wann y Becky West por llevar *Alguien lo sabe* al Reino Unido.

Gracias a mi agente, Kimberly Brower, por estar siempre ahí para apoyarme y por guiar el barco hacia nuevas aventuras.

Detrás de cada mujer que triunfa hay una tribu de mujeres exitosas que la animan, la respaldan y la alientan a hacer cosas que dan miedo. Gracias a la líder de mi tribu, Penelope Ward, que siempre está a mi lado; a Cheri, Luna, Julie, Elaine, Jessica y a las veintiséis mil mujeres inteligentes de mi increíble grupo de Facebook, Vi's Violets.

Gracias a mi familia, Chris, Jake, Grace, Sarah, Kennedy y Kylie, por soportar que tenga que repetir mil veces lo que dijeron, porque siempre estoy perdida en mis pensamientos, creando historias.

Gracias a ustedes, los lectores, por su apoyo y entusiasmo. Ya sea porque nos estamos conociendo por primera vez o porque me hayan acompañado durante más de una década leyendo mis novelas

románticas, estoy muy agradecida de que hayan apostado por esta historia.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Agradecimientos

Keeland, Vi
Alguien lo sabe / Vi Keeland. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: María Laura Saccardo.
ISBN 978-631-300-776-9

1. Thriller. I. Saccardo, María Laura, trad. II. Título.
CDD A813

Título original: *Someone Knows*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Florencia Amenedo
Diseño de tapa: James Iacobelli
Imágenes de tapa: Adobe Stock y Getty Images
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 de C. Scott Publishing Corp.
© 2026 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, Colonia Nápoles, C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México

Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-776-9

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

Conócenos mejor en:

www.vreditoras.com

VR.Editoras

VR.Editoras

VREditoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Vi Keeland
Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Agradecimientos
Créditos